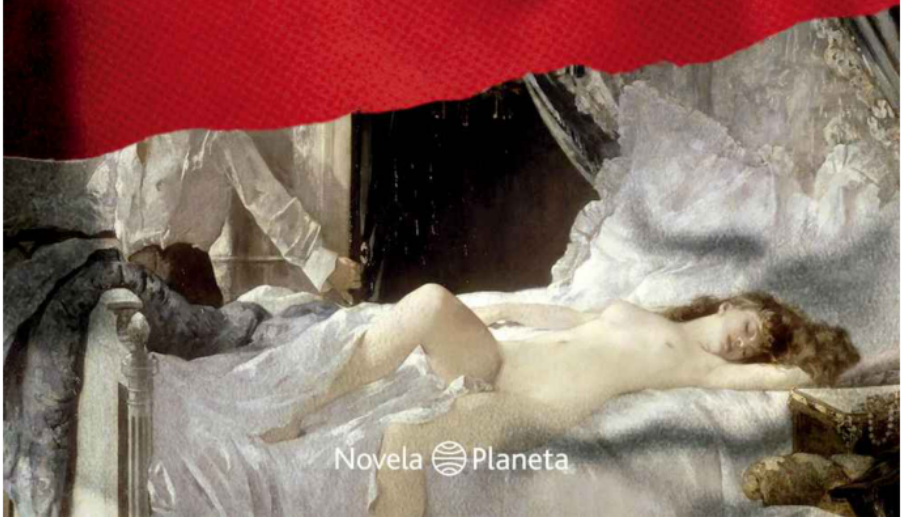
FLORENCIA

~CANALE~

El Diablo

Bernardo de Monteagudo

El hombre prohibido, el héroe imposible



Novela Planeta

Table of Contents

Portadilla
Legales
Primera parte. La marca del deseo
Segunda parte. Juventud en llamas
Tercera parte. Terrorista de América
Cuarta parte. El hado funesto
Epílogo
Agradecimientos

El Diablo

El Diablo

Bernardo de Monteagudo
El hombre prohibido, el héroe imposible

Florencia Canale

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Primera parte. La marca del deseo

Segunda parte. Juventud en llamas

Tercera parte. Terrorista de América

Cuarta parte. El hado funesto

Epílogo

Agradecimientos

Canale, Florencia
El diablo / Florencia Canale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8299-9
1. Novelas Románticas. 2. Novelas Históricas. I. Título.
CDD A863

© 2023, Florencia Canale

Diseño de interiores y corrección: Esteban Bértola

Todos los derechos reservados

© 2023, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8299-9

“Que las palabras y el jadeo de tu boca indiquen qué te agrada”.

OVIDIO, *Arte de amar*

“Ahora estoy maldito, tengo horror de la patria”.

ARTHUR RIMBAUD

—¡ A confiscar todo lo que se pueda! Caballeros, ¡aquí no queda nada! —ordenó, iracundo, don Joaquín Belgrano.

A ninguno de los allí presentes se le ocurrió vacilar. Soplaban vientos de furia en Buenos Aires. Las contrariedades entre las dos facciones de la Logia Lautaro se habían convertido en una guerra sin cuartel. Habían dejado de discutir estrategias, prefirieron ejecutar un golpe.

El 3 de abril de 1815, el general Ignacio Álvarez Thomas se había sublevado en la posta de Fontezuelas (1) . Envalentonado, el Jefe del Ejército había enviado un comunicado al Cabildo y al Director Supremo, anunciando que, si este no dimitía, se vería obligado a reunirse con las fuerzas que respondían al oriental José Gervasio Artigas para avanzar sobre Buenos Aires, y así liberarla del tirano Carlos María de Alvear.

La ciudad —controlada desde la distancia por su otrora dilecto camarada, José de San Martín— se había plegado a la revuelta y al joven Director de 25 años no le había quedado otra alternativa que renunciar. Y con él, cayó también la Asamblea que se había instalado en 1813. Uno de los más fervorosos propulsores de aquella junta había sido Bernardo de Monteagudo. La facción de Alvear fue perseguida y encarcelada.

Los comisionados entraron a la casa de Monteagudo liderados por el Alcalde de primer voto del Cabildo y próspero comerciante, don Joaquín Belgrano. Debían deshacerse de todo, que el reo bien guardado se encontraba.

—Pero estas habitaciones difieren completamente de lo que nos anunciaron —murmuró uno de los oficiales.

Habían recibido la orden de que debían hacerse de la cuantiosa fortuna que escondía el tribuno de Chuquisaca en su casa.

—¡Dejen de perder el tiempo y comiencen con la pesquisa! —gritó Belgrano y se secó el sudor de la frente.

Monteagudo vivía modestamente. Nada más lejos de lo que decían sus enemigos políticos: que aquel arribista era de temer, que la codicia lo pintaba por entero, que lo único que quería era acomodarse, tránsfuga, negro, impostor y ladrón.

Belgrano miró a su alrededor. Los muebles daban lástima. Lo

remitían a una celda de monasterio más que a una casa de familia. Abrió algunos cajones, más desiertos que un páramo; ni un céntimo escondido, ni una saca encubierta. Hizo un inventario veloz, con ese mobiliario no llegaba a los 200 pesos.

Se acercó al modesto ropero de madera tallada. La puerta chirrió al abrirla. Don Joaquín bufó impaciente, despreciaba la desidia. Le resultó extraño que el dueño de casa, con la fama que se había ganado, hubiera vivido en semejante precariedad. Y volvió a decepcionarse. El vacío de allí adentro encegueció su mirada. Esperaba encontrar alguna de las ropas que gustaba de ostentar el jacobino (2) . Pero nada.

—¡Señores! ¿Pero qué ha pasado aquí? ¿Cómo es posible que esto parezca tierra visitada por Atila?

—¿Habremos llegado tarde, usía? —se atrevió uno de los oficiales.

Seguían sin entender qué había sucedido en la morada de Bernardo de Monteagudo. Continuaron con la requisa, los oficiales se dirigieron hacia la biblioteca que albergaba varios libros.

—¡Nómbrenme a uno y cada uno! —reclamó Belgrano. —Con toda seguridad aquí encontraremos algo.

A viva voz, fueron dando el título y autor de la corta lista de publicaciones. Don Joaquín Belgrano se sentó en la única silla que había y desplegó el papel sobre la mesa. Mojó el plumín en el tintero y esperó con la frente en alto; ahora sí dejarían a ese demonio sin fuerza, masculló.

—¡Hay algunos en francés, inglés y latín, usía! —vociferaron sin entender lo que leían. —El resto en español.

Fueron armando el inventario: había libros de filosofía, historia, política. El primero que arrojaron al baúl confiscatorio fue *Reflexiones sobre la revolución francesa* , de Edmund Burke, siguieron con uno de los tomos de *Historias* , del helénico Polibio, el *Tratado de la Legislación Civil y Penal* , de Jeremy Bentham, la *Historia de las Revoluciones Romanas* , de Bertot, las *Máximas* de La Rochefoucauld, *Elementos de la lengua inglesa* y un diccionario inglés-español; también había algunos ejemplares de la *Quarterley Review* , la *Historia de los Progresos del Entendimiento Humano en las Ciencias Exactas,* de Saverien, los *Anales* de Tácito, la versión francesa de Millot de *Arengas de los historiadores*

latinos , el *Espíritu de la Enciclopedia* …

—¡Tenemos la *Vida de Napoleón* en seis volúmenes! —agregó uno de los jóvenes, como si hubiera descubierto la pólvora.

—No me cabe la menor duda, ya mismo al rejunte de libelos —Belgrano estaba convencido de que allí se encontraba el origen de todos los males. Las lecturas del criminal debían ser desaparecidas para siempre. Quien se rodeaba de semejantes libros no podía ser considerado inocente. Cómo era posible que semejante mente diabólica recubierta en formas sucias hubiera sido instruido en Chuquisaca, farfullaba el acomodado de la familia Belgrano. *Intruso, advenedizo, líder de revueltas malavenidas, negro trepador,* los epítetos no le permitían hacer su trabajo.

—Don Joaquín, aquí hay una pila de libros prestados, no le pertenecen al convicto.

—Serán devueltos a sus propietarios. ¿Cuáles son? —y se acercó hacia donde deliberaban. Había un diccionario de la Academia Española con la firma de Hipólito Vieytes en la primera página, el tratado de Bentham firmado por Juan Larrea, un ejemplar de la Biblia y dos tomos del *Sistema Social en Francia* , propiedad de Carlos de Alvear.

Los separó para que fueran entregados a los familiares por la Comisión de Secuestros. Un murmullo y unas risas ahogadas lo distrajeron de su labor. A unos pasos de allí, los oficiales miraban con ojos desorbitados un libro de tapas marrones y leían, como podían, una de sus páginas.

—¿Qué está pasando por aquí? ¡A ver, señores, qué sucede! —en dos zancadas, Belgrano se llegó hasta donde estaban y les arrancó el libro.

Lo abrió y allí, arriba a la derecha, rezaba la firma de don Marcos Agrelo. Debajo y destacado, el título, *La Biblioteca del Aretino* . Don Joaquín trastabilló. Sabía bien quién era Pietro Aretino, aquel renacentista disoluto. Dio vuelta unas páginas y encontró los “Sonetos lujuriosos”. Y leyó.

—¡Esto es intolerable! Tengo arcadas ante este libro puramente obsceno —bramó Belgrano y deletreó en voz alta.

"…como gustan los sabios, contento estoy
de que hagáis con la mía vuestro empeño.
Agarradla con la mano, metéosla dentro:
que tanto provecho al cuerpo sentiréis,
cuanto con la medicina los enfermos…"

Levantó la vista y miró a los oficiales, uno por uno. Levantó el libro profano por los aires y volvió a la lectura:

"En el culo la quiero. —Me perdonará, Señora,
mas cometer no deseo tal pecado,
pues esto es como comida de Prelado,
con el gusto estragado para siempre."

—¡Esto es inconcebible! Porquería dirigida enteramente a enseñar todos los modos posibles de ejercer la sensualidad —y lo hizo pedazos, ante la mirada estupefacta de los comisionados.

Para evitar cualquier recelo, uno de los jóvenes le acercó los últimos libros que quedaban: *Ars Amatoria* , de Ovidio, y la *Historia del Lujo* . El inquisidor mayor no vio motivos para la hoguera.

—¡Seis reales y un peso para estos dos! —tazó Belgrano y aguardó a que terminaran con el censo.

Sabía que hallaría este material réprobo en casa del diablo. Confirmaba la verdad. Lo que tanto se decía, aquello que resonaba como eco de abismo, que Bernardo de Monteagudo era un seductor empedernido, que no conocía de límites, que además de su vocinglería terrorista y praxis letal, penetraba mentes y cuerpos tras fronteras inexistentes.

Mientras tanto, el joven revoltoso aguardaba entre grilletes y a bordo, lejos de allí, cualquier descuido. Hizo una última petición por medio de su apoderado, don Pablo Vázquez: que se le diera permiso para disponer de sus ropas y libros.

Algunos pocos desconfiaban de su vigilia animal. Monteagudo parecía una bestia dormida.

1 - Cerca de la ciudad de Pergamino, en la provincia de Buenos Aires.

2 - Militante del partido republicano durante la Revolución Francesa, caracterizado por sus procedimientos radicales y su rigorismo moral.

PRIMERA PARTE

La marca del deseo

CAPÍTULO
I

Miguel de Monteagudo se había encandilado con las historias que se repetían en sinfín en Cuenca, en la hispana Castilla la Nueva. El mocito había prestado demasiada atención a los cuentos que circulaban por el poblado. Andaba por las calles, se buscaba una vida, soñaba a lo grande.

Corría la segunda mitad del siglo XVIII y su familia le confirmaba que no estaría en condiciones de darle un porvenir. Había para comer y que no se le ocurriera nada más. Pero Miguelito tenía la cabeza llena de sueños. Ávido escucha de los relatos nocturnos, el joven había quedado prendado de las aventuras, repetidas hasta el cansancio, de don Francisco de Pizarro y de Hernán Cortés. A trasmano, se vio navegando aguas turbulentas hacia el oro y la plata de la mágica Potosí. Si lograba hacerse de unas monedas para embarcar rumbo a América, su futuro estaría asegurado.

Claro que la fiebre del oro indiano había terminado hacía tiempo. Sin embargo, a Miguelín le retumbaba como eco aquella frase que había escuchado por ahí. Un virrey peruano llamado Francisco de Toledo había dicho, años ha, que la mina potosina y la de Huancavelica eran “los ejes donde andan las ruedas de todo este Reino y la Hacienda que Vuestra Majestad en él tiene”.

Una tarde, mientras recogía guijarros y se perdía en los confines de su imaginación, se detuvo junto a un grupo de muchachos que deliberaba a grito pelado.

—¡Vamos, que a poco más de un mes, parte el contingente!

—¿De dónde es que zarpa?

—De Cádiz, pues.

—¡Que yo estoy para sumarme! Nada me retiene en esta tierra, me haré la América.

Sin soltar las piedritas, Miguel, con sus ojos redondel, fue de uno a

otro sin perder el gesto.

—¿De quién hablan? —les preguntó, carcomido por la curiosidad.

—¿De quién va a ser? De don Pedro de Ceballos, el comandante militar de Castilla la Nueva. Ahora parece que lo nombran Virrey de un poblado que no recuerdo pero situado en el sur de las Américas —el joven, bastante más alto que Miguelito, lo escrutó como a una hormiga.

—Continúa la conquista, parece que es un enviado del rey en aquel continente.

—Se está armando la expedición, están contratando hombres.

—¡Yo quiero ir! —vociferó el joven Monteagudo.

Lo miraron de arriba abajo. Atrevido el mocito. No disimularon las carcajadas.

—¿Te dan permiso tus padres, niño?

—Ningún niño, tengo 15 años —aún no los había cumplido pero Miguel sacó pecho como si fuera un señor.

—Pues en un mes embarcamos en Cádiz, niño. Así que ya sabes —siguieron con las risas y pegaron la vuelta.

Miguelito los vio irse, bajó la vista y miró su mano. Los guijarros seguían allí, a resguardo de cualquier inclemencia. Con paso firme caminó hasta su casa. Le anunció a su padre la decisión que había tomado. Armó un atado con unas pocas cosas y emprendió el viaje.

***

Carlos III reinaba en España. Con solo colocar sus posaderas en el trono, impuso, y de estreno, el Derecho Divino como fuente y justificación de su soberanía regia. Pues soy la máxima autoridad, elegido por Dios y responsable ante él y nadie más; mis decires de soberano nadie se atreverá a refutarlos, porque si así lo hiciere caerá fulminado por mi halo divino. Así decía, así lideraba Carlos el político.

De inmediato fue sindicado como un gran Alcalde de Madrid. Era paciente, frío y muy trabajador. Disfrutaba de ajustarse las botas al alba y salir de caza. Carlos III era coqueto, le gustaba mantenerse en forma. No había argumento que lo detuviera.

—La lluvia no le rompe los huesos a nadie —decretaba y salía a los bosques custodiado de cerca.

Como Dios manda y el Rey acata, Carlos III supo elegir a dos ministros en quienes depositó su confianza: los Condes de Aranda y Floridablanca.

Qué jornada deslumbrante fue aquella en la que se celebró la solemne entrada del soberano, el 15 de julio de 1760. Pasadas las 3 de la tarde, la Plaza Mayor se vio atestada de gente, los balcones engalanados con sedas de todos los colores y desbordantes de curiosos desde el primero al último piso. La plebe había ocupado una estructura de andamios en pendiente construida para la ocasión y colocada alrededor de la plaza, se encontraba la nobleza mejor ubicada.

Primero entraron los carruajes de los caballeros, de confección antigua, con cristales delante y detrás, y abiertos a los costados. Los señores saludaron al pueblo y a los palcos, con inclinaciones de rigor, mientras desfilaban alrededor de la plaza. Delante de la familia real marchaba una compañía de lanceros, seguida, con gran pompa, por las carrozas del rey, lujosas hasta decir basta, con ornamentos en rojo y oro. Le seguía un carruaje con algunos de los altos oficiales, y a continuación, Carlos III y la reina en una suntuosa carroza azul con todos los adornos de plata maciza, rematada por la corona. Los arreos de los caballos eran de plata, con grandes plumas blancas.

Sus majestades se ubicaron en un palco dorado, con dosel y cortinas escarlata y oro. Se hizo un silencio expectante de lo que vendría. Carlos III hizo la venia y dio comienzo a la fiesta. Las tropas de los caballeros irrumpieron en el escenario, vestidos al estilo moro, y se dirigieron al palco real para hacer la reverencia. Siguieron cuatro jinetes ataviados con el antiguo traje español y sombreros emplumados, montando sus corceles. El rey hizo la seña, se abrieron las puertas y surgió un toro al son de una música marcial, vivado por las aclamaciones del público. Detrás, el torero y su capa, en un baile de poderío. El animal renegrido avanzaba, el hombre se protegía con su capa.

Fueron horas de aquella lidia hasta que el rey decidió que había sido suficiente.

A poco de ponerse la corona, el monarca introdujo el

alcantarillado, además de la iluminación de las calles, que se había visto limitada hasta entonces.

—¡Quiero ver, caballeros! —ordenó Carlos III.

Lo que prefirió no contemplar —ni oler— nunca más fue la montaña de basura y excrementos arrojados por doquier. Al grito de "¡Agua va!", los desperdicios, suciedades acuosas y vaya uno a saber qué más, eran arrojados por las ventanas a la calle. El rey emprendió la pavimentación de todas las calles, además de la limpieza y recogida de basura.

Por ese entonces, en Madrid, la fechoría estaba a la orden del día. Los hombres de todas las clases se cubrían con unas largas capas para ocultar sus identidades durante el acto delictivo. Esto trajo una eterna controversia acerca de las ventajas del tradicional traje español comparado con la nueva moda francesa, importada por los Borbones en 1713.

El asunto de la capa desembocó, en 1766, en una serie de acontecimientos insólitos. Uno de los ministros, el marqués de Esquilache, era observado con cierta tirria. Embelesado con la limpieza de las calles, el marqués decidió que la capa larga era un incordio, que afuera con ella, quitémosla de una vez y la prohibió, junto con el chambergo (1) .

—Quienes no obedezcan mi decreto, ya se las verán —anunció el marqués y envió sastres pagados por la Corona a que se apostaran en las puertas de las casas y cortaran los faldones sobrantes de las capas.

Esta imposición originó una protesta que devino en motín, que luego se esparció por Zaragoza, Cuenca, Palencia y otras ciudades. El Conde de Aranda y el de Floridablanca, favoritos del rey, supieron aprovechar la volada y aplacaron el espíritu de secesión reinante con una cintura poco común. Aplicaron un acercamiento con la burguesía y los artesanos, y consiguieron sustituir el chambergo y la capa larga por el tricornio (2) y la capa corta.

Con ganas de más, Aranda abrió una pesquisa para encontrar a los autores del motín. Las pruebas fueron concluyentes, los jesuitas habían formado parte. *Vade retro* con la Compañía de Jesús del Imperio Español. Carlos III firmó el decreto y se los expulsó. Y por una negociación fallida por la ocupación de los ingleses en Malvinas,

Esquilache tuvo que abandonar la presidencia del consejo de Castilla para ser embajador en Francia.

Tras el motín, Floridablanca ligó premios. El rey lo nombró embajador plenipotenciario ante la Santa Sede y desde allí colaboró para la expulsión de los jesuitas, y recibió el título de conde.

Además de la algarabía interna, Carlos III se dedicó al avance de fronteras, el hostigamiento para con enemigos renovados y la navegación de los mares para reafirmar el coloniaje. Pidió reunión con algunos de sus hombres de confianza y expuso sus necesidades.

—Caballeros, es hora de expandir el poderío de la Corona aún más, y afianzarlo en el Gran Océano (3) y en el Mar del Sur (4) —golpeó el bastón de mando contra el piso, una y otra vez.

El Ministro de Hacienda, don Pedro Rodríguez de Campomanes, asintió y se cruzó de brazos. Se había ocupado, con éxito, de recaudar subsidios para las zonas agrícolas más desfavorecidas de España gracias a la liberación de algunos impuestos que impedían el crecimiento del comercio y la agricultura. También había decretado la libre circulación de los cereales.

—Excelencia, me permito aplaudir con vehemencia vuestro pedido —el Conde de Campomanes pidió la palabra y el rey la cedió. —Las otras noches, precisamente, mantenía este diálogo con algunos señores de importancia. Es menester embarcarnos en esos itinerarios y así agigantar nuestras arcas. Una Corona rica en colonias y doblones, eso es lo que necesitamos.

El Ministro, por las tardes, solía ofrecer una tertulia en su casa, donde acudía lo más encumbrado de Madrid. Era común mezclarse con el pintor bohemio Antonio Rafael Mengs, o el arquitecto Ventura Rodríguez, el escultor gallego Felipe de Castro, el ingeniero francés Carlos Lemaur, el ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos y su hermana Josefa, el Conde de Cabarrús, Olavide, Samaniego, el escritor, y el matemático Benito Bails, cuando no, el libertino Giacomo Casanova.

—¡Bravo, Campomanes! Siempre preciso, nunca con la palabra errada —el monarca le sonrió y le echó el ojo a aquel hombrecito pequeño, moreno y feo con ganas.

La elocuencia del Conde era viva e impetuosa, llena de autoridad y

seducción. Cuando hablaba se transformaba en el caballero más guapo del mundo, tal era el poder de su decir. Y apareció en la mesa, el nombre de don Pedro de Cevallos, reconocido conquistador. Años atrás, había sido nombrado Gobernador de Buenos Aires, bajo la premisa de que apurara la demarcación de la nueva frontera con el Virreinato del Brasil, establecida en 1750, por la que se había cambiado la Colonia del Sacramento por las Misiones Orientales. Le había exigido al Virrey del Brasil la entrega de Colonia y de la isla Martín García, había fortificado el puerto de Ensenada, formado un cuerpo de Dragones, y aprovisionado las guarniciones de Maldonado, Montevideo y Buenos Aires, donde organizó la frontera con los indios de la pampa.

Pero en 1766 fue reemplazado por Francisco de Paula Bucarelli y emprendió la vuelta a España. Al tiempo, se le encomendó una misión diplomática en Francia y, desde allí, apuró el camino hasta Parma, de donde regresó acompañado por doña María Luisa de Parma, sobrina de Carlos III, prometida al príncipe Carlos, hijo del rey. A su regreso, se lo nombró Gobernador de Madrid.

El panorama cambió completamente y en abril de 1775, los portugueses atacaron y recuperaron la ciudad de Río Grande, en manos, hasta ese momento, de la corona hispana. También tomaron las fortalezas de Santa Teresa, Santa Tecla (5) y San Martín (6). El rey de España, como bólido, instó a Cevallos a que armara un plan de respuesta contra la avanzada portuguesa. El experimentado conquistador presentó una campaña temeraria: había que invadir y anexar a Portugal, aprovechando la distracción de los ingleses que andaban por los mares, concentrados en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos. La junta ministerial abrió los ojos como moneda y desechó la idea por ser demasiado peligrosa, pero aprobó la parte consignada a las operaciones contra el Brasil. El rey vitoreó y eligió a Cevallos como líder de la tropa colonizadora.

Días antes de ponerse al mando de la expedición, Cevallos recibió un informe real: debía asumir el cargo del recién creado Virreinato del Río de la Plata.

—Las funciones no se darán a conocer hasta después de que la flota se halle en altamar. Estáis enterado, señor, responded con deber

—agregó el emisario, se cuadró y se retiró del recinto.

***

A fines de 1777, Miguel desembarcó en el puerto de Buenos Aires. El viaje había sido largo, demasiado, como la peripecia de un aventurero avezado. Pero el joven Monteagudo estaba bastante lejos de aquellas vestiduras.

Miró el horizonte, descubrió que habían llegado, que el avance de la orilla sobre el mar anunciaba que faltaba menos. El mocito asomó el cuerpo, intentando llegar antes. De repente, la embarcación se detuvo. La tierra firme se encontraba a leguas de allí. Así se enteró de que el acceso al puerto de Buenos Aires era una odisea. No se atracaba como en Valencia o Cádiz. El Río de la Plata era arisco. Había que evitar el inmenso banco de arena frente a la playa, que impedía la entrada directa.

—¡Prepárense a descender! ¡Desembarco completo! —gritó el capitán. —¿Qué esperan? ¡Dormidos!

Miguel no entendía nada pero siguió a los que parecían seguros. Varias chalupas (7) se acercaron al buque, a la espera de los pasajeros. Descendió, hundió sus piernas en el barro y, como pudo, volvió a subir a la carreta de mar. Junto a algunos de sus compañeros del regimiento de Dragones se dejó llevar por esas aguas sucias de tierra hasta el Riachuelo de los navíos (8) , y de allí hasta el pozo de Santo Domingo (9) .

Durante el trayecto, la cabeza de Miguel se perdió en las recientes peripecias por las que había pasado. El lance se había hecho realidad, había logrado formar parte de la expedición de don Pedro de Cevallos. No había sido el único con aquella edad juvenil. Había que completar la poderosa escuadra de guerra y mercante, integrada por seis grandes naves, nueve fragatas, dos bombardas, dos paquebotes, el bergantín *Hopp* y noventa y seis barcos mercantes. Al presentarse frente al comandante, demostró una templanza asombrosa: el marqués de Casa Tilly lo escrutó de arriba abajo y lo sumó al personal.

La navegación de aquellos mares había sido una aventura. Tras una infinidad de tormentas y plegarias porque pensó que no contaría

el cuento, en febrero de 1777 avanzaron hacia la isla de Santa Catarina (10) . El II Batallón del Regimiento de Saboya al mando de don Antonio Olaguer y Feliú había iniciado el desembarco seguido por el resto de los batallones, sin encontrar oposición alguna. Cuando los portugueses dieron cuenta de que los realistas llegaban dispuestos a atacarlos, se retiraron presurosos. Miguel de Monteagudo estaba listo para empuñar su bayoneta. No fue necesario, continuaron con el viaje. En abril desembarcaron en Montevideo. Al mes iniciaron el sitio de Colonia del Sacramento, ciudad que ofreció resistencia hasta el 3 de junio. Volvía a ser colonia española. Tras este triunfo, Carlos III designó a Cevallos capitán general de sus ejércitos y gobernador del Río de la Plata a Juan José de Vértiz y Salcedo.

Pero la cosa no terminó ahí. Cevallos dio la orden de que debían reunirse con Vértiz y Salcedo en Santa Teresa y, él y su contingente, marcharon rumbo a Río Grande, a persistir con la ofensiva. Sin embargo, llegó carta del rey de España fechada en junio. Carlos III reclamaba que debían detenerse. En breve se firmaría el Tratado de San Ildefonso por el que Portugal cedería definitivamente la ciudad de Colonia y las Misiones Orientales, pero mantendrían su soberanía sobre Río Grande y Santa Catarina.

La mayoría de las tropas expedicionarias fueron regresadas a España, pero 930 hombres navegaron hacia Buenos Aires por orden de Cevallos. Debían prevenir posibles enfrentamientos con Portugal. Entre ellos estaba el joven Monteagudo.

Y llegaron a la orilla.

—¡Todos abajo! —ordenó el chalupero con una impaciencia de los mil demonios. Estaba harto de ir y venir.

Miguelito desembarcó, con el resto, en las inmediaciones del Alto de San Pedro (11) . Recién ahí notó que sus calzones habían desechado el carmín por un mugriento barroso. La casaca azul, que vestía con tanto orgullo, lucía manchones. Su uniforme (12) del regimiento de Dragones daba lástima. Le peleó al barro con las botas y pisó tierra firme, junto al resto de los alféreces.

Como una ráfaga desprevenida, el mozo se sintió más solo que nunca. Miró en derredor. Lo que vio le pareció triste, feo, pobre. Lo que había alimentado su imaginación durante el viaje, que el Río de la

Plata sería el paraíso, que aquella ciudad de los aires por demás buenos lo recibiría con las aspas abiertas y que de seguro encontraría aquello que tanto buscaba, quedó desintegrado. Sintió que el pecho se le estrujaba. La mano fue sola, como si tuviera vida propia, al bolsillo de la casaca. Allí descansaban sus piedrecillas de la suerte, los mismos guijarros que había recogido en las postrimerías del Júcar, aquella tarde en la que había iniciado su odisea.

—¡Vamos, señores! No se queden impávidos aquí. Dormiremos en alguna fonda esta noche y mañana nos presentaremos en el Fuerte — ordenó el teniente coronel.

Miguel apretó fuerte sus piedras castellanas y acató la orden.

1 - Sombrero blando de copa relativamente baja con una o las dos alas dobladas y sujetas a la copa con presillas o broches. Podía lucir galones y plumas.

2 - Un tipo de sombrero que inicialmente era de fieltro y con el ala ancha y doblada hacia arriba buscando la copa y formando tres picos. Es el sombrero que, luego, popularizó Napoleón.

3 - Así se lo llamaba al océano Pacífico.

4 - Pacífico Sur.

5 - Fue una fortificación construida por la Corona de España, dentro del actual municipio de Bagé, en el estado de Río Grande del Sur, en Brasil.

6 - Fortín español que dio origen al municipio brasileño de Sao Martinho da Serra, situado en el acceso norte de la ciudad de Santa María, en el centro de Río Grande del Sur.

7 - Barcazas con ruedas y calado propicio, que llevaban a los pasajeros hasta la orilla. Así se embarcaba y desembarcaba en el puerto de Buenos Aires a fines del XVIII, principios del XIX.

8 - El río, en aquellos años, bordeaba la ciudad y desaguaba a la altura de la calle Humberto I.

9 - Los fondeaderos quedaban justo frente a las iglesias costeras y de ellas recibían el nombre. Situado en la actualidad en avenida Belgrano y Defensa.

10 - Isla costera del Brasil.

11 - El primer arrabal porteño.

12 - El uniforme contaba de casaca, capa y mantilla azules, y botones dorados, calzón, chaleco y camisa encarnada con una pequeña solapa.

CAPÍTULO II

Los primeros meses en Buenos Aires fueron a pura insistencia. Miguel se hizo de pocas amistades y con la paga que recibía podía subsistir medianamente bien. Tampoco encontraba nada que lo tentara como para dilapidar las monedas del sueldo.

Le gustaba hacer largas caminatas, recorrer la ciudad. Y disfrutaba del clima, que le resultaba bastante benigno, a diferencia de su tierra. El invierno era riguroso pero nunca como en su Cuenca natal. Y cuando empezaban los calores, que a veces eran excesivos, disfrutaba de las horas del baño en el río. Con calzón y camisa se adentraba en las aguas y aprovechaba para mirar, siempre con disimulo, la refrescada de las criadas. Las patronas eran más recatadas. Se alejaban un poco para evitar las miradas curiosas, o se daban cita a horarios insólitos. A Miguel poco le importaba. Tenía ojos para las esclavas —negras, zambas, mulatas o lo que fuera—, pero siempre con recato.

El joven Monteagudo había llegado bien dispuesto para relacionarse. Y aunque la mayoría de los habitantes de aquella ciudad portuaria eran españoles como él, le resultaron extranjeros. Le parecían sumamente arrogantes, sobre todo aquellos que se consideraban o tenían un rango superior. Sin embargo, Miguel fue más astuto y supo adaptarse. No se dejó amedrentar por aquellos aires de superioridad y los trató de igual a igual. Algunos camaradas de más edad lo habían puesto sobre aviso: que si les rebates con igual ímpetu, no hay hombres más humildes, que además son inconstantes, volubles en sus tratos y en su palabra en lo que toca a intereses, que nunca más atinado el refrán que los pinta por entero, “desdigo de mi palabra por honra de mi provecho”.

—Sois unos exagerados. ¿Es tan así? Pues no me parece —dudaba Miguelito pero seguía atendiendo lo que decían.

—¿Cómo te atreves a dudar de nuestra palabra? Somos

compañeros de armas, con eso es suficiente —disparó uno de ellos.

—El más honrado trata por la mañana un negocio y lo da por concluido, y a la tarde lo deshace, faltando a lo ajustado si imagina una mayor conveniencia, sin avergonzarse de que lo tengan por hombre falto de palabra —y siguió el cacareo.

Miguel prefirió permanecer en silencio a caer en el juego presuntuoso de aprobar o rechazar aquello que ignoraba. Se perdió en cavilaciones hasta que Julián, un alférez con el que había estrechado lazos, lo regresó a la realidad.

—Migue, vamos a dar una vuelta, que estos se queden aquí, en las dependencias del cuartel —lo instó su amigo.

—Con todo gusto.

Y salieron los mozos a caminar. Por momentos se les hacía difícil, las calles eran intransitables porque las lluvias habían sido copiosas, transformándolas en un lodazal. Cada tanto aparecía una carreta atascada, impidiendo el paso. El conductor y algunos aliados empujaban, levantaban, la daban de gritos a ver si las ruedas se movían; otras eran abandonadas al paso.

—Notable que las tiren, así como así —acotaba Miguel.

—Las cosas son raras por aquí, pero mejor acostumbrarnos —respondió el amigo.

Caminaron por las estrechas veredas, arrimadas a las paredes y enladrilladas, cercadas, de tanto en tanto, por algunos postes de madera de altura considerable. Miguel curioseaba, le gustaba mirar las fachadas de las casas, fantaseaba con tener, algún día, la propia.

—¡Pero vamos, holgazán! —le gritó Julián. —¿Qué pasa que vas rezagado?

El lerdo apuró el paso pero persistió con el oteo. Las casas eran de bajos, con grandes portales de madera, galerías y ventanas escondidas detrás de rejas de hierro. Le habían contado que así evitaban los robos, aunque a veces, por las noches, si alguna dueña de casa o la servidumbre, desprevenida, se olvidaba de cerrarlas, los ladronzuelos más avispados se armaban de una caña y pescaban lo que les quedaba a tiro. Siempre y cuando no asaltara el sereno y lo atrapara con las manos en la masa. De inmediato era llevado al calabozo.

Miguelito soñaba con franquear aquellas puertas pudientes. Pero

no había caso. Había escuchado por ahí que tenían patio con parra y aljibe del que bombeaban el agua, una infinidad de habitaciones y personas que pululaban.

—¡A la pulpería se ha dicho! —vociferó Julián y enfiló hacia allí.

A unas cuadras estaba el Fuerte, que miraba, atento, al río. Defendía, así contaban, la entrada al Riachuelo. Ese era el palacio del Virrey, donde residía y custodiaba el Tesoro Real. También ahí guardaban las municiones de guerra, nunca se sabía, había que estar atento, por eso Miguel de Monteagudo había recalado allí. Para defender los mares y la tierra del Virreinato del Río de la Plata.

Donde sí se sentía a gusto era en la Plaza del Fuerte (1) . Allí se hacía, todas las mañanas, una gran feria de comestibles y se juntaban más de cien carretas cargadas de carne, hortalizas y demás delicias. Le gustaba deambular entre los peatones, recorrer las postas donde se afincaban las mulatas y sus canastos, y aprovechar algún pastelito. Nadie lo miraba mal en la feria, no se sentía observado.

Y llegaron a la pulpería.

—Ven, mi amigo, que si no apuramos nos quedamos sin lugar — Julián lo empujó y entraron.

Miguel le indicó que al fondo había una mesa vacía. A toda hora se veían hombres dispuestos y charlatanes en las pulperías de Buenos Aires. Pero habían tenido suerte, habían conseguido un sitio, aunque era un hervidero de gente.

A Miguel y Julián les gustaba ir a la esquina de Manuel Cepiane, que los atendía de maravillas. El hombre había nacido en La Coruña y le gustaba repetir el cuento como si nunca lo hubieran escuchado: que había desembarcado en Buenos Aires en *La Diligencia* , que había desertado de las fragatas y se había mantenido en los campos de Montevideo primero, donde había sido peón de obras y alguna cosita más, para luego recalar en esa bendita ciudad que le había puesto sobre sus narices esa gloriosa taberna para convertirlo en pulpero.

—¡A vuestra salud, don Manuel! —Julián levantó el vaso de aguardiente de anís.

Miguel copió a su amigo y bebió un sorbo de la suya. Ah, bonita Buenos Aires, el vergel de las oportunidades, pensó y se imaginó detrás de su propio mostrador. Cepiane siguió con su cháchara acerca

de aquel compañero, Gabriel Costa, francés de nacimiento, que había sido mayordomo de una casa en Cádiz y allí se había embarcado con unos realitos en el navío *San Lorenzo* , como galopín de cocina con grado de grumete, y había recalado años ha y puesto su pulpería ayudado por un paisano francés carpintero, pero luego la había abandonado porque no le había ido bien y puesto un estanco en Las Conchas, que no había que dejarse estar, que Buenos Aires daba oportunidades a los más despabilados.

—¿En qué estarás pensando, Migue querido? Te veo lejos de aquí —le dijo Julián y le chocó el vaso con el suyo.

El joven Monteagudo fantaseaba con su futuro. Tal vez podría hacerse la América, transformarse en un mercader, tener su negocio. Quién sabía. Y encontrar una mozuela que le hincara el ojo, lo cuidara y lo volviera loco de amor, que solo tuviera vistas para él porque, habrase visto, había que cuidarse de las muchachas de la ciudad, que avispadas venían, que él notaba, él creía, él sabía. Había escuchado por aquí y por allá que las mujeres de Buenos Aires eran las más bonitas a leguas a la redonda pero había que temerles porque eran propensas al adulterio. Todas casadas, sí, pero poco castas. Los maridos, parecía, eran celosos pero no llegaban al duelo. El pistoletazo era afrenta de otros lares, no de Buenos Aires. Decían que poco se había visto que marido alguno lavase con sangre las manos de su honra, y no porque fuera grande la honestidad de las señoras. Que los señores de allí andaban en otras cosas o miraban a ciertos lados, que no eran, precisamente, las piernas mancilladas de sus esposas.

—A mí no me pasará cosa como esa —anunció Miguel.

—¿Qué dices? ¿No ves? Si yo digo que andas en algo raro —Julián largó una risotada y miró alrededor. Seguían llegando comensales.

Y la conversación de la mesa de al lado se coló indiscretamente.

—Es que Braulio no ha tenido ánimo para sufrir las desenvolturas de su mujer y la ha puesto en manos de la justicia —enunció un caballero sin importarle que lo escuchara Dios y María Santísima.

—Que la han encerrado en la Residencia, aquella clausura que fuera de los jesuitas, donde guardan a las mujeres escandalosas por castigo —agregó su acompañante.

—A fuerza de trabajo y malos tratos las hacen ganar su sustento y,

después de purificarlas por meses, y algunas, años, haciendo de este modo patente su infamia, algunos maridos las buscan para regresarlas a la casa.

Miguel escuchaba atento lo que decían aquellos parroquianos. Y continuaron, sin tomarse un descanso, que saliendo la mujer, por la mañana, de casa de su marido sin decir adónde iba, volvió recién por la noche; y que a la pregunta del esposo por su derrotero, ella había respondido que a la Recoleta a oír misa y que se había quedado por allí con unas amigas, divirtiéndose hasta esa hora. “Que no queda bien aquel modo de proceder y que ninguna mujer decente deja su casa en la forma que ella lo hacía, para ir a divertirse sin recordar que tenía marido e hijos”, había dicho el hombre en cuestión. Que parecía que la mayor vanidad de las mujeres consistía en ser muy visitadas y para conseguirlo, se esmeraban en hacer mil halagos y mil caricias a los hombres que las visitan, sentándolos con ellas en los estrados (2) .

Miguel abría los ojos. ¿Sería verdad lo que decían esos caballeros? ¿Las mujeres de Buenos Aires eran tan abiertas, por no decir descocadas? Esas, seguramente, eran las damas de aquellas vecindades. Ricas y atrevidas. Le daban miedo, sí, pero le gustaba tanto perseguirlas con la mirada…

***

El flamante Virrey y Capitán General del recién creado Virreinato del Río de la Plata don Pedro de Cevallos estaba encantado con su nueva realidad. Había desembarcado con una larga lista de prioridades y se había dispuesto a cumplirlas. La expulsión de los portugueses de la Banda Oriental y el Brasil lo había colocado en un pedestal. Tenía la aprobación de los habitantes de Buenos Aires para intentar algunas medidas que, en otro momento, hubieran sido temerarias. Dedicó los meses siguientes a activar las relaciones con las gobernaciones —de Chiquitos, de Moxos, las Intendencias de Potosí, La Paz, Cochabamba, Charca— que habían pasado a depender de la nueva capital.

Lo primero que hizo fue aplicar la Pragmática. El 12 de octubre de

1778, el rey Carlos III firmó el Reglamento de Libre Comercio, en el marco de las reformas borbónicas, con el fin de flexibilizar el monopolio comercial existente. En la introducción expuso sus intenciones:

> *"Como desde mi exaltación al Trono de España, fue siempre el primer objeto de mis atenciones y cuidados la felicidad de mis amados Vasallos de estos Reinos y los de Indias, he ido dispensando a unos y otros, las muchas gracias y beneficios que deben perpetuarse en su memoria y reconocimiento. Y considerando Yo, que solo un Comercio, libre y protegido entre Españoles Europeos, y Americanos, puede restablecer en mis Dominios la Agricultura, la Industria y la Población a su antiguo vigor…"*

Habilitó trece puertos metropolitanos y veintidós americanos, entre los que se destacaba Buenos Aires. El soberano optó por excluir los puertos de la Guaira y Cumaná de Venezuela para proteger los intereses de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, y a México, por miedo de que la prosperidad de ese territorio provocara el interés hacia zonas más activas. Se implantaron aranceles que fijaban precios oficiales de los productos y los impuestos a pagar. El Reglamento apuntaba a desarrollar los intercambios entre España e Hispanoamérica dentro de un marco de protección y vigilancia.

Fueron meses aciagos. La mejor disposición para el comercio motivó un aumento en la producción de carretas. Había que movilizar la mercadería por tierra, de sur a norte y de este a oeste. Esto estimuló la agricultura y el Virrey se ocupó de regular el horario de las faenas, la alimentación diaria de los peones y el nivel de salario que percibirían. Los trabajadores dieron cabriolas de felicidad y brindaron, a los gritos, por la concesión lograda. Pero claro, se establecieron penas para los ebrios y jugadores. Cevallos intentaba poner orden, así exclamaba. Como el trabajo se multiplicaba, favoreció el comercio de esclavos negros.

Pero la salud empezó a jugarle una mala pasada y, viendo que sus servicios militares y navales habían sido cumplidos, Cevallos pidió un

relevo. Era bien conocido el mal disimulado encono de don Pedro para con Juan José de Vértiz y Salcedo. Cevallos había ocultado las grandes dotes militares de Vértiz a Madrid, especulando que su sucesor en el cargo fuera alguno de sus lugartenientes, Victorio de Navia o el marqués de Casa Cagigal. Pero las intrigas no arribaron a buen puerto. Carlos III estimó conveniente nombrar a Vértiz como el sucesor. Había dado sobradas muestras de entrega y profesionalismo en sus anteriores servicios. Los recomendados de Cevallos no contaban con los avales necesarios.

Llegó el nombramiento del nuevo Virrey del Río de la Plata con todos los honores y el 30 de junio de 1778, tras la entrega del mando, Cevallos partió desde Montevideo hacia España, a bordo del navío *El Serio* .

Vértiz se esmeró durante su Virreinato. Quiso transformar a Buenos Aires en una capital que refulgiera. Quería competirle al Virreinato del Alto Perú. Apenas colocado un pie en el Fuerte, ordenó que se llevara adelante un censo, el primero. Necesitaba saber cuál era la población de Buenos Aires. El oriundo de Mérida de Yucatán desarrolló la economía regional, colonizó tierras deshabitadas e instaló intendencias por todo el Virreinato. Creó el primer establecimiento permanente en la costa de la Patagonia, donde estableció las fundaciones de San José y Carmen de Patagones.

En agosto de 1779 fundó, sobre un solar de la calle del Empedrado (3) próximo a la esquina del Presidio (4) , una Casa de Niños Expósitos. Luego de ser acondicionada y bajo la dirección de don Martín de Sarratea, la casa comenzó a funcionar. La primera niña admitida fue bautizada Feliciana Manuela. La alegría fue multitudinaria, la negrita tendría un sitio donde vivir. Pero la salud no la acompañó y murió al poco tiempo.

Atento a lo que sucedía en Europa, el Virrey intentó agrupar a los artesanos en diferentes gremios. Y, amante del buen vivir, dio inicio al arreglo de las calles, que estaban más cerca del pantanal y promovió el empedrado. También inauguró el primer teatro de la ciudad, *La Ranchería* .

—Al teatro, no solo lo conceptúan muchos políticos como una de las mejores escuelas para las costumbres, para el idioma y para la

urbanidad general, sino que es conveniente en esta ciudad que carece de diversiones públicas —sentenció el Virrey.

Se eligió un terreno que pertenecía a la Compañía de Jesús, que había oficiado de depósito de los frutos y productos de sus misiones.

En marzo de 1780, gracias al aumento importante de la población de la ciudad, Vértiz transformó el Batallón de Españoles de Buenos Aires en regimiento con dos batallones, que pasó a llamarse, oficialmente, Regimiento de Infantería de Milicias. Y en octubre, buscando diferenciarse de su predecesor, empezó a dar de baja el Cuerpo de Dragones. Quería armar su propio cuerpo de soldados capaces de defender el Virreinato. Nunca se sabía, había que prevenirse de las invasiones. Los Dragones eran de Cevallos, él quería renovar. Aires nuevos para su ciudad.

1 - Hasta 1583 se llamó Solar del Adelantado. Sede de la Compañía de Jesús hasta 1608. Plaza de Armas hasta 1661 y Plaza del Fuerte hasta 1811. Plaza 25 de Mayo hasta 1880, actualmente Plaza de Mayo.

2 - Herencia de la cultura arábiga, el constituyente del salón de recibo durante el siglo XVIII, hasta los albores del XIX. Consistía en una plataforma de madera, cuadrada o rectangular, de unos 45 cm de alto, rodeada por una baranda de madera, también con una pequeña entrada a su frente, con una escalerilla de dos o tres escalones, arrimado al lado opuesto de la pared cabecera del salón. Tapizado con alfombras y encima cojines, y en su centro, en invierno, se ponía un bracero. Las mujeres de la casa y sus invitadas se ubicaban en esos cojines, sentadas a la turca, y los hombres estaban de pie, alrededor del estrado, pudiendo apoyar uno de los pies allí y un brazo sobre la baranda, para poder conversar mejor. El dueño de casa solía tener, en la cabecera del estrado, un sillón de respaldo y brazos, desde donde recibía y presidía las reuniones.

3 - Desde 1769 a 1808, la calle Perú se llamaba San José, aunque todos le decían del Empedrado o del Correo.

4 - De 1769 a 1808, la calle Alsina se llamaba San Carlos, más conocida como del Presidio (Manzana de las Luces).

CAPÍTULO III

Debía buscarse una vida. De nuevo como había empezado pero con algunos años más y en un país que no era el suyo. En Cuenca, en últimas instancias, tenía algún familiar a tiro, alguien a quien confiarle su desasosiego. En Buenos Aires estaba solo.

¿Cómo se les había ocurrido desbaratar su regimiento, el Cuerpo que le daba cuerpo? Sin los Dragones de escudo, como amparo, Miguel no sabía qué hacer, hacia dónde ir. Además, en cualquier momento, se quedaría sin su salario.

Tras unos días de darse por enterado, Miguel se encontró con su camarada en la plaza y lo encaró.

—Julián, ¿cómo estás? —le palmeó el hombro con cuidado. —¿Delicioso el pastelito?

El mozo saboreó el último bocado del dulce y se quitó las migas de la boca a manotazos. Los amigos se fundieron en un abrazo.

—¿Pero dónde te habías escondido, Miguel? Ha pasado demasiado tiempo sin noticias tuyas.

Se apartaron unos pasos de la ruidosa multitud. Los vendedores ambulantes ofrecían su mercadería a viva voz, los grupos de amistades, desperdigados por aquí y por allá, dialogaban sin hacerse eco del hormigueo de la plaza.

—Es que me he quedado preocupado con el rumor que circuló por el cuartel —Miguel le clavó los ojos, esperando que su amigo le ofreciera tranquilidad. —Escuché que el Virrey dará de baja nuestro regimiento.

—Ahí está el problema, Migue querido, no nos pertenece. No debes apropiarte de nada. Y sí, eso parece, pero no debes preocuparte.

—¿Cómo es que no? ¿Y de qué viviré? No puedo entender que nada te altere, Julián.

El joven largó una carcajada y pateó con suavidad un montículo de

tierra. Metió las manos en los bolsillos y miró a su amigo.

—No estamos acabados, tenemos toda la vida por delante —le dijo, confiado—, y cuando los Dragones cierren la puerta y arrojen la llave, me apuntaré a otra tropa. Soy soldado, no me quedaré sin guarnición.

Miguel se le quedó mirando sin verlo, como si aquellas palabras lo sumieran en una realidad inquietante. Su amigo hablaba convencido, sin vacilaciones y él estaba lejos de aquellas sensaciones. No estaba seguro de nada, no pisaba suelo firme, era pura incertidumbre. Y eso le provocaba un malestar que le daba poca gracia.

—Vamos, caminemos un rato —le propuso Julián, dando cuenta de la intranquilidad de Miguel.

Sin una dirección establecida, terminaron en las inmediaciones del riachuelo. Julián le propuso bajar a la orilla. A una distancia prudencial del agua, se sentaron. Permanecieron un buen rato con la mirada perdida en el horizonte. La placidez de Julián se notaba en su boca, dibujada en una tenue sonrisa. No aparecía esa misma calma en el semblante de Miguel. Tenía la mandíbula tensa, como si buscara morder su destino. ¿Y cuál sería? No venía de familia militar, no llevaba el ímpetu marcial en la sangre, no era como su amigo.

Como si lo hubiera adivinado, Julián intentó llevarle paz al cuerpo atribulado de su amigo.

—Tranquilo, Migue, que la vida no se acaba en un uniforme. Hay tanto más para acicatear las ganas, no estás entre la espada y la pared —le dijo.

El joven le regaló una sonrisa, todo parecía fácil en boca de Julián. Sin embargo, solo veía puertas y ventanas cerradas. No sabía a quién recurrir.

—A ver, ¿qué te gusta hacer? ¿Para qué te sientes capacitado? —insistió Julián.

Miguel se rio por primera vez. Recordó a su madre cuando, luego de reprenderlo por alguna travesura, de pequeño, le hacía aquella misma pregunta. Lo tomaba de la mano, se hincaba para ponerse a su altura, le preguntaba qué le gustaría hacer. Sintió nostalgia de aquellos primeros años, de aquella infancia feliz que duró demasiado poco.

Le respondió que no sabía, que había dado por supuesto que la vida ya estaba resuelta pero su castillo se había derrumbado. Julián insistió, no iba a dar por terminada la conversación. Le rebatió su inconsistencia con una infinidad de posibilidades: que sabía beber, que era medido y no había que socorrerlo, borracho y tendido, cada que vez que se tomaban una copa, que tampoco comía hasta indigestarse como varios de los camaradas que debían ser asistidos por una carrada de doctores, que sabía ahorrar y no compraba de fiado como hacían algunos, que era honesto y buen amigo y mejor consejero.

—Gracias por tus palabras, Julián. Eres muy generoso.

—Nada tienes que agradecer, Migue. Soy honesto al decir lo que digo. No hablo por generosidad o embuste.

El joven Monteagudo bajó la mirada y escondió una sonrisa. Le gustaba escuchar a su amigo, le complacía que le revelara unos atributos que desconocía, pero era algo retraído y no supo cómo responder.

Permanecieron un rato más en la bajada de la Alameda, hasta que el sol empezó a abandonar el cielo. Antes de que oscureciera se incorporaron para emprender el regreso. Los dichos de Julián se instalaron en la mente de Miguel. La búsqueda del destino perdido se transformó en su cometido.

***

Durante los meses que siguieron, el joven Monteagudo se dedicó a forjarse un futuro. Entendió que una buena opción podría ser la pulpería. Empezó a estudiar el negocio y aprovechó la locuacidad de Cepiane, que no cejaba en recomendaciones, obstáculos a atender y cháchara. El pulpero parecía un trovador y Miguel sabía escuchar.

—Pues estas son casas de abasto, en las que se vende todo lo que venga en relación a lo comestible y bebidas por menor, Miguelito —empezó Cepiane, sin abandonar las demandas de los parroquianos.

El españolito apuntaba en el aire lo que se precisaba para ser propietario de una pulpería. Las había de mayor jerarquía —para esas era menester contar, como mínimo, con unos 200 pesos para invertir —, eran la gran fantasía de Miguel, pero si no, estaban las de mediano

rango y, para mejor, más accesibles. El despacho era una sencilla estructura de tablas, mostrador y estantes. En algunas, el mostrador era rebatible, construido con tablas viejas, con cajón y cerradura. Era fundamental el cerrojo y su vuelta de llaves, no fuera ser que algún amigo de lo ajeno metiera mano en la recaudación diaria. No faltaban las sillas de paja o de baqueta, o bancos para sentarse, y las mesas, siempre dependiendo de la amplitud del salón. Nunca podían faltar las vidrieras interiores, donde se exhibían los dulces, las tortas y los pastelitos para tentar a la clientela. La balanza romana era fundamental, también los barriles, los frascos, los sacos y las tercerolas. Algunas, al fondo, tenían cortina para ocultar a quienes jugaban y no querían ser molestados.

Miguel quedaba en estado de fascinación por la araña de hierro que iluminaba lo de Cepiane. Él pondría la suya en su despacho de bebidas y comestibles, le daría elegancia y convocaría a lo mejor de Buenos Aires.

Don Cepiane le ofreció trabajo. Miguel dio el sí sin siquiera preguntar. Debía juntar dinero para abrir su comercio. Recibió la orden de presentarse en la puerta a las 5 de la mañana para ordenar todo, recibir mercadería, hacer los inventarios, estar al tanto de lo que faltaba y no reponer lo que había. De la retribución ni se habló pero cuando llegó el momento de extender la mano, la pila de monedas fue tan rala que pensó que se había confundido. Pues no. La ilusión de hacerse rico en poco tiempo para ser propietario voló de un plumazo. Se dio cuenta de que había que trabajar en serio, de sol a sol, y que de vida, poco.

Julián se apuntó a la Infantería de Milicias y, cuando tenía libre, pasaba por la esquina de Cepiane a visitar a su amigo.

—¡Migue! Salgamos un rato, ¿me acompañas a una diligencia? — le preguntó apenas franqueó la puerta.

Miguel había terminado de ordenar unos canastos con mercadería y pasaba el trapo en los estantes. Miró a su patrón y este sacudió la mano, una y otra vez, y le dio el permiso. En un movimiento se puso la casaca y salieron a la calle.

—Cuidado, Julián, que no te tropieces con el Severo. Pobre hombre, de tanto beber, cae redondo en la vereda y así pasa las

noches.

Rodearon al cuerpo beodo del hombre, quien, cuando no, se quedaba dormido allí dentro. Cepiane le hacía el favor y lo guarecía de la noche a la intemperie. Era común ver a algunos asiduos concurrentes, aturdidos por el alcohol, vociferando o mofándose de los que pasaban por allí, o incluso reclamándoles que los convidaran con algún vaso de aguardiente o de vino, o de lo que tuvieran a mano y resultara fuerte al paladar.

Habían dado las seis campanadas y los serenos comenzaban a encender los faroles. Era invierno y comenzaban a levantarse las neblinas de río. Miguel se cerró la chaqueta, no quería que le diera un acceso al pecho. La humedad calaba los huesos.

—¿Adónde te acompaño, Julián?

—Nos vamos a un sarao al que fui invitado. Un compañero de armas me confió que se celebraba una tertulia esta tarde, que allí me esperaba —su amigo lo rodeó con el brazo y aceleró el paso.

Miguel quiso detenerse pero el apuro de Julián se lo impidió. El amigo estaba ansioso, contento, hilarante y a él lo llenaba de incomodidad entrar a una casa que no conocía. Era corto, un poco tímido, un mozo de pocas palabras. Pero Julián no se dio por aludido, le palmeó el hombro y siguió.

Llegaron, la reunión era a puertas abiertas, había cerca de cuarenta personas distribuidas por la casa. Julián entró con paso firme, seguido por un Miguel más vacilante. Los “buenas noches”, “amigo querido” y demás demostraciones de bienvenida resonaban como eco. Miguel se apostó cerca de la mesa, se sirvió una bebida y se dedicó a mirar. Julián encontró lo que había ido a buscar: una mocita guapa y altanera con la que había empezado a construir un ida y vuelta sensual.

—Ven, Migue, que te presento a la damita más preciosa del Río de la Plata, misia Ana Gracia —lo llamó con ímpetu.

Se acercó, no tuvo opción aunque hubiera clamado por que la tierra lo tragara.

—Buenas noches, señora —tomó la mano que le extendió y la rozó con sus labios.

Ana Gracia movió apenas la cabeza, murmuró algo imperceptible y

volvió a atender a su caballero. Retomó el hilo de la conversación y provocó a su interlocutor, que si era capaz de emular a aquel hombre que había cumplido el requerimiento de tal señora que, cansada de su marido, había convidado a un amigo para que se deshiciera de él, que lo matara; que a cierta hora de la noche se abriría la puerta para que pudiera llevar adelante la ejecución y, determinado el plan, llegó el caballero en cuestión, golpeó la puerta suavemente, la señora mandó a su esclava a que le abriera y lo guiara hasta los aposentos donde dormían marido y mujer. El hombre entró y, a puñaladas, lo hizo dormir eternamente.

—¿Haría algo así por amor, señor? —preguntó Ana Gracia, con soltura, batiendo su abanico.

Miguel no dio crédito a lo que había escuchado pero disimuló el pavor. Julián rio a carcajadas y con la mano quitó un rizo díscolo de la cara nívea de su dama. Siguieron metidos en el cortejo, el resto era inexistente para ellos. Miguel contuvo el aire y se alejó de a poco. No tenía nada que hacer.

En la sala, tocaban el pianoforte y la guitarra, y varias parejas se entregaron al arte de la danza. Los convidados se divertían, nadie mostraba una mala cara o un gesto de pocos amigos. Miguel sintió que estaba de más, que nadie reparaba en él y lo que veía no le placía demasiado. Era un extranjero.

Depositó el vaso sobre una de las mesas de reparo, levantó las solapas de su casaca y salió a la calle. El viento frío lo despabiló, el alivio era inmenso. Le resultaba difícil vivir en esa ciudad porteña. Buscaba un cobijo que se negaba a aparecer.

***

En octubre de 1780, el Virrey emitió un bando que fue leído en la plaza pública ante una audiencia multitudinaria. Vértiz era querido por los habitantes de Buenos Aires y cada decisión que tomaba era aceptada con algarabía.

Tras la presentación de rigor, con los títulos, blasones, escudos y órdenes, el servidor carraspeó, escrutó a la concurrencia anunciando que llegaba el decreto de Su Excelencia y siguió:

—Por la presente ordeno y mando a todos los vecinos y moradores

de esta ciudad, y su jurisdicción, observen y cumplan lo siguiente —levantó una ceja para continuar. —Primeramente que ninguna persona ande de día ni de noche, con dagas, puñales, rejones, cuchillos, macanas… Si fuese español o persona de privilegio de tal, de ser desterrado a las Malvinas o las obras de Montevideo, a ración y sin sueldo, por término de seis años. Y si fuese negro, doscientos azotes por las calles públicas de esta ciudad y de tres años de destierro a dichos presidios.

Se escuchó un murmullo en ascenso. La plaza empezó a inquietarse. ¿Y por qué no se podía llevar una punta? Uno nunca sabía qué podía depararle la noche, y quién sabe el día. Además, la aparición de algún animal a destajo bien merecía una defensa a hierro y sangre. Entre los presentes, Miguel y Julián escuchaban y se miraron con alarma.

—Yo ya no llevo armas conmigo, Julián, pero ¿y tú? —Miguel se rascó la cabeza y volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Quiero creer que esto no va indicado a las milicias ni mucho menos —advirtió Julián.

Ya era un alboroto generalizado pero llegaron a escuchar que los carniceros quedaban eximidos, aunque se limitaba el uso y la portación de armas filosas al campo, y a quienes estaban en guerra con los indios, se les permitían las armas de fuego, siempre y cuando fuera dentro de los límites urbanos.

—¡Quinto! Que todas las tiendas, pulperías y cuartos de oficio que tengan a la calle, pongan de noche faroles en las puertas; que no se permiten juegos, cenas y otras concurrencias —voceó el servidor.

Miguel codeó a su amigo. Se hizo a la idea de que le hablaban a él. Aquello era todo lo que sucedía en la esquina de su patrón, salvo lo del farol, que bien iluminada estaba esa calle. Se puso pálido.

—Tranquilo, Migue, no pasa nada —murmuró Julián.

—No sé, no sé, en cuanto don Cepiane sepa de esto… —el muchacho negaba con la cabeza y buscaba respuestas. —Anda esquivo el patrón, algo pasa.

—¡Seis! Que en la casa de juegos de Truco, ni otras particulares, se permiten juegos de envite…

Y la bulla volvió a encenderse. El descontento empezaba a notarse,

sin embargo, todo parecía estar controlado.

—¡Ocho! Que ninguna persona saque de esta ciudad y su jurisdicción, mulas, vacas, novillos, sebo, trigo ni otros frutos, sin licencia de este Gobierno, pena de doscientos pesos.

Las mulas eran el gran negocio para transportar mercaderías y caudales. El Virreinato no se quería quedar sin su tajada.

—¡Nueve! Que se prohíben los bailes indecentes que al toque de tambor acostumbran los negros. Se prohíben las juntas de que estos, los mulatos, indios y mestizos tienen para los juegos que ejercitan en los Huecos (1) , bajos del Río y extramuros, pena de doscientos azotes.

Miguel frunció el ceño y buscó los ojos de Julián. Con lo que le gustaba perderse entre el redoble de los tambores, mirar el vaivén de esos cuerpos, asimilar esa alegría, la belleza morena, con esa sonrisa ensimismada, protegida de cualquier embate. Pues parecía que ya no quedaría nada de aquello. Julián movió la cabeza en silencio.

—¡Diez! Que las canchas de juego que hay en el bajo del Río, que sirven de noche para abrigo de maldades, los dueños deban cerrarlas… siendo negro, mulato, indio o mestizo, dos años de destierro a las Islas Malvinas.

El servidor siguió con la enumeración de prohibiciones y demás controles urbanos. El Virrey necesitaba ordenar al pueblo. Los residentes acaudalados empezaban a reclamar, no querían desmanes y temían el avance desde extramuros.

—¡Veinticuatro! Que todos los vagabundos y personas que no viven de su trabajo, salgan de esta ciudad o desterrados a las Islas Malvinas.

El Virreinato exigía la papeleta de trabajo. Ahora quien no la tuviera al día o no la hubiera poseído nunca, sería perseguido. El servidor acabó con el discurso, pegó la vuelta y apuró el paso hacia el puente levadizo del Fuerte. La plaza se empezó a dispersar y los amigos se dirigieron hacia una de las calles aledañas.

—¿Qué vas a hacer Julián?

—Prestaré más atención en el cuartel. Creo haber escuchado que hablaban de un levantamiento lejos de aquí. Quién sabe…

—Yo espero que Cepiane no levante.

—¿Por qué se te ocurre semejante cosa, Migue?

—No sé, algo me dice que se acercan tiempos nada buenos. No veo limpio, lo único que distingo con claridad es una figura oscura…

—Me haces estremecer, vamos, amigo mío. Cambia el talante —y le dio un abrazo apretado. —Y me acompañas a una tertulia uno de estos días, se ha dicho.

Julián se rio y se despidieron. Miguel, cabizbajo, emprendió la marcha.

1 - Así se le decían a las plazas.

CAPÍTULO IV

Miguel estaba apesadumbrado, se sentía solo. Y lo estaba. Su único amigo había sido reclutado para combatir, en el norte, contra las huestes de Túpac Amaru. De un día para el otro, Julián había sido incorporado a la tropa beligerante para emprender el viaje, sin siquiera despedirse de Miguel.

En noviembre de 1780, el curaca (1) José Gabriel Condorcanqui, cansado de los vejámenes económicos y sociales sufridos por el campesinado indígena, planeó una revuelta contra el corregidor (2) de Tinta, don Antonio de Arriaga. Los ánimos estaban colmados, habían sido despojados de las mejores tierras y reducidos a la servidumbre, eran marginados por la sociedad colonial.

Luego de apresar y enjuiciar a Arriaga, ordenó que se lo ahorcara en la plaza Tungasuca, frente al pueblo. Arengado por su tropa, el líder de la revuelta expuso sus objetivos: la abolición de las mitas (3) y el reparto de efectos (4) . Auspiciado por su gente, asumió el nombre de Túpac Amaru Inca y redactó un bando por el que decretaba la emancipación de los esclavos africanos y su descendencia nacida en el Perú.

—¡Exhorto a todos los españoles decentes, a la Iglesia y a quienes mantienen lazos amistosos con la población peruana a unirse a la lucha contra las hostilidades e injurias de los europeos! —vivó Túpac Amaru, con su mirada fiera.

Siguiendo las tradiciones incaicas, primero movilizó a su gente, a sus familiares y allegados de la provincia de Tinta. Entraron en cuanto poblado rural hubiera y así comenzó el reclutamiento. La sola idea del posible retorno de un gobernante inca alimentó la insurrección. Sin embargo, pese a los esfuerzos de los rebeldes por controlar los rumores y la información, las nuevas de la ejecución de Arriaga arribaron a la ciudad de Cusco. De inmediato, se financió y formó un

ejército de 1500 milicianos y voluntarios, apoyados por los pueblos cercados, dirigidos por sus curacas. A fines de noviembre, Túpac Amaru y sus hombres derrotaron a las fuerzas enemigas en la batalla de Sangarará.

El líder indio y su esposa y consejera Micaela Bastidas se alegraron con el triunfo pero supieron que debía primar la cautela. En Lima, mientras tanto, el Virrey Jáuregui se ponía a tiro con las novedades. Al enterarse de la derrota sufrida, envió armas, hombres y la orden tajante de buscar reclutas hasta debajo de las piedras.

Pasaron las semanas, llegó el nuevo año con avanzadas y recules de ambos bandos. Y el Virreinato del Alto Perú buscó alianzas, dinero y lo que le facilitaran cruzando fronteras, para aniquilar al jefe indígena. Las cosas habían pasado de claro a oscuro, la clase pudiente apretaba clavijas y exigía volver a las aguas calmas del pasado.

El Virrey temía, ya no por su cargo, sino por su vida. Mandó correspondencia urgente al Río de la Plata, necesitaba colaboración. Puso en autos a Vértiz de los sucesos desarrollados en su país. Estaban a una infinidad de leguas de distancia, pero Jáuregui lo atemorizó con el avance de Amaru hacia el sur. Los levantamientos se multiplicaban y galopaban hacia las provincias del Norte, con Jujuy a la cabeza.

—En estos parajes reconozco, sino una declarada adhesión a las turbulencias que hoy agitan al Perú, a lo menos una frialdad e indiferencia al oír los horrores que se cometen, que me cuestan bastante cuidado, y más que todo, al hallarme sin tropa con qué hacer respetar y sostener los derechos de Su Majestad —le confiaba Vértiz a sus ministros.

Los dos virreyes pensaron juntos el remedio para tantos males. Jáuregui dispuso que el visitador general don José Antonio Areche pasase al Cusco con el mando absoluto de Hacienda y Guerra, y nombró al mariscal de campo don José del Valle inspector de tropas, al coronel de Dragones don Gabriel de Avilés y otros oficiales para que dirigieran las armas contra los rebeldes. Vértiz confirmó la elección que había hecho el presidente de Charcas, el teniente coronel don Ignacio Flores, declarándolo comandante general de todas las provincias que estuviesen alteradas, con inhibición de la Real Audiencia del Plata, concediéndole amplias facultades para obrar

libremente.

El Virrey Vértiz aún no enviaba hombres. Aunque sí envió un fiscal para que viera e informara. El doctor Pacheco arribó a mediados de enero de 1781. En su vista no hubo dudas ni vacilaciones: el rebelde Túpac Amaru Inca era un pérfido de peligro. Había que aprehenderlo y detener a los insurgentes a como diera.

El Virrey del Río de la Plata dio cuenta de los conceptos de su enviado y dictó su providencia. Afirmó en constancia sobre los horrendos y escandalosos delitos en los que había incurrido el indio, haciendo constar las hostilidades con que había invadido los estados, provincias y vasallos fieles a su mando, turbar la paz de los pueblos e introducir en ellos el fuego de la guerra, la inminencia del peligro y necesidad de acudir a los gravísimos daños. Vértiz declaró a Túpac Amaru rebelde a su Majestad y enemigo del Estado y mandó a hacerle la guerra. La única manera de revertir la rebelión era por medio de un solo golpe de mano diestra: había que extirpar el origen de todos los males que padecen los pueblos, segar la cabeza del indio. Diligente, ofreció 20 mil pesos corrientes de plata acuñada en cualesquiera de las cajas del Virreinato, a quien lo entregara prisionero. Sin más preámbulos, el Virrey envió la tropa rumbo al Norte. Julián fue de la partida.

La capital del Virreinato del Río de la Plata se transformó en una residencia deshabitada. Se reclutó a una infinidad de milicianos que partieron sin protestar. A la hora del reclutamiento, Miguel también fue examinado. Por esos días sufría por el aire húmedo que venía del río, le costaba respirar. Fue vetado, de los pocos que permaneció en la ciudad. Buenos Aires se convirtió en una ciudad sin hombres.

***

De buenas a primeras y sin despedida mediante, la pulpería cerró sus puertas. Al despuntar el sol, como todos los días, Miguel llegó a la esquina de Cepiane. El patrón no estaba, las alacenas vacías, la mercadería brillaba por su ausencia. El joven se quedó de una pieza, no entendía lo que pasaba. Al rato, como una aparición, llegó uno de los vecinos de la cuadra y lo puso sobre aviso: que cómo era que desconocía los sucesos, que el pulpero había cerrado, que las cosas no

andaban bien, que tras las nuevas normativas y la guerra todo se le había complicado, que ¿cómo, muchacho, no lo ha puesto sobre aviso?

Miguel levantó los hombros y no dijo palabra. Así como llegó, pegó la vuelta y se refugió en su cuarto. El mundo se le vino abajo. ¿Qué haría ahora? Sin trabajo y más solo que nunca, un miedo que no había sentido antes lo embargó. Recordó que las nuevas normativas impuestas por el Virrey perseguían a los vagos y ociosos.

Pasaron las semanas y la única actividad que Miguel llevaba adelante era caminar hasta la Plaza del Fuerte para perderse entre los feriantes, las vendedoras y los curiosos. Quién sabía, tal vez allí, entre tanta gente, podría toparse con la solución al problema en el que estaba sumido, encontrar trabajo, alguien que lo socorriera, que le enseñara, que lo avispara.

Tenía una intuición sorprendente. Advertía, como si desbordara en experiencia, próximo a quiénes debía plantarse. Y con un gran disimulo, abría los oídos cual hoja de palmera y escuchaba los diálogos, que casi siempre eran transacciones comerciales.

—La negrita que comprare, no sea de las que hayan vendido en esa ciudad sino enteramente bozal, pues cuando las porteñas se deshacen y venden alguna de aquellas, es porque han reconocido su mal genio, flojera y otro algún grave defecto —señaló un caballero, vestido de punta en blanco.

—Es lo que hay, Ruiz Tagle —recibió como respuesta.

—Estoy cansado, Prieto y Pulido, viajo desde lejos y no estoy para respuestas vagas.

Miguel estaba en presencia de dos comerciantes de esclavos. En varias oportunidades se los había cruzado en la plaza. El tal Prieto y Pulido, de nombre Facundo, era residente de Buenos Aires y abogado activo. Pero, sobre todo, atento y vigilante para emprenderla en cuanta oportunidad se le presentara. Había peleado con uñas y dientes para lograr unas tierras pertenecientes a los Recoletos y el pleito lo había vestido con ropajes *non sanctos* . Había acumulado poder y dinero a costa de otros. Poco le importaban las sotanas, o Dios Todopoderoso o Santa María Virgen. El fin justificaba los medios.

—En fin, don Facundo, no vengo de pleitos, así que cómpreme una criollita, bien sea de las Temporalidades, o de algún vecino de la

ciudad, y que no pase de los 10 años —refutó Juan Antonio Ruiz Tagle. —Y si no la consiguiera por aquí, tráigamela de Córdoba.

También circulaban por la plaza los hermanos De Escalada, don Antonio y don Francisco, destacados integrantes de la sociedad, apurados por concretar la venta de dos mulatos, Martín y Josef, como de 25 años cada uno, señalados como aviesos. Muchos caballeros se deshacían del sobrante, como don Francisco Urdaneta, presto a despachar a su esclavo Benito, que le había servido desde el arribo a aquellas provincias, y por infiel, quería hacerlo dinero. Don Martín de Sarratea había depositado al negro Lázaro, de su propiedad, en la carreta de un tal Ribas para ser entregado en Chile, a don Hilario de Almandoz. En el carro aguardaban el negrito Domingo, como de 14 años, y la negra Ana, de 18, para otra transacción trasandina.

El comercio de esclavos y productos, y lo que apareciera a la venta, era moneda corriente en la plaza. Miguel no tenía nada para vender y poca posibilidad para comprar, pero prestaba suma atención a las negociaciones, de un lado y del otro. Admiraba la sagacidad de algunos. Él no la tenía, se sabía ingenuo e incapaz de mentir. Pero a veces pillaba las mentiras de los otros. Era bondadoso, no le gustaba poner a nadie en aprietos. Le interesaba ser testigo y ya.

Lo que descubrió, luego de meses de observar, arrimarse a los carreros, muleros y empleados, fue que en Buenos Aires, para un simple trabajador sin escudos ni tintineo de monedas, la situación se había puesto más que difícil. Desde varios pueblos llegaban para vender sus productos y muchos vociferaban que era mejor alejarse de la ciudad, que la ganancia estaba, para ellos, en otras provincias. Tucumán era la más nombrada.

Y llegó la noticia, mucho tiempo después, de que el levantamiento de Túpac Amaru había sido reprimido. El líder indígena había sido apresado y, tras pasar casi un mes en condiciones infrahumanas, lo habían retirado de la celda, obligándolo a que fuera testigo de la ejecución de sus aliados, su esposa y sus hijos. Luego, había sido atado de pies y manos a las cinchas de cuatro caballos, montados por jinetes realistas. Al grito de justicia, cada uno había tirado para su lado para desmembrarlo, pero no hubo caso. “¡Fuerza!”, habían repetido y las cuerdas se habían tensado más. Los ojos del revolucionario habían

permanecido abiertos y vivos. El visitador Areche, entonces, había bramado que lo decapitaran y descuartizaran. Los pedazos de cuerpo del indio habían sido vareados por los pueblos para que aprendieran lo que les pasaría si se atrevían a soliviantarse. Las últimas palabras de Túpac Amaru Inca, en aimará, habían sido: "*Ccollanan Pachacamac ricuy auccacunac yahuarniy hichascancuta* (5) ".

Miguel se enteró del destino fatal de su querido amigo. Julián no había salido vivo de uno de los enfrentamientos. Más que nunca, ya nada lo retenía en Buenos Aires. Con la papeleta del licenciamiento de los Dragones en mano, gestionó su pasaporte rumbo a Tucumán. Cuando al fin llegó la firma, acomodó unos pocos trastos sobre una mula y salió a los caminos.

***

A principios de 1784, Miguel llegó a San Miguel de Tucumán, tras un viaje colmado de contratiempos. La ciudad le dio la bienvenida o eso quiso creer. Era el segundo poblado en importancia de la Intendencia de Salta de Tucumán y el paso obligado en la ruta comercial que empezaba en Lima, la capital del Virreinato del Alto Perú. Aquello fue primordial para que Miguel eligiera su nueva residencia.

No era el único novato en esas cuestiones. Había cantidad de jóvenes y no tanto, que buscaban un porvenir en esa ciudad. Supo acomodarse, entendió con quiénes debía negociar y encontró una pequeña estancia para alquilar. Allí se armó una modesta tienda de venta de licor al menudeo al frente y, al fondo y detrás de una cortina, dispuso un catre con una mesa y una silla, que oficiaba de morada.

Trabajaba de sol a sol. Al fin estaba conforme. Y tan amable y bien dispuesto era, que rápidamente se corrió la voz de que la diminuta pulpería de Monteagudo era enorme como la amabilidad de su dueño. Hasta allí se llegaban los parroquianos pero, con el tiempo, privilegió a algunos clientes que le compraban con asiduidad, llevándoles el pedido hasta la casa.

Uno de los clientes más destacados —sino el más— era el comerciante, don José Ignacio Garmendia y Aguirre. Una vez por semana se acercaba a la residencia del caballero oriundo de Gainza,

un poblado de España. La servidumbre lo recibía en la cocina, le ofrecían algo para beber y, si tenía suerte y llegaba a la hora justa, podía recibir alguna delicia preparada por la cocinera, dueña de una mano de oro.

—Venga, don Miguelito, pruebe mi mazamorra, que como esta no encontrará otra. ¡La mejor del Virreinato! —carcajeó la retinta Soria, cocinera pretérita de los Garmendia.

Le corrieron la silla y lo sentaron de sopetón. El resto de las esclavas lo rodeó, la presencia del joven pulpero les dibujaba una sonrisa expectante.

—No se olviden de avisarle al señor que le traje lo que pidió —reclamó Miguel y metió la cuchara en el cuenco. Se relamió y volvió a llenarse la boca.

Las criadas se reían, la cocina se llenó de bulla y excitación. Y de repente, desde el patio, entró una mocita con su canasto repleto de higos.

—A ver, Catalina, cómo están; muéstrame la cosecha —le pidió la propietaria de la cocina.

—Mire, doña Soria, están maduros, listos para comer —le dijo la cholita.

Miguel abandonó la cuchara por un segundo y escrutó a la recién llegada. Quedó impertérrito y ni siquiera buscó disimularlo. Esos ojos negros, su color moreno, la boca sinuosa, lo pasmaron. El resto de las esclavas se lo hizo notar y lo imprecaron.

—Disculpe, doña Soria, que le estoy interrumpiendo el trabajo. Ya me voy, se hace tarde —Miguel se levantó, se calzó el sombrero y ojeó a la cholita, que miraba hacia abajo pero revoleaba las pestañas sabiéndose observada.

—Antes de irse, don Miguelito, tome el papel con el pedido que me dejó la señora —Soria buscó en el bolsillo y se lo extendió.

El muchacho negó con las manos, negó con la cabeza, era una negativa completa.

—Pero si yo no sé ni leer ni escribir, doña Soria —respondió.

—Se la mando a la Catalina, entonces, que por lo que se ha visto, se entienden —cacareó la negra y volvió a lo suyo.

Miguel se alegró y salió de la cocina, de talante renovado.

A los pocos días, Catalina se presentó en el despacho de Miguel con la excusa del pedido. Entre una cosa y la otra, la jovencita le contó que estaba de paso en Tucumán, que había venido a asistir a su papá que estaba malo, que su madre no podía con todo y que a ella la habían vendido hacía unos años al canónigo Troncoso, oriundo de la ciudad de Chuquisaca (6) , cura generoso y bueno, si los había; con él vivía y ella se ocupaba de los menesteres de la capilla, pero la salud de don Baltazar Cáceres la había reclamado con urgencia. En cuanto el cuerpo enfermo de su padre se aliviara, ella regresaría a lo suyo, que quedaba más al norte y buen cobijo le daba.

—¿Y no se quiere quedar por aquí, Catalina? Esta es su tierra —intentó Miguel como pudo.

La jovencita le clavó los ojos, impávida. Le parecía un buen muchacho el español pero estaba acostumbrada a la vida en Chuquisaca; acostumbrada, sobre todo, al canónigo, que era su amo y mentor, y quien la protegía de todos los males. Un poco de cariño no se le negaba a nadie, le decía Troncoso y ella asentía. Era obediente, no conocía de otras formas.

—Debo volver a la iglesia, el canónigo me reclama —le confió luego de unos meses.

—¿Cómo es eso, Catalina? ¿El papá ya está mejor, entonces? —aguijoneó Miguel, poniendo a la familia de por medio.

—Eso parece, don Miguelito —respondió en una voz imperceptible.

—¿Y cuándo partes? —el muchacho se le acercó y le tomó la mano.

—Creo que en dos semanas —no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—No puedes viajar sola, me ofrezco a escoltarte —Miguel hizo uso de una galantería.

Catalina no pudo evitar una leve sonrisa.

—Pero no puede dejar todo por mí, don Miguelito —murmuró.

—Puedo eso y mucho más.

Cuando llegó la fecha señalada, montaron sus mulas y partieron rumbo a Chuquisaca.

1 - Jefe político y administrativo del *aillu* (comunidad social originaria de la región andina).

Después de la conquista del Perú por parte de Francisco Pizarro, los hispanoparlantes empezaron a nombrarlo “cacique”, que es quien denota autoridad.

2 - Funcionario real del Imperio español.

3 - Sistema de trabajo obligatorio usado en la región andina.

4 - Tenía, como principal objetivo, introducir forzosamente a toda la población nativa dentro del mercado de consumo. Para instituir el sistema de reparto se combinaron los intereses de la burguesía comercial limeña, los intereses de la Corona —que buscaba otras fuentes de ingreso — y el interés de la industria europea, que deseaba la expansión de mercado para sus productos.

5 - “Madre Tierra, atestigua cómo mis enemigos derraman mi sangre”.

6 - Chuquisaca, Charcas o La Plata, todos esos nombres tenía aquella opulenta Intendencia. En 1776 fue escindida del Virreinato del Alto Perú para ser incorporada a la jurisdicción del nuevo Virreinato del Río de la Plata.

CAPÍTULO V

El canónigo recibió a su esclava con alivio. Había transcurrido demasiado tiempo, se había preocupado. En cambio, Catalina llegó rozagante y en compañía de un muchacho sin aviso. Miguel se descubrió la cabeza y se presentó. Fue aceptado de inmediato y Troncoso lo alojó en una pieza fuera de la sacristía. Quiso retribuirle la cortesía del acompañamiento de su esclava, total, de seguro no se quedaría a vivir en Chuquisaca.

Comenzaba un nuevo año, 1786 parecía llegar sin contratiempos para Catalina Cáceres. Guarecida bajo el halo de Troncoso, en las tardes salía a pasear con Miguel por los alrededores de La Plata. Nadie reparaba en que no fuera escoltada por una tía o un hermano o una criada como hacían las señoritas de las familias principales. Catalina era chola y esclava, y así deambulaba por la ciudad.

—Ven a vivir conmigo, negrita —reclamaba Miguel, cada vez que encontraba la oportunidad.

—No diga eso, don Miguel —respondía Catalina, oteando el horizonte.

—¿Y quién me lo prohíbe?

—Tengo dueño, don Miguel. Usted bien sabe.

—Pero que seas la esclava del cura no te impide que te vengas conmigo. Se puede hacer todo —Miguel no entendía de negativas.

Catalina lo miró a los ojos. Así permaneció un buen rato. Su amo era el hombre más bondadoso del mundo. Pero era cura, le había entregado su vida a Dios. Y aunque la reclamara por las noches, en la cama de su celda, intuía que aquello no estaba bien. Mas Troncoso era bueno, su mano era suave aunque insistente. Y ella no sabía qué debía hacer. Se dejaba, le dolía, a veces no, pero como era un enviado de ese Todopoderoso de los españoles, Catalina le temía. Mejor cumplir, no levantar la ira del cielo, que de seguro le retribuía con aliños

venenosos.

Aquella mañana de fines de febrero parecía templada. Catalina había amanecido con la boca pastosa. Apenas salió de su cama, sintió que todo le daba vueltas. Las náuseas la tendieron nuevamente sobre las cobijas. Hacía dos meses que jugaba a la distraída, prefería no atender la ausencia del período. La sangre le había faltado, quiso creer que no era nada.

Al ver que su esclava no aparecía por la sacristía, el canónigo se dirigió a buscarla. Fue verla, postrada pero rozagante, y darse cuenta de lo que sucedía.

—Pequeña, ¿qué es lo que pasa?

—No lo sé, padre —mintió Catalina.

—¿Algo que debamos hablar?

—Tengo miedo de cometer un pecado venial —la muchachita desconocía si las mentiras la llevarían por buen camino o a las llamas del infierno.

—Vamos a ver, hablemos con la verdad, entonces —el canónigo empezaba a ponerse nervioso.

—Creo que llevo un niño en el vientre, padre Francisco Xavier —Catalina amagó a seguir hablando pero la mano grande del sacerdote le paró en seco.

—Pues eso sería un problema grande si no le encontráramos una solución, y sabes bien, Catalina, que yo te lo enmendaré. Como hago con todo.

Miguel Monteagudo fue convocado a la sacristía de inmediato. El canónigo, sin mediar detalles, le ofreció a su esclava en matrimonio. Le dijo que conocía del vínculo que los unía, que bien le vendría un hombre como marido y que él era el adecuado. Catalina brilló por su ausencia en aquel conciliábulo. Hubo acuerdo y luego de un pedido de información de libertad al Provisor y Vicario General del Arzobispado don Josef Gonzáles y Yucro —solicitado con urgencia por Troncoso— el 11 de marzo de 1786, en la Santa Iglesia del Arcángel Señor San Miguel, la parejita se desposó.

Miguel y Catalina llegaron al Arcángel vestidos con sus mejores ropas, junto al canónigo Troncoso. El cura rector interino Joaquín Ortuño y Cortázar ofició la austera ceremonia, y tras declarar

conforme a lo dispuesto por el Santo Concilio de Trento y velar *Infacie Ecclesie* por palabras que lo hacen legítimo y verdadero, los ungió en matrimonio. El natural de la Roda de la Mancha de los Reinos de España, hijo de don Pedro Monteagudo y de doña María Alejandro, y la natural de la Provincia de Tucumán, hija de don Baltazar Cáceres y de doña Manuela Bramago fueron unidos con todas las de la ley de la Iglesia.

La pareja fue a vivir bajo el ala del canónigo, quien no dudó en proteger a Catalina, a pesar del nuevo estado de la situación. Pasaron los meses y el embarazo se hizo evidente. Miguel no hizo preguntas, tampoco cuentas. Llegó el día del parto y Catalina intuyó lo peor. La noche previa había soñado que su hijo nacía morado y sin vida. Asistida por una negra, dio a luz a un niño muerto.

Catalina se deshizo en lágrimas. Lloró hasta desaguarse pero siempre en la más completa soledad. No quería que la vieran sufrir. Creyó que los dioses —los suyos, el de Troncoso, el de Monteagudo— la habían castigado. No merecía ser madre.

Miguel buscaba ganarse la vida, su situación era bastante deficiente y ahora debía sostener, como cualquier marido, también, a su esposa. Como pudo, abrió un pequeño despacho de bebidas en la esquina sur de la plazuela de San Agustín (1) y trabajaba a destajo, además de un empleo en el Resguardo de la Renta de Tabacos. Catalina quedaba sola todo el día y buscaba solaz en el cura, que escuchaba lo poco que decía. Le pedía consejo, el canónigo se lo daba. Pasaban muchas horas juntos, la palabra y los silencios de Troncoso calmaban su malestar. Y a la noche, esperaba a su esposo con la comida preparada.

A los meses volvió a quedar encinta. Pero una madrugada, las cobijas ensangrentadas la despertaron con el anuncio de que había perdido el embarazo. Miguel la abrazó sin poder regalarle ni un suspiro. La pena los silenció.

Los pobladores miraban de reojo a Catalina. Algunos, llenos de crueldad, murmuraban que la chola estaba maldita, que los hijos muertos eran de Troncoso, que el hereje ni el hábito se quitaba, que el Miguel había pactado con las fuerzas del averno para ultimar esas ánimas negras como la madre y más allá.

Catalina y Miguel evitaban el vareo por las calles y hacían como si nada pasara, pero pasaba. *"Bendita tú eres, bendita tú eres, cholita mía, que nadie se atreva a endilgarte oprobios, que eres santa, santa mi negra…",* repetía Troncoso y buscaba exculparse en La Plata.

En diciembre de 1788, Catalina sintió un llamado pero prefirió callar. Vaciló entre el suplicio de que se cumpliera su intuición o tan solo fuera una equivocación. Al mes, las sangres se le ausentaron y supo que estaba embarazada. Otra vez.

—No soportaría que me vuelva a suceder… —le dijo a su esposo.

—¿Qué hacemos, Catalina? —preguntó Miguel con la mirada despavorida.

—Y ya sabes lo que dicen —la voz se le quebró y las lágrimas mojaron sus ojos.

—Nada me importa, Catalina. Que hablen, que vomiten, soy sordo para todo eso.

La muchacha lo tomó de las manos y bajó la mirada. Lloró en silencio durante un rato, mientras su cabeza giraba.

—Vayámonos de aquí, Miguel. Volvamos a Tucumán. El único que nos quiere bien aquí es Troncoso. Chuquisaca ya mató a dos hijos míos, terminará matándonos a todos.

Miguel la abrazó con cuidado. Catalina temblaba como una hoja. Le acarició la cabeza y le pidió que se calmara. Harían lo que ella quisiera.

***

Catalina estaba desesperada. Temía que el parto, otra vez, le deslizara una mortaja. Se habían instalado en el Campo de las Carreras, un arrabal al sudoeste de Tucumán, un terreno habitado por jornaleros y peones, gentes humildes pero atentas con el prójimo. Y si el mismo estaba en estado de necesidad, más.

Miguel corrió en busca de algunas mujeres para que oficiaran de comadronas del parto de su esposa. La escarcha del alba de aquel 20 de agosto de 1789 le heló los pies. Catalina aullaba de dolor y de miedo, pedía por su madre, necesitaba que ella le enseñara cómo serlo. Intuía que no estaría a la altura de las circunstancias.

—¡Venga, muchachita, vamos que ya estamos aquí para traer a esa

criatura al mundo! —dijo una de las negras que, al franquear la puerta, parecía haber tomado el mando.

Catalina volvió a reclamar a su madre, sus ojos, más abiertos que nunca, miraban sin ver. Miguel observó por encima pero lo quitaron de en medio al instante. Suspiró con alivio, necesitaba tomar aire, las piernas le habían flaqueado. No era fuerte, su esposa, en cambio, sí.

Tras horas de trabajo de parto, Catalina dio a luz a un niño. Dolorida y agotada como nunca, las lágrimas rodaron por sus mejillas oscuras. Mientras, las negras tajearon el cordón y, con una dedicación absoluta, recorrieron el cuerpecito del recién nacido con un trapo embebido en agua tibia, para asearlo.

—¡Mira, precioso nuestro mulatito!

—Igualito a la mamá.

—¡Y cómo berrea el chiquitín!

Las comadronas reían y maniobraban al bebé con una calidad única. Cuando estuvo limpio, se lo depositaron a la madre sobre su pecho. Catalina sonrió como hacía tiempo no sucedía. Dominada por la emoción, lo besó con cuidado una y otra vez, le susurró palabras de amor eterno sobre la oreja diminuta.

—¿Le preguntamos al padre cómo se llama, mamacita? —dijo la mandamás, con los brazos en jarra.

—Yo lo nombro, les presento a mi hijo, Bernardo José —murmuró Catalina, sin soltar a su niño.

Y fueron a buscar al padre, que andaba por la calle con los nervios de punta. Miguel entró al cuarto y vio a su mujer con el niño sobre su pecho. La cara de Catalina había cobrado vida, sonreía con una placidez desconocida para él. Se acercó y estudió al pequeño. Parecía un apéndice de su mujer, la misma piel, la misma boca redonda. Se sintió dejado de lado, nada podía hacer entre ellos dos.

Antes de cumplir las semanas de reposo obligado, Catalina se levantó de la cama y se dispuso a organizar la vida de a tres. El matrimonio acordó que armarían un despacho en el cuarto con puerta a la calle. Ella lo atendería, Miguel saldría con la mula hacia los valles distantes, a la compra de naranjas, limones, limas, y las *chihuas* (2) de uva y duraznos para abastecer la venta.

Catalina cocinaba por la noche y a la mañana ofrecía sus delicias,

que eran buscadas por los pobladores de la vecindad y más allá. En el destaque del aparador, colocaba la fruta seca (3) , allí sobresalían los suspiros (4) , los mazapanes de masa de almendra, las capitas, tortitas y corazones de capia (5) , con dulce de cayote. Con harina de trigo preparaba las famosas empanadillas, en forma de media luna; algunas iban rellenas de pasas de durazno, los despepitados. Las de mayor categoría eran las de forma circular, como de corona, pues en el centro quedaba un espacio abierto, del tamaño de una manzana y blanqueadas con azúcar. A primera hora, las clientas debían despabilar cualquier descuido y llegar temprano porque la oferta bajaba como la marea. Los dulces de Catalina habían cobrado fama.

Sus labores culinarias y la atención al público no habían hecho que desdeñara el cuidado de su querubín. Por las mañanas, lo vestía y aliñaba bajo la parra que sombreaba el patio, bajo la mirada enternecida de Miguel, quien no intervenía pero disfrutaba la escena. Luego se retiraba y Catalina seguía sola. Bernardito descansaba en su cesta, bien arropado, y siempre al lado de su mamá. Se portaba de lo más bien, custodiado de cerca por Catalina. Pero si el niño percibía que le faltaba, que no estaba ahí para mirarlo, largaba en llanto como si fuera la última vez. El bebé demostraba que tenía unos pulmones a prueba de todo y berreaba como una manada de ovejas. Catalina regresaba, solo apoyaba su mano sobre el cuerpecito caliente de Bernardo y se hacía un silencio reparador. El lazo entre madre e hijo era indestructible.

A los meses, Catalina volvió a quedar embarazada. Cuando la tripa se hizo evidente empezó a encontrar dificultades para ocuparse del despacho y la crianza de Bernardo. El niño era muy despierto y necesitaba asistencia constante. A los ocho meses ya se paraba y reclamaba dar unos pasitos. La demanda era constante. Miguel, entonces, para ayudar a su mujer, trajo a la casa a una negra. María y Catalina se entendieron al dedillo.

El parto no tuvo complicaciones pero a la semana de nacer, el bebé ardió en calores y el médico no pudo hacer más. Catalina quedó postrada de tristeza ante la muerte de su recién nacido. Como si entendiera, Bernardo lloraba y no quería desprenderse de los brazos de su madre.

Pasaba el tiempo pero el deseo de Miguel por su esposa no mermaba. Y con una exactitud más cercana a la naturaleza que al hombre, Catalina se embarazaba. Pero como si esa unión hubiera estado signada por el dolor, hijo que nacía, hijo que no mantenía la vida. El único que había logrado tomarse a la tierra con uñas, dientes y decisión, había sido Bernardo. El niño era una fuerza de la naturaleza.

***

Para no convertirse en un alma en pena, Catalina se dedicó, más que nunca, al trabajo y a sobreproteger a Bernardo.

—Ven, negrito mío, vamos al campo —le decía y lo montaba sobre su mula.

—¡Sí, mamita! —respondía el pequeño de 5 años, feliz de salir de paseo con su madre.

Miguel andaba de viaje y su presencia en la casa se había difuminado. Jujuy se había convertido en una plaza interesante y pasaba varios meses haciendo los pocos pesos que traía.

En uno de los paseos, la madre y el hijo cruzaron el desvencijado puente de madera y enfilaron hacia el norte. A menos de una legua, se apearon en el terreno de una hacienda que parecía deshabitada. No eran los únicos entrometidos, estaba plagado de personas y sus montas.

Bernardito se hizo de amigos de inmediato. Era un niño sociable y correteó con sus nuevas amistades de un lado al otro. Incluso aceptó que lo montaran a caballo. Estaba acostumbrado a la mula de sus papás, un caballo era palabras mayores pero se atrevió. El susto era una emoción desconocida para él. Catalina lo seguía de cerca. Ella sí estaba llena de temores aunque intentara disimularlos.

—¡Mira, mamita! Soy un caballero —gritó Bernardo, aferrado a las riendas.

—¡Siempre con cuidado, hijo!

Replicaba Catalina, lista a pegar el salto si hiciera falta. ¿Y si Bernardo no podía dominar al matungo? Veía a su hijo tan precioso, tan hombrecito a pesar de su tamaño, tan despabilado y brillante. Estaba orgullosa de él. Era lo mejor que le había sucedido en la vida.

Catalina no era la única cholita en el lugar, que iba y venía, como hormiga colorada en una mañana calurosa. Era todo grito y rezongo, también desbordaba de chinas y mulatillas, además de los arrieros y sus animales, con las petacas, alforjas y aparejos.

—A ver, háganme un lugar a la sombra —ordenó un viejo capataz, mientras cinchaba a su mulita carguera, que iba con la cabeza cubierta por un poncho para que no protestara por la pesada carga que se le vendría.

Allí se mezclaban hombres y mujeres de conchabos varios, nadie se sentía fuera de lugar y así transcurrían las horas.

Aquella tarde, una cara nueva desmontó su caballo en un solo movimiento. El jinete saludó y le dieron la bienvenida. Se presentó, dijo que se llamaba Juan, que era maestro ambulante y así se ganaba el pan: recorría la campiña, ofrecía su saber a quien quisiera aprender y pagar alguna monedita, claro está. Lo rodearon de inmediato, él buscó alguna de las cartillas y el catecismo que llevaba en su alforja, y los expuso para que vieran. Catalina y su hijo se acercaron, la mayoría no sabía ni leer ni escribir.

—Miren qué bonitas estas letras —declaró el maestro con una sonrisa que invitaba hasta al más desconfiado.

Bernardo soltó la mano de su madre y se paró al lado de Juan. Desde allí abajo, lo miró con atención. El maestro se agachó para ponerse a la altura del niño.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó.

—Bernardo José Monteagudo —replicó el pequeño, solemne como un doctor.

Juan rio y levantó la vista en busca de la madre del niño con gracia. Catalina intentó un pedido de disculpas, no quería que su hijo importunara a nadie.

—¿Y quieres que te lea, niño? —insistió.

Bernardito asintió y batió palmas. Se sentó sobre el pasto e invitó al maestro a acomodarse a su lado. Y se armó una ronda en el suelo con algunos de los presentes, los otros continuaron con su juego.

Juan comenzó con la lectura, acorralando la atención del círculo, pero sobre todo la de Bernardo, que abría los ojos como si buscara tragarse las palabras. Con las piernitas cruzadas y erguido como

estatua, el niño seguía el hilo del cuento. Tras unas páginas, Juan cerró la cartilla y se despidió. Debía seguir camino, unos alumnos lo esperaban cerca de allí.

Una desazón enorme redujo al pequeño Bernardo en un mar de lágrimas. No quería que el lector se fuera, no quería que el maestro lo abandonara.

—¡Mamita, mamita! ¿Por qué se va? Que venga con nosotros —pataleaba y no aceptaba razones. Catalina no sabía qué hacer para calmarlo.

A unos pasos de allí y presto a montar su caballo, Juan reclamó al niño con la mano. Refunfuñando, Bernardo se acercó y se refregó la cara morada de llanto.

—¿Qué te enoja, Bernardo? —el maestro volvió a hincarse para hablarle de igual a igual.

—No quiero que se vaya —el niño seguía con la refriega.

—Pero tengo cosas que hacer, ¿sabes? —Juan levantó la vista y vio a Catalina que le pedía disculpas con los ojos.

Bernardo le señaló las cartillas y apretó la boca.

—¿Las quieres?

El niño asintió.

—Vamos a ver —tomó una, lo sentó sobre su falda y la abrió. —¿Quieres leer?

Volvió a asentir, las pestañas batieron como zumbido de mosca y posó la vista sobre el papel. Había hormigas en fila, garabatos negros que lo miraban, pero él no entendía nada. Levantó la mirada y giró la cabecita hacia Juan.

—Mamita, yo quiero leer.

Catalina apretó las manos, le pidió a su hijo que se incorporara, que no molestara al maestro, que tenía cosas que hacer, que ya debían volver a la casa, que faltaba poco para que atardeciera y se pusiera oscuro y los monstruos de la noche se lo iban a comer.

—Doña, yo puedo enseñarle, el niño tiene ganas y no hay que desperdiciarlo —decretó Juan.

Acordaron un precio y el día, y pudieron despedirse sin jaleo. Bernardo zapateó el piso y aceptó la propuesta de su madre.

Por las mañanas, mientras Catalina atendía el despacho, Bernardo

se convirtió en un alumno ejemplar. Su acentuado anhelo por aprender hizo que leyera a la velocidad del rayo. También aprendió a escribir. El maestro no precisó de la descarga de palmetazos, tan común con los alumnos irreverentes. Bernardito era un discípulo ideal.

1 - Plaza Zudáñez en la actualidad.

2 - Palabra indígena para los cestos tejidos en mimbre, para guardar fruta, queso y otras cosas.

3 - Así le decían a las masas.

4 - Merengues en la actualidad.

5 - Masa hecha de un maíz especial por su sabor y otras cualidades, como la de que nunca endurecía su pasta.

CAPÍTULO VI

Había pasado el tiempo, Bernardo ya tenía 12 años y alternaba los días entre su austero cuarto de adobe y la ayuda a su mamá. Catalina hacía un esfuerzo sobrehumano por llevar adelante las tareas de su casa pero a veces el cuerpo le ofrecía resistencias. Había dado a luz varias veces más pero las criaturas habían expirado a poco de nacer. Bernardo la cuidaba para que no desfalleciera de pena y ella le retribuía con un amor inconmensurable.

Miguel estaba poco y nada en la casa, cumplía labores a varias leguas de Tucumán. Tras la dedicación y el tiempo que pasaba en Jujuy, le habían ofrecido el puesto de Alcalde de barrio, encargado de los abastos de la ciudad. El hombre lo había aceptado. En un principio, le había pedido a su esposa que se mudara de provincia. Catalina lo rehusaba cada vez que venía con el reclamo hasta que no lo hizo más. No quería alejarse de su tierra, se había acomodado y desconfiaba de los cambios.

—Mamita, ¿quieres que me ocupe hoy del despacho, así tú descansas un poco? —le preguntó Bernardo.

Era temprano en la mañana y el calor ya abombaba hasta los pájaros. Madre e hijo tomaban unos mates y empezaban a organizar su jornada.

—No hace falta, hijo. Puedo con eso y no quiero que desatiendas tus estudios —le respondió y palmeó su mano.

Le faltó decir que todo se lograba gracias a un enorme esfuerzo, pero prefirió callar. Por las noches, en la soledad de su cama, lloraba sin consuelo. El marido lejos y ella al mando, y un hijo que crecía. Y una debilidad de adentro que no sabía cómo curar. A veces pensaba que debía consultar con un doctor, pero a la hora decidía que no valía la pena, que mejor aplastar la vacilación, que el temor no la llevaba por buen camino, que era mejor avanzar que pensar.

Se levantó de la mesa y se dispuso a ordenar los trastos, bajo la atenta mirada de su hijo. A pesar de su tierna edad, Bernardo entendía bien lo que pasaba en su casa. Y cuando las velas se apagaban y se entregaban al descanso, escuchaba la angustia ahogada de su mamá. Hacía semanas que no la veía bien, incluso meses. Se le hacía evidente y dolorosa la pérdida de vitalidad, a veces la dificultad que tenía para respirar.

—Vamos, no pierdas el tiempo conmigo, hijo querido. Ve a hacer tus cosas, que yo la tengo a María para que me ayude —insistió Catalina y clausuró cualquier tipo de cuestionamiento.

Bernardo emprendió la marcha hacia la iglesia. No quería llegar tarde a catequesis, pero la tristeza de su madre no lo dejaba tranquilo. Ocupó su asiento y se entregó a la clase oficiada por uno de los clérigos. A las horas, un alboroto que llegaba de afuera lo distrajo a él y al resto de los alumnos. En el umbral de la puerta, una monjita pidió permiso para entrar. En un susurro advirtió al clérigo y ambos miraron hacia donde estaba el niño.

—Bernardo, sal un momento, por favor. Te esperan afuera.

Con ojos de pavura, María lo aguardaba en la sacristía.

—Niño, su mamá está mala. Se cayó redonda al piso y tiene los ojos cerrados —vomitó y lo tomó de los hombros. —Pero respira y yo no sé qué hacer.

El niño corrió hacia su casa, María quedó rezagada. Algunas vecinas habían pedido ayuda, habían recostado a Catalina sobre su cama y llamado al doctor. Agitado, Bernardo entró al cuarto de su madre. Las vecinas y el médico le abrieron paso, el mocito se hincó a su lado.

—Mamita, aquí estoy, va a estar todo bien, ya verás —y le acarició la cara fría por demás.

Catalina murmuró sonidos ininteligibles y abrió, apenas, los ojos para volverlos a cerrar. El doctor pidió que la dejaran descansar e instó a todos a que salieran de ahí. Bernardo no hizo caso. Allí se quedó y pasaron las horas. María entró en puntillas y le ofreció algo para comer. El niño negó con la cabeza y apretó la boca. La negra le rogó que se alimentara, que le iba a hacer mal, que su mamá lo quería sano y ella también, niño bueno, niño obediente. Bernardo cerró los

ojos y no quiso ver. No le soltó la mano, pero sin saber, supo que su mamita había dejado de vivir. Él también amagó a no buscar el aire que Catalina había abandonado para siempre. Pero respiró. Siguió con vida, sin embargo algo había muerto dentro de él.

Su padre llegó luego de 35 días de viaje, tras el aviso. No pudo ver a su esposa, había sido enterrada en un descampado. Miguel acomodó sus pocos bártulos y llamó a su hijo.

—Bernardo, lamento no haber llegado a tiempo. El viaje ha sido largo, mi soledad, ese retiro, el silencio de los caminos y la memoria de la mortandad, han traído melancolía a mi ánimo —largó, solemne, su padre.

El niño lo miraba con la vista turbia, apretaba sus puños de furia y pena. Culpaba a su padre por la muerte de su madre, si no la hubiera obligado a crecer la tripa una y otra vez, a tener hijos muertos, a dejarla sola, a no quererla como la quería él, aquello que él no podía ni nombrar, no hubiera sucedido. Mal padre, mal hombre que no merecía haber tenido a su querida mamá a su lado.

—Ha sido difícil, un terreno sequísimo y desigual, a trechos duros, un camino malísimo, Bernardo —continuó, ensimismado.

¿De qué hablaba ese hombre? ¿No entendía que el hijo se sentía huérfano? ¿Que era su paria?

—Hijo, la semana que viene partimos rumbo a Jujuy, tu nueva casa, mi casa —anunció Miguel. —Después de organizar el papelerío, salimos a los caminos.

Y Bernardo lo miró por primera vez. Sintió un hueco en la panza imposible de llenar. El ánima de su madre rondaba por Tucumán, él se sentía a resguardo por ella. No quería dejarla. Los ojos de su padre eran dos brasas calientes. El mocito supo que era mejor hacer silencio, no cuestionarle nada. Asintió y pidió permiso para salir.

***

El arribo a Jujuy no fue fácil. El viaje había sido cruento, propio de una cabalgata fantasmagórica a través de un páramo, más que de padre e hijo. No se habían dirigido la palabra. Cada uno, en silencio, había escuchado sus propias voces.

La entrada a la pequeña ciudad, al caer la tarde, despabiló el

garguero de Miguel, quien creyó conveniente desanudar las tiranteces más que evidentes.

—Bien, hijo, hemos llegado, faltan algunas cuadras y llegamos a la casa —anunció Miguel y lo miró por primera vez.

Bernardo siguió con la vista fija hacia adelante.

—Es el rancho más bonito de la calle de la Barranca, a orillas del Río Grande. Ya verás.

El niño suspiró y ahogó un bostezo. Estaba cansado.

—Nos espera Manuela con la casa limpia —lanzó Miguel y probó con una sonrisa torcida.

Bernardo giró la cabeza y miró a su padre. No tenía idea de quién le hablaba, pero el nombre de otra mujer le revolvió el estómago. Miguel ensayó una preocupación ante los caminos y oteó al horizonte. Le costaba enfrentar la mirada renegrida de su hijo. Había planeado contarle durante el viaje que ahora tendría una nueva madre pero le había sido imposible. Manuela María Hasmaya compartía su cama desde hacía tiempo, con Catalina viva pero lejos. Aquello era cosa suya y bien escondido se lo había mantenido, pero ahora, con su chola muerta, podía darle a Manuelita el lugar que se merecía. Su Manuela era una muchacha buena, su moza cuidaría de Bernardito.

Miguel detuvo la marcha, se apeó y retiró su alforja y la de su hijo del lomo del animal. Bernardo lo imitó, siguió sus pasos. Entraron al rancho de adobe, allí los esperaba Manuela.

—Al fin en casa, te presento a mi hijo, Bernardo, ahora también tuyo —lo tomó por la espalda y se lo acercó.

—Buenas tardes, niño —le dijo y le extendió la mano con resquemor.

Bernardo retribuyó el gesto pero un silencio tétrico hirió el ambiente. Si la muerte de su madre lo había convertido en una suerte de paria, ahora, la soledad le caló los huesos.

Lo acomodaron en una piecita del fondo que albergaba un catre, una mesa y una silla. Apenas cabía el mobiliario, a duras penas entraba él. Allí se pasaría las horas, tendido sobre las cobijas, pensando.

Manuela ni aparecía pero cuando Miguel regresaba, luego de sus tareas, le incineraba la conciencia con cuentos dignos de una mente

frondosa: que su hijo era un vándalo, que era impertinente y maleducado, que ya no sabía cómo controlarlo, que la casa bien parecía un campo de batalla, que ella sola no podía, que el niño no colaboraba, que necesitaba ayuda, que le trajera una esclava, que aquella María que sostenía en Tucumán debía galopar rumbo a Jujuy, que ella merecía eso y tanto más, que la esposa del alcalde debía tener asistencia y se dio cuenta que de casados nada, que ella era su manceba y le exigió una boda digna.

Miguel no sabía cómo apaciguar el fervor de Manuela. La escuchaba y asentía pero abría la puerta y escapaba rumbo al Cabildo.

—Tengo cosas que hacer, me reclaman asuntos ineludibles —anunciaba y si te he visto no me acuerdo.

Cuando la postergación fue imposible de sostener, Monteagudo desposó a la muchacha. Pero la alegría duraría poco y nada. Manuela siguió con el reclamo y la denuncia. Entonces mandaron traer a la esclava, que llegó con media docena de platos, una cabezada y un pretal, algunas de las cosas que habían quedado en Tucumán, propiedad de Catalina. La flamante esposa de Monteagudo se sintió poderosa, una mandamás. Le daba órdenes a María y la negra cumplía sin chistar. Pero, por las noches y cuando la casa dormía, la negra secreteaba con Bernardito, que la escuchaba, desolado. Se habían convertido en dos almas en pena.

—Ese hijo tuyo es un vago, todo el día tendido sobre la cama. Que salga a trabajar, aquí no se lo alimenta gratis —recriminaba Manuela a su marido, haciendo todo lo posible por que la escuchara el mundo.

—Pero si Bernardo es inteligente, mi niño es una luz. No está en edad de cumplir con un trabajo, mujer. Sí, en cambio, para el estudio —respondía Miguel.

Monteagudo padre no quiso desperdiciar el talento de su hijo. Sabía bien de la facilidad que había tenido en Tucumán, empujado por su madre. Pero no tenía el dinero suficiente como para costearle una educación onerosa. Sí pudo, en cambio, pagarle una escuela de primeras letras, para continuar lo empezado en la otra provincia.

De este modo, Bernardo se inició en la instrucción. Poseedor de una inteligencia superior, los maestros le prestaban una atención especial y colaboraban en cuanto podían. Iba aseado y vestido con las

pocas prendas que tenía, aunque con remiendos pero bien cuidadas. No tenía la suerte de algunos, que llegaban con sus cuadernillos; él solo iba con una destartalada pizarrita, donde hacía las cuentas y sus palotes, y la esmerada caligrafía.

Se sentía bien entre los maestros y superiores. No sucedía lo mismo con sus compañeros de aprendizaje. En los descansos, entre materia y materia, se le acercaban demasiado y lo asestaban con desprecio.

—¡Cholo!

—¿Qué haces entre nosotros, mulato?

—¡Eres un intruso!

Lo apuraban, Bernardo tragaba bilis y guardaba las respuestas. Los observaba con sus trajes de terciopelo y petulancia, y él, con almidones y zurcido.

Regresaba a su casa intentando disimular lo que sentía. El desánimo lo embargaba, se sentía en menores condiciones. Recordaba, cuando era más pequeño y acompañaba a su papá a hacer algunas diligencias al pueblo, y perdía la vista por algún que otro ventanal abierto. Con los ojos redondos de avidez había observado lo que faltaba en su casa: los sillones revestidos en seda carmín, los herrajes elegantes, los candelabros de plata labrada. Ellos, en tanto, unos pocos trastos viejos.

—¿Qué son esos ojos de furia, hijo? —Miguel notaba la ira de Bernardo.

—Me gritan cosas en la escuela, papá.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Cholo, mulato…

El niño agachó la cabeza y respondió en un hilo de voz. La sangre se le espesó al padre pero no dijo palabra. Miguel no supo qué responder.

Para evitar los malos pensamientos y el zumbido de tábano de Manuela, Bernardo se hacía de un tiempo entre el estudio y la lectura, y salía a recorrer los peñascales y las frondas. Allí, con el techo de cielo, se sentía libre. En uno de los tantos vagabundeos se cruzó con un grupo de indios, con los que hizo buenas migas. Y empezó a forjar una amistad con uno de ellos, Yanko, unos años mayor que él. De piel

terrosa y una melena negra que se asomaba debajo de un sombrero de paja, el indio lo inició en asuntos desconocidos. Le enseñó los lugares más agrestes y bonitos de las cercanías, le contó que Jujuy era una tierra privilegiada por la naturaleza, que la colosal quebrada abría la Cordillera para darle paso al Perú; que por allí estaban las sierras completas de árboles, los pacarás (1), urundeles (2) y quebrachos envueltos por lianas, las aguas cantarinas entre las cañas, y por aquellos caminos transitaban viajeros y comerciantes que negociaban con el Alto Perú.

—¿Y dónde vives, Yanko? —preguntó, curioso, Bernardo.

El indio dio vueltas y no largó la alforja, que lo acompañaba a sol y a sombra, y le señaló las cumbres gigantes de donde solía bajar por senderos de vicuñas y llamas, trayendo algunas pepitas de oro, con las que pagaba las baratijas que llenaban su alforja y vuelta a trepar las cuestas del monte. Bernardo miró con hambre el refulgir de las pepitas.

—Yanko, ¿de dónde sacas el oro?

—De la montaña —le señaló.

—Si te hace falta, yo puedo ayudarte. No has de poder solo —insistió Bernardo.

El indio lo miró con una sonrisa avara.

—El oro es de los indios, muchachito, no de los blancos.

—Yo soy hijo de chola, Yanko —y Bernardo sacó pecho.

—Tu madre es kala (3) —y apretó los labios.

—Esa mujer no es mi madre. Mi mamá se ha muerto y nunca reparé en aquello mientras vivía. Ahora sé.

Y Yanko le confió dónde estaba el reino de los indios, en la Puerta de la Tierra, aquella quebrada grande que conducía a los países del Inca, la quebrada de Humahuaca, camino del Cuzco legendario. También le contó acerca de las persecuciones y aniquilamiento de los suyos en manos de los españoles.

—Mi papá es español, Yanko —murmuró Bernardo con miedo.

El indio levantó los hombros.

—Y él es bueno, mi papá no es un asesino.

Repitió el gesto y lo palmeó. Le dijo que no todos eran iguales pero algunos los habían usurpado. Le preguntó si había escuchado

hablar de Amaru, le contó lo que había sucedido, hacía algunos años, cerca de allí. Bernardo abrió los ojos como luna llena. Estaba azorado, le pareció un embuste pero creyó en su amigo.

Cuando regresó a su casa miró a su padre buscando una hendija por la que se colara la verdad. A pesar de todo, era su padre. Lo quería, aunque de inmediato apareció el ánima de su madre.

Miguel empezó a preocuparse por su hijo. Y más le preocupaba la afrenta constante de Manuela. Había pasado el tiempo y Bernardo había dejado de ser aquel chiquillo dócil. Leía, de día, bajo la parra del patio; leía de noche en la cama, hasta que su padre lo conminaba a que apagara la vela de una buena vez. Leía acostado, de pie, montado sobre su mula mientras hacía algún recado, incluso cuando caminaba junto a Yanko. Su mirada se había tornado en la de una fiera con hambre. Era un mocito voraz. Parecido a su padre cuando había embarcado rumbo a la aventura. Pero tan distinto.

***

Bernardo se levantó una mañana, montó su mula y salió al camino. Llevaba el libro en la alforja, quería hacer a su antojo, sin la persecución de Manuela. Al rato divisó un monte escuálido, con un arroyuelo en las inmediaciones, le pareció adecuado. Era el lugar perfecto para disfrutar de unas horas de silencio. Podría leer tranquilo, lograr que sus pensamientos divagaran en libertad.

Desmontó, dejó que su mula persiguiera algún arbusto y él se apoyó en un tronco flaco. Las páginas lo incitaron a viajar. Pero al rato, unas risas, la resonancia de un murmullo lo distrajo. Levantó la vista, detrás de unos árboles, algo se movía. Dejó lo que traía en la mano y caminó hacia el ruido, liviano como una pluma, no quería delatar su presencia. A la vera del arroyo, tres mujeres lavaban la ropa. Bernardo se agazapó, quedó encandilado.

Una de ellas cantaba mientras fregaba una tela blanca contra la piedra. Estaba sentada con la falda levantada, las piernas al descubierto, los pies en el agua. Las otras dos enjuagaban y tendían la ropa en alguna rama.

El niño sintió que algo se le quemaba, las venas le ardían, sus

muslos le temblaron. No pudo dejar de mirar, esa piel que se tensaba, las mangas que cedieron, dejando los hombros al descubierto, el pecho que subía y bajaba, como queriendo escapar del ajuste de las ropas. Bernardo oró a los cielos, ojalá la tela cayera y ganara el cuerpo de la moza, Dios lo escuchara y le permitiera descubrir todo aquello que le era desconocido.

Las jóvenes frotaban los lienzos, reían a carcajadas, dominaban su labor, eran libres. Cada tanto, chapaleaban en el agua, se mojaban unas a otras, las ropas se adherían al cuerpo. Bernardo ahogó un resoplido. No debía permanecer ahí, las espiaba, eso no estaba bien. Pero estaba hundido en la tierra, no quería escapar. Esa visión lo perdió. Sin darse cuenta, pisó una rama seca y el chasquido lo delató. Las lavanderas levantaron la vista.

—¡Eh, niño! ¡Qué pasa!

—¿Y esos ojos de lechuza?

—¡Qué miras!

Se rieron de nuevo, la elegida por el niño pasó sus manos por las piernas, las humedeció una y otra vez. Le clavó los ojos.

Bernardo dejó de respirar. Se había delatado. Dio la vuelta y corrió. Precisaba fugarse, pero esa imagen le atravesó el cuerpo.

1 - Un árbol de las regiones tropicales y subtropicales de América del Sur.

2 - Especie botánica nativa del norte de Argentina.

3 - Nombre despreciativo que los indios daban a los blancos.

SEGUNDA PARTE

Juventud en llamas

CAPÍTULO
I

—Nos vamos a Chuquisaca, Bernardo —le avisó su padre. —Allí estudiarás y te harás hombre.

Hacía unos meses que Miguel deliberaba acerca del futuro de su hijo, pero sobre todo, el encono de Manuela ya era manifiesto. Estaba cansado de las miradas torvas de su mujer, de los bufidos, de los reclamos. Además, hacía unos años que había iniciado un expediente para acreditar servicios anteriores y así obtener fuero militar en lo civil y comercial. No quería perder algunos privilegios, quería ampliar sus condiciones. Aprovecharía, entonces, el viaje a Chuquisaca para encontrarse con el paisano y pariente, el sacerdote José Antonio Medina, a quien le solicitaría alguna gestión para que impulsara su pedido, y le tocaría la puerta, luego de tanto tiempo, al presbítero Troncoso. El hombre de la Iglesia había prometido protección si así lo precisaran, antes de que él y Catalina partieran a hacer su vida. Había llegado la hora.

La noche anterior a la partida, Bernardo apenas quiso comer. Pidió permiso y se retiró a su cuarto. Acercó la vela y se dispuso a leer. Pero llegaba al final de la página y debía volver al principio. No recordaba una palabra, estaba completamente desconcentrado. Pasaron las horas y, cansado de insistir, se quitó la ropa y se metió en la cama. Al alba saldrían a los caminos, la idea del viaje lo agitó. Se convertiría en uno de aquellos viajeros que le había contado su padre, o Yanko, un peregrino y la naturaleza hacia un destino seleccionado por alguien. Tuvo ganas y miedo al mismo tiempo. Y lloró escondido debajo de la manta de vicuña que le había tejido su madre cuando era un crío.

—¿Qué pasa, Bernardito? —María, dueña de un oído fuera de serie, había escuchado el lamento del mozo y había entrado en puntillas.

—Nada, María. Estoy un poco triste.

Se sentó a su lado y lo abrazó. Bernardo se sintió a salvo. Pudo olvidar los temores, dejó de lado la zozobra y desanudó su cuerpo. Los brazos de la negra lo trasladaron a un mundo feliz y, de a poco, logró conciliar el sueño.

Con una lengua de sol asomándose por el horizonte, Monteagudo despertó a su hijo y, luego de aprestar el equipaje, montaron sus mulas y se sumaron a una caravana que se trasladaría hacia el norte.

A paso lento avanzaron por el sendero, hacia la profunda garganta de los montes. Dejaron atrás las arboledas del territorio jujeño, ascendieron las mesetas, el paisaje se transformó en una seguidilla de barrancos y quebradas.

Los primeros días, Bernardo quedó cautivado ante la novedad. Las vistas cambiantes a medida que avanzaban, la docilidad de las mulas, las dificultades de los caminos, el parloteo de los expedicionarios, la sonrisa de su padre, que hacía tanto no iluminaba su cara. Aparecía, de tanto en tanto, algún que otro rebaño de llamas custodiado por un paisano de gesto pétreo, los cánticos tristes de los arrieros, unos indios que los miraban pasar, sin voz de bienvenida.

Fueron ganando leguas a través de Yolo Río, Bolaen, Hornillos y Guacalera. El silencio, por momentos, era demasiado intenso. Bernardo era todo ojos y emoción, los paredones de piedra, los picos iluminados por un sol refulgente o el blanco de la luna, daba igual.

—Tienes otra cara, Bernardo —murmuró Miguel, con alivio.

—Cuánta inmensidad, padre —respondió el hijo, encomendándose a los dichos de su amigo indio, agradecido con su papá por haberlo adentrado en esa experiencia.

Uno de los arrieros anunció que entraban a Humahuaca. Bernardo reconoció la tierra y miró a su padre. Esta vez, la sonrisa ablandó su cara, entendió que iba al encuentro de su porvenir, que su infancia quedaba atrás para siempre, que marchaba hacia una nueva vida. El corazón retumbó dentro de su pecho, temió quedar en evidencia entre tanto hombre.

Pasaron las semanas y llegaron a Chuquisaca. Los Monteagudo dejaron atrás la caravana y marcharon hacia la residencia del padre Francisco Xavier Troncoso, en la plazuela de San Agustín. Se apearon, subieron los tres escalones y Miguel golpeó la puerta. Una criada abrió

y los hizo pasar a la sala.

—Bienvenidos a mi casa —Troncoso extendió las manos y saludó a Miguel. —Y supongo que este muchachito es el hijo de Catalina.

Bernardo hizo una mueca tensa y le extendió la mano. El cura le palmeó el hombro y lo abrazó.

—Gracias por todo, padre —dijo Miguel.

—Las promesas se cumplen, mi amigo. Antes de emigrar, les prometí que protegería a vuestro hijo y aquí estoy.

Intercambiaron pocas palabras más y Miguel se despidió. Padre e hijo se fundieron en un abrazo, prometieron un pronto reencuentro, que aquel adiós no sería para siempre. Bernardo lo observó irse, con un dejo de nostalgia.

—Haremos de ti un muchacho ejemplar, Bernardo. No me cabe la menor duda —le advirtió Troncoso.

***

Hacía unos años que el ilustre español don Ramón García de León y Pizarro había asumido las funciones de Gobernador Intendente de la Audiencia en Chuquisaca. Le tocó presidir una Audiencia díscola, conformada por oidores soberbios e intolerantes, siempre listos a poner el grito en el cielo. Disentían en algo, Pizarro les daba una definición precisa. Eso sí, había que esperar, el Gobernador se tomaba sus tiempos.

En sus comienzos, la administración del descendiente del conquistador del Perú fue tranquila. Se dedicó a asuntos de policía municipal, de pompa y protocolos, y adelantamiento público. No intervino en gresca alguna, gustaba del vareo social y prefirió no asumir exigencias impositivas nuevas, otorgándole esto una simpatía generalizada. El prestigio del tribunal de Charcas era incuestionado en el vasto Virreinato del Río de la Plata.

La relación entre el Gobernador y los oidores nadó por aguas tranquilas hasta 1804, debido a la llegada del asesor interino de la presidencia, don Pedro Vicente Cañete, legista ilustrado y autoritario, y un adicto leal.

—Excelencia, debe imponer sus prerrogativas. Nada de atender a esos oidores pretenciosos. El poder es suyo, mi señor —inculcaba

Cañete.

Y Pizarro, entrado en años y encandilado por el palabrerío de su asesor, se dejó llevar. Tal vez, Cañete tenía razón, meditaba el Gobernador Intendente; de seguro había sido demasiado benévolo, rumiaba.

Pero al llegar el mes de agosto, un asunto que venía cocinándose a fuego lento voló por los aires. Cinco años atrás, un capitán chiriguano llamado Cumbay se había llegado hasta La Plata, dirigido a la Real Audiencia de Charcas y presentado una queja contra unos españoles dueños de estancias cercanas a las tierras de su pueblo.

—¿Quién es este indio bárbaro de la Cordillera, de las fronteras de Tomina y pueblo de Ingre? —se habían soliviantado los oidores.

Cumbay había prestado poca atención a la diatriba y entregado el reclamo, que rezaba:

> *"He tenido por conveniente el venir como tal capitán a esta ciudad a informar de todo lo referido a la superior benignidad de Ustedes para que en nombre del Rey Nuestro Señor no ampare, tomando aquellas providencias que gradúe más oportunas y favorables para que dichos Michel, Chaves y otros convecinos se abstengan de las introducciones violentas que hacen en nuestros terrenos y nos dejen libres a nuestra disposición y que podamos sembrar y cultivar para tener frutos con que alimentarnos y vivir así en paz y quietud con que hemos guardado hasta aquí sin salir a los intereses que son propios de ellos ni consentir el más leve daño ni dar lugar a quejas ningunas."*

La Audiencia se había tomado su tiempo y había reclamado un informe al subdelegado de Tomina. A los seis meses llegó la respuesta. Palabras más, menos, descartaron los motivos de la queja.

—Mi primera intención fue que los españoles retirasen sus ganados porque los terrenos que están desiertos, hoy día, no son suficientes para la cría de venadillos y demás animales; y a mayor distancia, habrá menos motivos, en lo sucesivo, de incomodarnos unos a otros —había aclarado Cumbay.

El indio había persistido en los intentos de paz. En 1801 había

vuelto a La Plata solicitando algún regalo de costales y otras especies. La Audiencia no había dudado en entregar un donativo de 50 pesos para los líderes ingreños. Sin embargo, pasados tres años desde la última visita del indio a Chuquisaca, el asunto había cambiado de claro a oscuro. Cumbay, a la cabeza de un ejército de seis mil indios, asaltó el fuerte de San Miguel de Membiray.

Esto alertó a Pizarro, que ordenó una reunión en carácter de urgente. Los oidores se presentaron a escuchar qué tenía para decir el Gobernador Intendente, asistido por su asesor.

—Caballeros, estamos en condiciones de adoptar medidas bélicas contra esta gente —el Gobernador levantó las cejas. —Nos encontramos en pie de guerra.

Un murmullo generalizado interrumpió el discurso de Pizarro. Era notoria la desaprobación de los oidores. Una vez más le hacían notar que les parecía un despropósito lo que decía. No hacía falta llegar a tanto.

—Hasta ahora, los bárbaros atacaban en época de lluvias por creer inutilizada la pólvora, pero ahora se han envalentonado —agregó Cañete.

Las discusiones elevaron el tono y ya nadie prestó atención al orden establecido. Pizarro se cansó del griterío y echó a los destemplados. Primó el silencio en la sala y le solicitó a su asesor que enviara el pedido al Virrey. Echó por tierra el descontento de la Audiencia, tomaría la delantera. La respuesta de su superior, a poco, ratificó las medidas militares. A aplastar al indio, se dijo.

García de León y Pizarro había hecho buenas migas, en cambio, con el flamante arzobispo Benito María de Moxó, llegado desde Nueva España para ocupar el cargo tras la muerte del arzobispo José Antonio de San Alberto. Ambos caballeros coincidían en la manera de dominar los problemas políticos y sociales que se presentaban. Y ante la idea del presidente de la Audiencia, de reestructurar la Universidad de San Francisco Xavier para sacarla del estado de abandono en la que se encontraba tras la expulsión de los jesuitas, encontró un aliado en el arzobispo. El Cabildo eclesiástico miraba con resquemor la voz alzada de Moxó. Nada mejor que sumarse a las disidencias de la Audiencia para oponerse a las dos cabezas visibles del gobierno civil y

eclesiástico.

Empezaron a soplar vientos inquietantes en Chuquisaca. Aquella tensa calma que dominaba sus calles empezaba a elevar el tono.

***

Bernardo empezó a cursar los estudios en Sagrada Teología en la Universidad Mayor Real y Pontifical San Francisco Xavier a los 15 años. Si no hubiera sido por la mano santa del canónigo Troncoso, hubiera sido imposible. Chuquisaca era una ciudad costosa y ni qué hablar de aquella universidad, que albergaba a lo más pudiente del Virreinato. Quienes no pasaban por la de Córdoba, lo hacían en la de Charcas, que ostentaba fama continental. Ciudad opulenta, cuando se la nombraba, se la condecoraba con el renombre de la "Atenas sudamericana".

Lo más encumbrado de la sociedad pasaba por Teología, aunque los estudiantes no se llegaban hasta ahí en familia. En general cursaban los estudios solos, tutelados por algún prelado, mientras que los familiares costeaban los 669 pesos por un solo grado, de los que 150 pasaban a la caja de San Francisco Xavier y de Santo Tomás, 250 a la caja de los doctores, y el resto para las propinas.

No era el caso de Bernardo. Con su padre a leguas de distancia, quien se ocupaba de la paga era Troncoso.

Temprano a la mañana salían de la casa rumbo a la alta casa de estudios. El mocito estaba entusiasmado, su vida había cambiado radicalmente. El siseo de la sotana de Troncoso contra el suelo y el aplomo de la marcha de Bernardo anunciaban el arribo. Subían los escalones del portal, bajo el arco de cantería que trazaba una línea majestuosa y austera en la fachada arcaica, y atravesaban el patio, cada uno rumbo a su claustro.

Algunos compañeros de Bernardo circulaban con la barbilla en alto. Se sabían hijos de la riqueza y la exhibían con insolencia. Y estaban los otros, como el oriundo de Buenos Aires, Eusebio Antonio Mayada, a quien sus padres habían dejado de enviarle subsidios y los Recoletos habían tomado la decisión de no dejarlo en la calle y alimentarlo. Bernardo reparaba en ese tipo de compañeros. A los petulantes era preferible ignorarlos.

Aunque eso no era fácil. Bernardo se había convertido en un alumno eximio. Era el más joven del aula y se destacaba por su brillantez. A pesar de su corta edad al lado del resto, intervenía en todo diálogo y, a veces, hasta ponía en jaque a los catedráticos. No buscaba amedrentar pero las ganas de preguntar y poner en duda lo dado, lo arreciaba como fuerza descontrolada. Cuando su cuestionamiento retumbaba en el aula, bajaba la vista esperando lo peor, pero ya era tarde. Se iniciaban unas trifulcas frondosas que no siempre llegaban a buen puerto. De todos modos, Bernardo seducía con discursos valientes y unos modos encantadores. Aquello le traía resquemores con algunos de los muchachos. Detestaban su aplomo, les parecía que no le correspondía. Ni en edad, menos en status. Bernardo no les prestaba atención, le resultaban invisibles. Eso enardecía aún más a sus rivales. ¿Cómo se atrevía a ignorarlos? No iban a parar hasta encontrarlo. Y como las habladurías nunca caían en saco roto, se convirtieron en material ineludible para el grupo intemperante.

—Este hijo de negra debería servir en la hacienda.

—Mulato desvergonzado.

—No se entiende cómo ha llegado hasta aquí.

—Por el padre, que no es otro que Troncoso, ¿qué creías? Este intruso tiene esa ventaja.

Ni siquiera se cuidaban al repetir los chismes. Lo hacían a viva voz para que Bernardo escuchara. El joven Monteagudo, al percibir, por primera vez, el fanfarroneo de aquellos alumnos, contó hasta diez y aguantó. A última hora, antes de regresar a la casa, se dirigió al claustro de su tutor.

—Necesito hablar con usted, padre —prorrumpió sin anunciarse.

El canónigo Troncoso levantó la vista de los libros que poblaban la mesa y miró con estupor a su pupilo.

—¿Qué es esta urgencia, Bernardo? —y le señaló la silla para que se sentara.

—Me dicen cosas, padre.

Los ojos de Bernardo echaban chispas. Troncoso suspiró, intuía de qué se trataba todo eso.

—Esta es una universidad que desarrolla el discurso, Bernardo.

El turno del suspiro cansado le llegó al muchacho. Troncoso

gesticuló para que revelara el misterio, de una buena vez.

—Pero no de improperios. ¿O serán verdades, padre? —el joven avanzó con el cuerpo tenso hacia la mesa.

—Si no hablas, se me hace difícil entenderte.

—Me dicen que soy hijo de negra y de usted, padre.

Bernardo lo penetró con su mirada renegrida. Troncoso no bajó la vista.

—¡Quiero licencia para batirme con ellos! —insistió el joven, con los ojos en llamas.

—Hijo —empezó y se arrepintió de la palabra que había elegido pero ya era tarde. —Debes aprender a no dejarte llevar por los dichos infundados de un grupo de rencorosos. Desdeña a los murmuradores, ensartarías a una docena de ellos, mientras cientos quedarían vivos. Prepárate a ser blanco de envidias y diatribas, Bernardo. Y no debes avergonzarte de la madre y el padre que tienes.

—Nada me enorgullece más —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tampoco te avergüences de tus emociones. Veo a un hombre portentoso frente a mí. Estoy muy orgulloso de ti.

El canónigo se levantó y lo palmeó con devoción. Lo quería tanto, rogaba que siguiera el camino de la Ilustración, le tenía una fe infinita. Tomó sus libros y lo instó a que salieran. Ya era hora de volver a casa. Cruzaron los pasillos, las galerías y el portal. Salían también algunos alumnos, los saludos se multiplicaban, las risotadas inundaban el lugar. Afuera, en la calle, circulaban algunas mujeres que esperaban a sus maridos o prometidos. Las miradas hacia el joven Monteagudo no se hicieron esperar. Troncoso escrutó a su pupilo, luego a las señoras, que insistían sin disimulo. Era indiscutible que Bernardo se había convertido en un muchacho apetecible para las damas. Notable, pensó el canónigo, aunque estimó que era un poco joven para esos asuntos.

CAPÍTULO II

Bernardo había pasado a visitar al padre Medina, el parentesco le aliviaba la añoranza por su padre. El cura lo había mandado a llamar, tenía algunas noticias que darle. Preparaba uno de los tantos seminarios que dictaba en la Academia Carolina, pero se hacía un tiempo para su joven primo.

—Ah, muchacho, ven, pasa —lo invitó y se desperezó un poco. Hacía horas que escribía, había perdido la noción del tiempo.

Se palmearon la espalda y Bernardo se acomodó en la silla de brazos. Observó a su pariente, tenía los primeros botones de la sotana desabrochados, los pelos revueltos. El sacerdote le retribuyó la mirada, mantuvo el desarreglo como si nada.

—¿Qué preparas? —preguntó con curiosidad, Bernardo.

—¿Y por qué no vienes a mi seminario? Estimo que te gustará —retrucó Antonio con sus ojos bonachones. —A ver, pero cuéntame de ti primero, que luego vengo yo con novedades.

Con una sonrisa amable, Medina lo invitó a que le contara. Bernardo no se hizo esperar y, entusiasta, lo puso en autos: que este filósofo le parecía más interesante que tal otro, que le faltaba unos meses para doctorarse en Teología, que su madre estaría tan orgullosa, y que de seguro su padre también.

—Ya que me hablas de Miguel, quiero anticiparme y confiarte que apuré la gestión para obtener aquellos fueros y los hemos conseguido. Se los han concedido, así que podrá hacer lo que le plazca.

Bernardo pestañeó repetidas veces, como si buscara qué decir. Pero se quedó callado.

—Me había contado que quería viajar a Buenos Aires, que necesitaba esos documentos, además del pasaporte, así que…

—¿Entonces se mudan otra vez? —preguntó Bernardo, inquieto.

—No me habló de una multitud, creo haber escuchado que lo

haría solo —afirmó Medina y se sirvió un vaso de agua.

Se la bebió de un trago. Y reparó, en ese instante, del descuido de su hábito. Se había dejado llevar por los estudios, en una horas tendría que dirigirse a la Catedral. Oficiaría de testigo en el casamiento de su gran amigo, Mariano Moreno. Sin pensarlo, se peinó los pelos con los dedos.

—Pero vamos, Bernardo, no puedes dedicarte solo a los libros. Dime algo más, muchachito —y se rio. —¿O no vas a confiar en mí? Puedes contarme todo lo que quieras. Que esto no te atemorice.

Y se tomó del faldón de la sotana. Ambos se rieron, Bernardo se distendió un poco. No se atrevía a hablar con Troncoso de algunas cosas, a su padre lo tenía demasiado lejos, tampoco creía poder hacerlo aunque estuviera allí junto a él.

—A veces salimos con algunos compañeros de estudios, pero no mucho más —señaló el joven y no mentía.

Le gustaba recorrer las calles de Chuquisaca, observar a los residentes que iban y venían en un fragor inextinguible, estudiar sus atavíos, escrutar a las damas, exprimir hasta el último trago de su belleza, todo aquello lo encendía. Pero sentía que no eran para él, que no estaba a la altura, que no debía avanzar en tierra por demás rica, se acobardaba, soñaba a lo grande pero se despertaba diminuto.

—Ahora me voy a la boda de un amigo —le dijo.

—¿De quién? Tal vez lo conozca.

—No lo creo, mi amigo Mariano Moreno, que llegó, hace un tiempo, a Chuquisaca para ordenarse, pero las vueltas de la vida lo cruzaron con una mujer —confesó Medina.

—¿Cómo es eso? —Bernardo se mostró perplejo.

—Pues como te digo, se vino de Buenos Aires con la decisión de sus padres para que se ordenara, fue tutelado por el canónigo Terrazas pero el amor de una joven fue más intenso que las otras devociones.

Bernardo escuchaba con suma atención. Hasta ese momento, las mujeres no formaban parte de su curiosidad, necesitaba aprenderlo todo.

—Pero entonces su entrega por el seminario no era tan fuerte. Para dejarlo por una mujer…

—El amor es así, Bernardo. Caminaba una tarde por la calle,

cuando quedó extasiado ante un escaparate. Allí había una miniatura con la cara de un ángel y rizos negros como sus ojos, entró al comercio y pidió conocerla. Y ahora se casa con ella, la chuquisaqueña de 14 años, doña Guadalupe Cuenca.

El muchacho no podía creer lo que escuchaba, le parecía una de aquellas novelas que a él poco le gustaban.

—No me mires así, Bernardo. Pareces una vaca mugiente, hombre. Que sí, que los hombres se casan, y las mujeres encandilan con las pestañas y el abanico —el padre Medina largó una carcajada. —Debo salir ya, acompáñame hasta la puerta de la Catedral.

Livianos, caminaron por la calle, el sacerdote le pasó el brazo por el hombro. Llegaron a la iglesia, antes de despedirse, dos damas que andaban por ahí, saludaron al presbítero. Hola padre, cómo le va a usted, debería conversarle uno de estos días, dijo una de ellas. Las hermanas Castro y González, de 27 y 30 años, ambas casadas con comerciantes españoles y conocedoras de su encanto sin igual, decían al cura pero regalaban reojos al jovencito. Que debo entrar a una boda, que se me hace tarde, las espero cuando gusten. Y las hermanas dieron la vuelta sin esconder la agitación y un susurro cómplice.

—Vete, muchachito, que ya es hora. Y ojo, cuidado por aquí, que hay maridos y compromisos varios. Son mayores para ti, no es por estos sitios. Gustan de hacerse las graciosas pero hasta aquí llegó el amor —le advirtió Medina con brillo en la mirada.

Bernardo negó con la cabeza, dándole la razón. Puso cara impávida, difícil de adivinar. Sin más, él había advertido que algo pasaba, nuevo, extraño.

***

Bernardo se doctoró en Teología con altísima calificación y tras la entrega de diplomas, se llevó adelante, en San Francisco Xavier, un ágape que reunía a los diplomados de ese y otros estudios. La universidad estaba de fiesta, los alumnos y sus comitivas ansiosos por celebrar. El gran patio central desbordaba, sobre todo, de caballeros. Los grupos se ampliaban, las discusiones, cada tanto, elevaban el tono, aunque, también, una infinidad de damas —madres, esposas, hermanas— habían sido convidadas para homenajear a los doctos.

El joven Monteagudo no entraba en sí de la alegría. Había llegado junto al canónigo Troncoso, quien, además, desbordaba de orgullo. Y ya adentro, deambuló de un lado a otro con el aplomo de un señor experimentado. Su tutor no le perdía pisada, aunque gustaba de observar la seguridad con la que el muchacho se movía.

Unos jóvenes que Bernardo no conocía, discutían sin descanso: que la Academia Carolina era de lo mejor, sino la única que graduaba abogados de excelencia, que el resto no podía ni empezar a competir, que por algo dependía de la Audiencia, y que el presidente no era otro que un Oidor, por lo que es manifiesto que desempeñaremos actividades jurídicas en la Real Audiencia, todo está relacionado, somos los mismos, y reían para continuar con el panegírico.

—Yo ya trabajo para un Oidor, mis amigos.

—Pero consíguenos un acercamiento.

—Los problemas entre la Audiencia y García Pizarro ya son irrefrenables. No sé en qué terminará todo eso.

—El hombre es un anciano y la viudez lo ha melancolizado demasiado.

—¡Pero si es viudo hace años, caballeros! Vamos, que esa no es una excusa.

Seguían los jóvenes letrados, en una oscilación entre la vida personal de los gobernantes y la alta política. No cejaban, parecían el piar de pajarracos.

Bernardo no introducía ni un suspiro. Aquí prefería escuchar; no así en sus asignaturas, donde destacaba por su oratoria, a pesar de sus jóvenes 15 años.

A varios pasos de allí estaba José Antonio Medina. Departía con un grupo reducido y no levantaba la voz. La conversación era un murmullo casi imperceptible. Bernardo lo vio y se dirigió hacia donde estaba. Levantó la mano para anunciarse y siguió la marcha. Apenas pudo escuchar unas pocas palabras —“Caballeros de América” y “Murillo”— y se hizo un silencio de tumba. Medina lo saludó y despidió al resto.

—¿Acaso interrumpí, José Antonio? —preguntó Bernardo, preocupado.

Medina silbó y escrutó al muchacho. Quería adivinarle los

pensamientos.

—Hablábamos de unos asuntos privados. Y más que privados, secretos —le respondió.

Bernardo le clavó los ojos. Ahora, como nunca, quería saber. El secretismo lo volvía loco. Le pidió que le cuente, que él era discreto, que podía confiar, que para qué eran parientes si no para revelarse todo, que ya le había contado él, ahora era su turno. Medina ahogó una sonrisa, habrase visto, mozo tan atrevido y a tan temprana edad. Le confió que un abogado graduado en esos claustros pero residente en La Paz, don Pedro Domingo Murillo, había estado alistando caballeros para una logia. Bernardo dejó de respirar. Algo había entendido, se había introducido en el tema, el asunto de la fundación de las logias en Europa. Le pareció increíble que aquello sucediera en el país.

—Parece que han empezado a perseguirlo. Los españoles lo acusan de conspirar contra el gobierno.

—¿Por la logia?

—Que se llama Caballeros de América, por si lo escuchas por ahí. Hay malestar, Bernardo, y las reuniones que, sí, son secretas, además de deliberar asuntos éticos, morales y filosóficos, buscan la mejor forma de ser útiles a la sociedad. Y hay preocupación, mucha.

El jovencito acaparó toda la información que le ofrecía su primo. Era todo oídos. Pero, de la nada, aparecieron otros compañeros a saludar al presbítero. Lo cooptaron y Bernardo quedó rezagado. No le quedó alternativa y pegó la vuelta para dirigirse hacia uno de los arcos de una de las infinitas galerías que daban al patio mayor. Allí, los grupos eran más variados, sobre todo porque destacaba la presencia femenina. No asistían como estudiantes, aquello estaba terminantemente prohibido, sí como acompañantes. En uno de sus vagabundeos, una voz deliciosa lo interrumpió.

—Buenas tardes, qué milagroso encontrarlo por aquí —le dijo la dama. —¿No me recuerda? ¿Hace unos meses? ¿En la Catedral? Soy María Isabel Castro y González, y estaba con mi hermana.

La señora olvidó dar el apellido de su esposo, lo creyó accesorio, poco relevante para aquel encuentro. Desplegó de un golpe su abanico y dejó al descubierto solo una mirada encendida.

—Claro que la recuerdo, señora. También me presento, mi nombre es Bernardo de Monteagudo.

—Encantada, caballero —y le extendió la mano para que se la besara. —Estudia aquí, por lo visto.

—Me he graduado en Teología, empiezo mis estudios en Cánones —no podía dejar de mirarla, no entendía demasiado pero intuía que se acercaba a senderos ilícitos. A la primera ojeada, había sido tan honda la impresión que le había despertado, que temía darse a conocer. Estaba sobrecogido.

—Qué espectáculo fascinante este sitio, joven Bernardo. Pero desconocido para mí. ¿Sería tan amable de enseñármelo? —doña Isabel no esperó la reacción y asomó la cabeza por el umbral de una de las puertas y entró. Marchó lento, sabiéndose perseguida, sin mirar atrás.

Bernardo la seguía de cerca por los pasillos vacíos, las aulas silenciosas, el magnífico edificio en soledad. Observaba su espalda, su cuello, adivinaba esa nuca escondida detrás de los rulos castaños. Desde las piernas le subió una corriente caldeada. Tuvo un calor desesperante, una ráfaga indómita.

—Señora, cuidado, no se vaya a perder —se atrevió Bernardo, a pesar de las dudas. ¿Y si se equivocaba? ¿Estaría confundiendo una conversación amable con una provocación de la dama?

Doña Isabel rio y apuró la marcha. Tomó distancia del paso de Bernardo y continuó. Giró apenas la cabeza y dejó entrever una sonrisa. Él, rezagado, mantuvo su ritmo. Como si supiera, entendió que cuanto más difícil, más bello e interesante. Se convenció de que hacía bien en acercarse, de a poco, al centro mismo de la situación. Ahí estaba el verdadero placer, el verdadero gozo. Era pura intuición pero le parecía que era la única verdad.

La dama se detuvo. Semblanteó a su perseguidor para invitarlo. Bernardo no se hizo esperar. En unos pasos se puso frente a frente.

—Pero qué tardanza, parece un crío que apenas empieza caminar.

—Tengo 17 años —mintió Bernardo, descaradamente.

Ella lo miró de arriba abajo. Con el abanico, le rozó la boca y descendió hacia el cuello. Bernardo no pensó más. La tomó de los hombros y la empujó contra la pared. La besó con fuerza, apoyó sus

manos, con suavidad, sobre la piel blanca del escote. Y ahí se quedó.

—Por favor, Monteagudo, no te detengas. ¿Qué haces? —imploró Isabel y con sus manos le indicó qué hacer.

Los manotazos de ambos descubrieron sus cuerpos, sin quitarse las vestiduras. Ella jadeó con desesperación al meter la mano dentro de su pantalón. La virilidad de Monteagudo era inaudita. Y su juventud… Se dio vuelta y le indicó, paso por paso, qué debía hacer. El muchacho fue un discípulo excelso. Cuando todo terminó, a la señora le costó recobrar el aire. Bernardo peinó su pelo prieto con los dedos, secó su sudor con la manga de la camisa y se abotonó el pantalón. Ella miró su entrepierna mientras se acomodaba sus ropas.

—Tú no puedes regresar así —y le señaló el bulto del pantalón.

Bernardo se rio, la tomó de la mano y la atrajo hacia él.

—No sé qué hacer…

Y volvió a pegar su cuerpo firme contra ella. Doña Isabel volcó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Debo explicarte que el amor ardiente no se detiene en la juventud hasta quedar satisfecho? —susurró la dama.

—Desconozco la satisfacción, señora —las manos de Bernardo hurgaron con fuerza, otra vez.

Ahora ella lanzó la carcajada. El muchachito parecía una fiera. Le gustó su desparpajo. Pero en ese instante recordó que no estaban solos, que allí cerca deambulaba la sociedad entera.

—Lo único que sé es que un favor obtenido excita la obtención de otros favores más grandes —Bernardo le lamió la boca y ella se separó un poco.

—Salgo yo primero, tú aguarda un rato —dijo Isabel y se preparó para retirarse. Socarrona, continuó: —Eres lo más insolente que he conocido en mi vida.

—Soy suyo, señora —metió las manos en los bolsillos y esperó. —Sabrá de mí.

—De seguro sabré de ti.

Bernardo se rio en silencio.

***

Algo hedía en el Virreinato del Río de la Plata. Corrían los últimos

meses de 1805 y circulaba el rumor de que los ingleses miraban con buenísimos ojos las costas de Buenos Aires. El Virrey Rafael de Sobremonte había reclamado refuerzos a España pero el silencio que llegaba desde la península era aterrador.

—Excelencia, le advertimos que se avizora lo peor.

—Señor, no hay tiempo que perder, es preciso que preparemos la retaguardia.

—Viene la flota inglesa.

—Nos invaden, nos hieren, nos matan.

Repetían los vigías, llegaba la información desde distintas costas pero nadie solucionaba nada. La corona española estaba ocupada en otras cuestiones. Dos años atrás, Carlos IV había jugado a la neutralidad en la gresca europea y terminó saliéndole el tiro por la culata.

En 1803, España había mirado hacia otro lado mientras los británicos reanudaban los ataques contra la Francia bonapartista, a pesar de haber firmado la paz un año antes. Napoleón, quien empezaba a aumentar su figura y marchaba con ansias expansionistas, le había pedido colaboración al rey de España, pero el Gobierno de Madrid, a cargo del otrora Guardia de Corps Godoy y favorito de Carlos IV, pero sobre todo de su ardiente esposa María Luisa de Parma, había aceptado hacerlo aportando unos dinerillos, para así evitar una participación directa en un conflicto tan costoso.

Sin embargo, los ingleses llegaron a la conclusión de que los españoles habían roto la neutralidad y dieron rienda suelta a una persecución constante desencadenando una infinidad de incidentes. Hasta que atacaron y hundieron una fragata con pasajeros civiles. Esto encendió la mecha y España le declaró la guerra al Reino Unido el 12 de diciembre de 1804 y se alió con Francia en un tratado que se firmó al mes siguiente. Napoleón, recién proclamado emperador, tuvo la clara intención de dar un golpe contra los británicos, sus enemigos solapados. Reunió a doscientos mil hombres para desembarcar en Inglaterra y así apropiarse del control del Canal de la Mancha.

El rey de España le entregó a Francia treinta buques de guerra y en septiembre de 1805, Bonaparte le ordenó al vicealmirante Pierre Villeneuve que navegara hacia Nápoles para liberar el Mediterráneo

del acoso inglés. Pero el marino desobedeció la orden y el 18 de octubre partió rumbo a Cádiz. Los 33 buques de la flota franco-española —entre ellos la *Santísima Trinidad* , de la Real Armada Española— se topó con la escuadra del almirante británico Horatio Nelson, frente al cabo de Trafalgar. La flota de Nelson demostró una superioridad táctica clara ante Villeneuve, los británicos lograron sobreponerse a sus rivales. La fuerza franco-española, derrotada, perdió 23 barcos, mientras que los ingleses no perdieron ni uno. Nelson murió durante los enfrentamientos, Villeneuve, tras ser liberado, regresó ante Napoleón. Lo repudiaron, esto fue demasiado para él, y se suicidó.

Mientras tanto, en Londres, se vivían las mieles del éxito. El Primer Ministro Sir William Pitt era felicitado en una gala.

—¡Brindemos por el salvador de Europa! —vivó el Alcalde.

—Os doy las gracias por el honor que me habéis hecho; pero Europa no debe ser salvada por un solo hombre. Inglaterra se ha salvado a sí misma con sus esfuerzos y, como confío, salvará a Europa con su ejemplo —respondió el mandatario.

Pero el Primer Ministro se regodeaba con otros pensamientos. Unos meses atrás, en las proximidades de Cádiz, unas embarcaciones inglesas habían interceptado a cuatro fragatas españolas desbordantes de oro y plata provenientes del Alto Perú. El fulgor del botín, valuado en unos dos millones de libras, había sido enviado inmediatamente a Londres. Al ver tamaña riqueza, Pitt renovó los votos que había consagrado para con el venezolano Francisco de Miranda, con quien se había reunido, tiempo atrás, en la residencia del secretario del Foreign Office, Lord Grenville. Allí, el americano había encandilado a los ingleses con una propuesta para independizar Hispanoamérica, desde el río Mississipi hasta el Cabo de Hornos. A cambio de su colaboración, les había ofrecido grandes compensaciones. Pero las negociaciones se habían congelado. Ahora, con el tesoro tan a la mano, todo cambiaba. Pitt, ansioso, convocó al comodoro Home Riggs Popham, siempre dispuesto a desplegar las velas rumbo a nuevas aventuras.

—A ver, Caballero de la Orden de Malta, tengo algo bien interesante que comunicarle —murmuró el Primer Ministro y le dio a

conocer el otrora plan de Miranda.

Popham se reunió con el venezolano, rearmaron estrategias y las desplegaron con bombos y platillos frente a Pitt. Le presentaron un memorándum con detalles específicos para liberar América del Sur de los españoles. El Primer Ministro dio vueltas. A mediados de 1805 el comodoro Home Popham alistó una expedición que tenía como objetivo la captura del cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur de África. Pitt ordenó que abortaran el plan de conquista del sur de América. Decepcionado pero haciéndose el distraído, Popham convocó al coronel William Carr Beresford, izó la bandera y partieron rumbo a altamar.

CAPÍTULO III

Con 17 años, Bernardo se había doctorado en Teología y Cánones, y comenzado la carrera de Leyes. Se comía el mundo, transpiraba avidez por saber, leía todo lo que le llegaba a la mano, vivía pendiente de lo que sucedía en la alta casa de estudios y en el mundo, nada le resultaba suficiente. Era un digno exponente de las nuevas ideas.

Y tras la creación de los "Caballeros de América" en La Paz, el ansia por las sociedades secretas desembarcó en Chuquisaca. El presbítero Medina y el abogado Jaime de Zudáñez entendieron que había llegado el momento de fundar la suya y con el argumento de la necesidad de las reuniones culturales, en 1806 instauraron la "Sociedad de Independientes". Cuando creyó que le había llegado la hora, Medina interpeló a su joven primo.

—Bernardo, quiero que me acompañes esta tarde a casa de un querido camarada —lo instó.

—Tengo que estudiar, José Antonio —el joven Monteagudo asumía que no debía perder un minuto de su tiempo.

—Aprenderás bastante más en donde digo.

Con la última claridad de aquel martes, salieron a las calles rumbo al sitio en cuestión.

—Tengo la más férrea convicción de que serás un integrante destacado de esta, nuestra flamante sociedad secreta —Medina le aclaró el panorama y no le escatimó una sonrisa.

Bernardo lo miró de lleno y abrió la boca para ahogar un grito de satisfacción. Continuaron la marcha y llegaron a la casa de Tomás de Alzérreca, situada en la plaza de armas, junto a la Universidad. No hubo necesidad de golpear la puerta, el presbítero la abrió directamente, miró a los costados, la calle estaba desierta, y entraron.

En la sala los esperaba la reunión. Los pesados cortinados cubrían las ventanas y los candelabros permanecían alejados, el salón daba a

la calle y preferían no estimular a los curiosos, que nunca faltaban.

—Buenas tardes, caballeros, les presento a mi joven primo, Bernardo de Monteagudo, novel aspirante a la sociedad.

Alzérreca, también abogado y secretario de la Universidad se acercó, erguido y altivo, palmeó a Medina y le dio la mano a Bernardo.

—Bienvenido a la logia, muchacho. Te recibimos con entusiasmo y damos por descontado tu sigilo y prudencia. Si llegas de la mano de mi querido Medina, no hay nada que discutir —destacó don Tomás. —Paso a introducirte a los aquí presentes.

Uno por uno, le señaló al Venerable Maestro Jaime de Zudáñez, a su hijo José Benito, al canónigo Juan Manuel Lemoine, Mariano Michel y Mercado y su hermano por parte de madre, el presbítero Juan Manuel Mercado, a Justo María Pulido, a José María Serrano, a quien conocía del aula, eran compañeros de San Francisco Xavier, el fiscal de la Real Audiencia de Charcas y presidente de la Academia Carolina de Derecho don Teodoro Sánchez de Bustamante y al doctor Manuel Rodríguez de Quiroga.

Luego de los saludos, la tertulia siguió su curso como si allí no hubiera pasado nada. Bernardo se acomodó al lado de Serrano, su conocido. No buscaba llamar la atención —era su primera vez— quería prestar sus oídos a las disertaciones.

Las voces se acaloraron en un segundo. Hablaban de las nuevas ideas europeas, eran todos ávidos lectores de Jean Jacques Rousseau, del barón de Montesquieu, de Denis Diderot, de Guillame-Thomas Raynal, y algunos de Étienne Bonnot de Condillac.

—Aquí podemos dejar de lado el lenguaje convencional de los actos públicos, señores. Otro es el espíritu de estos debates.

—Si las consignas revolucionaras francesas han calado hondo en Europa, no veo por qué nosotros no deberíamos defenderlas, incluso hacerlas carne.

—Cuánta verdad, estimado. Defendamos la libertad y la igualdad radical entre todos los seres humanos, como hizo nuestro venerado Rousseau.

—Ya lo dijo antes, “El hombre es bueno por naturaleza”.

—Pero no se debe soslayar su idea más ígnea, “El hombre nace

libre, pero en todos lados está encadenado" —interrumpió Bernardo sin darse cuenta.

Los integrantes de la tenida se callaron y lo miraron atónitos. Escuchaban aquella voz por primera vez. El joven Monteagudo no se sintió intimidado y continuó.

—Defiendo, como Rousseau, al hombre primitivo y amoral. El único realmente libre.

Y se armó un bullicio digno de fonda: que había que combatir la tiranía a través de la razón y el conocimiento, que solo ellos eran dignos de embestir contra la opresión monárquica, reivindiquemos al buen salvaje del filósofo suizo, bien sabemos que la corrupción que la vida social causa al hombre es el origen del sufrimiento y las injusticias que sufre, breguemos para que cada uno ponga en común nuestra persona y todo nuestro ser bajo la suprema dirección de la voluntad general, y recibamos corporativamente cada miembro como parte indivisible del todo.

Sin que se dieran cuenta los presentes, se hizo de madrugada. Empezaron a retirarse de a uno, en el más absoluto sigilo. El Gran Maestre palmeó a Monteagudo. Lo apretó con fuerza, afirmando la incorporación.

Ya en la calle, su primo asintió con satisfacción. Estaba orgulloso de Bernardo. Había tenido una participación inmejorable.

—Te felicito, Bernardo. Has dado la nota, y con una afinación insuperable.

Rieron los dos y sus pasos retumbaron en el silencio de la noche. El joven respiraba agitado. Estaba exultante.

***

Las mujeres se habían vuelto un asunto recurrente en la vida de Bernardo. Su razón se extraviaba en el seno de las delicias que ellas le proveían. Observarlas, descubrirlas, imaginarlas, avanzar hasta atraparlas eran actos fundamentales en su discurrir diario. Había aprendido, a medida que pasaba el tiempo, que esta era una práctica mutua. Del otro lado no encontraba rechazos; es más, solo puertas que se abrían.

Los compromisos dados de las señoras no lo alejaban, ni mucho

menos. Aquella dama casada lo había desvelado. Hubo un tiempo en que los encuentros fueron fáciles y placenteros. Ella le había abierto los pórticos de su cuerpo y él había entrado con la seguridad que lleva un habitante temporario, que sabe que debe disfrutar de todo mientras dure, y como si fuera la última vez.

Isabel le insufló el deseo y apreció la insensatez de sus arrebatos. El delirio sexual de Bernardo no la espantó, es más, le placía correr los límites y ver hasta dónde llegaba. Monteagudo era capaz de anunciarse en su casa, hacerse amigo del esposo traicionado y hurgar entre sus enaguas, en el vértigo de ser descubiertos. La señora se agitaba, aquello envalentonaba aún más al mancebo en celo. Eso percibió la esposa del español, que tenía todo controlado: a su marido, a sus criadas, a su familia y a su Bernardo. Hasta que llegó el día en que la duda la corroyó. Su amante ya no era el mismo.

—¿Qué pasa, amado mío? Ya no recibo tus cartas, las caricias no las siento, aquel tiempo venturoso se ha desvanecido —reclamaba Isabel intentando disimular.

—Exageras, querida Isabel —pero Bernardo veía, debajo de aquella serenidad aparente los sinsabores ocultos que la asediaban.

No quería lastimarla. Ella había sido muy generosa pero Chuquisaca estaba repleta de señoritas en flor, envueltas en su halo misterioso, que tanto necesitaba descubrir. Todas tenían algo que le llamaba la atención y despertaban un fuego imposible de aplacar. No había forma de bajar la intensidad de su ardor. Tenía ganas de tragárselas. A todas, todo el tiempo.

El dominio de sí que había tenido Isabel, empezó a escapársele como el agua entre los dedos. De receptora de cartas y propuestas amorosas, pasó a convertirse en una bestia hambrienta, difícil de satisfacer. Sin pensarlo, le escribió a Bernardo:

"¿Por qué me quitas lo que me pertenece? ¿Por qué tus ojos no vierten la mitad de mis lágrimas? No hay sentimiento tuyo que no deba yo abrigar, y mi corazón, por demás c eloso, te recrimina por todas las lágrimas que no viertes en mi seno. Dime, amado frío y misterioso, ¿no es acaso un robo hecho al amor todo lo que dejas de comunicar a mi alma? ¿No recuerdas todo lo que dijiste?

¿Acaso, lo que me hiciste?”

Dobló la esquela en cuatro partes, se la entregó a su criada y le ordenó que la llevara hasta la residencia del canónigo Troncoso. Pero tenía la cabeza tan tomada por sus espectros que olvidó decirle que el destinatario era el joven Monteagudo.

Pues dicho y hecho, el reclamo ardoroso no lo recibió Bernardo. El sacerdote abrió la puerta, tomó la carta de manos de la criada, que lo puso en autos de dónde venía y quién la firmaba, agradeció y despidió, y leyó lo que no le correspondía. Apretó la quijada, hizo un bollo con el papel y lo tiró bien lejos. No quería que su pupilo se metiera en problemas, y doña Isabel era uno mayúsculo.

Bernardo jamás se enteró de la súplica, tampoco regresó a aquella casa. Estaba muy ocupado con el estudio de las leyes, las tenidas y el despliegue conquistador que había gustado de empezar. Mientras, en la residencia marital, Isabel le pedía consejo a su hermana, quien sufrió un vahído al enterarse. Ten cuidado, Isabelita, no sabes lo que puede hacer tu marido, matarte, retarlo a duelo, humillarte frente a la sociedad, que mejor es prevenir, hazte a silencio, no te expongas, no muestres tu necesidad, ¿cómo has realizado semejante insensatez? La hermana la abrazaba y la reprendía al mismo tiempo. Isabel alzaba la voz, temblaba de furia y despecho, que cómo era posible que la despreciara de ese modo, que un alma sensible saboreara con moderación sus bienes infinitos, que esta casa es un incendio, que conmigo a medias tintas nada, al fuego eterno todo, que no hay hombre en este mundo cuyo buen sentido resista todas las pruebas a las que puedo someterlo, no ha nacido caballero que me pueda, pero claro, este niño no sabe, no está a mi altura, no soy dueña de mí, hermana querida, mi alma enajenada reside toda en él, y una infinidad de murmuraciones que hacía Isabel con las mejillas arrebatadas y el pelo revuelto.

A Bernardo, en ningún momento se le ocurrió jactarse de sus aventuras o compartirlas con nadie. Era cuidadoso, por sus damas y por él. Realmente se sentía enamorado, lo notaba, además, en el secreto con que llevaba adelante cada asunto. Y todas se enamoraban de él.

***

Al amanecer del 25 de junio de 1806, en la punta de los Quilmes, una escuadra inglesa compuesta de diez velas entre fragatas y barcos menores comenzó su avanzada por el río para hacer su desembarco en las playas, aquella misma mañana. Pasada la noche siguiente y tras una embestida con las tropas de caballería porteñas a las que les ganaron con facilidad por la nula oposición ofrecida, subieron las Lomas y tomaron el pueblo de los Quilmes. Y al anochecer, llegaron al puente de Gálvez, en Barracas, que había sido incendiado antes, por órdenes del Virrey.

Después de un nuevo choque, los ingleses pasaron el riachuelo del lado de Barracas y sin mediar resistencia, la ciudad de Buenos Aires se entregó al ejército del Rey de Inglaterra, comandado por William Carr Beresford, general de las tropas de tierra.

Sobremonte se había fugado la noche previa con hombres y cuatro cañones del tren volante, para dejar a la ciudad en manos de Beresford. El Virrey depuesto se había trasladado a Córdoba para la organización de una reacción bélica. El mismo día en que la ciudad había sido dominada por las armas británicas, algunos de sus habitantes, dominados por el celo de la religión y el honor, trataron de organizar una reconquista. Para ello, entre gallos y medianoche, señalaron que el lugar de reunión sería la casa de campo de Perdriel, a cuatro leguas de la capital. Mientras tanto, la ciudad recibía con beneplácito al invasor. Algunos, porque les daba lo mismo mientras que no intervinieran en sus negocios, y otros porque empezaban a movilizar el espíritu de revuelta: los ingleses podían convertirse en el aliado perfecto para quitar de en medio a la alicaída corona española. En la negrura de la noche, algunos empezaron a conspirar.

El 1º de agosto, cerca de la una de la madrugada, salieron los ingleses, conducidos por sus espías y soplones, que los había y muchos, hacia dicho paraje, en un número cercano a los setecientos hombres y seis piezas de cañón. Atacaron a los bonaerenses tan imprevistamente que estos apenas pudieron defenderse. Los cincuenta paisanos resistieron al enemigo una hora de fuego, de metralla y fusilería, les quitaron un carro de municiones pero las fuerzas

comparadas fueron desiguales. De cualquier modo, la victoria, luego, sería de los habitantes de Buenos Aires. Tres días pasaron y las tropas al mando de don Santiago de Liniers desembarcaron en la punta de Las Conchas, desde Montevideo.

El 6 y el 7 de agosto se desató un temporal de órdago y los ingleses perdieron seis cañoneras: dos se fueron a pique y otros tres se hicieron pedazos contra las toscas. El día 10, ya con el ejército en los corrales de Miserere (1) , llegó el teniente de infantería en calidad de embajador, don Hilarión de la Quintana, a la puerta del Fuerte e hizo tocar una llamada al tambor para echar bandera parlamentaria.

—¡Qué busca! —salió un oficial inglés y advirtió.

—¡Traigo un pliego para su general! Debo entregarlo en su propia mano —respondió De la Quintana.

Beresford salió, recibió el pliego que le informaba que debía entregar la plaza y contestó que se defendería hasta que le dictara la prudencia. El inglés pegó la vuelta y desapareció detrás del puente levadizo.

Liniers recibió la respuesta de Beresford, previno a sus tropas y avanzó hacia el Retiro, tan de repente, que fue entrar, atacar el cuartel y parque de artillería, y luego de un gran tiroteo de fusilería y cañoneo, el enemigo se rindió. El 14 de agosto de 1806 se hizo un Cabildo Abierto al que concurrió todo el vecindario, la Real Audiencia y demás tribunales, el ilustrísimo Obispo don Benito de Lué y Riega y las autoridades eclesiásticas regulares y seculares, y se nombró al caballero de la orden de San Juan y capitán de navío de la real armada y reconquistador don Santiago de Liniers y Bremont, gobernador interino político y militar, y se excluyó del mando al marqués de Sobremonte, a quien se le pasó oficio por el ilustre Cabildo, en nombre de todo el pueblo, suplicándole que se retirara. Afuera el traidor, viva el francés.

La Junta Central de Sevilla ratificó aquella resolución popular y elevó a Liniers a la dignidad de Virrey. Hubo vítores a granel por la designación, aunque un grupo neto de españoles europeos, encabezado por el rico comerciante don Martín de Álzaga, puso el grito en el cielo: aquel traidor, vil afrancesado, enemigo público número uno y por si aquello fuera poco, sometido al averno de una

libertina y amante sacrílega Perichona, que lo inicia en las mieles de la corrupción y el sexo embravecido; hay que sacarlo, debemos quemarlo en la hoguera, bien lejos francés bonapartista.

Mientras tanto, Napoleón había decretado el bloqueo continental contra Gran Bretaña. Sus planes de invasión se habían abortado tras la derrota en Trafalgar y en lugar de perseguir una estrategia militar, optó por la guerra económica, entendiendo con lucidez que gran parte de la fortaleza británica estaba basada en su floreciente comercio internacional. Dicho y hecho, prohibió la venta de productos británicos en el continente europeo. En noviembre de 1806, Europa se encontraba bajo el dominio directo de Francia y todos los países que la integraban acataban la orden del Emperador. Salvo Portugal, que se resistió.

En octubre de 1807, las tropas francesas al mando del general Jean-Andoche Junot entraron a España, aliada del Primer Imperio francés. Napoleón había ordenado que se ocupara el Reino de Portugal, necesitaba atravesar el territorio español. El ministro Manuel de Godoy firmó el Tratado de Fontainebleu, por el que España comprometía su apoyo al ataque. Sin embargo, las fuerzas francesas fueron tomando el control efectivo de ciudades y puntos estratégicos del país. España iba tiñendo sus colores a los galos, lo que impulsó a la casa real a retirarse a Aranjuez, en Madrid y planear su éxodo a América. En la soledad del retiro decidieron que debían seguir el impulso de la corte lusitana, que tras la entrada de los franceses a Portugal, el 23 de noviembre de 1807, había navegado rumbo a Río de Janeiro para convertirse a la lujuria y opulencia de un escenario exótico.

América empezaba a tentar demasiado a los poderosos de Europa. El canto de las sirenas americanas fascinaba hasta el paroxismo.

1 - Plaza Miserere en la actualidad.

CAPÍTULO IV

Lucía la toga con la elegancia de un joven acostumbrado a esas lides. Bernardo aguardaba su turno para leer su tesis de doctorado en Leyes. La había preparado durante meses, el 25 de mayo de 1808 había sido censurada por el primer censor del cuerpo académico, pero aquella tarde del 3 de junio estaban todos listos para escucharlo. Presentaría "Sobre el origen de la sociedad y sus medios de mantenimiento".

El joven de 19 años había sido apadrinado por el Oidor José Agustín Ussoz y Mossi durante sus estudios y tenido acceso a su biblioteca, que era la más importante de Chuquisaca.

La Academia Carolina, en la que Monteagudo había estudiado junto a lo más encumbrado de la sociedad había vuelto a tener el prestigio que había perdido tras la expulsión de los jesuitas. La formación intelectual de sus alumnos era excelsa. La única restricción que tenían, era la lectura de los libros prohibidos por la Inquisición. La escolástica española (1) y el derecho de gentes —todas las leyes que los pueblos tenían en común— se estudiaban en la Academia. Las autoridades de la universidad imponían un juramento de fidelidad al Rey y de no difusión de doctrinas regicidas a los egresados. Hasta ese momento, la jura se cumplimentaba. Los estudiantes parecían obedientes. Los cuestionamientos que se hacían a puertas bien cerradas, no salían a la calle. Lo que sí estaba permitido, y la vocinglería se hacía escuchar, era el reojo al accionar de las autoridades virreinales. Los flamantes abogados y los prestos a serlo planteaban otros caminos posibles en la administración del Virreinato.

Y llegó el momento tan esperado. Su nombre retumbó en el silencio del recinto y Bernardo subió al estrado con paso firme. En los primeros asientos estaba sentado Ussoz y Mossi, su patrono. El joven le clavó la mirada durante unos segundos. Esos ojos negros hablaron de la rendición que sentía por él, admiraba a Ussoz como a nadie. El

Oidor asintió y retribuyó, reafirmándole una seguridad que ya tenía. Y Monteagudo dio inicio a la lectura. Con voz potente y clara, se pronunció. La sala, colmada de doctorados y autoridades, se dejó llevar por su canto firme y fascinador.

> *"…El rey, asegurado en su trono, reina pacíficamente y rodeado del resplandor que recibe de la misma divinidad, alumbra y anima su vasto reino. Ninguna idea de sedición llega a agitar el corazón de sus vasallos: todos le miran como a una imagen de Dios en la tierra, como fuente invisible del orden y el astro predominante de la sociedad civil…"*

Manifestó de memoria y escrutó, uno a uno, a los presentes. Volvió la vista a sus papeles, para continuar con la lectura. Él y Ussoz eran cómplices intelectuales. No se podían soliviantar contra el rey públicamente pues, entonces, Bernardo redoblaría la imagen regia. Y quienes quisieran entender, que lo hicieran. No estaba allí para explicar al pie de la letra lo que pensaba y decía. Chuquisaca era tierra de iniciados. Todos habían tenido a la mano el texto de Victorián de Villalba, *Apuntes para una reforma de España, sin trastornos del gobierno Monárquico ni de la Religión* , que planteaba la necesidad de una reforma general de la monarquía, que evitara el despotismo que América sufría por parte de los virreyes. La idea, silenciosa, circulaba por los claustros. Y el acceso a las bibliotecas privadas, para algunos, era un beneficio evidente a la hora de poblar el cerebro de ideas nuevas. Monteagudo tenía plena libertad en la de Ussoz. No había libros prohibidos para él. Hasta la obra más peligrosa, Bernardo la tenía servida.

El aplauso fue generalizado. Las correcciones habían servido. No había hecho falta que fuera literal. La ironía fina lo había elevado al Olimpo académico. Apenas descendió del estrado, lo aguardaban algunos recién graduados como él, y otros diplomados con anterioridad. Matías Vicente Oliden le palmeó la espalda, Tomás Manuel de Anchorena, perteneciente a una de las familias más ricas del Virreinato y graduado el año anterior, lo abrazó, emocionado. El salteño y diplomado en 1805, Manuel Antonio Castro, nombrado

subdelegado de Yungas en La Paz por decisión del Virrey Cisneros, también lo felicitó.

—Déjame congratularte, muchacho —lo llamó Ussoz y se fundieron en un abrazo. —Has causado una enorme sensación, te auguro un futuro brillante, Bernardo. Estoy muy orgulloso de ti.

—Solo tengo palabras de agradecimiento, señor. Por haber confiado en mí y brindarme todo su apoyo.

Los ojos de Monteagudo tenían un brillo especial. No entraba en sí, estaba feliz. Pensó en su padre y lo satisfecho que, de seguro, estaría por sus logros. Un dejo de melancolía turbó su ánimo. La imagen de su madre, prístina y desbordante de amor puro, lo sumergieron en una sensación ambivalente.

—Caballeros, vamos a mi casa, debemos celebrar —invitó Ussoz, atento a la ráfaga de desánimo de su pupilo. —Bernardo, ven, que Casimira quiere celebrarte.

La esposa de Ussoz y Mossi había adoptado al joven Monteagudo. Señora de armas tomar y grandes convicciones, gustaba de convidar en su casa y participar de las tertulias de su marido.

***

La sala en casa de Ussoz y Mossi era un hervidero. Se discutía como si fuera la última vez, Bernardo participaba con un fervor avasallante. Su patrono había influido para que lo nombraran abogado de la Real Audiencia y Defensor de Pobres en lo civil. Era de los más jóvenes en funciones, no por eso subestimado. Monteagudo era tratado de igual a igual por sus colegas, sin importar su edad.

Doña Casimira, la dueña de casa, iba y venía de la sala a la cocina, para atender a los caballeros, aunque permanecía más de la cuenta en el salón. Participaba de la reunión como una más, su marido la tenía al tanto de los sucesos políticos del Plata, algo poco común en aquella ciudad.

—Bernardo, bebe algo que se te va a ajar el garguero —bromeó doña Casimira y le sirvió una medida de licor. —De tanto hablar se te va a secar la garganta.

—Deja tranquilo a mi muchacho, mujer —rio Ussoz y todos lo imitaron.

—Gracias, señora. No existe persona más amable que usted —Monteagudo tomó el vaso y primero sintió el aroma de la bebida. Masculló con gusto y tragó un sorbo.

Y volvió la batahola. Los abogados regresaron a lo que los tenía perturbados. La invasión napoleónica en España, la abdicación del rey en favor del Emperador y la instalación de la Junta Suprema de Sevilla, el último bastión fuerte español frente a la avanzada francesa, habían determinado una profunda conmoción pública.

El arzobispo Moxó había convocado a los miembros de la Audiencia para instarlos a que se adoptaran medidas que consolidaran los vínculos de América con la Península. Había exigido el reconocimiento de la Junta Suprema.

—Pues la que le hemos armado al prelado, Dios y María Santísima —lanzó Ussoz, en medio de un sofoco. —Muy respetable el hombre, claro está, pero ajeno al cuerpo. Que se ocupe de sus asuntos.

—Cuando precisemos conocer sus vistas, se la solicitaremos. Y a otra cosa —intervino uno de los oidores y hubo risotada generalizada.

—Se desmorona España, señores, y somos testigos fieles del derrumbe —apuró Monteagudo, envalentonado ante los sucesos que horadaban la realidad. Pero no le valía con ser un simple observador. Se salía de la vaina, quería hacer.

—Y Pizarro no se ha quedado atrás, también él se ha empeñado en que reconozcamos a la Junta.

Los presentes elevaban la voz. Y que todos se hicieran eco de que la Audiencia de Charcas se enfrentaba a la autoridad del Virrey de Buenos Aires, don Santiago de Liniers, que había reconocido a la Junta en la capital del Virreinato.

—¡El Virrey es francés! Pasamos de mano en mano, no podemos soslayar las vinculaciones de ese hombre con Bonaparte.

El malestar persistía, América era tironeada por los españoles y los franceses. Los criollos observaban la disputa con un enojo que ya se hacía evidente. También les había llegado la noticia del desembarco del Marqués de Sassenay, en agosto, al puerto de Buenos Aires. En un primer momento, Liniers se había negado a recibir a solas al emisario de Napoleón. Había preferido hacerlo en compañía de miembros del Cabildo y la Audiencia capitalinos. El francés había exhibido

documentos que confirmaban la abdicación de los Borbones y la instalación del hermano de Bonaparte al trono español. Y para colmo de males, el Marqués les había extendido una carta firmada por Fernando VII ordenando el acatamiento al Emperador.

—A encerrar a este desacatado en el Fuerte —habían exigido las autoridades de Buenos Aires y allí habían confinado a Sassenay.

En una reunión a solas y secreta, el Marqués le había entregado al Virrey una carta personal del ministro Champagny en la que lo halagaba e invitaba a resistir nuevamente a los británicos.

—Le pido disculpas, Sassenay, mi interés y alta estima que tengo por el Emperador, me unen a la nueva dinastía, con la cual nuestra suerte sería sellada, en vez del estado de incertidumbre en el que vivimos —había respondido Liniers.

El Marqués francés fue enviado a Montevideo, sano y salvo, para seguir rumbo a Europa.

Continuaba la discusión y los temples de algunos daban lugar a una efervescencia desatada. Bernardo había permanecido en silencio durante un buen rato. Atendía los pareceres de cada uno, estudiaba al dedillo sus reacciones. Reconcentrado, el joven Monteagudo hacía un trabajo silencioso. Casimira lo observaba y apenas sonreía. Le caía de maravillas el mozo tucumano. Lo entendía, sabía de sus pliegues, escuchaba hasta lo que las palabras no decían. Se le sentó al lado y le palmeó la pierna.

—¿En qué piensa el muchacho más brillante y guapo del Plata? —le preguntó en un susurro.

—En tanto, doña Casimira —respondió Bernardo con su voz cálida y vibrante. —Me preocupa todo demasiado.

—Está muy bien que así sea —replicó Ussoz y lo alentó para que continuara. —Pues, ¿para qué te has instruido en las flamantes doctrinas, muchacho?

—Me arden las entrañas, señor, no me siento tranquilo aquí, quieto. Pretendo tanto más —respondió y las ideas se le apiñaron en la mente.

Un rechazo inexplicable pero inextinguible hacia España empezaba a corroerle por dentro. Aquellas miradas de algunos, pintándolo de mulato, lo quemaban. Esas intentonas de humillación

que tantas veces lo habían arrebatado hasta las manos, eran una constante y no mermaban. Se había alzado con una fama de insolente aunque, también, de defensor de causas justas. También perdidas, pero eran más fuerte que él.

—Tengo una buena noticia, señor. Ahora que me he establecido, he mandado a llamar a mi padre. Lo traigo conmigo, a él y a Manuela —anunció Bernardo, con un brillo especial en los ojos.

—Muy bien, muchacho —aprobó doña Casimira. —Eso hace un buen hijo.

Bernardo buscó el reloj de bolsillo y miró la hora. Se le hacía tarde. Tenía una cita. No quería despabilar al resto. Cuidaba su privacidad pero el rumor sordo de su gesto conquistador con las damas circulaba por las calles. Lucía sus mejores ropas. Gastaba lo que no tenía en eso. Se mandaba a hacer la más buena sastrería pero ya se destacaba, a sus 19 años, con detalles elegantes traídos de Europa. En cuanto percibió que el intercambio descendía en intenciones, se palmeó los muslos fuertes y se incorporó para despedirse.

1 - La corriente de renovación de la Escolástica, que buscaba la recuperación del pensamiento de Santo Tomás y fue promovida en Italia por dominicos como el Cardenal Cayetano, produjo en España una serie de teólogos, filósofos y juristas de categoría. Los nuevos escolásticos españoles, influidos por el Humanismo, estudiaron e impartieron magisterio en las universidades. Participaron en los grandes debates sobre los temas políticos y sociales de la época. La gran contribución que hicieron fue el derecho natural a las grandes cuestiones del momento, entre las que se destacó la problemática de la ocupación de América (llamado “hecho americano”).

CAPÍTULO
V

Bernardo se había entregado al cortejo de la hija menor de una viuda con blasones. Eugenia, la menor de tres hermanas de gracia española, se había dejado seducir por el traje de luces del abogado. En una de las tantas tertulias a las que concurría, Monteagudo conoció a la grácil muchacha. En el vaivén de saludos reconocidos, le llegó el turno a la de rizos claros. El anfitrión hizo las presentaciones pertinentes, el joven le besó la mano y le sostuvo la mirada más de lo adecuado.

Él quedó prendado por Eugenia. La jovencita había recibido una educación de rigor y seriedad por parte del padre antes de muerto y una madre dedicada. Aquello atrajo a Bernardo. Eugenia vivía con recato, no conocía los halagos mundanos. Era altiva y rehusaba lo que atraía a otras jovencitas, lo vistoso y el relumbrón no le llamaban la atención de la misma manera que a sus hermanas.

En aquella oportunidad, Bernardo se sentó junto a ella para hablarle. Quiso conocerla, creyó amarla perdidamente tan solo mirarla. Aquella discreción inicial lo pudo. Y no hizo otra cosa que imaginar la infinidad de estratagemas posibles para sacarla de allí y colmarla de placer.

Apenas iniciada la conversación, Bernardo preparó el terreno para que la joven se sintiera cómoda. Le demostró aplomo e interés en sus dichos. Ella le preguntó por las tareas que llevaba adelante, eso le gustó. En un segundo, desplegó sus habilidades. La envolvió en derechos, la cubrió con derroteros legales dando por sentado que la deslumbraría. Pero Bernardo no contó con el carácter de la jovenzuela. Eugenia era dada a polemizar, y encontró en el joven caballero un territorio fértil para el intercambio. Las chispas repiquetearon entre los dos: pero qué placer me procura, divina Eugenia, ¿así de fácil se entretiene, doctor Monteagudo?, me hace pasar uno de los momentos más agradables de mi vida, grácil Eugenia,

¿mas no se ocupa de asuntos más dignos, mi buen Bernardo? ¿Así lo cree, Eugenia mía? Que no soy posesión de nadie, señor. Y la mozuela no necesitó del abanico para esconder sus dichos y miradas. Eugenia discutía en serio.

Monteagudo visitó a la joven en su casa. Siguió los protocolos imperantes, sin chistar. Fiscalizada de cerca por algún familiar o integrante de la servidumbre, Eugenia descubrió su entusiasmo por el mozo. La madre aceptaba la visita, estimando que de ahí no pasaría. Que la piel del joven en cuestión delatara un origen algo inquietante, la llenaba de tensión. Estimaba que su hija notara lo mismo, que fuera un amigo y ya, que respondiera con educación los halagos del joven, que no traspasaría los límites.

Hasta que una tarde, nadie entendió cómo, Bernardo la invitó a cabalgar y, sin más, Eugenia aceptó. Salieron a paso raudo, sin custodia en los alrededores, montaron dos alazanes de la casa, apretaron las verijas y salieron como tejo.

—¡A que no me alcanzas! —le gritó Eugenia y desapareció como estrella fugaz.

Bernardo blandió el rebenque y galopó detrás de su dama. Jugaron a las carreras, el silencio del campo se vio arrasado por carcajadas. Ganaba uno, apuraba el otro, la parejita se divertía como nunca. Hasta que llegaron a un pequeño monte y, sin mediar palabra, la joven desmontó en un único movimiento, dejó a su caballo para que pastara y se sentó debajo de la copa del árbol más frondoso. Estaba acalorada.

—Permíteme que te refresque —Bernardo fue detrás de ella, se hincó a su lado y le desabotonó los primeros botones de la camisa.

Eugenia ahogó un grito pero no lo interrumpió. Lo dejó hacer. El calor se le hizo insoportable. Ya no lo sentía afuera, la quemaba por dentro. No le quitó los ojos de encima, Bernardo tampoco sacó su mano del cuello. La respiración de la joven hablaba sin pedir. No le hizo falta. Él le fue quitando las ropas a medida que los temblores de su cuerpo lo iban habilitando. La besó, se besaron, él le tomó las manos y sin decirlo le pidió que le desabrochara el pantalón. Eugenia obedeció. Estaba fuera de sí. Percibió un terror a lo desconocido pero el ansia irrefrenable por tocar, acariciar, beber, encontrar, descubrir todo lo que aquel hombre le ofrecía pudo más.

—Esto es incomprensible —dijo Eugenia al percibir la virilidad de Bernardo.

—Aquí no interviene la razón, mi bella dama. Abandona el pensamiento y dejémonos guiar por los sentidos —se atrevió Bernardo y la buscó entre las piernas. —No tengas miedo, aunque me has demostrado tu coraje.

La penetró una vez. Y otra, y varias más. Monteagudo estaba erecto, con solo pensar en su amada, la excitación volvía, no necesitaba estímulo alguno. Así era él, de sangre por demás caliente. Sin saber cómo, siempre encontraba mujer para satisfacer tanto fuego. No obligaba, tampoco amenazaba. No le hacía falta. Las mujeres lo adoraban. Y él, a ellas. Sentía veneración por las damas.

Los jóvenes siguieron frecuentándose, deambulaban por el mismo círculo social. Bernardo buscaba verla en la casa, la madre empezó a encontrar demasiadas excusas para espaciar la frecuencia. La señora intuyó que algo pasaba en el cuerpo y el ánimo de su hija y temía que el culpable de todos los males fuera el orgulloso leguleyo, que mejor lejos de casa y de las voluntades de sus hijas.

Monteagudo gozaba de la tierna inquietud de su amada. Se habían prometido amor eterno, infinito y definitivo. Ambos habían sido honestos con sus sentimientos y trataban de encontrar la forma de hacerlo realidad. En público, en las tertulias y las fiestas, se regodeaban con el lazo secreto que los había unido para siempre. Cuán encantadoras le parecían a Bernardo, aquellas miradas inquietas y curiosas que se dispensaban a hurtadillas, bajando las de ella al punto de evitarlo. Disfrutaba de los juegos amorosos. Con una impaciencia ávida, los ojos de Eugenia devoraban sus encantos.

—Tu amor y tu belleza han arrebatado mi alma —le murmuraba Bernardo y dudaba. ¿Podía, acaso, Eugenia comprender algo de las palabras de un hombre que hablaba sin pensar y respondía sin entender?

***

Los rumores crecían en Chuquisaca. Los habitantes de la ciudad sabían bien que el Virrey y su entorno buscaban controlar la información que llegaba —modificarla y, en el peor de los casos,

ocultarla—, pues entonces el corre, ve y dile se transformó en moneda corriente. Fue así que llegó la noticia que desde la capital del Virreinato se había lanzado un coqueteo ostensible hacia Río de Janeiro y, más precisamente, hacia la figura de la Infanta Carlota Joaquina de Borbón, esposa y princesa consorte del príncipe regente Juan de Portugal, pero no solo eso, era la hermana de Fernando VII.

Apenas instalados en Brasil, el Príncipe portugués —y Carlota en las sombras— se había envalentonado para darle un nuevo impulso a las ambiciones expansionistas contra las posesiones españolas, sobre todo las del Río de la Plata. El más entusiasta de aquella política expansiva había sido el Ministro Coutinho, quien avanzó en la idea de anexar toda la Banda Oriental al Brasil. Para el caso, habían enviado al brigadier Curado y, orondo, se había instalado en Montevideo. La aprobación ansiada nunca llegó. El Gobernador Francisco Javier de Elío puso el grito en el cielo y se encomendó a la organización de una Junta de Gobierno local, en franca oposición a su vecino el Virrey don Santiago de Liniers.

Pero la Infanta no se quedó atrás. Mientras le dirigía un pestañeo y le batía el abanico, por no decir algo más, al comandante de la escuadra británica en el Brasil, Lord William Sidney Smith, pergeñaban planes mefistofélicos para dominar todo lo que se le pusiera en el camino. Carlota Joaquina estaba en estado de alerta: a reyes de España en estado de ausencia y entrega casi absoluta, pues ella era la única integrante de la familia real que escapaba a la hegemonía napoleónica. La regia señora mandó a redactar un reclamo por el que desconocía los derechos de Fernando a la Corona. Para ella, el legítimo era su padre Carlos IV de España, y entonces los notificaba como única heredera de sus derechos en su ausencia. El encargado de llevar los pliegos a Buenos Aires había sido el comerciante Carlos José Guezzi.

El 11 de septiembre de 1808, el enviado de Carlota y el Príncipe Juan entregó los pliegos al Virrey Liniers, al alcalde de primer voto don Martín de Álzaga, al comandante del Regimiento de Patricios don Cornelio Saavedra, al Secretario del Consulado don Manuel Belgrano y a algunos más. El Virrey, inquieto ante la avanzada intempestiva, escribió una misiva inmediata:

"Después de haber jurado la majestad del Señor Don Fernando VII, y reconociendo la Junta Suprema de Sevilla quien lo representa, nada se puede innovar a nuestra presente constitución sin su acuerdo."

Todos respondieron lo mismo, salvo Manuel Belgrano. El Cabildo, con Álzaga a la cabeza fue el más explícito: que cómo se atrevían a meterse en los asuntos que no les correspondía, que la Corte portuguesa se ocupara de sus asuntos, que lejos estaban de los españoles, sus amos y señores.

Pero en Buenos Aires, algunos se reunían para deliberar otros asuntos y componendas. El 20 de septiembre, en la más completa clandestinidad, Manuel Belgrano, Hipólito Vieytes, Juan José Castelli, Nicolás Rodríguez Peña, Antonio Luis Beruti y Miguel Mariano de Villegas firmaron una carta conjunta destinada a la Infanta, por la cual adherían a su plan:

"…cesaría la calidad de colonia, sucedería la Ilustración, el mejoramiento y perfeccionamiento de las costumbres; se daría energía a la industria y al comercio, se extinguirían aquellas odiosas distinciones entre europeos y americanos, se acabarían las injusticias, las opresiones, la usurpación y dilapidaciones de la renta."

El cortejo entre los caballeros y Carlota seguía:

"…no se puede ver el medio de inducir un acto de necesaria dependencia de la América española a la Junta de Sevilla; pues la constitución no precisa a que unos Reinos se sometan a otros, como un individuo que no adquirió derechos sobre otro libre, no le somete."

Por primera vez se avivaban las ideas de libertad e independencia de América, y los americanos empezaban a hablar de sus derechos. A medida que el proyecto carlotista fue tomando cuerpo, este se enemistó con el grupo del españolísimo Martín de Ázaga y el

Gobernador De Elío, que pretendía asegurar las posesiones realistas instalando Juntas de Gobierno en todas las ciudades importantes. La idea central de los carlotistas era establecer una monarquía constitucional en el Río de la Plata, en la que sobresalieran los criollos por sobre los españoles europeos.

Pero llegaron las novedades, confusas y contradictorias, al Plata y aumentaron, aún más, la tirria imperante. Pizarro y Moxó miraron con buenos ojos las pretensiones de la Infanta, de reemplazar a su querido pero no tanto hermano en el gobierno de su Imperio colonial. A la Audiencia, en cambio, aquel sometimiento le repugnó. Sin embargo, todo se precipitó con la llegada, en el mes de noviembre, del emisario de la Junta Central, el brigadier José Manuel Goyeneche. El hombre, en un primer momento, había tenido credenciales para desembarcar en América bajo el sino del rey José I, pero rápido como correntada, había iniciado relaciones con los españoles para así lograr que la Junta Suprema lo nombrara brigadier y lo pusiera al frente de una misión americana. Cambió la acreditación bonapartista y se encomendó a Fernando VII, su soberano y loado rey de España e Indias.

El primer destino fue Montevideo. Vitoreó a España y al rey, y de ahí siguió camino a Buenos Aires y abrazó la causa de Liniers contra la disidencia de la Banda Oriental. Goyeneche jugaba a dos puntas. O a ninguna. Pero sabía quedar bien con Dios y con el diablo. En Montevideo apoyó a Elío contra Liniers, y en Buenos Aires a Liniers contra Elío. Y arribó a Chuquisaca el 11 de noviembre. Apurado, se dirigió a la casa de gobierno.

—Presidente, Arzobispo, aquí vengo con los manifiestos —se anunció y les extendió los documentos que traían la solución: la monarquía de la Infanta Carlota Joaquina.

Pizarro y Moxó se miraron, semblantearon al emisario desconocido y se negaron a abrir los pliegos. Auguraban un embate de los Oidores, doctores y estudiantes, que zapateaban los recintos. Convocaron a una Junta para que todos fueran testigos de lo que sucedía. Ocuparon sus sitios el regente de la Audiencia don Antonio Boeto, el fiscal Miguel López Andreu, y entre los ministros, figuraba el único americano, don José Agustín de Ussoz y Mossi.

Abrió la disertación el alambicado Goyeneche dejando por sentado que había llegado como representante de la Junta de Sevilla y adornó el discurso con una perorata interminable.

—Habríamos de ver de qué habla el buen hombre —interrumpió Boeto para continuar. —Claro como está que aquella Junta tumultuaria de provincia no es suprema en sentido legal y no puede ejercer actos de soberanía, según las leyes primordiales de la monarquía, ni siquiera conforme a los estatutos constitutivos de estas posesiones, ¿pudiera, acaso, ejercerlos a virtud de una aprobación de las provincias que componen el cuerpo nacional? Tampoco.

Goyeneche montó en cólera. A los gritos, acusó al regente de infidencia ante el monarca legítimo.

—Estoy en condiciones de arrestar y enviar presos a Buenos Aires a todo aquel y a los Oidores que se solidaricen con este hombre —airado, Goyeneche lo señaló.

Boeto se levantó y alzando aún más la voz, le contestó con gesto airado y de alto desprecio.

—Y, ¿quién es este desconocido brigadier de Sevilla que con sospechas y amenazas de calidad chocarrera y vulgar viene a inferir atroz injuria a uno de los Tribunales más acreditados de la Corona, por su lealtad y entereza?

Entonces se levantó Goyeneche y las amenazas se tiñeron de claro a oscuro. Pizarro, preocupado, intentó serenar los espíritus exaltados. Boeto, cegado por la cólera saltó a la mitad de la calle, y con la cara descompuesta prorrumpió contra Goyeneche.

—¡Brigadier de cartón! ¡Audaz aventurero! ¡Cajero ambulante sin fianzas ni canción! —gritó, mezclando interjecciones soeces y obscenas.

Nuevamente Pizarro y Moxó debieron interceder. De a poco, se restableció la calma. Las amenazas de duelo a la madrugada, asesinato a fuego lento o incendio feroz quedaron en la nada.

***

El desquiciamiento en el que estaba metida la metrópoli había conmovido de tal modo el estado de los ánimos de algunos doctores, que no era raro verlos, con las borlas colgantes, soliviantando a quien

se les enfrentara. Llegaban a asegurar, algunos, que la dinastía Borbón estaba acabada, incluso la monarquía española. Que la anarquía en Montevideo, que aquellos inexpertos, en cambio nosotros impelidos por las leyes, vociferaban los abogados en Chuquisaca. Intrigaban unos y otros, algunos ministros aprovechando la acefalía y la distancia, ya que a río revuelto, en una de esas, podían alzarse con el poder político y el gobierno de aquellas provincias hasta que en la península regresasen, si fuera así, a los cánticos regios.

Durante la última quincena de diciembre, los amantes de la opción portuguesa ocuparon su sitio en la Audiencia. Pero, entre gritos y susurros, empezó a determinarse una aproximación entre los Oidores y los abogados, desconfiados del cuarteto que defendía las aspiraciones carlotinas, marcados como enemigos públicos: Goyeneche, Liniers, García Pizarro y Moxó. Las calles se transformaron en una ventolera de libelos y panfletos, de la que participó, entre otros, Monteagudo. Cubierto por un capote negro, escondía la cara pero no sus ideales, y repartía manifiestos.

No era Charcas el único sitio envalentonado. El primer día de 1809, en Buenos Aires había volado todo por los aires. Al grito de "¡Abajo el francés Liniers!", el Alcalde don Martín de Álzaga y los miembros del Cabildo habían intentado deponer al Virrey. La capital del Virreinato se había despertado a los tiros, con una asonada que fue sofocada por el Comandante del Regimiento de Patricios don Cornelio Saavedra y sus hombres. Álzaga fue reducido y enviado al destierro a Carmen de Patagones. Pero el clima en Buenos Aires no se suavizó.

Tal fue la presión ejercida en Chuquisaca, que el 12 de enero de 1809 se abrieron las puertas de un claustro pleno, donde los doctores se manifestaron, en forma abierta, contra la correspondencia y provocación de la Corte portuguesa. A primera hora de la mañana, 48 abogados se dieron reunión en el General de la Real Universidad, para deliberar sobre los últimos sucesos. El excelentísimo señor presidente don Ramón García Pizarro había dado licencia verbal para que se llevara adelante. Los graduados de aquella casa de estudios no solo estaban preparados para constituir una élite de juristas competentes, sino para ocupar puestos administrativos y políticos de relevancia. Manejaban y distribuían poder con una eficacia soberbia.

Monteagudo fue uno de los primeros en llegar. Lo hizo junto a sus camaradas Jaime de Zudáñez y su padre, Manuel, y Mariano de Michel. De a poco, la sala fue cubriendo sus lugares hasta que el Síndico Procurador General de la Universidad, don Manuel de Zudáñez, dio inicio al claustro.

—¡Silencio, por favor! A ver, doctores, que daré por comenzada la sesión —ordenó Zudáñez padre y se acomodó para que todos le prestaran atención.

El murmullo insistía, Bernardo estaba sentado adelante, le hablaba al oído a Jaime, que estaba sentado a su lado, y del otro, el doctor Anselmo Baldivieso. Zudáñez procedió a leer la reclamación de la Infanta Carlota Joaquina, que había llegado por correo al ilustre claustro, a través del ministro del Estado de Portugal, don Rodrigo Souza Coutinho. Con tono franco, destacó que la señora se había dirigido a su Alteza Real, su gallardo marido, para que se dignara a atender, proteger y conservar los sagrados derechos que su Augusta Casa tenía a los tronos de las Españas e Indias. Los carraspeos, en ese momento, las toses y algún que otro epíteto, interrumpieron la exposición. Zudáñez levantó la vista y lanzó centellas por los ojos: que la juventud calmara sus ínfulas, que todavía faltaba bastante.

—Pues que la respuesta de su Alteza Real el Príncipe Regente a la reclamación ha sido de apoyo, y ofreciendo sostenerla con su alta autoridad —continuó.

—Pero estas gentes carecen de escrúpulos —susurró Monteagudo y su ladero asintió. —De más está decir, pero lo señalo igual y quiero destacar los progresos realizados por las armas españolas contra los esclavos mercenarios del tirano de la Francia.

—¡El astuto, pérfido, falaz y ambicioso Napoleón! —agregaron los letrados del fondo. —¡Quieren entregarnos a los portugueses!

Y las voces devinieron en un grito grave donde todo fue confusión. Algunas ideas se destacaron, de tanto en tanto: que el cuerpo literario de aquella Real Universidad no podía ni debía tratar a la Corte de Portugal como una potencia extranjera, que mucho menos con derecho a la sucesión a la corona de España e Indias, es que aquella mujer está loca, que no puede proponer esto sin turbar la tranquilidad de los pueblos, y Monteagudo pidió la palabra:

—Señor Síndico, me animo a imponer mi asombro y, llegado el caso mi admiración, ante los dichos de la señora Princesa del Brasil dirigidos a estas provincias, que atribuya renuncia tan solemne y autorizada, a una sublevación o tumulto suscitado en la Corte de Madrid para obligar al señor Carlos IV a abdicar a la Corona —dijo el joven, erguido y firme, y recibió un aplauso. —Proposición subversiva que excita la noble indignación y horror de los dignos vasallos de Fernando VII.

Y de nuevo la ovación. Que la inicua retención de nuestro Fernando en Francia no impida el que sus vasallos de ambos hemisferios reconozcan inflexiblemente a su soberana autoridad, y otra vez la bulla, para continuar con el cumplimiento de las leyes, adoren su persona, obedezcan a las autoridades, y tantísimo más.

—La Real Universidad faltaría a sus deberes y estrechas obligaciones de fidelidad y vasallaje si reconociese a la señora Princesa Carlota Joaquina como depositaria de estos dominios —arremetió, ya envalentonado, Monteagudo.

Pasaron las horas de deliberaciones, poco enfrentamiento y acuerdos. Tras la firma de los 48 y el apuntamiento del Secretario Tomás de Alcérreca, definieron que la Real Universidad de San Francisco Xavier reconocía a Fernando VII como su único Rey y Señor, protestando a presencia del cielo y de la tierra que en defensa y servicio de su joven y tierno padre, tan deseado y digno de mandar como desgraciado, sacrificaría cuanto tenía sin escasear la sangre de sus individuos; que el rey Bonaparte debía ser desobedecido, que debían cesar en sus funciones los delegados y mandatarios de la extinta autoridad soberana, y que debían proveer, por sí mismas, las provincias altas a su propio gobierno supremo y hasta que se presentara un legítimo sucesor al señorío de las Américas.

Se retiraron de la sala, con la idea de haber cumplido su misión. Bernardo descendió por la escalera a paso veloz. Algunos, los más jóvenes, le palmeaban el hombro, otros, de más edad y prestigio afianzado, lo miraban con un dejo de desconfianza. ¿Quién era aquel doctorcito de origen desconocido y prepotencia desmedida?

CAPÍTULO VI

Eugenia departía con dos amigas en su casa. Estaban en la sala, al fin se habían quedado solas; la madre y sus hermanas habían acompañado, inicialmente, en la reunión pero se habían retirado. No podían conversar de sus cosas con tanta gente alrededor. Las cosas no eran otras que los amores.

Tomaban té traído de tierras exóticas y comían unas pastas espolvoreadas con azúcar. Las señoritas habían estado esperando este momento para desatar el hilo de las confidencias.

—Ahora sí, nos cuentas todo acerca de tu amado —le dijo Julia, con mirada desorbitada, y apoyó la taza sobre la mesa de arrimo.

Julia y Antonia aguardaban con ansias la confesión de su amiga. Eugenia era una jovencita discreta pero con las íntimas era diferente. Hablaba poco cuando estaba con relaciones superficiales, tanto menos con su madre o sus hermanas. Saltaba a la vista cuando las charlas le aburrían, una cierta sonrisa afloraba en sus labios, que parecía confirmarlo. Y esa mirada. Perdida, lánguida, ausente. No era así con Julia y Antonia. Con ellas se la veía sumida en un entusiasmo casi muchachil, tenía fantasías, alma, pasión. Siempre que tuviera la oportunidad de sentirse libre de la persecución que ejercía su madre. La viuda andaba detrás de sus hijas. Constantemente, como un cancerbero, las muchachitas, cuando la señora no estaba cerca, la llamaban “el guardiacárcel”.

—¿Qué puedo contarles? —respondió Eugenia, tentada de risa.

Las damitas la apuraron, rieron todas, se agitaron, la sala se convirtió en un aquelarre. De un salto, se le sentaron al lado, cada una la tomó de una mano y Eugenia volvió a reírse como energúmena.

—Nos amamos, mis amigas —y las apretó con fuerza, nerviosa.

Gritaron las mocitas pero Eugenia las chistó. No quería que el asunto llamara la atención de la casa y les arruinara el festín.

—Estoy convencida de que, por el temple de nuestras almas y por la afinidad de nuestros corazones, nuestro amor será el asunto más importante de nuestra vida.

Y volvió el griterío.

—Pero no lo conocemos, ¿quién es? No has largado prenda. Eres muy mala, Eugenia —la reprendió Julia y Antonia asintió, frenética.

—Ay, queridas, todo es tan difícil —contestó e hizo silencio. La ansiedad de sus amigas se podía oler. —Es un abogado.

—Pero eso es una gran noticia —señaló Antonia y manoteó una pasta. Los nervios la estaban matando.

—Tampoco es tan insólito que sea un doctor. Aquí todos son abogados —dijo Julia, sarcástica.

Eugenia no era tonta. Sabía que Bernardo, para algunas personas, podía pasar por un intruso. Para el círculo social que ella frecuentaba, era un mestizo. Todo muy bien en las aulas y los litigios, pero para pretender a una señorita de familia principal, no. Aquello era un despropósito. Su madre había dicho poco y nada, no había dado razones porque a nadie se le habría ocurrido, ni siquiera, discutir el asunto. Pero los permisos habían mermado. Si Eugenia le pedía que lo invitaran a la casa, la señora encontraba una excusa con rapidez. Estaba bien adiestrada para rechazar desclasados.

—Pero este no es bienvenido en casa —la jovencita hizo una mueca de desdén.

—¿Cómo es posible?

—Para que no le permitan la entrada, Eugenia, debe ser un forajido.

Sus amigas estaban desconcertadas. Llegaron ruidos de adentro. Las tres miraron hacia la puerta. No entró nadie.

—No es ningún delincuente, Julia. Estás equivocada, no tengo alternativa, alejaré de ti mi corazón y mis ojos —Eugenia frunció el ceño y prefirió no seguir. Los pensamientos y posibles respuestas se le amontonaron en la cabeza. Le hubiera gustado fregarle por la cara la infinidad de veces que la había visto en algún que otro malentendido. ¿Acaso no la había visto con la cantidad de caballeros que se reunían alrededor de su silla? ¿No había visto, acaso, su impostado respeto, su homenaje a destajo y la angurria ante tanta galantería?

Eugenia se calló. Quería defender a su amado pero no encontraba las palabras; quería gritar su nombre a los cuatro vientos pero sabía que aquello la hundiría en el oprobio. Amaba a Monteagudo y debía esconderlo. Ese amor estaba teñido de peligro. Ese amor, sabía aunque lo negara, estaba destinado a la muerte, y casi antes de nacer. Él le había jurado una entrega de por vida. Pero algo la hacía dudar. Cuando el amor ha causado, aunque solo sea una vez, una impresión profunda, apaga o absorbe las demás pasiones. Y Eugenia lo había sentido. Pero claro, el menor enfriamiento la acarreaba a la languidez de la muerte. Un disgusto invencible y un fastidio mortal sucedían al amor apagado. Y al verlo cada vez menos, al espaciarse la frecuencia, ese amor tendía a expirar. Ella miraba hacia otro lado, hacía oídos sordos al latido debilitado de su corazón. Adoraba a Bernardo, quería quitarse la maleza de la duda de encima.

Julia se hincó frente a su amiga. Con lágrimas verdaderas le imploró que la perdonara. Que no había querido decir lo que había dicho, que se había equivocado, que no era mala sino tonta, que no lo volvería a hacer, que cómo era posible que hubiera perdido la razón, que el lazo que las unía era más fuerte que cualquier hombre malhadado. Y se dio cuenta de que podía lanzarse de nuevo a las fauces de su incontinencia verbal.

—Deja, Julita, ya está, no sufras que suficiente tengo con lo mío. Sabes bien que solo el delirio de la pasión puede poner un velo al horror de mi estado presente.

—No permitiremos que padezcas, ¿para qué somos tus amigas? —y la abrazaron con delicadeza. —Pídenos lo que quieras, nosotras te ayudaremos.

—Oscilo entre la alegría más intensa y el dolor más hondo. Creo que lo amo, aunque a veces pienso que no puedo asegurar nada —la cara redonda de Eugenia perdió brillo y se tornó sombría.

—¿Quieres escribirle una esquela y oficiamos de correo? —se ofrecieron, diligentes.

Eugenia se iluminó de nuevo. Tal vez si le escribía una misiva, podría reponer la comunicación que se había discontinuado desde hacía un tiempo. Había recabado información por ahí y había entendido que su caballero andante, como la mayoría de los doctores

de Chuquisaca, andaba recluido en asuntos del poder. Lo había disculpado en soledad. Quien sabía, en una de esas él aguardaba, anhelante, noticias suyas. Pues sí, le escribiría. Sus ojos se iluminaron otra vez.

***

Monteagudo lideraba un círculo de jóvenes letrados que lo escuchaban con atención. La calle estaba tomada por las voces de los muchachos. Aunque el temor a una posible represión crecía, el coraje, de todos modos, se había quedado a vivir.

—Camaradas, insisto, es nuestra gran oportunidad —Bernardo bajó un poco la voz y miró, cauteloso, en derredor. —Murillo viene haciendo un trabajo formidable en La Paz para ganar voluntades. Somos cada vez más, y no solo en Charcas.

El avance de las ideas rebeldes cruzaba fronteras. Se había tornado imposible acallar las voces ávidas de cambio. Con tono cálido y vibrante, Monteagudo persistió con su discurso, mientras los oyentes tragaban sus dichos con voracidad.

—¿Qué esperamos? Legalmente, ningún gobierno español, ahora, es legítimo en América. El Presidente Pizarro no representa sino un simulacro de autoridad. Hemos firmado un acta, algunos, por la que nos hemos enfrentado a ciertas pretensiones denigrantes. Los Zudáñez están con nosotros, ustedes los conocen bien —afirmó.

Algunos levantaron sus puños. Parecían listos a derrotar al enemigo.

—¡Basta de España! Ningún godo vale más que un criollo.

Y la respuesta fue inmediata. Todos repitieron la consigna a viva voz.

—Amigos, debemos reclamar lo nuestro. No somos siervos de la tierra, ni la tierra nuestra les pertenece. ¿Tenemos la altivez y la hombría para hacerles frente? ¿Quién quiere ser esclavo de un rey caduco? —los ojos de Monteagudo ardían como brasas calientes.

El coro impetuoso de jóvenes abogados apoyó el discurso de Bernardo de Monteagudo. Estaban dispuestos a jugarse la vida por aquellas nuevas ideas, y aseguraban que España solo tenía desprecio hacia ellos, que sus gobernantes los humillaban, que era hora de

exigirles respeto y un reconocimiento de sus derechos.

Y sin darse cuenta, tan enfrascados estaban en su arenga, se les apareció un caballero de canas y bastón, con ganas de intervenir.

—Pero fíjese usted, muchacho, ¿queda autorizado por su título de Defensor de Pobres, para defender causas malhadadas? ¿Desde cuándo un lenguaje sedicioso en esa boca que antes hablaba loas de los beneficios de la monarquía?

Apoyado en la empuñadura de plata de su bastón, el maestro Garzón, una de las eminencias de la Academia, desafió a Bernardo. La muchedumbre se hizo a silencio, tal era el respeto que despertaba el anciano.

—Si no hago otra cosa que defender los fueros de su Majestad contra las conspiraciones que se traman en otros lugares, señor —se despachó Monteagudo con respeto, sin abandonar la firmeza. —¿Estoy equivocado en reclamar que también los criollos queremos tener participación en los negocios públicos? ¿Ha estado al tanto, señor, de las pretensiones del Gobernador Presidente, de entregarle estas provincias a la Corte de Portugal?

Unos murmullos interrumpieron la perorata de Bernardo. Sus compañeros apoyaban todo lo que exponía.

—¿Pero de dónde saca usted, doctor Monteagudo, noticias tan volátiles?

—De la Audiencia, profesor. ¿Acaso no se encuentra en pugna con Pizarro? Con todo el respeto que le tengo, Vuecencia, le digo que no hemos de tolerar traidores al rey legítimo en Chuquisaca.

—¿Era usted experto en Teología Moral, joven doctor? Mucho me temo que las palabras que derrocha con tanta claridad posean un significado oscuro. Me apena tanto encontrar entre los estudiantes de Chuquisaca algunos facciosos e ingratos a España. La culpa la tienen esos caballeros de la Audiencia, protectores de rebeldes y agitadores con intenciones de traición. ¡Usted y su padrino, el Oidor Ussoz y Mossi merecerían la cárcel! ¡Así escarmientan! —colérico, el anciano pegó la vuelta y se retiró haciendo aspavientos con el brazo que no sostenía el bastón.

—Eso que ha dicho el viejo, muchos otros lo piensan y te lo reprochan, aun entre los nuestros —dijo uno de los presentes. —Te

endilgan la tesis, que eres voluble, que no tienes autoridad para hablar de derechos del pueblo.

—¿Qué me importan a mí los charlatanes? Soy sordo a esas habladurías —replicó Bernardo.

Monteagudo había sido un activo mensajero, entre las sombras y no tanto, de los manifiestos que inundaban la ciudad. Había escrito una proclama titulada *Diálogo de Atahualpa y Fernando VII* , que pasaba de mano en mano como galleta caliente. No había firmado el manifiesto pero todos sabían que él era el autor. Los afiebrados agitadores lo leían y releían, lo copiaban y volvían a repartirlo en la oscuridad de la noche. El diálogo era de una audacia extraordinaria, lo había situado en los Campos Elíseos, y era el encuentro en la eternidad, de ambas personalidades. En la ficción, Fernando VII había perdido la vida y en el más allá, se encontraba con el inca, sacrificado por la conquista española.

Los lectores insurgentes devoraban el fragmento en el que Monteagudo le hacía decir a Fernando VII:

> *"Apenas por un pueblo fui monarca proclamado de la España y de las Indias cuando el más infame, el más vil de todos los hombres vivientes, es decir, el ambicioso Napoleón, el usurpador Bonaparte, con engaños me arrancó del dulce seno y regazo de la patria y de mi reino, e imputándome delitos todos falsos y ficticios, prisionero me condujo hasta el centro de la Francia. Allí permanecí hasta que supe un día que mi España, vencida ya y derrotada ya por las fuertes, formidables y casi insuperables legiones de la Francia, mi enemiga, estaba por rendirse, y piadoso mi dolor, una vida me quitó tan penosa y tan amarga".*

Y no se quedaban atrás al leer las palabras dichas por Atahualpa:

> *"El espíritu de la libertad, nacido con el hombre, libre por naturaleza, ha sido señor de sí mismo desde que vio la luz del mundo. Sus fuerzas y derechos en cuanto a ella han sido siempre imprescriptibles; nunca terminables o perecederos… En el mismo instante en que un monarca, piloto adormecido en el regazo del*

ocio, nada mira por el bien de sus vasallos, faltando él a sus deberes, ha roto también los vínculos de sujeción y dependencia de sus pueblos. Este es el sentir de todo hombre justo y la opinión de los verdaderos sabios".

***

Cuando la arenga bajó de intensidad, los manifestantes se desconcentraron y Bernardo se dirigió a casa de los Zudáñez. Padre e hijo lo aguardaban. Los acontecimientos se aceleraban con una premura por demás inquietante.

—Al fin, Bernardo. Ven, vamos al despacho, nos espera mi padre —le dijo Jaime.

Don Manuel, ansioso, lo esperaba de pie. Se fundieron en un abrazo y le pidió que se sentara.

—Estamos en problemas, Bernardo. Debemos actuar, circulan rumores de que el Presidente pretende detener a algunos Oidores —se despachó el padre.

Tras la firma y presentación del Acta de la Universidad, las cosas no habían sucedido como esperaban los abogados. Pizarro se la había remitido de inmediato al Virrey. Liniers, al encontrar palabras como "traición", y referidas nada menos que a la Infanta —protegida por algunos caballeros de esas tierras —, pegó cuatro gritos y reclamó que borrasen y destruyesen cualquier referencia hostil. Rápido como alud en la montaña, el escribano de gobierno arrancó y quemó las páginas del horror. Y para combatir las malas ideas, el asesor Cañete redactó una carta apologética, en apoyo al veneradísimo Virrey Liniers.

—Pero no solo eso, hijo, Bernardo. Me he enterado de una noticia nefasta —Zudáñez les contó los detalles de la destrucción de las actas, estaba muy preocupado. —Mañana a primera hora hablaré con el Presidente. Esto es inadmisible.

Caía la tarde del 20 de mayo de 1809.

***

Las relaciones entre el Presidente y sus adláteres, y la Universidad, el Tribunal, el Cabildo y la opinión pública pendían de un hilo. García

Pizarro recorría la gran sala de la Casa de Gobierno como león enjaulado. Solo le faltaba rugir. Los lenguaraces de ambos lados habían trabajado a destajo y le habían proporcionado la información que precisaba.

—¡Ahora mismo empiezan a movilizar hombres para que defiendan a nuestra bendita ciudad de los embates habidos y por haber! —gritó el Presidente, levantando los brazos implorando al cielo y a la Tierra.

Los oficiales y la guardia —que lo perseguían a sol y a sombra, el hombre temía por su vida— intentaban cumplir sus designios pero no era fácil llevarle la delantera. Reclamaba resoluciones para ayer y no llegaban a mañana. Pero si algo había hecho era reunir a sus confidentes para anunciarles que sí, que había que detener a los chuscos, encarcelar a sus contrincantes, que eran mejor bajo llave que tan campantes por doquier.

Pizarro se había enterado de todo. Sus espías le habían traído la mala nueva de que los Oidores planeaban encarcelarlo. Poco le importó el prestigio reverencial del que gozaban aquellos hombres que, cuando algunos salían a pasearse de a pie, los comerciantes cerraban sus puertas para acompañarlos y cortejarlos hasta que se restituían a sus casas. Tal era su poder.

—¡A mí! ¡Preso, ni más ni menos que a mí! —vociferó el Presidente y lanzó una carcajada maquiavélica. —¡Ya verán!

El 23 de mayo, Ramón García de León y Pizarro dictó una misiva en carácter de urgente con destino a Potosí. Iba dirigida al Gobernador Intendente don Francisco de Paula Sanz. Le reclamaba que movilizara sus tropas hacía Chuquisaca, y había ido directo al grano:

“Mi estimadísimo amigo,

Este pueblo está en peligro. Los excesos de los togados llegaron ya a su extremo. A solicitud del Cabildo Secular, esto es, de una facción del Cabildo, se está pesquisando mi conducta y la del señor Virrey… Todas las señas son que quieren quitarme el mando y erigirse en Junta y desconocer la autoridad del Gobierno Superior.

Anoche hicieron acuerdos clandestinos en casa del Oidor de la Iglesia y allí llamaron a algunos testigos amedrentándolos con amenazas… Pues solo el bribón de Zudáñez es el principal autor de tamaños alborotos. Suplico a usted no pierda un momento en verificarla, antes que los males sean irremediables. Yo considero necesario tropa aquí y creo que usted también reconocerá su necesidad.

Auxílieme, mi estimado amigo, con ella, cuanto antes, por lo menos con 50 hombres, que podrán salir antes o después que usted, pero a la mayor brevedad.

Amigo, la tropa al instante.

Su afectísimo,

Ramón García Pizarro"

El Presidente armó a sus hombres para que lo defendieran de cualquier atentado. No lo doblegarían, no podrían.

Al día siguiente, cuando doblaron las campanas de la noche, en casa de los Zudáñez se organizó el golpe. Bernardo escuchaba con los ojos encendidos. El plan era ambicioso: de una estocada derrotar al ladino Pizarro, para luego continuar en Potosí, adonde se daría a conocer a las nuevas autoridades —tan alejadas de aquellos propaladores de intrusos— para seguir en La Paz y así propagar la insurrección, de la mano de Murillo y, por qué no, en el Plata y acaso otra en Lima. Los rebeldes soñaban a lo grande.

El fiscal don Miguel López y Andreu se acomodó en el escritorio para redactar el documento que pedía la renuncia del Presiente. Cuando eso estuvo listo, se organizaron patrullas lideradas por los regidores, que recorrieron las calles para evitar detenciones y emboscadas.

Bernardo formó parte de uno de los grupos. Antes hizo una parada por su casa y buscó a su padre, que lo aguardaba con ansiedad. Salieron a la lóbrega noche.

A la mañana siguiente, con el primer rayo de sol, el padre Bonet, provincial de Santo Domingo, se presentó en casa de Gobierno. Se refregaba las manos, estaba nervioso. Unas horas antes, en el

confesionario, había recogido información caliente: se preparaban para deponer a la autoridad; por las buenas o por las malas. Pizarro se movió de inmediato. Montó guardia en palacio con 25 hombres y envió a su hijo Agapito a Potosí, con la misiva caliente para el Gobernador de Paula Sanz.

—¡Quiero a los doctores Gascón y Portillo aquí! ¡De inmediato! —ordenó.

Llegaron los abogados a las 3 de la tarde. Los puso en autos sobre la reunión nocturna y exigió la suspensión de los oidores. Pero también reclamó la detención de los cabecillas: los oidores Ussoz y Mossi, Vázquez de Ballesteros, el fiscal López y Andreu, los miembros del Cabildo Secular Manuel de Zudáñez y Domingo Aníbarro, y el abogado Jaime de Zudáñez.

Se dictaron las órdenes de aprehensión. Comenzaban a esparcirse las penumbras del atardecer. Las campanas de las iglesias convocaban a la oración del ángelus. La noticia corrió rápidamente. Los perseguidos, anoticiados, se guarecieron donde pudieron. Vázquez Ballesteros se refugió en un rincón de su casa, Ussoz y Mossi se trasladó al convento de San Francisco Neri y López y Andreu huyó de la ciudad.

Solo pudieron apresar a Jaime de Zudáñez en su casa. Tranquilo, tomaba unos pocillos de chocolate con su amigo Patricio Malavia. A punta de pistola, una comisión dirigida por el oficial Pedro Usúa, lo trasladó al cuartel de veteranos. Mariana, la hermana de Jaime, al ver lo que sucedía, salió a la calle como poseída, a incitar a los vecinos a que salieran en su defensa. Tal fue el tumulto, que Zudáñez fue trasladado a la cárcel de corte (1) , donde se empezó a reunir la población. A los gritos reclamaban la presencia del Arzobispo.

La turba apedreaba el edificio, entre ellos estaba Monteagudo.

—¡Muera el mal gobierno, viva el rey Fernando VII! —gritaba y lo seguía la multitud.

Pizarro, dentro de Palacio, estaba aterrado. Espiaba desde la ventana, los ojos de aquellos hombres, encendidos por la violencia, lo colmaron de pavura.

—¡A ver, guardias! Traigan al reo, que esto puede convertirse en un siniestro —ordenó.

Zudáñez compareció ante él, engrillado de pies y manos, pero con la frente en alto. Pizarro lo miró de arriba abajo, total, era el menos peligroso, pensó.

—Queda usted en libertad.

—Muchas gracias, señor. Mañana vendré con mi padre a hablar con Vuestra Excelencia.

—Vaya usted, y sosiegue a esa gente, que todo se ha acabado —le dijo el Presidente.

Acompañado por el Arzobispo, salió Zudáñez por una puerta trasera, para evitar a la turba. Pero lo reconocieron y fue levantado en andas por algunos cholos, en medio de grandes aclamaciones. Se convirtió en el héroe de la jornada.

La excitación era inmensa. La ciudad rugía. Hombres y mujeres se acercaban hasta la plaza. Algunos cubrían sus caras con pañuelos y ponchos indígenas. No querían ser reconocidos, pero la hebilla de los zapatos y las medias finas exponían su condición. Indios, mestizos y pardos también se llegaron hasta allí. El pueblo de Chuquisaca se movía como una ola gigante.

El Arzobispo Moxó, viendo que la cosa podía exasperarse de más, apuró el paso hacia la plazuela de San Agustín, golpeó la puerta de la casa de doña Juana Quiroga, importante feligresa de su diócesis.

—¡Padre! ¿Qué hace aquí? La ciudad arde, no quiero problemas, alabado sea el Señor —se persignó la dama.

—Señora, permítame entrar, ¡ahora mismo! —empujó hacia adentro, la marea humana avanzaba.

Corrió hacia uno de los balcones, doña Juana fue detrás, lamentando al cielo. El Arzobispo sacó medio cuerpo y gritó a las gentes que pasaban.

—Les ruego, con el mayor encarecimiento y por las entrañas de Jesucristo que se retiren a sus hogares. Les prometo por la cruz que llevo en el pecho —y la expuso a la vista de todos —que me iré de la ciudad y dejaré la mitra.

—¡Viva! ¡Fuera! ¡Muerte al enemigo! —aullaba la multitud.

—¿Me permiten retirarme a mi casa? —preguntó en un hilo de voz, Moxó.

Asintieron y lo acompañaron unas cuadras. Al llegar a la puerta,

desde la esquina apareció un grupo de jóvenes. Lo lideraba Bernardo de Monteagudo. Al ver al prelado, se le abalanzó.

—¿Adónde cree que va usted? —se le acercó demasiado con tono amenazante. —Traidor a su credo, a su tierra, a su pueblo, usted no es otra cosa que ahijado del infante Godoy.

En un segundo rodearon al Arzobispo. Le respiraban cerca y, a los gritos, lo señalaron como entregador de la provincia a la usurpadora Carlota.

—Se los ruego, caballeros. Están en un error, mandaré a que se haga callar el espantoso ruido de las campanas —Moxó tomó una de las manos de Bernardo y suplicó con mirada de siervo.

Monteagudo, arrebatado, se la quitó. Con cara de asco le pidió a sus camaradas que siguieran adelante, que la plaza los esperaba, que aquel viejo indigno no merecía la presencia del orgullo joven. Y se fueron.

Moxó entró a su casa agitado por demás. A los pocos minutos, un vecino fue con el aviso de que una cuadrilla de malcontentos andaba juntando leña para prenderle fuego a su casa. El Arzobispo elevó los brazos buscando suplicio del Todopoderoso. Y arribó el Padre Guardián de San Francisco para avisarle que la plebe se había apoderado de la artillería y de la sala de armas, que habían sacado a los presos de la cárcel.

—¡Padre! Preciso de su ayuda y asistencia. Debemos salir de aquí, temo que algunos ebrios intenten matarme. O me guarecen en el Convento o en la casa del cura de San Sebastián, o donde sea —se envolvió con un capote y salieron a las calles, mientras tronaban los disparos de cañón.

Pizarro estaba acorralado en su residencia. Lo acompañaban solo catorce guardias. Juan Manuel Lemoine, quien había vencido sable en mano la oposición de los frailes, había subido al campanario de San Francisco para que doblaran las campanas. El francés José Sivilat y un criado de Zudáñez habían hecho lo mismo en la Catedral.

Doña Casimira de Ussoz y Mossi, desde el balcón de su casa, azuzaba a la correntada facciosa.

—¡Vamos, muchachos! ¡A atacar la casa pretorial de García Pizarro! —gritaba con medio cuerpo afuera.

De repente, entre las sombras, vio venir al Arzobispo, flanqueado por otro sacerdote. Moxó miró hacia arriba y las miradas se cruzaron.

—Señora, fíe usía en mí, que no será preso ninguno de los que iban a serlo y todo se sosegará —le dijo el religioso.

—No, Ilustrísimo señor, fío en el pueblo y no en Vuestra Señoría Ilustrísima —respondió la dama.

El pueblo venció las puertas del palacio y entró. Rugían pidiendo justicia y libertad, y exigieron la entrega de armas del Presidente.

El Subdelegado de Yamparáez, don Juan Antonio Álvarez de Arenales, había conseguido una licencia de la Audiencia para viajar y visitar a su esposa y cinco hijos que residían en Salta. Pasadas las 7 de la noche, salió de su casa y se topó con gentes despavoridas al grito de:

—¡Viva el Rey, que prenden a los Oidores, a los regidores, a los Zudáñez y a otros!

Encontró resquicios y, él y su tropa siguieron hacia la plaza por la calle de la virgen de Guadalupe y llegaron a la residencia de García Pizarro. Secundando a los revolucionarios, Arenales logró que los guardias le abrieran la puerta falsa e ingresó a conferenciar con el Presidente.

—¿Dónde está nuestro fiscal? ¿Dónde tienen a López y Abreu? —arremetían los revolucionarios.

—¡No lo tenemos preso! ¡No sé dónde pueda encontrarse López y Abreu! —Pizarro gritaba desde un corredor ubicado a cierta distancia de la puerta falsa. —¡Les doy mi palabra de honor! Me ofrezco como rehén hasta que aparezca.

—¡Queremos a nuestro fiscal y no a un traidor en su reemplazo! —se alzó una voz en medio de la multitud. Era la de Bernardo de Monteagudo.

Hubo reunión de principales en la casa del decano don José de la Iglesia, a pasos de allí. Concurrieron los Oidores Ballesteros, Conde de San Xavier, Ussoz, los Zudáñez y Lemoine, Aníbarro, Arenales, Monteagudo y algunos más. El cónclave decidió demandar al presidente a que entregara los cañones y fusiles que tenía en su residencia, además le exigían su renuncia. Manuel Zudáñez y Bernardo de Monteagudo fueron los que más actuaron en la reunión.

Hicieron prevalecer sus opiniones a fuerza de grito y de golpes sobre la mesa. Los presentes firmaron el oficio, que decía:

"Excelentísimo señor,

El escandaloso hecho que de orden de Vuestra Excelencia se trató de ejecutar a cosa de las siete de esta noche y que ha prometido hasta el último extremo la tranquilidad y sosiego en tal consternación que no encuentra el tribunal otro arbitrio para restituirle su antigua tranquilidad, que el que Vuestra Excelencia, en obsequio a ella, entregue inmediatamente el mando político y militar, como el pueblo lo pide con firme protesta de no aquietarse hasta que se verifique. El tribunal, pues, a nombre del Rey, y como eco fiel de estos generosos habitantes, lo intima a Vuestra Excelencia y espera su más puntual cumplimiento.
Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.

Plata, jueves 25 de mayo de 1809,
a las 11 dadas de la noche."

Álvarez de Arenales se encomendó a entregar el acta de renuncia. Pero Pizarro se negó. Fue detenido en el acto. Igual suerte sufrieron algunos jefes que habían permanecido fieles a su jefe.

La Audiencia asumió el gobierno de la Intendencia del Plata. El retrato de Fernando VII fue descolgado del domicilio del Oidor Ussoz y Mossi y paseado por las calles con música y banderas, mientras tañían las campanas. Fue colocado bajo un dosel en la arquería del Ayuntamiento. Los días siguientes, en los atardeceres, delante de la pintura, una banda de música ejecutaba retretas (2) y la gente cantaba y bailaba en homenaje al Rey. El nuevo gobierno nombró Comandante General de Armas al Teniente Coronel Álvarez de Arenales.

El 27, a la una de la tarde, el Teniente General Pizarro fue trasladado al edificio de la Universidad. El pueblo, envalentonado con la flamante realidad, lo insultó y escupió en el trayecto y conminó a los guardias a que lo pasearan por la plaza, delante de una horca de la

que pendían su retrato y un perro muerto.

Cuando al fin entraron a San Xavier, al ingresar a su encierro, Pizarro alzó la voz:

—Con un Pizarro comenzó la dominación española en la América del Sur, con otro Pizarro comienza su fin.

1 - Llamada así por estar en el edificio que servía a la Real Audiencia y donde vivía, también, el Presidente.

2 - Concierto de banda de música al aire libre en lugares públicos, surgido en tiempos de la Colonia.

CAPÍTULO VII

—¡ Qué tranquilos vivían los tiranos y qué contentos los pueblos con su esclavitud antes de esta jornada memorable! Parecía que nada era capaz de turbar la arbitraria posesión de aquellos, ni menos despertar a aquellos de su estúpido adormecimiento —señalaba Monteagudo mientras resolvían, en reunión plenaria, los pasos a seguir.

Los revolucionarios deliberaban en la sala de reuniones. El Comandante General Arenales y una tropa lista a todo habían salido al encuentro del General Sanz y sus hombres, que avanzaban desde Potosí tras el requerimiento que le había hecho Pizarro, semanas atrás. Pero no se produjo choque alguno, Sanz prefirió mostrar pleitesía ante la autoridad de la Audiencia. Sin embargo, aquella reverencia solo fue una formalidad. De retirada pero tomando posiciones en Chuquisaca, por si acaso, el hombre mandó sendas misivas a los virreyes de Buenos Aires, —un flamante Baltasar Hidalgo de Cisneros, encargado de suplantar al francés Liniers —y de Lima, don José Fernando de Abascal, denunciando las novedades.

Pero la Audiencia, embravecida con los sucesos últimos y creyendo que el continente seguiría con el mismo ahínco, decidió que debían enviar comisionados a otros pueblos del Alto Perú para contagiar el ansia revolucionaria. La fachada de los enviados era transmitir la lealtad para con Fernando VII y llevar a cabo tareas encomendadas por la Real Audiencia de Charcas. Pero la verdad era otra.

Bernardo le daba los últimos trazos al manifiesto que portarían los emisarios. En el conciliábulo estaban, listos a partir, Mariano Michel, Tomás Alzérreca, Gregorio Jiménez, Manuel Toro, Juan Manuel Mercado y el Alcalde Provincial del Cusco, Antonio Paredes. Los caballeros discutían, los envolvía un fervor inusitado.

Monteagudo pidió silencio, necesitaba que lo escucharan, había puntuado el final de la proclama. Con esa voz que envolvía, se dispuso

a leer y la aprobación fue absoluta. Se dispuso a organizar quién iría adónde: Mariano Michel y Mercado y Tomás Alzérreca tomarían los caminos rumbo a Cochabamba; Gregorio Jiménez y Manuel Toro se dirigirían hacia La Paz.

Bernardo, en cambio, había acatado el nombramiento de Arenales. La Audiencia Gobernadora le había encargado al Comandante de Armas que formara un nuevo alistamiento de Milicias Urbanas. Los dos Monteagudo, padre e hijo, se habían apuntado con los grados de Capitán y Subteniente 2º, respectivamente. Al joven Monteagudo se le había encomendado una comisión especial gracias a la confianza que merecía.

La correspondencia que llegaba a Chuquisaca, desde Buenos Aires, hacía una parada obligada en Potosí. El Gobernador de esa Intendencia, don Francisco de Paula Sanz, jugaba al complaciente pero mantenía relaciones en las sombras con la capital del Virreinato del Río de la Plata y con Lima. La Audiencia, sagaz como pocas, había advertido que no podía confiar en él y expedido una Real Provisión dirigida al Juez subdelegado de Tupiza, destacando que toda la correspondencia con destino a Chuquisaca fuera entregada allí al comisionado, sin posta previa. En el Plata se procedería a la apertura de la valija correspondiente.

La Audiencia esperaba noticias urgentes de Buenos Aires. El cambio de mando en aquella capital había sido en buenos términos pero el Virrey depuesto, desde Córdoba, empezaba a armarse para un regreso que él suponía glorioso. El continente temblaba. Los estallidos debían replicarse en el Alto Perú. No había tiempo que perder. Bernardo de Monteagudo fue la persona elegida por la Audiencia para la delicada misión de Tupiza. El Oidor Ussoz, su padrino, intervino en el nombramiento.

***

Bernardo y Eugenia habían encontrado el modo de verse a escondidas, en la berlina de Ussoz y Mossi. Se la había pedido prestada, quería despedirse de Eugenia y necesitaba privacidad. En la casa de la señorita esto ya era imposible. Pero, veloz como un relámpago, el joven abogado había escrito una esquela y entregado a

la criada de su amada, para lograr el encuentro furtivo. A la hora señalada, Eugenia había ido con una excusa válida en su casa y esperado, en la esquina elegida para el menester clandestino, a su amante. El cochero había tenido orejas solo para las indicaciones del caballero. Al abrirle la portezuela a la dama velada, fingió ceguera.

—¿Cómoda, mi bien? —preguntó Bernardo y le tomó la mano.

—¡Pero qué bonito coche! —con la otra mano, Eugenia acarició el tafilete acolchado y observó todo, de arriba abajo.

El cochero revoleó el rebenque y los caballos emprendieron la marcha. Las calles estaban pobladas, había que aguantar el frenesí hasta llegar a alguna vecindad más solitaria. Eugenia espiaba por la ventanilla, Bernardo torció su cuerpo e intentó cubrir la abertura con su espalda. La miró de frente, estaba deleitado ante su gracia.

—Sabes que parto hacia el sur, mi niña. Y no quería hacerlo sin antes despedirme —susurró Bernardo y la atravesó con sus ojos negros. Quería zambullirse en sus pensamientos, estaba intrigado por los sentimientos de Eugenia.

—He cumplido años la semana pasada, Bernardo. Dieciséis, y no tuve noticias de ti —la damita empezó con ínfulas y eligió cambiar de estrategia. —Me parece que, aun cuando me afecto con harta vivacidad, no estoy sujeta a los arrebatos.

Monteagudo vaciló, sin ponerse de acuerdo consigo mismo, sobre la mejor manera de contraatacar. Con Eugenia, las veces que habían estado juntos, se mostraba callado, modoso, casi imperceptible, como Yanko, su amigo de la infancia, tirado por tierra para escuchar mejor el eco del enemigo que avanza. Verla y amarla habían sido una misma cosa, y de su severo examen había salido con buena nota. Pero el encanto, la gracia, eran asunto de un instante fugaz, y desaparecen como el día con la llegada del crepúsculo. Se preguntaba si a su bien amada le sucedería lo mismo. Arremetió y, con ambas manos le tomó la cara, la besó con pasión pero ella dominó la entrega y se despegó.

—Ya sé que tu corazón late para el mío y no para otra —una mirada de lince al acecho tiñó el gesto de Eugenia. —Pero hay personas que se engañan a sí mismas, sienten un gusto pasajero y hacen cosas por fantasía en vez de hacerlas por amor.

—Pero, ¿qué dices, Eugenia? Solo tengo ojos para ti.

—Quién sabe, tal vez te acuse equivocadamente de infidelidad. Sin embargo, esta espantosa duda emponzoña mi existencia. Suspiro sin quejarme.

—¿Qué quieres que haga? Dímelo, soy tu vasallo —Bernardo hallaba cierta delicia encantadora en aquel juego.

—¿Serás por siempre mi honrado maestro? ¿Hago bien en hablar de celos con un amante tan fiel? —Eugenia devolvió la estocada.

—Debo partir en breves, querida. Aunque bien sabes que tu madre desprecia mi amistad, es imposible exponer lo nuestro a la luz del día. Nuestro amor es nocturno.

Eugenia se le acercó más. Entreabrió la boca, buscando el ímpetu de Bernardo. No hubo más que hablar, se enredaron en una maraña de besos y manos. Pero la mente de Monteagudo estaba a leguas de distancia. Su cuerpo, de todos modos, respondía a la búsqueda femenina, aquello era inevitable, pero sus pensamientos cabalgaban lejos. La operación de Toro y Jiménez en La Paz se había abortado, por lo que habían cambiado de emisarios. Mariano Michel y su hermano Juan Manuel Mercado habían partido hacia aquel destino. En el camino, en Sicasica se habían encontrado con el presbítero Medina, el primo de Bernardo, quien había sido confinado, antes del golpe, como cura del pueblo, por el arzobispo Moxó. El máximo prelado había querido alejarlo del ambiente revolucionario de Charcas. Medina, al reencontrarse con sus camaradas, dejó a sus feligreses y se unió a los enviados rumbo a La Paz.

Bernardo recorría el cuerpo de Eugenia con las manos y la hacía suspirar de placer. Y buscaba que ella hiciera otro tanto con el suyo. Sabía que tras la despedida, seguramente, no se verían más. Pero eso no enfriaba sus sentimientos. Cada historia de amor representaba, para él, un instante vital y eterno. De cada una había aprendido algo, con cada cual había iniciado una historia de aprendizaje. La señora desposada le había enseñado el ansia de mujer, la necesidad imperiosa de colmar su deseo, el misterio irreductible y sin salida; y Eugenia, su dama y dueña, por ahora, la franqueza inviolable, la eterna sumisión, que bien valía en palabras aunque poco importaba en los hechos.

Eugenia sentía que el amor le había llegado para quedarse. Sabía bien que corría peligro, que aquello le era vedado, pero, así y todo, se

arrojaba a sus fauces. Lo notaba lejos, ¿a qué se debía ese aire de descontento y esa mirada triste? ¿Por qué murmuraba contra las leyes que el deber le imponía? Y entonces pensaba, que su caballero dejara todo, que su Eugenia las suavizaría. Pero lo pensó mejor, que para ejecutar con fortuna y seguridad ese sueño amoroso, solo debía hacer unos arreglos; quién sabe, la fuga podía ser una alternativa, la responsable de aquella decisión abismal no era otra que su incomparable madre.

Y Monteagudo se vio obligado a apretarle la boca con fuerza para silenciar los gritos gozosos de su amante doncella.

***

Entre las dos y las tres de la madrugada, Ussoz y el fiscal don Miguel López sellaron la Real Provisión que daba rango de oficial a la misión a Tupiza. Bernardo la recibió, con 50 pesos para cubrir alguna necesidad, y partió a la salida del sol. A lomo de mula y acompañado por un fraile y un paisano, Monteagudo partió a los caminos. Empezaba a clarear el día.

—Fray Juan, ¿qué murmura, si se puede saber? Mire que el silencio del alba abre mis oídos y escucho demasiado —preguntó Bernardo inquisitoriamente.

—Rezo mis plegarias, joven. Las oraciones nos protegerán en este largo viaje.

El paisano bufó intuyendo agotamiento antes de empezar y Monteagudo volvió la mirada hacia adelante, sin decir palabra. Hubiera preferido salir solo pero los representantes de la Audiencia le habían plantado los hombres aduciendo que serían la escolta perfecta: el enviado de Dios, porque era mejor creer que reventar, y el miliciano, conocedor como nadie de las rutas y sus atajos.

Pero el fraile abandonó el murmullo y se largó a contar sus peripecias en los caminos del Señor: que como bien sabrían, él era miembro de una orden religiosa mendicante y predicaba la acción apostólica y evangelizadora, y como seguramente estaban al tanto, había renunciado a las riquezas materiales y su prédica la llevaba adelante fuera del monasterio, como fraile que se preciara.

—Prefiero aprovechar el silencio de la Naturaleza, mi estimado

fray. Brego por que no se ofenda —Bernardo hizo uso de su seducción nata.

Fray Juan persistió con su sermón, argumentando que el hombre debía conciliar las leyes naturales con las del Todopoderoso y que, en cambio, en soledad, se perdería. Que la palabra de Dios siempre debía ser bienvenida.

El bufido del paisano devino en gruñido y Bernardo temió que se armara la de San Quintín. Así, entre locuacidades intermitentes y hartazgos a marcha de mula, avanzaron bastante y casi sin notarlo. Cuando el sol les pegó de arriba, el paisano anunció que en cuanto encontraran un monte protector, se detendrían para comer algo. Las alforjas traían alimento y bebida, había que prevenir por si la posta no llegaba. Los árboles tardaron en aparecer, que más que arboleda parecían unos arbustos orgullosos, que podían ser útiles como sombra. Detuvieron la marcha, se apearon y se sentaron bajo el reparo a descansar. Bernardo repartió unas rebanadas de pan y le quitó la tapa a la botella, y la apoyó en el centro.

—Aquí hay agua —señaló el paisano, con rechazo.

—Así es, esto es lo que hay.

Bernardo mordió el pan y lo miró fijo. Guay de que pidiera algo más. Bastante con lo que había.

—Seguramente no falta tanto para la primera posta, ¿no es cierto? —intervino el fraile para atemperar.

Ni lerdo ni perezoso, el paisano metió mano en su bolsillo y sacó una petaca de cuero, en la que llevaba algo de aguardiente. De un trago, calmó el garguero. Y con mirada taimada, la volvió a guardar.

El abogado rechinó los dientes e hincó las uñas en las palmas de sus manos. La furia le nubló la vista. De un salto se incorporó y, en un grito, ordenó que continuarían la marcha. Los tres montaron sus mulas, el paisano a regañadientes.

El trayecto se avino áspero. La mente de Bernardo estaba en guerra. Quería llegar y cuanto antes, tanto mejor. Había perdido la paciencia y el paisano se le había montado en los cojones. Luchaba, a brazo perdido, contra su furia y las ganas de sacudirle la cara de un trompazo. Monteagudo y el fraile lideraban la marcha, el otro iba rezagado y refunfuñando.

En ese clima de tensión llegó la tarde. Se suponía que el baquiano era el encargado de indicar los caminos, él era el experto. Pero Bernardo estaba harto y blasfemaba en silencio contra la decisión, para él errada, de la Audiencia. No le había hecho falta, él sabía más que nadie, llevaba una brújula en la sangre, no en vano era hijo de quién era. Y su querida mamá le dominó los pensamientos, sus recuerdos y la memoria. Tuvo una puntada en el pecho, la convocó sin decir. En un santiamén, sintió la protección de su madre. Y añoró un amor de mujer, un cuidado como aquel, una caricia en el cuerpo, que lo quisieran sin reclamos, un lugar donde descansar, del mundo, de sí mismo.

Perdido andaba en sus reflexiones, cuando avizoró, y ya más cerca de lo que hubiera querido, a un jinete y su escolta. Cuando estuvieron frente a frente, reconoció al Gobernador Sanz.

—Buenas tardes, Gobernador —saludó, ya en el suelo. Se acercó al Gobernador Intendente de Potosí y dio las explicaciones pertinentes. Le extendió el pasaporte e informó que seguían rumbo a Tupiza.

—Excelente, Monteagudo. Aquí me encuentro, en son de paz y acatando el nuevo orden —le hizo saber de Paula Sanz y le sonrió. Miró a los acompañantes del enviado y continuó. —Puede seguir, nomás. Está todo en condiciones para que lo haga.

Bernardo montó su mula castaña y siguió la marcha, sin inconvenientes. Pero por dentro desconfió. La intuición le dijo que era preferible no creerle a Sanz, algo le maliciaba. Conocía el terreno como la palma de su mano. Ya había poco blanco por allí, en aquellas extensiones primaban los mestizos y, sobre todo, los indios. Supo hacia dónde dirigirse para encontrarse con algunos de pelos retintos y templanza india. El fraile y el baquiano permanecieron atrás, él se acercó al grupo. Intercambió unas palabras, hizo preguntas, los miró de frente y encontró la información que buscaba: el hombre fuerte de Potosí, había dejado algunos contingentes desperdigados por la zona y uno, sobre todo, en la posta de Cuchihuasi.

En aquellas soledades siguió camino Monteagudo. Sin armas y sin mayores prevenciones. Ya se había hecho de noche. De pronto, vio venir, a galope tendido, una tropa comandada por un sargento.

—¡Alto! ¡Desciendan inmediatamente! —les gritó.

Bernardo hizo caso, lo mismo el fraile. Pero el paisano, que iba como veinte pasos atrás, metió pies en polvorosa y se dio en fuga. Algunos soldados apretaron las verijas de sus animales para darle alcance. No hubo caso.

—¡Sargento, vengo en misión! —Monteagudo le presentó su Provisión sobrecartada, por la que invocaba el nombre del Rey. Asumió que aquello impondría respeto a todo aquel que la leyera.

—¡No me venga con papeles! ¡Que de seguro están falsificados! Se viene conmigo, el cura también. Son mis prisioneros.

El sargento Domínguez les prohibió volver a montar sus mulas y, bajo estrecha custodia los hizo caminar hasta la posta de Cuchihuasi. En el tambo de Bartolo, propiedad de Casimiro Aranibar y locación donde se aposentaba la tropa, los encerraron en una pieza en la que cabía un alfiler y poco más. A Monteagudo lo despojaron de todo lo que traía, incluso su mula castaña. Le quitaron el poncho de algodón balandrán sin paño de pescuezo, un pañuelo colorado, un par de guantes, una servilleta con su cuchara y tenedor de plata, ocho bollitos de chocolate, un poco de arroz, un pedazo de azúcar del Cuzco, cuatro reales y medio de cigarros, todo guardado en dos cotenses, y 27 pesos en plata.

Domínguez redactó el parte por el que le informaba de los sucesos al Gobernador Intendente. Le documentaba que el abogado traía una Real Provisión falsa, fingida de mil embustes, y que lo había puesto en custodia hasta entregárselo en la Villa de Potosí. Hasta que mandara y dispusiera, y que Dios hiciera lo suyo.

El sargento le entregó el documento firmado a un chasque y, sin chistar, la saeta partió hasta las postrimerías de Chuquisaca, donde estaba instalado Sanz. Monteagudo esperaba, estoico, en su celda diminuta.

—¿Pero qué es esto? —dijo Sanz al recibir la encomienda. Leyó con una lentitud digna de un analfabeto y mandó a llamar al teniente José Hernández Cermeño. —Pase inmediatamente a poner en libertad a Monteagudo.

Para demostrar acatamiento, se lo comunicó a la Audiencia Gobernadora, aduciendo que el joven abogado continuaría, sin la menor demora, el cumplimiento de su encargo. Los presidentes, el

regente don José de la Iglesia, Ussoz y Mozzi y el Conde de San Xavier, se cruzaron de brazos a esperar.

Pasaron los días y la libertad no llegaba. Bernardo, encantador con quienes quería, había hecho migas con un vecino de Potosí, don Juan Manuel García, quien se encontraba en el tambo. Le dio lustre al encantamiento y logró sonsacarle información fundamental.

—Y sí, muchacho, este buen hombre de Domínguez cumple órdenes. El sargento recibió orden expresa del Gobernador Intendente para que cometiera el atentado… —susurró García.

Enfurecido, Monteagudo escribió una misiva dirigida a don Francisco de Paula Sanz. Quitó a la Audiencia del medio y dijo:

> *"Se acaba de cometer, en mi persona, un atentado, el más grave, a pesar de la respetabilísima orden que he manifestado relativa a lo que indiqué a V. S. el día de ayer.*
> *No debo agregar mucho más que lo que sabe, que su sargento ha vulnerado mis libertades, me ha expropiado de mis pertenencias, ha hecho lo mismo con un hombre de Dios y me ha acusado de cuantas falsedades hay.*
> *Invoco la gracia y presencia de Fernando VII y de la Audiencia Gobernadora, para que V.S. el Gobernador Intendente ordene al hombre que comanda la guarnición, no le embarace el cumplimiento de su comisión, reservando representar lo que convenga, a su debido tiempo."*

Como meteorito partió el chasque, otra vez. Y Sanz firmó el decreto, lo traspasó a la Audiencia: debía liberarse a Monteagudo en el acto. Llegó la orden. Abrieron las puertas, el joven abogado puso los pocos pesos que le quedaban para hacerse de una mula y un postillón (1) .

1 - Mozo a caballo que se contrataba en las postas, y que oficiaba de guía en los caminos.

CAPÍTULO VIII

Gustoso en exponer su ausencia de interés, Goyena leía la Provisión frente a Monteagudo. Eran las cinco de la tarde del 2 de junio. Sentado en su despacho, el jefe del regimiento de caballería de milicias del partido de Atacama, Juez Subdelegado y Alcalde Mayor de Minas y Registros en el partido de los Chichas, el Coronel Benito Antonio de Goyena se recostó contra el respaldo de la silla, cansado de todo. Le cansaban los reclamos de cualquier advenedizo con pretensiones, le agotaban las ínfulas de los doctorcitos, despreciaba a los mequetrefes que intentaban quitarlos de en medio. A ellos, a los dueños de la defensa del país.

Bernardo había arribado, al fin y sin demasiados obstáculos, a Tupiza. Había tomado rodeos de camino, inevitables porque había temido alguna nueva tropelía del gobierno de Potosí, pagando doble en las postas y contratando a un mozo en Caiza, para su mayor seguridad. Sin esperar, se había dirigido a la casa de Gobierno y pedido audiencia con la autoridad. Debía entregarle, expresamente, el documento al juez. El mismo destacaba la debida confianza que la Audiencia tenía en Monteagudo, razón por la cual se le confería la más amplia y necesaria comisión en derecho.

Goyena no le indicó que se sentara; Monteagudo observaba cada movimiento del hombre de Tupiza. El juez cumplió con los protocolos: besó el documento y se lo puso sobre la cabeza, obedeciendo como a Carta y Provisión Real del Rey Señor natural, a quien la Divina Majestad guardare y prosperare con aumento de mayores Reinos y Señoríos, como la Cristiandad hubiera menester. Y suspiró.

—A ver, doctor Monteagudo, en cuanto al cumplimiento de esta Provisión ya es cosa muy distinta —adujo Goyena, irguiéndose sobre su silla. —Lamento comunicarle que encuentro que el cambio político ocurrido el 25 de mayo pasado, en Chuquisaca, no me ha sido

comunicado por el conducto del Jefe inmediato de esta provincia.

El Juez se levantó y caminó lento hacia donde aguardaba su interlocutor. Bernardo abrió la parada, se tomó las manos por detrás y su cuerpo se transformó en una pila de nervios. No daba crédito a lo que escuchaba, aunque entendía al dedillo el juego conspirativo de Goyena.

—No la habrá leído en su totalidad, señor juez —apretó la ira y habló despacio. —En el papel se hace referencia, y con fundamentos.

Goyena negó con la cabeza y chistó con la lengua. Tampoco agregó que le habían llegado noticias, por adelantado, de la comisión de Monteagudo y, veloz como tejo, había informado al Virrey que no debían preocuparse, que él dispondría de todo y que estarían las cosas bajo su control.

—Monteagudo, queda arrestado en mi propia casa, con la custodia competente —ordenó el Alcalde y mandó a llamar a la guardia para que dieran cuenta del rebelde.

Lo tomaron de ambos brazos y lo arrastraron fuera del despacho. Volvieron a encerrarlo y, esta vez, más papistas que el Papa, le pusieron una barra de grillos y lo arrojaron a una celda pestilente. A las 9 de la noche le dejaron un cuenco con una sopa aguachenta y sin gusto. Bernardo probó una cucharada y no pudo continuar. El hambre que tenía desapareció en el acto. Tampoco pudo descansar, no pegó un ojo.

Al día siguiente, debió comparecer frente a Goyena y al Asesor Letrado del Juez Real Subdelegado, el doctor don Pedro José Agrelo, abogado reciente como él, de la Audiencia de Charcas. Engrillado, fue sometido a un extenso interrogatorio.

—Que p en actas, doctor, que la subdelegación tiene la constante resolución de no obedecer orden alguna de la Real Audiencia de Chuquisaca, en ninguna materia —ordenó el Juez. —¿Está al tanto, Monteagudo, de que el motivo de la prisión de García Pizarro ha sido por considerársele traidor y determinado a entregar estos dominios a la Princesa del Brasil, en inteligencia con el Arzobispo Moxó y el Virrey Liniers?

—Así es. El clamor y tumulto del pueblo han hecho que el traidor concurriera a prisión —afirmó Monteagudo. —En cuanto al Virrey,

una de las razones por las que la Audiencia y todo el pueblo fundaron las sospechas de traición, fue el hecho de haber mandado a romper el acta que celebró el claustro universitario.

—¿Y cuál ha sido su comisión, y las perspectivas que ven los Oidores de que el Coronel Goyena —y Agrelo lo señaló, con pompa y circunstancia —acate o no la misión?

Monteagudo achinó sus ojos negros y acomodó las piernas. Los grillos ajustaban demasiado.

—Esa misma noche, usía, en que se firmó la Provisión, en conversación con el señor Oidor José Agustín Ussoz y el señor fiscal don Miguel López, les oí decir sobre el cumplimiento que se le daría a la Real Provisión, objetándose a Goyena —le plantó la mirada — adicto al señor Gobernador Intendente de Potosí. Y el señor Ussoz concluyó con los dichos de que Goyena tenía talento y tenía qué perder.

A pesar de la inferioridad de condiciones, Monteagudo no abandonó la delgada línea de la ironía. Gozaba con su actuación, gozaba observando la literalidad de sus escuchas. Sus interrogadores atendían y buscaban el doblez entre tanto discurso.

—Señores jueces, confirmo que es cierto que de resultas de las cartas que llegaron a Chuquisaca el 24 de mayo, se esperaba la revolución de Buenos Aires.

Goyena y Agrelo se revolvieron en sus sillas. Los dos, al unísono, exigieron las firmas de aquella correspondencia y a quiénes iban dirigidas.

—No vi las cartas, caballeros —si algo no era Monteagudo, era delator. —Pero oí decir que para ese correo estaría ya verificada la revolución en Buenos Aires, lo mismo que otra que anunciaban en la capital de Lima.

El joven abogado gustaba de tentar al diablo, quería deslizar escozor a sus carceleros, que tuvieran cuidado, que sintieran el peligro de verse en línea con las autoridades que el pueblo execraba, no solo en el Virreinato del Río de la Plata, sino también en el del Alto Perú. Su desprecio por los enemigos de la independencia americana no cejaba. En ningún momento se mostró vencido o con el ánimo caído.

La cárcel de Monteagudo persistió. La Audiencia esperaba noticias

de su misión. A la semana, recién tuvieron conocimiento del encarcelamiento de su emisario. Prepararon una segunda Provisión y, para que Goyena no se hiciera el distraído, agregaron un testimonio de Sanz que destacaba no se le impidiera el cumplimiento de la misión a Monteagudo. El 11 de junio llegó la encomienda. Luego de nueve días de prisión, Bernardo fue liberado.

Maltrecho y con una amargura inmensa, emprendió el regreso a Chuquisaca. Le pagó cinco pesos a un indio para que lo guiara, en su propia cabalgadura, desde Caiza hasta la Puna. Otros tres a un mozo para que hiciera lo mismo desde Puna hasta Cuchihuasi. Esos ochenta y tantos días de viaje fueron una odisea de intrigas y pensamientos hostiles. Lo quería muerto a Agrelo, aquel ruin había querido confundirlo y alucinarlo, no era trigo limpio. También rumiaba contra Goyena, que lo había tenido todo preparado, que era un zángano, que también mejor muerto que vivo, y apenas.

La marcha rampante lo hundió en la vacilación, con amargura, sobre el suceso de su suerte. Se había sentido reducido. No le había gustado. Le habían negado todo recurso de defensa. Le habían prohibido, con dobles amenazas, el uso de la pluma y el papel. Había sentido que su vida se fugaba.

***

Con la llegada de Juan Michel y Mercado a La Paz se encendió la mecha para el levantamiento. Hacía un buen tiempo que las casas de personalidades relevantes oficiaban de refugios para debatir las nuevas ideas, y la proliferación de integrantes de sociedades secretas estaba a la orden del día. Michel aprovechó las circunstancias y se puso en contacto con los independentistas. El enviado de Chuquisaca dejó todo listo para que La Paz estuviera en condiciones de iniciar la revolución. Decidieron que el movimiento se llevaría adelante en la jornada de fiesta de Nuestra Señora del Carmen. No solo los integrantes de la sociedad ilustrada apoyaban la moción, tenían, además, el apoyo moral de todo el vecindario.

En La Paz no pesaba el ojo vigilante de las audiencias o de los virreyes. Su Gobernador, don Tadeo Dávila, miraba al costado cuando se enteraba de algún mitin que podía levantar demasiado los ánimos.

Y llegó el día señalado. A las 7 de la tarde del 16 de julio y con la procesión religiosa finalizada, las tropas veteranas fueron licenciadas. Los conjurados aprovecharon la situación para movilizar las milicias, al mando de Pedro Domingo Murillo. Lograron subir, algunos, al campanario de la Catedral para tocar a rebato sus campanas. Había que convocar al pueblo.

—¡Viva Fernando VII!

—¡Muera el mal gobierno!

—¡Muerte a los chapetones (1) !

Vociferó la multitud, mientras avanzaba con fiereza hacia la plaza principal. Tras el copamiento del cuartel general, apresaron al Gobernador Dávila, que se había llegado hasta allí en busca del apoyo de las tropas. El detenido fue remitido, de inmediato, al palacio episcopal junto al obispo, al mismo tiempo se convocaba a un Cabildo Abierto. Una vez reunido, y bajo la presión popular, el Cabildo comisionó al doctor en Leyes graduado en Chuquisaca, Juan Bautista Sagárnaga, acompañado de don Manuel Cossio, a intimar a Dávila y al obispo, a que entregaran sus renuncias, dándoles una hora de término. Las dimisiones fueron concedidas, y Dávila, a los dos días, fue trasladado a la Casa de Gobierno por un piquete encabezado por el presidente del Cabildo, don Diego Quint y Fernández Dávila.

Se constituyó la Junta Tuitiva de gobierno, encabezada por Murillo. El día 27 de julio, la Junta lanzó una proclama que fue leída en la plaza pública. El pueblo escuchó con atención:

“Proclama de la Ciudad de la Paz,

A los valerosos habitantes de la Ciudad de la Paz. Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el Seno mismo de nuestra Patria: hemos visto con indiferencia por más de tres siglos, inmolada de nuestra primitiva libertad al despotismo, y tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por Salvajes, y mirado como a Esclavos: hemos guardado un silencio bastante análogo a la estupidez que se nos atribuye por el inculto Español, sufriendo con tranquilidad, que el mérito de los Americanos haya sido siempre un presagio cierto de

su humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad, como favorable al orgullo Nacional del Español: ya es tiempo de organizar un nuevo sistema de gobierno fundado en los intereses de nuestra Patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid: ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía. Valerosos habitantes de La Paz, y de todo el imperio del Perú, relevad nuestros proyectos por la ejecución: aprovechaos de las circunstancias en que estamos: no miréis con desdén la felicidad de nuestro Suelo, ni perdáis jamás de vista la unión que debe reinar en todos para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente."

Mientras tanto, en Potosí se organizaba la delación. De Paula Sanz ordenó a sus escribas que apuntaran. El Gobernador dio la voz de alarma a los virreyes de Lima y Buenos Aires. Aunque por su jurisdicción solo dependía de este, creyó ineludible advertir de los sucesos últimos, también al Perú. Abascal y el flamante Cisneros no dudaron ni un minuto en organizar la represión. Baltasar Hidalgo de Cisneros, previsor, tenía enviados en la zona, le habían hecho llegar correspondencia con información clasificada. Ya le habían advertido, con encono, que aquella Audiencia que se había parapetado en Chuquisaca actuaba contra derecho, que era insólito que hubiera enviado agentes a las provincias del Virreinato para provocar levantamientos similares, que habían organizado una multitud de cuerpos y oficiales, que iban detrás de un comandante ilusorio llamado Arenales, que en Chuquisaca habían creado un regimiento de artillería, el cuerpo más irrisorio y ridículo del que formaban parte los abogados que habían hecho oír su voz desde los primeros días de la revolución. En dicha correspondencia figuraban los nombres de Jaime Sudáñez, el doctor Salinas, el doctor Ulloa y el de Bernardo de Monteagudo, con el comentario de que eran una recua de bárbaros para un cuerpo imaginario y para una fuerza militar científica que ni habían visto; que además se habían alistado mestizos, cholos e indios, hasta hombres de naipes, ridículos, sin vigor ni disciplina, ni armas. Le

advertían a Cisneros que el asunto era meter bulla y engañar al pueblo idiota, y que habían tenido la insolentísima maldad de divulgar que la España ya estaba perdida y que el nuevo Virrey había llegado provisto por Joseph I y encargado por parte de Francia; que anduvieran con cuidado, que Chuquisaca era la ciudad de asilo de todo turbador revolucionario. Y terminaba la misiva confirmando que seguirían con la información, que todos los pueblos estaban más delicados que un vidrio y que solo con cauterio de fuego se curaría.

Cisneros apretó la mandíbula y acordó con su par limeño que debían embestir contra aquellos forajidos que intentaban desautorizarlos. Qué se habrán creído, cómo se atreven, ya verán lo que les espera. Para ello convocaron al flamante Gobernador del Cuzco, el brigadier Goyeneche —echado a trompicones, antes, por los Oidores de Chuquisaca—, el adecuado para sofocar, desde el norte, la rebelión de La Paz. Y desde el sur, el elegido fue el Mariscal don Vicente Nieto, nombrado, en menos de lo que cantara un gallo y desde Buenos Aires, Presidente de la Real Audiencia de Charcas y Gobernador Intendente de Chuquisaca. Empezaron los preparativos para llevar adelante una represión que desconociera la tibieza.

***

Bernardo estaba cabizbajo. Comía el plato de carne que le había servido Manuela, la esposa de su padre, pero se lo notaba distante.

—Vamos, hijo, cómete todo que se va a enfriar —le dijo Miguel. —Mujer, sírvele unas papas, también.

—Deje, padre, que así estoy bien.

—Pues que no lo muestras —Miguel apuró a Manuela y él vertió un poco de vino en el vaso. —Ya estás en casa, sano y salvo, las cosas se han acomodado, estamos tranquilos, ¿qué te parece?

Bernardo levantó la vista y miró a su padre. Le dio ternura la insistencia, el cuidado y las ganas que ponía el hombre. Miguel de Monteagudo había ganado años y canas pero no había perdido la esperanza. El hijo, en cambio, llevaba un cansancio digno de un anciano.

—Sano estoy, pero ¿salvo? No, padre, no estamos a salvo y no es con resignación que podremos salvarnos. Veo demasiada calma a mi

derredor y eso no va con mi naturaleza.

—Pero hijo, vamos. Que han logrado quitar a los traidores del poder para ocuparlo ustedes —refutó su padre.

—No es suficiente con Charcas y La Paz, necesitamos que las demás provincias igualen nuestros esfuerzos —Bernardo bufó.

—Hay que tener paciencia, hijo mío. De seguro lo lograrán, no debes perder la fe.

—¡Deben atropellar las dificultades de la empresa y batir en detalle al despotismo! ¿Cómo es posible que miren hacia otro lado los habitantes de Cochabamba y Potosí? Es desesperante.

—Los cambios no se hacen de un día al otro, Bernardo. Y tú lo sabes bien.

Manuela iba y venía con los platos y las fuentes como si no entendiera de aquellos asuntos. Se concentraba en la tarea pero escuchaba todo al dedillo. No le gustaba ser testigo de la intemperancia de su hijastro y la benevolencia de su marido.

—¡Despierten ya del penoso letargo en que están sumergidos! —los ojos de Bernardo volvieron a brillar. —Yo no puedo esperar, padre; he de vengar mi condenación y la de cada americano sacrificado en los cadalsos de la libertad.

Bebió un trago de vino, se secó la boca con la servilleta y se incorporó. Debía cumplir con algunos recados. Se despidió, se envolvió con su capote, se calzó los guantes, se puso el sombrero y salió. Monteagudo padre y su esposa se miraron sin mediar palabra. Estaban preocupados.

Bernardo se alejó con paso veloz y llegó a la residencia de los Zudáñez. El salón ya estaba colmado de visitas. Además de los protagonistas de la revolución, había caras nuevas y señoras dispuestas a participar de las discusiones y otras, menos activas, pero igual de contentas con el entrevero.

El joven abogado fue bien recibido y se mezcló inmediatamente. En un santiamén se convirtió en el alma de la fiesta. Le ofrecieron un licor, optó por pasar. En cambio, se prendió un cigarro y se dispuso a escuchar lo que decían sus camaradas. La decepción lo aplastó. Escuchó lo que no hubiera querido, un sinfín de palabras que lo único que confirmaban era la instancia de la calma, una odiosa resignación

que quería sacarse de arriba. Debían actuar, no había tiempo que perder, y que hubieran quitado a los ineptos, no significaba que la solución se hubiera afianzado. Los veía aplastados, con temor de seguir adelante, de perseguir a las tiranías. Lo único que debían hacer era actuar. Y las acciones no contemplaban las dudas.

—No puedo conciliar con sus dichos, señores. Esta inercia nos llevará al fracaso. No solo debemos temerle al tirano, hay que enfrentarlo —interrumpió Bernardo.

Los hermanos Zudáñez, Jaime, Manuel y Mariana, quien también participaba de la reunión, respondieron al embate, y al instante, se sumaron otros.

—La libertad debe ser para todos, mis amigos. La libertad no es sino una propiedad inalienable e imprescriptible que goza todo hombre para discurrir, hablar y poner en obra lo que no perjudica a los derechos de otro ni se opone a la justicia que se debe a sí mismo. Ninguno es libre si defrauda la libertad de sus semejantes, en una palabra, ninguno es libre si es injusto —insistió.

—¿Y quién te contradice, Bernardo? —preguntó Zudáñez.

—Pero Jaime, ¿no ves que si no accionamos, estamos a una pizca de que todo se vaya al demonio? ¿Ustedes creen que todo se ha resuelto? —Monteagudo se irguió con furia en sus ojos.

—Es lo que hay, doctor, y bastante hemos hecho. Mi hermano ha estado preso, entregó todo por su pueblo y lo sigue haciendo —defendió Mariana Zudáñez, la más belicosa de la familia.

Monteagudo calló lo que hubiera querido responder. Él también había sido encarcelado. Y no una, dos veces. Pero decidió, como debía ser, respetar a la dama, y por más coraje que vistiera. Bernardo admiraba a las mujeres, las creía fundamentales en todos los órdenes de la vida. Claro que las más de las veces le despertaban los más bajos instintos.

—Yo empiezo a dejar de ser libre si veo con indiferencia que un perverso oprime o se dispone a tiranizar al más infeliz de mis conciudadanos. Su opresión reclama mis esfuerzos —dijo Bernardo y se levantó.

Se dirigió hacia la mesa, fue en busca de algo para beber. En el camino lo interceptaron algunas señoras en busca de conversación, él

se ofreció gustoso. Monteagudo no perdía las mañas y encantaba a todas. Les prestaba atención, las escuchaba, les mostraba interés. Y no era impostado. En un momento, miró hacia el costado, y en la otra punta de la sala, vio a una muchachita que se destacaba en un grupo. O por lo menos le llamó la atención. Pidió permiso a las damas que lo acaparaban y no tuvo necesidad de ir demasiado lejos. La moza levantó la vista y el abogado percibió que lo llamaban.

—Buenas tardes, señorita. No creo conocerla, pero ¿tal vez me equivoco? —preguntó, directo.

Las acompañantes de la jovencita escaparon como rata por tirante, de seguro habían sido advertidas.

—Soy Feliciana Zudáñez, ahí está mi padre —y lo señaló a Manuel.

—No sabía que tenía una hija. ¿Y su madre? —Bernardo miró hacia los lados buscando a la señora.

La muchacha bajó la vista y murmuró que su mamá no estaba, que era india y que la familia no la había aceptado.

—¿Y cómo se llama la mamá? —Bernardo la tomó de la barbilla y le levantó la cara. La joven era preciosa, con esa piel mezclada, unos ojos castaños de mirada franca y su largo pelo negro.

—Mercedes Miranda —respondió con orgullo pero volvió a callar, ese nombre estaba prohibido.

Feliciana fue abandonando su timidez y respondió al cuestionario del muchacho. De cualquier modo, el corazón le zapateaba por dentro. El abogado era famoso en los corrillos femeninos. Gustaba, y mucho. Y algunas historias ruborizaban a algunas.

Apartados del mundo, conversaron y rieron y se confiaron alguna que otra cosa. El candor de Feliciana lo sumió en un encantamiento fuera de lo común; la prestancia de Bernardo, y la atención que le ofreció, la caballerosidad y su valentía, conquistaron a la muchachita. Sin darse cuenta, las horas corrieron hasta hacerse el momento de la despedida. Monteagudo le besó la mano y prometió un inmediato reencuentro, si ella estaba de acuerdo. Feliciana asintió y su sonrisa delató lo que le ocurría.

Bernardo saludó a los pocos que quedaban y salió a las calles del Plata. Quería caminar, necesitaba ordenar sus ideas. O el ímpetu de

sus sentimientos, que lo habían reconciliado con la vida. ¡Qué velada más inconcebible! Había acudido a casa de los Zudáñez con un propósito y los hados le habían encomendado otro asunto. Estaba exaltado, sus pasos retumbaban en el silencio de la noche. ¡Cuántas delicias ignoradas le había hecho experimentar Feliciana!

Buscaba el viento en la cara para aplacar el calor que lo embargaba, y rememoró la languidez de aquella alma enternecida. Ah, los placeres turbulentos, la jovialidad loca, la alegría arrebatada y todos los arranques que le ofrecía el ardor sin medida, el desenfreno del deseo…

1 - Así se les decía a los españoles; también realistas y godos.

CAPÍTULO
IX

El Virrey del Perú optó por no esperar más. Cisneros daba vueltas, demoraba, se hacía el distraído pero La Paz quedaba demasiado cerca de Lima. Abascal dio la orden y además de nombrar Gobernador del Cuzco a don José Manuel de Goyeneche, le agregó el cargo de Comandante en Jefe del Ejército Pacificador.

—¡Comandante, diríjase a reprimir a esos reos e imponga, de una buena vez, la tan necesitada paz! —el Virrey Fernando de Abascal hablaba de La Paz y hacia allí encomendó, a la buena del dios marcial, a su hombre de confianza.

—¡A vuestra orden, Su Excelencia! —Goyeneche se cuadró y achinó los ojos. Al fin volvería a esas regiones de donde lo habían echado a patadas. Ya verían esos insolentes.

—Solo extranjeros y entre ellos los egoístas aquellos que no conocen otro principio que su bienestar, pueden desacreditar obra tan perfectamente acabada como la de nuestras leyes, y ya que esto no es posible porque no hay fundamento ni razón que lo apoye, se han valido del capcioso y reprobado medio de alucinar a los incautos con ideas quiméricas y del todo impracticables de independencia y de otros atentados. Comandante, ya sabe lo que debe hacer —terminó Abascal.

Goyeneche había reunido un ejército de cinco mil milicianos bien pertrechados de Cuzco, Arequipa y Puno. Armas y municiones no faltaban. En el mes de septiembre, se dirigieron hacia el río Desaguadero, la línea divisoria de ambos virreinatos.

El Comandante estableció el campamento en el Distrito de Zepita (1) y allí le dedicó semanas al entrenamiento de sus hombres. La disciplina y el rigor eran palabra santa. El 13 de octubre emprendieron la marcha rumbo a La Paz. Cuando la vanguardia de Goyeneche, comandada por el coronel Piérola e integrada por cien

hombres y dos piezas de artillería, llegó al puente del Desaguadero, el mismo ya estaba copado por una pequeña fuerza revolucionaria de La Paz, mal armada e inexperta en las lides militares. Al primer avance, los revolucionarios no pudieron resistir la artillería enemiga y se replegaron hacia La Paz.

La Junta Tuitiva de La Paz, al ver que las tropas de Goyeneche se acercaban demasiado, trasladó el mando político y militar a su Presidente Pedro Domingo Murillo. Goyeneche, con el camino preparado y la frente en alto, avanzó hacia La Paz. El 18 de octubre, antes de atacar pero listo para desconcertar, envió a un emisario para llevar adelante unas negociaciones. La estrategia de Goyeneche era fomentar la contrarrevolución. El enviado entregó sus credenciales, del otro lado solo encontró rechazo. Los artífices del golpe del 16 de julio se empeñaron en sostener que el alboroto de la revolución era el resultado de la fidelidad, del celo y del honor de la población, movida por la desconfianza que le inspiraba la secreta inteligencia que se suponía advertida entre la corte del Janeiro y los jefes superiores del virreinato de Buenos Aires. Indaburu, el segundo de Murillo, aplacó los ánimos y logró un acuerdo: renunció a la insurrección y retornó a la monarquía. Se había dado vuelta. Las tropas de Murillo e Indaburu combatieron el 19 de octubre. Aquel resultó victorioso, la muchedumbre ultimó a su adversario.

Goyeneche avanzó y atacó a las desorganizadas fuerzas de Murillo, transformando el campo de batalla, en los Altos de Chacaltaya, en un río de sangre. Con eficacia y una violencia desmedida, inició el sacrificio implacable de los revolucionarios. Exultante, Goyeneche envió a su primo, el coronel Domingo Tristán y Moscoso a someter a los rebeldes que se habían refugiado en las Yungas bolivianas (2) .

Una tensa calma volvió a La Paz. Goyeneche inició juicios contra los insurgentes, condenando a ocho a la pena de muerte. Los otros quince fueron encarcelados en los presidios de Boca Chica, en Cartagena de Indias, Islas Malvinas, Filipinas y El Morro, en La Habana. El presbítero José Antonio Medina fue uno de los condenados a muerte. Su pena fue suspendida por su investidura religiosa y conmutada por la de prisión en las Casamatas del Callao.

Con el triunfo entre las manos, Goyeneche dio cuenta al Virrey

Cisneros de que tenía a los cabecillas de la rebelión en su poder. Le reclamó que enviara un magistrado a La Paz para que se les iniciara una causa.

—Queda autorizado a ejecutar a aquellos cuya muerte se había suspendido, y para juzgar militarmente a los demás —ordenó el Virrey y le tocó el turno de enviar su misión.

Advirtiendo que el riesgo que corrían los españoles en el Alto Perú era enorme, nombró al mariscal Vicente Nieto al frente de un contingente de 1500 hombres y lo envió a Chuquisaca. La expedición compuesta de dragones, artillería e infantería veterana, integrantes de los cuerpos de Patricios de Buenos Aires, de arribeños, andaluces, montañeses, artillería de la Unión, y marina, formadas por vecinos de la ciudad, se puso en marcha el 4 de octubre.

El Mariscal reclutó más hombres en la intendencia de Salta y llegó a destino los últimos días de diciembre. Chuquisaca ya no era lo que había sido meses atrás. El pueblo estaba sacudido por los sucesos de La Paz, las autoridades, vacilantes. Nieto no encontró demasiados problemas para tomar posesión del cargo que le había conferido Cisneros. La Audiencia Gobernadora, asumiendo que podría negociar, había puesto en libertad al endeble García Pizarro. Pero no hubo caso. El Teniente Coronel Arenales, jefe de las fuerzas revolucionarias, intentó convencer a la Audiencia de que lo autorizaran para emprender la resistencia. Tampoco pudo ser. El Mariscal Nieto lo tomó prisionero y lo envió al presidio del Callao. Fue la primera víctima de la embestida organizada por el Virrey Cisneros.

Vicente Nieto se convirtió en el Presidente de la Audiencia y, apenas ocupó el cargo, dio la orden de que se apresara a todos los miembros del tribunal que habían intervenido activamente en la revuelta del 25 de mayo, y a todos los que habían ejercido cargos públicos.

—Que esta gente agradezca la deferencia que les hago como la conmutación de la pena capital que merecen —anunció el flamante Presidente.

Y los envió al Callao.

***

Bernardo estaba reunido con Ussoz, en el despacho de la casa del oidor. Despotricaban contra la realidad imperante. No podían creer lo que estaba sucediendo.

— Mi estimado, es una enorme decepción lo que ha pasado. No puede ser que se hayan entregado de esa manera —señaló Monteagudo. —Que hayan acatado a las tropas de ese Nieto. Semejante humillación, no lo concibo.

—Tienes razón, Bernardo, no pensé que llegarían a ese grado de indecisión. Es casi imposible liar a estos hombres con aquellos de mayo.

Seguían con el intercambio de pareceres, pensaban igual, la misma causa, aunque, en esos días, pareciera tan distante otra vez. Casimira entró sin anunciarse, traía noticias.

—Es horroroso lo que ha pasado. Disculpen la intromisión pero vengo con una nueva desoladora —la esposa del oidor estaba pálida. —Han vuelto a apresar a María Teresa, todo esto es demasiado triste, no sé si podré superarlo.

Ussoz y Mossi se le acercó, la tomó del brazo y la sentó. Monteagudo le ofreció un vaso de agua.

—¿Cómo es posible que le hayan hecho eso? —insistió Casimira.

—Cuéntanos, querida. Dinos lo que sabes.

María Teresa Bustos, la esposa de José Joaquín de Lemoine, había participado codo a codo con su marido en los sucesos de mayo. Había vendido sus joyas para convertirlas en balas y pólvora y había oficiado de correo, exponiéndose a los peligros más aterradores. Había enviado a uno de sus sirvientes, mudo, con cartas cosidas en el forro de la ropa para los conjurados, con información fundamental. Pero una de esas cartas había sido interceptada y la habían confinado al destierro en Lagunillas, junto a sus hijos pequeños, obligados a ir a pie, sin sustento ni abrigo. De allí a Oruro, y ahí la habían encerrado, en un celda fría y húmeda. Los realistas habían ofrecido a los pequeños, en las calles, a la caridad. María Teresa enfermó de histeria imaginando a sus hijos en semejante situación. Pero los patriotas lograron liberarla y regresó a Chuquisaca rodeada de vivas y felicidad. Había llegado antes de la avanzada del Mariscal Nieto. Ahora la realidad era otra.

—La interceptaron en la calle, la golpearon y la arrastraron a una

cárcel malsana. Gentuza siniestra, ¿cómo le hacen algo así a nuestra querida amiga? —Casimira lloraba pero una furia enorme ganaba a tal desazón.

Su marido le tomó la mano, no pudo emitir palabra. Pero la indignación fue tomando cuerpo en su sangre. Bernardo negaba con la cabeza, tampoco daba crédito a lo que estaba sucediendo en la ciudad. Unos meses atrás, a fines de agosto, le había escrito a su primo para decirle que estaba decidido a mudarse a La Paz porque este era un pueblo, el chuquisaqueño, de puros egoístas donde el patriotismo se reputaba por preocupación. Le había reclamado que le avisara qué ventajas podía ofrecerle ese país con conceptos a sus ideas y carrera, que nada más esperaba se efectuara su retiro. Pero claro, la respuesta nunca llegó. José Antonio Medina había sido apresado y La Paz se había convertido en el averno más temido. Sin embargo, él no se había quedado quieto. Ni la llegada de Nieto ni la amenaza del terror lo amedrentaron. Ni un día había dejado de lado la propaganda revolucionaria. Su adhesión a la conjura, su necesidad de cambio, su creencia absoluta en las bondades de la causa que perseguía no habían desaparecido. Siempre encontraba lugar para desparramar sus ideales. Se jugaba la vida, no le importaba. La lucha era a muerte, y lo gritaba. En vano había tratado de sostener los ánimos de los otrora ministros de la Audiencia Gobernadora. Ese fuego lo trasladó al papel y escribió panfletos incendiarios. Los hizo circular y, como era de prever, cayeron en manos enemigas. Hubo denuncias. Su nombre empezó a sonar demasiado.

El Mariscal Nieto tenía la cabeza como un bombo. Las denuncias retumbaban y la necesidad de cumplir las órdenes de Cisneros, crecía.

—Excelencia, hemos interceptado estos libelos, iban dirigidos a La Paz —entró un oficial a su despacho y le presentó las pruebas.

La papeleta estaba firmada por Bernardo de Monteagudo. Nieto se incorporó y dio la orden.

—¡Apresen ya mismo a ese sedicioso! ¡Y a aquel otro de Ussoz y Mossi, también responsable de este espanto!

Los oficiales se dirigieron a casa del oidor. Tiraron la puerta abajo. Tomaron por arresto a los dos conspiradores. Casimira se arrojó a los pies de su marido y se asió con fuerza. Un oficial la arrancó y la pateó

en la cabeza. Ussoz intentó soltarse, lo encañonaron en la sien.

—Cobardes infames— siseó Monteagudo y ligó el hierro del arma en la quijada. La sangre tiñó su camisa.

Salieron de allí y los llevaron a la cárcel pública. El nuevo Presidente de la Audiencia se refregó las manos y mandó a pegar un bando de buen gobierno. El pueblo leyó:

> *"Declaro que los indicados rumores que han atemorizado al pueblo contristando e induciendo a sus habitantes a ausentarse, son obra infame de los verdaderos sediciosos y que, como a tales, castigaré rigurosamente a los que descubran ser autores, en cuya averiguación pondré la mayor vigilancia, tomando las medidas más escrupulosas y delicadas."*

Desde Buenos Aires, se encontraba en camino, también, un papel remitido al Virrey Cisneros por el licenciado don José Ruiz de Villegas, que no era otro que un panfleto firmado por Monteagudo. Su figura temible empezaba a cruzar fronteras.

***

El 29 de enero de 1810, la Plaza Mayor de la ciudad de La Paz se pintó de sangre. Goyeneche, que se había hartado de esperar órdenes de Cisneros que nunca llegaron, explotó los miedos de Abascal y transformó la nombrada pacificación en una pesadilla. Ensangrentó, con una brutalidad desmedida, la misión que le habían encomendado.

—¡Todos muertos los quiero! —gritó Goyeneche, más energúmeno que nunca.

Le importó poco de qué modo, pero exigió ejecuciones y a la vista del pueblo, para que escarmentara. En la horca, el cadalso o el garrote vil, así fueron ejecutados el coronel Pedro Domingo Murillo, Juan Basilio Catacora y Heredia, Apolinar Jaén, Melchor Jiménez, Mariano Graneros, Gregorio García de Lanza, el arequipeño Buenaventura Bueno, el subteniente de milicias Juan Bautista Sagárnaga y Juan Antonio Figueroa. Muchos otros se salvaron de la guadaña comprando la gracia de la vida con donaciones de considerables sumas en alhajas y dinero. Goyeneche se relamió ante el engrandecimiento de sus sacas.

Cuando llegaron a Buenos Aires las noticias de la represión en el Alto Perú, las reacciones de unos y otros fueron diametralmente distintas. Los leales a Cisneros chocaron sus manos y se arengaron entre sí.

—Todo lo de Buenos Aires está zanjado —destacaron, mientras respiraban con alivio por los implicados en la revuelta juntista liderada por don Juan de Álzaga —los presos del día 1 están libres y todos somos amigos, y lo mismo se hará con los del Perú.

—Las medias bullas de La Paz y Chuquisaca están aquietadas. Si pudiera hablar, diría lo que causa esas bullas, pero de lejos —agregaban en el centro de las celebraciones.

Pero quienes no estaban predispuestos por un espíritu personal no adherían a los decires de Cisneros. Vociferaban que el Virrey y su mariscal en Chuquisaca habían procedido incautamente dejando aquellas posesiones a los amaños de Goyeneche y Abascal. Que el territorio es nuestro, que el virreinato nos pertenece y que no vengan esos otros a esquilmarnos, que bien se las verán.

Sin embargo, en el mes de marzo se supo la verdad de lo sucedido en La Paz. Las atrocidades cometidas por Goyeneche despertaron el ánimo de una importante porción de los habitantes de Buenos Aires, y qué decir de los ensayos de Cisneros para contener el desborde político del que se creía amenazado. La sangre que se había derramado en La Paz, en vez de bálsamo devino en un veneno terrible. Algunos vecinos se atrevieron a señalar, a viva voz, que era imperioso sacudirse de encima el yugo español.

Las arengas en el Café de Marcos o en el fondo de la casa del jabonero Hipólito Vieytes eran moneda corriente. Manuel Belgrano, Juan José Castelli, los hermanos Rodríguez Peña, el mismo Vieytes, Juan José Paso, Antonio Luis Beruti conspiraban para encender la mecha de la revolución, cuanto antes. Que no había tiempo que perder, que las condiciones estaban dadas, que debían aprovechar ese momento. Había otros, más cautos como el Comandante de Patricios don Cornelio Saavedra, que no consideraban juicioso obrar con la precipitación del Alto Perú. Pero la consigna generalizada era derrocar al Virrey Cisneros para establecer un gobierno patriota. Fuera los realistas del poder absoluto.

Cuando caía el sol en el día 13 de mayo, la fragata mercante inglesa *John Paris* , que venía desde Gibraltar, al mando de su propietario, David Wishart, atracó en el puerto de Montevideo. Transportaba mercadería para el comerciante de Buenos Aires, don Francisco Ferrer. Pero el Gobernador confiscó todo, incluidos papeles públicos y privados. Leal de leales, armó la encomienda y preparó todo para que fuera recibida por el Virrey. Sin embargo, los vientos furibundos impidieron la salida inmediata. El paquete llegó el 17 al mediodía. Uno de los papeles, fechado en Cádiz el 3 de febrero, hacía referencia a la elección, composición y nombres del Supremo Consejo de Regencia, entre los que figuraba un representante de las Américas.

El 14 de mayo, la goleta británica *HMS Mistletoe* atracó en el puerto de Buenos Aires, al mando del Teniente Robert Ramsay, desde Río de Janeiro. Traía periódicos procedentes de Londres que luego se reimprimirían en la capital del Virreinato. Contenían noticias sobre la ocupación francesa en Andalucía, la fuga desde Sevilla de la Junta Central rumbo a Cádiz, las protestas del pueblo español, la detención de algunos de ellos en Jerez de la Frontera, el nombramiento de una Regencia y la desesperada situación de defender Cádiz con la ayuda inglesa. Los rumores empezaron a invadir Buenos Aires.

Cisneros, con los pelos de punta, ordenó que se informara a los habitantes de Buenos Aires que todo era paz y tranquilidad.

—¡Una proclama, ya mismo! —reclamó el Virrey.

Entre poco y nada, informaron que las tropas francesas se habían derramado por las Andalucías como un torrente que todo lo arrastra; y que aunque se perdiera España totalmente, le quedarían siempre a la monarquía estos vastos continentes. Cisneros plantaba corona en América.

Esa misma noche, hubo reunión de patriotas en casa del Comandante don Martín Rodríguez. Como el Comandante de Patricios estaba fuera de la ciudad, el mayor Viamonte fue encomendado a entrevistarse con él en San Isidro, un pueblo de las cercanías. Saavedra dio el visto bueno, convino en que había llegado el momento. A la noche siguiente, en casa de Nicolás Rodríguez Peña se deliberó largamente y decidieron solicitar al Cabildo la convocación del Congreso General, al que se citaría a la parte principal del

vecindario a fin de que se resolviera si debían subrogar la autoridad del Virrey por la de una Junta de gobierno que mejorase la suerte de la patria.

El Alcalde de primer voto don Juan José Lezica se entrevistó con Cisneros, el 20 de mayo.

—El pueblo está resuelto a reunirse por sí solo para tratar sobre la incertidumbre de las Américas —le anunció.

Cisneros respondió que necesitaba confirmaciones superiores. Pidió una reunión con los jefes de las fuerzas militares.

—No cuente, Vuestra Excelencia conmigo ni con los patricios; el gobierno que dio autoridad a usted para mandarnos, ya no existe. Se trata de asegurar nuestra suerte y la de América, y por eso el pueblo quiere reasumir sus derechos y conservarse por sí mismo —respondió Saavedra, categóricamente.

El Virrey bostezó y se fue a jugar a los naipes con sus adláteres. Tampoco encontró el sosiego tan buscado. El ambiente se soliviantó cuando le tumbaron la algarabía de las apuestas. El abogado Juan José Castelli, primo de Manuel Belgrano e iracundo integrante de la sociedad levantisca, en cuatro pasos se llegó hasta la mesa y lo enfrentó.

—Ni excelencia ni nada, usted ha cesado como Virrey. Y es al pueblo a quien compete, reunido en Congreso, deliberar sobre su suerte —con fuego en los ojos, Castelli pegó la vuelta y se retiró.

Cisneros gritó, pataleó, expuso una indignación propia de su alicaído poderío, pero no hubo nada que hacer. El Congreso General abrió sus puertas el 22 de mayo. Hubo tres tendencias: los netamente peninsulares, que sostenían la legitimidad de la permanencia del Virrey, otra intermedia y conciliadora que aceptaba la cesación del Virrey y convenía que el mando fuera asumido por el Cabildo hasta que se organizara un gobierno provisional que dependiera de España y, por último, el grupo revolucionario, que sostenía la cesación inmediata de Cisneros y la constitución de un gobierno propio.

La plaza del Fuerte estaba colmada de vecinos expectantes. El pueblo sabía que los batallones esperaban el aviso para la avanzada a pura violencia y más, en caso de que hubiera que sostener la causa de los patriotas.

—¡Abajo Cisneros!

—¡Gobierno de la Junta!

Arengaba la multitud.

El 25 de mayo, un año después de la revolución de Chuquisaca, quedó impuesta, en el Río de la Plata y bajo la presión del pueblo, la caducidad del Virrey y la instalación del primer gobierno patrio, con una junta como en España. Se nombró Presidente y Jefe de las fuerzas a Cornelio Saavedra; vocales a Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Manuel Alberti, Domingo Matheu, Juan Larrea y Miguel de Azcuénaga; secretarios a Mariano Moreno y Juan José Paso.

1 - Uno de los siete que conforman la provincia de Chucuito, en el sudeste del Perú.

2 - Al noreste de La Paz.

TERCERA PARTE

Terrorista de América

CAPÍTULO
I

Una mañana de febrero de 1810, a poco de ser arrojado a la celda, don Miguel de Monteagudo solicitó un permiso para visitar a su hijo. El centinela se lo concedió, dio vueltas a la llave y el hombre entró.

—Bernardo, ¿te encuentras bien?

—Padre, qué alegría me da verlo. Pero, ¿lo han tratado bien a usted, conmigo entre rejas?

—No debes preocuparte por mí, hijo.

Bernardo no había perdido el ánimo. Como tiro, había hecho relaciones con los centinelas, había estudiado quién era de confianza y con quién debía resguardarse. Entendió que lo mejor era dejarlos hablar, que la necesidad de contar llegaba sola, no hacía falta demostrar ansiedades. Con decir un poco, siempre derrumbaba cualquier muro de silencio.

—Te traigo nuevas de afuera, hijo mío.

—Temo que no sean buenas.

—El hombre que llegó de Buenos Aires te ha quitado tu cargo de Defensor de Pobres —Miguel estaba apesadumbrado.

El nuevo Presidente de la Audiencia había recibido, tardíamente, el pedido del Virrey Cisneros de que apresara al autor de unos papeles subversivos. Nieto lo había encarcelado antes. Pero con la llegada del reclamo de la autoridad, además de preso, lo dejó sin funciones.

La novedad no desalentó a Monteagudo. Supo que tendría por delante unos meses largos de cerrojo y, que para eso, debería trabajar, como nunca, la paciencia. Que los días sumarían horas y las noches parecerían no llegar nunca. Cultivó la templanza. Pudo hacerse de sus libros, que se los franquearon con facilidad. No lo trataban como un criminal de peligro. Se le otorgaron algunos permisos especiales, que otros hubieran abrazado con algarabía. Por las mañanas, llegaba un criado con una taza de chocolate, con algún que otro panecillo y el

indiscutido cubierto de plata. En su casa, la pobreza era grande, pero a Bernardo le gustaba darse esos gustos, y su padre o Manuela se encargaban de hacérselos llegar.

También don Miguel le iba contando las noticias que arreciaban la América. Que el pueblo se había revelado, que estaban convulsionados, que en el Río de la Plata habían destituido al Virrey y que una Junta de Gobierno había tomado el poder. A los doce días del establecimiento de la Junta, una expedición de más de mil cien hombres a las órdenes del Comandante Arribeños don Francisco Ortiz de Ocampo, y subvencionada por donativos espontáneos de los patriotas, había salido de Buenos Aires para llevar los mandatos del pueblo a punta de bayoneta. La expedición debía auxiliar a las provincias interiores, esa era la consigna.

Le contó que el 22 de junio, a las siete y media de la noche, habían entrado unos rebeldes a casa de Cisneros, con la excusa de que debía ser llevado al Fuerte. Su esposa, doña Inés Gastambide había reclamado explicaciones pero no las dieron. Don Baltasar Cisneros, con lo puesto, fue embarcado e ignorado su destino. Días atrás, había enviado un informe al Rey de España, destacando el escandaloso atentado que había tenido como objeto la absoluta independencia de esas Américas.

Pero en la intendencia de Córdoba, el ex Virrey Liniers y el Gobernador Gutiérrez de la Concha habían empezado a organizar la resistencia contra el poder del nuevo gobierno. El francés guardaba algo de prestigio del pasado en el vasto territorio. Las nuevas autoridades habían temido que su figura constituyera un grave peligro para la causa, y redoblaron la apuesta y los hombres. La guerra de la independencia había comenzado y era a muerte. Liniers y sus adláteres fueron apresados. Ocampo recibió la orden de que los ejecutara. Pero el coronel demoró la advertencia. Recibió a destacadas personalidades de la sociedad cordobesa que pidieron clemencia por Liniers. Los reclamos fueron y vinieron. La Junta, sin una pizca de duda, lo quitó del cargo y designó, en su reemplazo, a Antonio González Balcarce y nombró a Juan José Castelli su representante ante el jefe militar. Se dictó sentencia. Los conjurados de Córdoba fueron arcabuceados en Cabeza de Tigre, salvo el Obispo Orellana, que evitó

el tiro de gracia por su carácter sacerdotal. Los realistas de la intendencia cordobesa fueron aniquilados. González Balcarce agitó el ímpetu de la marcha hacia el Norte y, en el camino, recibió infinidad de adhesiones. La más importante fue la del caudillo salteño Martín Miguel de Güemes.

Los jefes realistas, en principio, durmieron una plácida siesta. Asumieron que Liniers y los suyos abortarían el ansia revolucionaria. Pero cuando llegaron las noticias de su trágica muerte y del enhiesto avance de Balcarce, se despertaron de un plumazo. El Virrey del Perú puso el aullido en el cielo y organizó sus fuerzas. Al mismo tiempo, recibió la nueva de un estallido en Cochabamba. La revolución era contagiosa. Ordenó al capitán de milicias don Francisco Uriondo que marchara sobre Oruro y Chuquisaca y se convino que el General Córdoba fuera el mandamás de las fuerzas realistas. El Mariscal Nieto había recibido la orden de sacar las fuerzas que tenía en Chuquisaca para engrosar las de Córdoba. Se preparaban para el embate.

—Pórtate tranquilo, hijo, que de seguro te darán la libertad —le recomendó el padre. —Sería bueno que buscaras una mujer para que te cuide, cuando salgas.

Don Miguel sostenía que, de seguro, la compañía de una moza sería la salvación de todos los males de su hijo.

—Veremos, primero debo salir de aquí.

Bernardo se perdió en los vericuetos de su mente. ¿Era tan así como vaticinaba su padre? Y eso que él gozaba de las mieles de fémina como un sibarita. Pero algo le faltaba, algo no encontraba. Tampoco sabía qué era aquello que le quitaba el sueño.

***

Bernardo había hecho buenas migas con el hortelano de la Audiencia. Juan de Mata Loaiza —el hombre que cuidaba de los jardines del monumental edificio—, cuando su tarea raleaba, se dirigía a la zona de los calabozos donde departía con los guardias y uno que otro preso. Algunos porque los conocía de tiempos lejanos, a Monteagudo porque el joven letrado era un eximio encantador de serpientes.

El abogado recibía visitas de la familia y algunos camaradas. Pero

nunca faltaba la asistencia femenina. Apenas encarcelado, la cortesía de las señoras fue dispersa. Sin embargo, con el correr de las semanas, la concurrencia se multiplicó. No había tarde que no se acercara alguna dama a exhibir su solidaridad para su ángel caído. Al principio, las visitas eran en la celda. Pero, veloz para la reacción, Monteagudo le solicitó al hortelano, cuando así lo creyó necesario, que le facilitara la llave de los jardines de la Audiencia, en busca de algo de intimidad. Las señoras se merecían eso y tanto más. Así fue que una tarde recibió a Mariana Zudáñez y a su sobrina, Feliciana en la pequeña glorieta ubicada detrás de una parra.

—Amiga mía, dichosa mi alma con vuestra presencia —y abrazó a Mariana.

Feliciana quedó rezagada, era la primera vez que lo visitaba. Su tía había estado en otras oportunidades y le había confiado al preso que la mocita había preguntado por él, que la próxima vez la traería. Bernardo tomó la mano de Feliciana, le clavó su mirada inquietante y se la besó. Con una reverencia las invitó a sentarse.

—He traído unas colaciones, Bernardo, no vaya a ser que te alimenten como a un pajarito en esta pocilga —señaló la señora y metió mano en la canasta, y desplegó los dulces sobre una mesa.

—Gracias, muchas gracias pero no creas que como poco. Mi padre me trae algunas delicias que cocina su mujer, así que me cuidan —Bernardo sonrió y miró a la jovencita. Estaba estremecido, cuánto acentuaba su belleza esa angustia que la invadía. —¿Te encuentras bien, Feliciana?

—Sí, señor —murmuró la muchacha y sus ojos se llenaron de brillo.

—¿Qué novedades tienes de Jaime? Cuéntame —Bernardo se dirigió a la hermana de Zudáñez.

—Sigue en el Callao, estimado. Y gracias a Dios que fue trasladado por mar, Bernardo, porque si lo hubieran hecho por tierra, Goyeneche lo mandaba a la horca. No sabes lo que ha hecho ese monstruo en La Paz. Jaime está vivo y a salvo —Mariana continuó con las novedades a puro sentimiento. La Zudáñez era una mujer apasionada.

Cuando el crepúsculo empezó con su avanzada, las damas se despidieron, pero un intercambio tácito entre Bernardo y Feliciana

confirmó un nuevo encuentro pero a solas. A los dos días, la mocita hizo su aparición y el preso pidió la llave. Se sentaron uno al lado del otro, Feliciana temía que el tambor de su corazón fuera escuchado más allá de su cuerpo. Para disimular, probó con un estilo altivo.

—¿Sucede algo, niña? —en un instante, Bernardo creyó estar frente a una criatura inasible. —¿O acaso no me consideras digno?

—De ninguna manera, señor —Feliciana no supo qué hacer.

Pues así era ella, como escondida en sí misma, como si exudara una serena altivez por los poros.

—Ojalá fuésemos libres, ¿no es cierto? —se le arrimó más. —La libertad, qué precioso tesoro…

—No debe amargarse, Bernardo. Seguro que saldrá de aquí —Feliciana lo miró a los ojos y así permaneció. Como capturada bajo su influjo.

—Me hace bien tu presencia, si tan solo supieras cuánto. Me hinchas el alma y saturas todos mis pensamientos, de tal manera que tu ausencia me incita…

Feliciana le tapó la boca con su mano pequeña para que no siguiera. Bernardo no dudó un instante, se la besó una vez, de a poco, y la recorrió con sus labios. Se la trajo hacia sí y le estampó un beso en la boca. Ella se desvaneció en sus brazos pero luego recordó dónde estaban. Se separó, miró a su alrededor, temía ser víctima de una mirada acechante.

—Nadie nos verá, reina mía, no hay de qué preocuparse —entendió Bernardo y regresó a las caricias, al descubrimiento, al paseo por lo permitido.

Feliciana se sintió perdida, sin saber detener aquello que la invadía. Tampoco hubiera querido hacerlo aunque sabía que el riesgo era inconmensurable. Monteagudo tenía una fama, era un hombre prohibido pero excitante, y ella era joven, demasiado joven. E inexperta. Pero estaba enamorada, aunque alguna amiga le había advertido que el amor muerde y lastima. Él no la lastimaba aunque las mordidas le sabían bien. Las manos de Bernardo corrieron entre sus piernas y el calor fue insoportable. En pocos segundos no pudo controlar su cuerpo. Estaba vivo, respiraba por su cuenta, pronto a extinguirse. El abogado la tomó de las muñecas y las arrastró hacia los

botones de su pantalón. La toreó con la mirada, ella aprobó en silencio. Le enseñó a tocarlo, fue la mejor discípula. Feliciana se perdió entre semejante virilidad. Aquello no cejaba, el ardor era eterno, no acababa.

Se hizo de noche, la muchacha cayó en la cuenta de que debía irse, que debía regresar a su morada. Y estaba sola, y era un peligro que una señorita anduviera por las calles de Chuquisaca sin compañía. Jadeante, se levantó y estiró la falda, que era un embrollo de telas, enaguas y calzones.

—Debo irme, Monteagudo —dijo Feliciana, con la dignidad endeble.

—Vuelve, mi amor. Vuelve siempre, que yo estaré esperándote. No me dejes, no me abandones —suplicó Bernardo.

Y la joven salió con prisa, más rauda que el remordimiento en pos del pecador. Poseída por un hondo anhelo que todo ansiaba.

***

El 27 de octubre, las tropas de Balcarce se parapetaron frente a las fuerzas enemigas, en Santiago de Cotagaita, en la intendencia de Potosí. Se hizo evidente la debilidad de sus condiciones para enfrentarlos en el campo de batalla. Eran menos y peor armados. El General José de Córdoba recibió un oficio de parte del general insurgente y respondió, destemplado: que los sentimientos de la Junta de Buenos Aires eran muy contrarios a lo que manifestaban los papeles públicos, que estaba muy equivocado en decir que el voto de los pueblos del Alto Perú fueran igual en sentimiento a la que había sido capital del Virreinato; que todos los pueblos y el ejército de su mando estaban dispuestos a rechazar con las armas a quienes intentaran invadir posesiones tan preciosas de nuestro Fernando. También le advirtió que el conquistar el Alto Perú era obra muy ardua pues eran muchos los enemigos y obstáculos que tenían que vencer.

Pasadas las 10 de la mañana, González Balcarce dio la orden de atacar. Luego de cuatro horas de intercambio de disparos, reconociendo que no era posible penetrar las trincheras enemigas, y

que su tropa, bajo ataque de bayoneta se sacrificaría en gran parte, dio la orden de retirada. Dos días después, le envió un escueto informe a Castelli, dando cuenta de la derrota. El jefe político del Ejército Auxiliar, que había ido ganando poder con el correr de las semanas, había llegado a Jujuy el mismo día de la batalla y, a pesar del apuro, debió permanecer a la espera de la llegada de un equipaje que venía con retraso. El destino final era la Villa Imperial de Potosí, el peligro acechaba en los caminos.

Monteagudo leía y escribía en su celda. Le costaba pegar un ojo. Estaba intranquilo, la situación en Chuquisaca lo ameritaba.

—¡Don Bernardo, tiene visita! —anunció el centinela.

Por detrás, apareció la silueta de una dama, recortada y poco visible. El halo se adelantó, entró y Monteagudo la reconoció en el acto: era doña Isabel Castro y González. Y hacía demasiado tiempo que no la veía.

—¡Isabel! ¿Pero qué haces aquí? —se incorporó, desconcertado.

La señora lo abrazó, largó un suspiro y tras unos segundos se alejó para escrutarlo de la cabeza a los pies.

—Sentémonos, querido, que tengo poco tiempo.

Se acomodaron, uno frente al otro, en las sillas que ocupaban casi todo el calabozo. Isabel le preguntó cómo estaba, él le respondió que prefería saber cómo se encontraba ella. Bernardo había desaparecido de su vida, el torbellino de esquelas, al tiempo, había dejado de inquietarlo, mucho menos leerlas, y un buen día dejaron de llegar. Isabel había calmado su locura, vaya uno a saber cómo. Pero la emoción estaba intacta. Fue verlo y sentir un vuelco en la panza. Sin embargo, la furia ya se había extinguido, el lazo permanecía igual de tenso.

—Supongo que estás al tanto de lo que sucede allí afuera.

—Algo sé —respondió breve, Bernardo. Prefería escuchar, a veces, los bandos eran permeables, sobre todo, en esos tiempos.

—Pues que sepas que fuera es una batalla campal. Mi marido, bien sabes que pertenece a las huestes hispanas, ha salido de la ciudad —Isabel le apoyó las manos sobre las piernas.

Monteagudo estaba al tanto de la partida de Goyeneche de La Paz y la del Mariscal Nieto de Chuquisaca. Le habían confiado acerca del

clima que se vivía a puertas no tan cerradas. Parecía que el anhelo de libertad había regresado a las calles, y las noticias del triunfo de la Junta de Buenos Aires habían repuesto las fuerzas perdidas. También supo que una gran expedición militar avanzaba hacia el Alto Perú con la firme decisión de obtener el reconocimiento de su autoridad por las buenas aunque más por las malas. Y le nombraron a Juan José Castelli, el temible comisario político, que ya se había erguido como el espanto de los realistas.

—¿Y tú te quedas aquí?

—Por supuesto, nada temo, ni las represalias que pudiera haber, ni los ultrajes. Necesito que no seas víctima de algún error o alguna venganza mal habida, querido —confesó Isabel. —Vengo a ofrecerte mi ayuda. ¿Necesitas dinero? ¿A quién debemos comprar?

—No me he portado bien —Bernardo respondió, sentido.

—Calla, hombre, que no he venido a escuchar lamentos y disculpas. Lo pasado, olvidado está. Y si hay algo que reivindico de ti y que me impresionó desde el primer instante fue tu audacia, que no echáramos a perder esos momentos con tontos arrullos, con inoportunas anticipaciones —Isabel le regaló una sonrisa verdadera. —Te amo, Bernardo. Te amaré por siempre y lo único que ansío para ti es el paraíso. Quítate el infierno de encima, que te debes el cielo.

Monteagudo apoyó su mano sobre la de ella. Isabel era puro enigma pero eso no lo perturbaba.

—Regresa mañana por la tarde, amor mío. Serás mi cómplice —y ella confirmó que no lo denunciaría, que estaba lista para ayudarlo.

Doña Isabel volvió a la Real Cárcel de Corte el 4 de noviembre de 1810. Bernardo tenía todo arreglado. Había solicitado la llave, le confió a Juan de Mata Loaiza que tendría una merienda con unas madamas, que aquella calurosa noche de fin de primavera bien se merecía un encuentro con algunas jóvenes. A cambio le ofreció dos botellas de aguardiente. Llegó Isabel, el hortelano ya estaba hasta la crisma de alcohol. El preso y su cómplice salieron a los jardines. También sumaron al capitán Pizarro, que estaba encerrado en la celda de al lado. Sin mirar atrás, se dirigieron hacia el alto muro que daba a la calle. Se besaron intensamente, Bernardo trepó la pared y saltó del otro lado. Pizarro siguió detrás. Monteagudo era libre otra vez. Isabel

se retiró como si nada, con el paso seguro y la frente en alto.

A la mañana siguiente llegó el criado con el chocolate para su amo. El centinela lo escoltó hasta el calabozo. El sirviente entró, no vio a nadie.

—Mi amo no existe en este cuarto —le dijo al centinela con asombro.

El preso se había fugado.

CAPÍTULO
II

Le iniciaron un sumario. Monteagudo, digno hombre de leyes, se presentó ante la Audiencia con un escrito para amparar sus acciones. Además quería pasar página y seguir adelante. El juez subdelegado procedió a leerlo frente a unos fiscales y demás letrados:

"El doctor don Bernardo José de Monteagudo, abogado de esta Real Audiencia ante V.S. según derecho, parezco y digo: que la noche del 4 del que rige hallándome preso en la Real Cárcel de Corte, de orden del señor Exmo. Presidente don Vicente Nieto, temiendo padecer mayores trastornos en mi suerte, tuve a bien quebrantar la prisión, dejando para V.S. un escrito sobre el caso. Me he restituido, me he presentado a V.S. y me ha hecho saber la noche anterior la orden que ha dado, para que me presente preso a mi antiguo calabozo. V.S. me aseguró que en esto no consulta sino mi mayor decoro, sin embargo, veo que no solo es inútil sino peligroso practicar esta diligencia en las circunstancias del día; pues para purgar la culpa de la fuga basta según la Ley del Reino presentarse en juicio como lo hago oportunamente en este escrito, pidiendo se suspenda la causa hasta la llegada del señor Representante de la Exma. Junta Gubernativa de la Capital, y protestando, entre tanto, guardar carcelaria en esta ciudad bajo fianza. En esta virtud espero de la bondad de V.S. accederá a mi solicitud, pues en el caso contrario, si ocurre alguna novedad protesto a V.S. que no soy responsable de ella, pues no podré remediar que la aceptación que tengo en este pueblo, cause alguna turbación de la que se me crea culpable. Sobre todo, las leyes encargan en estos casos la mayor prudencia, y siendo lo mismo para el efecto hacer mis gestiones desde el calabozo que desde mi casa, espero de la prudencia de V.S. me excuse este bochorno de

volver al lugar de mis pasadas angustias, lo que aseguro, me será más amargo que la misma muerte. Por tanto,
A V.S. suplico que sin proceder por ahora, vista al Fiscal, provea como lo pido, Dr. Bernardo J. de Monteagudo."

El Presidente de la Audiencia había sido visitado por el comandante en jefe de las fuerzas de Cochabamba, por su segundo y por el auditor, reclamando la libertad de Monteagudo porque el pueblo andaba de convulsión en convulsión y la vuelta del reo a la cárcel podía ser peligrosa.

—Suspenda todo procedimiento hasta la llegada del plenipotenciario de la Junta de Buenos Aires, sin perjuicio de oír al fiscal de causa —le aconsejaron al Oidor presidente.

—Esperemos la llegada de Castelli —recomendaron los fiscales interinos Delgadillo y Calvimontes.

—Reservaremos para su Excelencia, el Presidente Mariscal Nieto, el tomar providencia sobre el contenido del escrito de Monteagudo —resolvió el regente de la Audiencia. —Me excuso de darle cuenta de este negocio por consideración a los gravísimos que ocuparán su atención en la villa de Potosí.

El 9 de noviembre, Monteagudo recibió la noticia de que el Ejército Auxiliar había combatido a orillas del río Suipacha, a cinco leguas de Tupiza, contra el Ejército Real del Perú. El embate había durado media hora otorgando la primera victoria a los revolucionarios. Los realistas se habían dado a la fuga dejando la artillería abandonada en el campo de batalla. Los vencedores, al mando de González Balcarce, con el impulso triunfante se instalaron en Tupiza y al día siguiente arribó Castelli para instalar allí el cuartel general del ejército. Escribió el informe detallado y lo dirigió a la Junta, el triunfo había sido admitido, incluso por el jefe enemigo Córdova y Rojas. El realista había conocido a Balcarce en España y ofreció cambiarse de bando y reconocer a la Junta. Y además ofreció poner a su disposición a la tropa. Balcarce asumió no estar en condiciones de darle una respuesta. Castelli bramó indignado, ordenó su captura.

Cuando llegó a Potosí la nueva del triunfo revolucionario en

Suipacha, se produjo un pánico de proporciones dentro de las autoridades realistas. El Intendente, que guardaba bajo mil llaves cerca de 300 mil pesos en pastas de oro y plata de la Casa de Moneda, le urgió meter pies en polvorosa con el botín.

—¡Excelencia, una turba cochabambina se ha apoderado de Oruro, parece que seguirán en Chuquisaca! —le advirtieron sus leales.

De Paula Sanz giraba como trompo y no sabía qué hacer. ¿Salir a los caminos? ¿Esconderse en su madriguera? Pero tuvo la desgracia de que llegara al Cabildo, ese mismo día, un pliego firmado por Juan José Castelli anunciando su inminente arribo y ordenando su arresto, de inmediato. La orden se cumplió en el acto. Unas horas más tarde, llegaron Nieto y Córdova, quienes habían sido capturados en los senderos de la comarca.

El 13 de noviembre de 1810, Chuquisaca se pronunció en favor de la Junta de Buenos Aires. Monteagudo no vaciló. Quería sumarse a esas filas. Aspiraba a intervenir, cuerpo a cuerpo y en las primeras líneas, en la liberación de América.

—Padre, me despido. Ahora soy yo quien parte. El deber me llama, sé que me entenderá —afirmó Bernardo, con un resplandor especial en la mirada.

Miguel lo abrazó con la fiereza viril que aprieta el cuerpo para que no migre la emoción. El hijo se dejó cuidar por unos segundos. Miró a su padre y se volvió a fundir en sus brazos. Las palmadas de uno y otro interrumpieron el silencio del hogar de los Monteagudo.

—Hijo querido, eres mi orgullo y el de este país. Pero de seguro, quien estaría ancha de satisfacción es la madre… —Miguel no pudo decir más, apretó la quijada para aguantar la lágrima.

—Madre mía —murmuró Bernardo.

Apenas pudo tragar, tomó el magro equipaje y salió a los caminos rumbo a Juan José Castelli.

***

En la mañana del domingo 25 de noviembre, los mandamases del Ejército Auxiliador hicieron su entrada triunfal a la Villa Imperial de Potosí. Castelli y Balcarce entraron secundados por la vanguardia, sin mostrar temor. A pesar de la oposición que siempre había exhibido

aquella ciudadela, la situación había cambiado, las autoridades recibieron con beneplácito a los recién llegados. Con redoble de tambores y fanfarria atravesaron la calle principal hasta el Cabildo.

Secundado por su secretario Nicolás Rodríguez Peña, Castelli atendió los resultados de las órdenes que había encomendado días atrás: habían logrado dar con el paradero, a pesar del intento de fuga, de Paula Sanz y de Córdoba y Rojas, y los habían arrojado al calabozo.

—¿Así que este mierda había enarbolado un pendón hecho de andrajos y calaveras en el combate de Suipacha, dando a entender la suerte funesta que nos decretaba? ¿Y nos bautizó la canalla de la revolución? ¿Pretensiones de oráculo, el muy zángano? —cuestionó Juan José Castelli, en referencia al encerrado Córdova.

Su proclama, cuando partió junto a la expedición, había sido clara: "Ciudadanos, militares, amigos, hermanos y compañeros: la virtud y el heroísmo no pueden quedar sin premio, así como no pueden quedar impunes los crímenes. Mi gloria es partida con vosotros, por vida de la Patria y exterminio de nuestros rivales, impenitentes, endurecidos y envidiosos".

Rodríguez Peña negó con la cabeza, con la misma furia pero sin hablarla. La consigna no permitía vacilaciones: deshacerse del enemigo, a como fuera, a sangre y fuego. Pero les faltaba Nieto, quien, a pesar de sus setenta y tantos años, había logrado escapar. Castelli y Balcarce armaron un operativo especial: que la tropa que lo apresara fuera integrada por los Patricios que habían sobrevivido a los rigores impuestos por Nieto y Paula Sanz, y que habían sido reincorporados al ejército patriota. El grupo sería acompañado por un pelotón de indios conocedores del territorio.

Las directrices estaban dadas, solo había que esperar. Los nativos fueron los primeros en llegar a la aldea de San Antonio de Lipes, en las cercanías de Oruro. Se toparon con un grupo de españoles fugitivos y durmientes. Con un sigilo extremo, les quitaron los caballos y un baqueano los entregó a las autoridades locales. Engrillado y custodiado por delante y por detrás, el septuagenario fue enviado a Potosí.

Los primeros días de diciembre, Monteagudo llegó a Potosí. Solicitó una reunión con Castelli y le fue concedida. Bernardo entró

con paso firme al despacho y los allí presentes le quitaron lustre con la mirada. El joven llamaba la atención.

—Buenas tardes, caballero, ¿qué lo trae por aquí? —lo saludó Juan José Castelli, que lo doblaba en años.

—Buenas tardes, doctor Castelli. Mi nombre es Bernardo de Monteagudo, doctorado en Chuquisaca, como usted. Salgo de la cárcel para ofrecerle colaboración absoluta. Formé parte de la revolución en Charcas y no cejaré hasta revolucionar el continente entero. Sería un honor para mí que me admitiera.

—Lo tengo de mentas, Monteagudo —Castelli estaba al tanto de todo lo que había sucedido en 1809 y quiénes habían sido los partícipes. Metió las manos en sus bolsillos y lo increpó —¿Y a qué está dispuesto?

—A todo.

—Mire que aquí estamos comprometidos a obrar con ferocidad. Acá no se titubea, joven, nadie se echa atrás; acá, la Patria se salva a nuestro modo. Hay un solo fin, justificados quedan los medios —empujó Castelli, con unos ojos que metían miedo.

—Doctor, hemos visto el puñal exterminador sobre nuestras cabezas gracias a los godos. El indio había vuelto a vestir su antiguo luto, la libertad sollozó inútilmente en las tinieblas, todo había muerto para la esperanza, y nada existió sino para el dolor, hasta que el pueblo de Buenos Aires declaró la guerra al despotismo y enarboló el terrible pabellón de la venganza. Quiero formar parte de esas huestes, doctor Castelli, y que corra hasta la última gota de sangre realista. No hay mejor español, que el muerto, señor.

Un silencio inquietante crujió en la sala. Castelli miró a su secretario, Rodríguez Peña parpadeó una vez, atónito con los dichos del joven letrado. Algún que otro carraspeo descomprimió la solemnidad del instante.

—Me gusta, muchacho. Lo quiero cerca, entonces. Necesitamos a hombres como usted —Castelli le dio la bienvenida. —Nicolás, acomoda a Monteagudo, consígnale algunas tareas. Y, Bernardo, recibe nuestra acogida a Potosí. Tenemos mucho trabajo por delante, aunque no es bueno que el hombre esté solo. La Villa Imperial está de festejo, festejemos, pues.

***

La ciudad estaba de fiesta. Una gran parte de la población estaba con ánimo de homenajear a sus salvadores. Aunque algunos, como Castelli, afirmaban que "aquí se hace con igual facilidad lo bueno como lo malo", los representantes de la Junta de Buenos Aires y sus acólitos aceptaban los convites. Banquetes, reuniones públicas, recepciones sociales, todo era bien acogido para liberarse.

También había celebración constante en los diferentes campamentos situados en los alrededores. Cuando no se ajustaban a la estrategia militar u otras diligencias de carácter urgente, había algarabía diurna y nocturna, donde hacían la visita los hombres y mujeres de las comarcas cercanas, y se bailaba, se apostaba, se cantaba y se bebía hasta el hartazgo. A veces ni siquiera se controlaba a quiénes entraban o salían. El riesgo estaba instalado, los triunfadores no estaban para esas cosas, solo para vencer el halo de muerte a pura prepotencia erótica.

Bernardo se hacía de tiempo cuando el sol perdía su fuerza. Él ganaba en envión y se presentaba en las tertulias que abrían sus puertas para recibir a los revolucionarios. La Villa se había convertido en una ciudad de lujo y recreo, y Monteagudo —como el resto de sus camaradas— iba en busca, por las noches, de placeres y descanso. Era el centro de la galantería, pululaban los aventureros de todas partes y ganaba la partida quien apostara fuerte. Bernardo de Monteagudo, a pesar de sus jóvenes 21 años, exhibía una jactancia firme en esas lides.

—Venga con nosotros esta noche, Monteagudo. Me han invitado a una fiesta en casa de los Barrenechea, si no tiene compromiso… —le convidó Castelli y no se dijo más.

Junto a Rodríguez Peña, se dirigieron al caserón de tejas coloniales, que destacaba en una de las calles principales. No precisaron anunciarse, los recibieron con ganas, apenas franquearon las puertas.

—Bienvenidos, señores.

—Pero qué alegría.

—Los estábamos esperando.

—¿Quién es el novato?

Un grupo de caballeros disparó sin dar tiempo a alguna intervención. Castelli hizo las presentaciones y se detuvo en un joven potosino de señorío, que había participado activamente en el levantamiento de la Villa Imperial.

—Monteagudo, venga que le quiero hacer la introducción de este muchacho, que bien podría ser su gemelo por edad y enjundia —lo llamó Castelli y largó una carcajada. —Don Melchor Daza, instigador fundamental de la pasada sublevación.

Los jóvenes se estrecharon la mano, intercambiaron saludos, y en un segundo se acercaron otros caballeros para darle ímpetu al encuentro. Las voces se alzaron, la discusión se encendió. Y como era de esperar, el asunto eclesiástico tomó prioridad.

—Debemos tener cuidado, señores, con el fanatismo de los curas, el poder que tienen entre las masas populares, el alboroto y la energía que derrochan —lanzó uno de los hermanos Nogales, que había sido liberado de la cárcel y no había perdido las mañas.

—Demasiado rollizos y contentos esos buenos religiosos, oráculo de los devotos, quienes han creído a pie juntillas los cuentos que les hacen —agregó Castelli.

—Partícipes ineludibles del corredero de sangre de cuanta gresca citadina hubiere. Se hacen los desentendidos, pero bien que saben hacer y decir la opresión —Monteagudo cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna y aceptó un vaso de vino ofrecido por una criada, que andaba de aquí para allá con la bandeja.

De repente, el son de unas guitarras interrumpió el palabrerío y unas parejas salieron a bailar. Castelli escapó de la ronda masculina y se fue detrás de alguna falda, Bernardo miró hacia el costado y no necesitó perseguir a nadie. Allí, a pocos pasos, una guapa señora de peinado castaño y vestido colorido buscó que la mirara. Hacía rato que esperaba, sabiendo que, tarde o temprano, el desconocido retribuiría su curiosidad.

—Al fin, caballero —bajó la barbilla y batió su abanico. —Yo sé quién es usted, pero desconoce quién soy yo.

Bernardo se acercó con lentitud, la comisura de sus labios apenas levantada, los ojos brillantes por lo que se avecinaba. Sin pedir permiso, le tomó la mano y se la besó.

—Cómo he podido ser tan descortés, señora. Permítame repararlo —y se le arrimó más para no quedar sepultado debajo de las carcajadas y el bullicio de la sala. —¿Con quién tengo el gusto?

—Antonia Lizarazu, pues no sabe quién soy, aunque de seguro sus jefes me conocen bien. Pregúnteles por mí —la señora sonrió y se le hicieron dos hoyuelos en las mejillas. —Vamos a bailar.

—Aguánteme un poco, Antonia, que soy mejor a la hora de conversar. De seguro tiene mucho para decirme —le ofreció el brazo y buscó un sitio menos ruidoso y más alejado.

La casa desbordaba de grupos departiendo, parejas bailando, gente bebiendo, y yendo y viniendo. Recién empezaba la noche y el jaleo ya estaba instalado. Como pudieron, Antonia y Bernardo, encontraron un lugar.

—¿Será usted la dueña de casa y no le agradecí como corresponde?

—No, señor, aunque me unen lazos fuertes a sus propietarios. He enviudado hace tiempo ya, varios meses, y me he atrevido a disfrutar de algunas tertulias. Mis padres también han fallecido —respondió Antonia.

Y agregó que su familia era dueña de varias minas y haciendas, descendiente de español y criolla, y señora con blasones por el marido muerto. No le faltaba nada, aunque sí una buena dosis de amor.

Hablaron sus cosas, aunque Bernardo se dedicó a escuchar. Le gustaba verla gesticular, podía no atender lo que dijera, sus gestos hablaban solos. Se entregó a la tempestad provocada por esa mujer, quedó cautivado por la totalidad de lo bello y no quiso salirse de allí. Por momentos creyó que Antonia no parecía muy impresionada, ni se fijaba especialmente en él.

—¿Fue feliz en su matrimonio, Antonia? Usted es demasiado vehemente para ser feliz con el enlace —se animó a preguntar.

—A veces me pregunto dónde podré hallar un caballero con una pasión parecida a la mía. Todo me sabe a poco… —se atrevió a confesar, sin entender muy bien por qué.

—La pasión es suya, nada ni nadie podrá arrebatársela, señora. Honrado será el hombre que pueda disfrutarla —Bernardo no quiso apurarse, Antonia se abanicaba.

—Mi corazón comparte sus sentimientos, mi buen amigo, pero a veces me invaden unas penas que me inculpan. ¿Será que no debo amar? ¿Me perseguirá el espectro de mi marido muerto?

—Ah, querida mía, cuán feliz sería si el cielo quitase de la vida todos los fantasmas que rondan sin rumbo. Usted está más viva que nunca, permítase gozar.

Antonia detuvo en seco el abanico. Lo quitó de en medio y le susurró al oído.

—Te propongo y conjuro en nombre de nuestra nueva amistad, a que me sigas ya mismo, si puedes. No es bueno que una mujer ande sola, acompáñame a mi casa, ¿tendrá objeciones ese corazón?

Lo escrutó, pícara, a la espera de la retribución. Sin decir palabra, Bernardo se puso de pie, la tomó de la mano y salieron de allí.

CAPÍTULO III

Monteagudo se acercó a la Plaza Mayor temprano, pero ya estaba colmada de curiosos. Quería presenciar los patíbulos de los déspotas. Ya estaban allí, con caras de pocos amigos, Castelli y Rodríguez Peña y el coronel don Eustaquio Díaz Vélez. Se había tomado la decisión de que estaban las condiciones dadas para ejecutar a De Paula Sanz, Nieto y Córdoba, que permanecían prisioneros en la Casa de la Moneda. En principio, Córdoba y Rojas no figuraba en las instrucciones que le habían mandado de Buenos Aires, pero Castelli lo incluyó por la bravuconada de las banderas con calaveras.

La sentencia se mantuvo en secreto hasta último momento. La noche previa, los reos fueron anoticiados de lo que les sucedería en nombre de la Junta, y puestos en capilla en habitaciones separadas. El 15 de diciembre, cerca de las 10 de la mañana Sanz, Nieto y Córdoba entraron a la plaza, fuertemente custodiados. Sonaron las fanfarrias y se hizo el silencio. Díaz Vélez desplegó la sentencia y la leyó:

"La Junta Provisional gubernativa de las provincias del Río de la Plata por el Señor don Fernando VII, habiendo examinado la naturaleza de los crímenes cometidos por don Francisco de Paula Sanz, don Vicente Nieto, y don José de Córdoba y Rojas, siendo Jefes de estas provincias, en colusión con don Santiago Liniers, don Juan Gutiérrez de la Concha, y otros de la ciudad de Córdoba, para dividir las provincias, separar las unidas a la capital, dislocar estas de sus dependencias para arrastrarlas al Virreinato de Lima, ocultar a los pueblos la verdad de los hechos importantes a su conocimiento, suplantándole otros abiertamente falsos para alucinarlos, e impedirles la libertad de unirse en cabildo general y decidir libremente de su suerte, obligándoles a la fuerza a que sirviesen ciegamente a su voluntad, levantando tropas para

oponerse al gobierno de la capital sin títulos, malversando el Erario, dividiendo los pueblos en facciones y guerras que han traído la desolación y la muerte, hasta dejar entablada una rivalidad odiosa y de irreparables consecuencias entre ciudadanos de un mismo estado y vasallaje, y proponerse planes acordados con el Virrey Abascal de desolación de los pueblos: todo con el único fin de sostenerse en la posesión de un mando absoluto y despótico, sin títulos de conservación y perpetuidad, y terminar en una sujeción de estos dominios a poder extraño, sin haber querido ceder a las reconvenciones repetidas para que dejasen en libertad de obrar a los pueblos, de quienes es privativo decidir. Por todo ello que es público, notorio y comprobado en términos de no admitir exculpación alguna, condena a los referidos Sanz, Nieto y Córdoba, presos en resulta de la victoria de nuestras armas, como reos de alta traición, usurpación y perturbación pública hasta con violencia y mano armada, a sufrir la pena de muerte, pasándolos por las armas en ejecución militar, y mando se ejecute mañana a las diez de la mañana en la Plaza Mayor, precediendo las prevenciones de ordenanza, que se dispondrán por la orden del General del ejército, y la notificación a los reos en su persona esta noche por mi ayudante de campo don Máximo Zamudio, a quien nombro de secretario a fin de que asista al Teniente Coronel y comandante en segundo de este cuartel don Eustaquio Díaz Vélez, a quien comisiono para las demás disposiciones que los reos quieran por preparación cristiana."

—¡Y se comisiona pena de muerte a todo aquel que pida por los reos! —agregó un pregonero.

La multitud persistió con el silencio. No hubo incidentes. Bernardo observaba con sus ojos de lince a los tres traidores. Los fusileros se acomodaron para concretar la orden. Sanz estaba impávido. Como última voluntad, pidió besar las banderas españolas, que estaban desplegadas detrás de él.

—¡Es mi última prueba de amor y veneración a tan augusto monarca! —reclamó, con la frente en alto.

Les ordenaron que se arrodillaran. Nieto exigió que le quitaran la

venda de los ojos.

—¡Muero feliz de hacerlo bajo la bandera mi Rey! —gritó.

—¡Apunten, fuego! —tronó la orden.

Nieto y Córdoba murieron en el acto. Sanz no terminaba de morir. Un soldado avanzó hacia el cuerpo que se retorcía y lo remató. Inmediatamente, una formación de tropas desfiló delante de los cadáveres. Monteagudo se paró a un costado, observó cómo levantaban los cuerpos para arrojarlos a una carreta. Nieto y Córdoba serían enterrados en la Iglesia de la Caridad, Sanz en el Monasterio de Monjas Teresas.

La plana mayor del Ejército Auxiliar se reunió para deliberar cómo seguían. Monteagudo participó del conciliábulo. Ese mismo día, Castelli publicó un manifiesto en el que justificaba la sentencia. Convocaba a la población a que denunciaran los bienes de los ejecutados para que fueran embargados. Prometía recompensas para quienes así lo hicieren, y castigos para los que ocultaran información.

—Murieron para siempre y el último instante de su agonía fue el primero en que volvieron a la vida todos los pueblos oprimidos —sentenció Monteagudo.

Al día siguiente, Castelli informó oficialmente a la Junta su satisfacción por las medidas tomadas. Les comunicó su decisión de marchar a Chuquisaca junto a Balcarce y una fuerza de trescientos hombres para componer el gobierno y la administración. El resto del ejército, al mando de Juan José Viamonte y Díaz Vélez, se dirigiría a Oruro para aprovisionarse. La intención de Castelli era quedarse unos días en Chuquisaca para luego seguir a La Paz, Goyeneche andaba en la frontera. El optimismo del líder revolucionario se debía a que había conseguido el apoyo del gobernador de La Paz, Domingo Tristán, quien, a pesar de ser el primo del perseguido, había reconocido a la Junta. Esta le había propuesto que lo nombrara a Nicolás Rodríguez Peña como gobernador de La Paz. Castelli se opuso, señaló que no estaba a la altura de las circunstancias.

En el informe declaró el nombramiento interino del Teniente Coronel Pedro Lobo como gobernador de Potosí hasta la llegada del gobernador intendente de Salta del Tucumán, Feliciano Antonio Chiclana, a quien la Junta había designado para el cargo. También

habían nombrado, desde Buenos Aires, a Juan Martín de Pueyrredón como gobernador de Charcas. Así quedaba establecido el elenco gobernante en el Alto Perú: Rivera en Cochabamba, Tristán en La Paz, junto a los revolucionarios porteños Chiclana y Pueyrredón.

***

El 25 de diciembre, Monteagudo partió, junto a la comitiva de Juan José Castelli, rumbo a Chuquisaca. Tras dos días de marcha, hicieron su entrada a una ciudad festiva.

Bernardo se impresionó con el recibimiento. La calle principal estaba cubierta de flores, hubo disparos de salva de artillería, mientras varias bandas tocaban su música. Apenas avanzaron, fueron seguidos por varias formaciones y un cortejo de cien ninfas vestidas con vestidos blancos, bordados con hilos de plata y oro. De fondo, se escuchaba el murmullo de la multitud, que se había acercado para aclamarlos. En la plaza los aguardaban los representantes de las corporaciones, quienes tomaron la palabra para darles la bienvenida; también doña Magdalena Aldunate, en nombre de las damas charqueñas, dio un pequeño discurso. Castelli, haciendo gala de su fama de gran orador, fue el encargado de cerrar el acto.

Monteagudo se dirigió a su casa, contaba con el beneficio de tener a su padre en la ciudad. Pero hubo cambio de planes. El Cabildo había preparado un alojamiento para Castelli y algunos hijos dilectos de la Universidad de San Francisco Xavier, y Bernardo integraba esa selecta comitiva. Al principio, Castelli intentó negarse, pues que yo me pago el alojamiento, que no aceptaremos el convite, y Monteagudo participaba del vaivén, hasta que les fue imposible seguir rechazando al Ayuntamiento.

Fueron jornadas de mucha celebración, abrazos fuertes y brindis tupidos. La Universidad les dedicó una función literaria en la capilla de los jesuitas. No cabía ni un alfiler, con alumnado antiguo y del nuevo, y académicos de todos los colores. Todos quisieron ofrecer un discurso. Bernardo recibió una medalla por su paso en la afamada casa de estudios. Su padre, que lo había acompañado, lo vivió con mucho orgullo. El rector le entregó a Castelli una tarja de plata y dos medallas de oro, también le ofreció el cargo de rector, lo aceptó, pero

lo relegó en el vicerrector.

Sin embargo, los festejos no fueron a pura alegría y sentimiento. En Chuquisaca se olía, por debajo, uno que otro rechazo hacia algunas personalidades recién llegadas. Cuando se llevó adelante el *Te Deum* en la catedral, el asiento de Balcarce, que Castelli había pedido que tuviera su lugar de distinción a la cabeza del Cabildo, había sido retirado por orden del regente de la Audiencia, que rechazaba el nuevo orden.

—O se presentan en pleno, vestidos de garnacha para pedirle disculpas a Balcarce, o nos retiramos ya mismo —ordenó Castelli a la Audiencia.

Y lo nombró presidente, para que aprendieran; con él no se harían los vivos.

Los días continuaron buscando adhesiones y echando a los peninsulares de los cargos de gobierno. Monteagudo fue un ladero importante. Conocía bien el manejo de Chuquisaca y entendía hasta lo velado. Rápidamente advirtieron que con la moderación no llegarían a ninguna parte. Se decidió que sería imperante recurrir a medidas duras, quizás extremas.

—Esperemos que la sociedad le brinde al nuevo gobierno una racional sumisión, que importa la obediencia a sus mandatos, y una obsecuencia grata, voluntaria, y de buena fe a sus insinuaciones, como dirigida al preciso fin del bien general —declaró Castelli.

Monteagudo asintió a todas sus palabras. Era un fiel entusiasta. Creía fervorosamente en lo que proponía Castelli. Adscribía al camino que planteaba la Junta de Buenos Aires. Cuánta razón tenían, cuánta verdad esgrimían.

El Arzobispo de Charcas, Benito María de Moxó ofició una misa de reconocimiento a la Junta y a su representante. Castelli, Rodríguez Peña, Balcarce y Monteagudo se acomodaron en las primeras filas.

—Es menester, queridos hermanos, que demos fin a las discordias, poniendo de manifiesto que Fernando VII cuenta en América, con cuatro millones de vasallos fieles —dijo el Arzobispo en su homilía. Pero cuando a Cañete, desde Lima, le llegaron sus dichos, largó rayos y centellas y dieron comienzo a una discusión pública.

Ni lerdo ni perezoso, Moxó donó 6 mil pesos, en su nombre y de

los curas de su diócesis, para el Ejército Auxiliar y la biblioteca pública de Buenos Aires.

Monteagudo recordaba bien quién era Benito María de Moxó. Desconfiaba radicalmente de su renovada postura. A su memoria volvió aquel encuentro callejero en mayo de 1809 y su fuga estrepitosa, y el coqueteo evidente para con Abascal, y cómo olvidar la sujeción ante Carlota Joaquina. El Arzobispo no era de fiar. Y así se lo hizo saber a Castelli.

El 31 enero, el representante de la Superior Junta Provisional de Buenos Aires, Juan José Castelli, le hizo el nombramiento de secretario auxiliar y le asignó un sueldo de 100 pesos mensuales. Bernardo solo retiró 40, dispuso que los 60 restantes se le entregaran a su padre.

Pasaron diez días y recibió la orden de que debía volver a Potosí. Castelli le encomendó la misión de averiguar quiénes habían sido cómplices de Nieto en esa ciudad. Le hizo saber que iba como juez instructor.

Bernardo volvió a despedirse de su padre y partió.

***

En Buenos Aires, no todo lo que brillaba era oro. En diciembre, las rispideces entre el presidente de la Junta de Gobierno, don Cornelio Saavedra, y el secretario, don Mariano Moreno, llegaron a un límite imposible de revertir. Tal vez, las ausencias de Manuel Belgrano, en su misión al Paraguay, y la de Castelli en el Alto Perú, colaboraron para que los adversarios políticos se enfrentaran.

El Presidente de la Junta siempre había preferido el papel de mediador, más cercano a la continuidad del ordenamiento social del Virreinato; en cambio, Moreno fue el principal impulsor de las políticas revolucionarias, quería un cambio radical en la sociedad, era un jacobino. Apenas inaugurada la Junta, los caballeros empezaron a observarse de lejos. Tanto había querido, Moreno, horadar las ínfulas de Saavedra —quien mantenía el halo de comandante de los Patricios — que creó un regimiento de milicias, el Regimiento América, con oficiales afines a sus ideas incendiarias, comandado por sus camaradas French y Beruti.

En la noche del 5 de diciembre de 1810, la ciudad de Buenos Aires se vistió de fiesta. Se ofrecía un banquete, en el cuartel de Patricios, para celebrar el triunfo de la batalla de Suipacha. El coronel Juan Antonio Pereyra, siguiendo los protocolos, había dispuesto los sitios de honor para don Cornelio Saavedra y su esposa Saturnina Otárola. La pareja se había casado nueve años atrás —en segundas nupcias para él — pero mantenían el mismo enamoramiento que el primer día. Saavedra gustaba de contar que "la Providencia puso en mi camino a mi adorada Saturnina", y ella sonreía con placidez.

Las copas se llenaban, las bebidas desaparecían en las fauces de los invitados para volverse a llenar. En un momento, ya entrada la noche, el estado de un oficial llamado Atanasio Duarte empezó a tambalear. Había bebido demasiado, su cara parecía una manzana transpirada. Como pudo, se acercó a la cabecera de la mesa y tomó una corona de azúcar del centro.

—Tome, señora, que es merecedora de un obsequio de los Patricios —y se la extendió a doña Saturnina.

La esposa de Saavedra la aceptó, dudosa. Intuía que se avizoraban tempestades.

—¡Pido un brindis por el primer rey y emperador de Sudamérica, don Cornelio Saavedra! —Duarte levantó la copa como pudo.

En ese mismo instante, pasaba por la puerta Mariano Moreno. Quiso entrar a la fiesta, pero los guardias le impidieron el paso. Cruzaron los fusiles y dijeron desconocer al prepotente.

Al día siguiente, conociendo los detalles de los sucesos del cuartel, Mariano Moreno escribió el "Decreto de Supresión de Honores", por el cual se suprimía el ceremonial reservado para el presidente de la Junta. El secretario estaba harto de las prebendas que se adjudicaban algunos. Había acumulado denuncias de varios episodios despreciables: que algunos oficiales habían ocupado asientos en la catedral que no les correspondían, que las esposas de funcionarios ligaran lugares preferenciales en actividades públicas, que Saavedra abusaba del sitial de honor en las corridas de toros. Que ocupara el palco, vaya y pase, pero que se lo adornaran con fatuos, y que el hombre lo ostentara con su esposa y una corte de amigas, no. Moreno dijo basta.

En uno de los puntos del decreto, afirmó que “hombres venales y bajos, que no teniendo otros recursos para su fortuna, que los de la vil adulación, tientan de mil modos a los que mandan, lisonjean todas sus pasiones y tratan de comprar su favor a costa de los derechos y prerrogativas de los demás”.

Duarte fue desterrado de la ciudad.

—Un habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido debe tener expresiones contra la libertad de su país —se refirió al hecho, Moreno.

El mismo decreto pretendió limitar la autoridad del Presidente. Saavedra, en una carta enviada a mediados de enero a su amigo y confidente Feliciano Antonio Chiclana, plantado en el Alto Perú, expuso su enojo: que el conflicto con Moreno se debía a la emulación y la envidia que le tenía, eran los celos y recelos por la benevolencia que todo el sensato pueblo le manifestaba, que por esas razones Moreno había logrado indisponer los ánimos de los miembros de la Junta en su contra, que había usado el brindis del borrachín como pretendida coronación y proclamación, y aprovechaba ese episodio para intentar apresarlo y aun asesinarlo el 5 de diciembre, y renunciar a su cargo de secretario para hacer un partido en su contra. También le endilgó el uso de un sistema robesperriano para hacer política, y lo definió como hombre de baja esfera, revolucionario por temperamento, soberbio y helado, bárbaro, cruel y sanguinario, y demonio del infierno; a Matheu y Alberti, como sus secuaces y a Miguel de Azcuénaga como alguien que se dejaba ir.

A fines de diciembre se llevó adelante una asamblea constituyente con los enviados del interior. Moreno afirmaba que eran un obstáculo para la independencia. Hubo votación, los únicos que votaron en contra fueron Moreno y Paso. Perdieron. Mariano Moreno renunció y pidió credenciales para una representación diplomática en Inglaterra. Para ocupar el lugar que dejaba, la Junta mandó a llamar a Nicolás Rodríguez Peña, establecido hacía semanas, como gobernador de La Paz.

El 24 de enero, Moreno embarcó en la encuna *Mistletoe,* que lo trasladaría a la fragata inglesa *Fame* , donde lo esperaban su hermano Manuel y su amigo Tomás Guido. A poco de partir se sintió enfermo, fue asistido de mala gana por el capitán. El 4 de marzo de 1811,

expiró en altamar y su cuerpo, helado de muerte, fue arrojado a las aguas, envuelto en una bandera británica. Saavedra al enterarse de la muerte en el mes de agosto, murmuró:

—Era menester tanta agua para apagar tanto fuego.

CAPÍTULO IV

—No es otra cosa que un criminal.

—Peor que eso, ha elegido Potosí para llevar adelante sus orgías.

—Mulato infame, había de tener sangre negra adentro. ¡Envenenado!, es que lo que toca, lo mancha, esa porquería de abogado impostado.

—Es nuestro deber, cuidar a las mujeres de ese sátiro.

Monteagudo había llegado a mediados de febrero a Potosí para recabar información. Se dedicó a lo suyo y molestó demasiado. También apuró algunos corazones femeninos. La fama ayudaba, las conquistas se multiplicaban. Pero también se le adherían epítetos maliciosos de hombres en estado de alerta.

En pocos días, Bernardo se encontró con lenguaraces prestos a vomitar confidencias y mucho más. Recogió testimonios que coincidían en señalar quiénes habían sido cómplices de Nieto en la ciudad. Sumó los nombres de importantes figuras, incluyendo a Córdoba y Calvimonte, a quienes la Junta había designado unas semanas antes, como miembros de la Audiencia. También supo que varios de los involucrados mantenían viva la correspondencia con Goyeneche y andaban tramando una conspiración.

Cerró la pesquisa y regresó a Chuquisaca para poner sobre aviso a Castelli. Debían apurarse, no tenían tiempo. Castelli mandó una lista de desterrados a Salta y envió los documentos del proceso a Buenos Aires. Los acusados interpusieron una protesta por la que acusaban a Monteagudo: revolucionario de pacotilla y por si esto fuera poco, hijo de esclava. Él mismo, esclavo de unos hechos repugnantes.

Las noticias de la Junta tardaban en llegar y las diferencias con el gobierno se hacían cada vez más evidentes. Castelli entendió que debían actuar con más cautela pero, más allá de las órdenes que recibía de Buenos Aires, tenía claro lo que debía hacer: avanzar hacia

Perú. Para eso debía allanar el paso, mantener los caminos libres de emboscadas y escuchar y leer la información verídica. Los chasquis iban y venían, pero debían asegurarse de que no fueran interceptados por sus enemigos. De afuera, pero también los de adentro.

—Bernardo, organice sus cosas y despídase de su padre. Cierre lo que mantenía abierto, que en cuanto podamos, partimos —le anunció Castelli.

—Cómo no, señor. Cuando diga, salimos. Estoy listo —respondió Monteagudo, pero vio una sombra en el gesto de su jefe. —¿Hay problemas que desconozco?

—Debemos reclutar hombres, esa es la dificultad, Bernardo. Las bajas hay que suplirlas y con personas de confianza. Balcarce ya está en Oruro, buscando interponer aliento en la tropa.

—Entiendo, señor. Las cosas no han sido sencillas en Potosí —confesó Monteagudo.

—Ya lo sé, Bernardo. Es factible tener incontinencia verbal, sobre todo de los que buscan éxitos propios y ajenos a la comunidad. No es fácil, pero nosotros haremos que no sea imposible.

—Eso es, estoy acostumbrado a las habladurías, Juan José —Monteagudo se atrevió a un trato más intimista. —No han hecho mella en mí, incluso me amplían la seguridad. No tengo nada de qué avergonzarme.

—Bien hecho, muchacho. Pero para que vaya asumiendo, me llegan preguntas de Buenos Aires, algunas adhesiones incorruptibles, sin embargo otras, asumiendo que usted es un bueno para nada, solo para manosear su virilidad en pos de la ingenuidad de las mujeres.

Monteagudo lanzó una carcajada. Le causó gracia en qué perdían el tiempo. Él, en cambio, lo ganaba.

—Deja que los perros ladren, Sancho… —sentenció en voz alta.

—Es señal de que avanzamos —concluyó Castelli.

Oruro mantenía la importancia rural y minera de la región. Era el sitio ideal para provisionar a las tropas, lo habían elegido como cuartel general, donde adoctrinaban y mantenían el orden de la fuerza. Balcarce había prometido a sus hombres, que pronto se les unirían los hermanos y compatriotas de Cochabamba. Sin embargo, Rivero, el jefe militar de los cochabambinos, no cumplía las promesas.

Castelli y su secretario partieron hacia Oruro. Encontraron un gran desorden administrativo y militar. Participaron de un Cabildo Abierto, para escuchar, de primera mano, lo que la población tenía para decir. Pidió informes a la Audiencia y envió el suyo a Buenos Aires, en el que advertía que la provincia no tenía buenos dirigentes. También encontraron muchos enemigos.

Mientras las tropas se adelantaban hacia Sicasica y Laja, en las cercanías del Desaguadero, ellos partieron rumbo a Cochabamba. Tras una breve estancia, se dirigieron a La Paz, junto a Balcarce y Del Signo, adonde arribaron el miércoles 10 de abril. Allí se sumaron el gobernador Tristán, los alcaldes y regidores. Había que combatir al enemigo, aplastar a todo aquel que se atreviera a poner en cuestión a la Junta de Gobierno. Debían perseguir y aniquilar a Goyeneche.

***

Rodríguez Peña convocó a una reunión en el Café de Marco (1), junto a la iglesia de la compañía. Por la calle Victoria, y desde Álzaga, los caballeros apuraron el paso para llegar a la hora pactada. Miraban sus zapatos, intentaban cubrir sus fisonomías, no era un encuentro inocente. Y el artífice de la convocatoria, el flamante secretario de la Junta de Gobierno, don Nicolás Rodríguez Peña, no estaba para florearse. La reunión tenía una determinación: combatir la autoridad, incluso, algunos de ellos la integraban.

En la mesa del fondo se ubicaron Hipólito Vieytes, Francisco Planes, Juan Larrea, Julián Álvarez, Agustín Donado, Ignacio Núñez y Salvador Cornet.

—Estimados, sabemos bien por qué nos hemos reunido esta tarde —empezó Rodríguez Peña, parado sobre una tarima, frente a la tribuna de adeptos. —Damos comienzo a la apertura de la Sociedad Patriótica, junta de ciudadanos que solo va en pos de un buen gobierno.

Los presentes asentían, unos con calma, otros, con la inquietud de quien perdió la paciencia. Bregaban por la felicidad de la Patria, la habían perdido gracias a la facción imperante de la Junta de Gobierno. El líder de ese grupo no era otro que el mismísimo Saavedra. Perseguían la libertad, el presidente de la Junta y sus

secuaces la cercenaban.

—Saavedra acapara poder, señores, y eso es inadmisible. Si algo se buscó, en su momento, con la formación de la Junta, fue el reparto de autoridad. Por algo nos quitamos de encima al Virrey. ¿Qué es este desconcierto en el que está sumida la Junta Grande?

Los aplausos y un aliento generalizado dominaron el local. A partir de ese momento, las reuniones de la sociedad secreta se multiplicaron y fue ganando adeptos. La disidencia abandonó el secretismo y no tardó en llegar a oídos indebidos. El presidente del gobierno se inquietó aún más que cuando debía enfrentar a Mariano Moreno.

—¿Qué es esto de envalentonar a los genios turbulentos, dar alas a los tribunos de la sociedad para continuar propagando doctrinas anárquicas o antisociales, y atraer sobre los pueblos una guerra interminable con los españoles? —reprobó, Saavedra. —Aquí yace la semilla del impío Moreno.

Para empezar, la Junta autorizó al presidente a detener a todas las personas denunciadas y sospechosas. Se dio inicio a una caza de brujas bestial. Detuvieron a diez ciudadanos. Pero todo el que ostentara la insignia de la Sociedad —una cinta blanca y celeste elegida como divisa diferente de la que cargaban los españoles para combatir contra la revolución —también sería apresado.

Un mediodía, reunieron más de ochenta detenidos en la galería norte del Fuerte. A la noche, fueron sobreseídos. Esta medida solo sirvió para popularizar a la Sociedad Patriótica, que al día siguiente reunió más de trescientos adeptos. La semana siguiente, todo fue algazara y confusión. En la ciudad de Buenos Aires creció el estado de alerta. La población y sus gobernantes creyeron que se armaba una pueblada para derrocar al gobierno y confiscar las propiedades de los españoles.

Saavedra no podía quedarse quieto. Iba y venía en su despacho. Sus asesores mantenían la boca cerrada. Su edecán golpeó la puerta y entró con el aviso de que lo buscaban. El comandante del batallón de Arribeños necesitaba verlo.

—Buenas tardes, Bustos. Pase y diga, con celeridad, si no le importa —el presidente se cruzó de brazos.

—Esto no da para más, Excelencia. La calle es un polvorín.

—Entonces no veo que hace aquí, Bustos. Salga y cuídenos.

—Vengo a solicitar su permiso para disolver la Sociedad a balazos, Excelencia.

—Paremos un poco, Bustos. No quiero sangre en las calles. Por ahora… —Saavedra intentó calmar las aguas. Hizo un movimiento imperceptible con los ojos y el edecán fue a buscar a Juan Bautista Bustos para que se retirara.

La Sociedad Patriótica, atenta a los aconteceres y buscando evitar una posible represión, se reunió en una sala situada en la calle Victoria, entre Sáenz Valiente y Lezica (2) para confeccionar un reglamento y buscar, de ese modo, la aprobación del gobierno. Saavedra aplaudió la decisión y a fines de marzo, la supervivencia del club parecía garantizada. Incluso, algunos miembros de la Junta —Juan Ignacio Gorriti, Francisco Ortiz de Ocampo, Francisco de Gurruchaga y José Julián Pérez— se apuntaron al partido de la Sociedad Patriótica.

Pero Saavedra tenía deslenguados siempre atentos al rumor urbano. Recibía, de buen gano, todo lo que se decía y hacía, adentro y afuera. Intuía, y le traían información, que el partido morenista no se quedaría tranquilo y contento con una papeleta. Las ideas sanguinarias, declaradas y confesadas por algunos de ellos, sabía bien Saavedra, que todas terminaban en su contra, en la del deán Gregorio Funes, Simón Cossio, Manuel Felipe y Manuel Ignacio Molinas. Sus leales le habían entregado los libelos y los pasquines indecentes que anunciaban decapitaciones y exterminios de su persona. Le había llegado el dato de que se lisonjeaban y vanagloriaban que sus ideas eran protegidas por algunos de los del gobierno, y que contaban con la fuerza armada del regimiento de América y con las de los granaderos.

—Que nuestras tropas estén acuarteladas y vigilantes a fin de no ser sorprendidas —ordenó Saavedra.

En la vereda de enfrente, la Sociedad Patriótica contaba, con seguridad, con el regimiento de Domingo French. Tenían la simpatía de los Granaderos de Fernando VII pero, su comandante, el coronel Florencio Terrada, no tenía un alma propia para afrontar semejantes compromisos. Por supuesto mantenían relaciones con Juan José Castelli y Manuel Belgrano —cada uno librando sus batallas— y la

información cabalgaba al Paraguay, la Banda Oriental y el Alto Perú. Se apelaba a los hombres de poncho y chiripá, contra los de capa y casaca.

En la calle circulaba el rumor de que algo sucedería, se esperaba un alzamiento para hacerse el 20 y tantos de ese mes, que depondría al presidente por desconfiar de él y sacaría, también, a algunos diputados de las provincias porque eran de la facción saavedrista.

El 5 de abril por la noche, empezaron a reunirse hombres emponchados y a caballo, en los mataderos de Miserere (3) . Liderados por el alcalde de barrio don Tomás Grigera, amigo personal de Saavedra, en el silencio de la medianoche, penetraron por las calles de la ciudad y, antes de despertar el día, cerca de 1500 hombres ocuparon la Plaza de la Victoria (4) , pidiendo a los gritos la reunión del cuerpo municipal, para que llegaran sus reclamaciones al gobierno. Algunos decían que no sabían para qué los habían traído, extrañándose por ver todas las tropas de infantería, caballería y artillería allí formadas. Eso sí, les resultó raro que no se encontrara entre ellos el regimiento de América, creado desde la instalación de la Junta, sino que aguardaba en su cuartel. Se había repartido, entre los soldados, una barrica de cuchillos.

En la más absoluta reserva, Saavedra había entrado en conferencia con los jefes militares, ciegos en devoción a su figura, y decidieron aprehender y encarcelar a sesenta revoltosos en los cuarteles, con la adhesión de los vocales del gobierno original, para luego confinarlos a diferentes puntos del territorio. La componenda se había ampliado a don Gregorio Funes y los doctores de su círculo, y los conjueces que habían sustituido a los ministros de la Real Audiencia, los doctores José Darragueira, Vicente Echavarría, Pedro Medrano y Simón Cossio.

El Deán Funes, en camisa de noche y a punto de apoyar la cabeza en la almohada, sintió golpes a la puerta, que más que llamada parecía una balacera.

—¡Ya va! Pero ya va, ¿quién viene a estar horas oscuras a mi casa? —y abrió con mesura.

Como tromba, entró don Agustín José Donado.

—¡Por favor, Funes! Que viene la turba, una multitud avanza sobre la plaza.

Saavedra mandó a llamar al sargento mayor de la plaza, don Marcos Balcarce. Le ordenó que mantuviera a las tropas en armas y acuarteladas. Y reclamó que los vocales fueran avisados. Hipólito Vieytes y Nicolás Rodríguez Peña llegaron en el acto.

—¡Señor! ¿Cómo es posible que no haya impedido este tumulto, teniendo las armas a su disposición? —increparon a Saavedra.

—Les pido disculpas, caballeros. Desconocí, hasta último momento, el objeto de la manifestación y a sus dirigentes. Todo parece demostrar que Grigera dirige el golpe.

La Junta resolvió reunir al Cabildo. Grigera fue conducido a las 2 de la madrugada del sábado 6 de abril, víspera de Domingo de Ramos, para ser interrogado.

—¿Es verdad que procedió a citar y reunir a los alcaldes de barrio y tenientes de cuartel? —preguntó Saavedra.

—Sí.

—¿He dado yo orden para tal citación? —insistió el presidente de la Junta.

—No, señor.

—Pues, ¿de cuya orden o en virtud de qué mandato ha procedido usted a hacerla?

—De orden del pueblo.

—¡Del pueblo! ¿Quién es ese pueblo que le da a usted tales órdenes, sin noticia ni conocimiento del gobierno?

—El pueblo quiere, el pueblo tiene que pedir.

Entonces intervino el diputado morenista Vieytes. Volvió a preguntar, el interrogado repitió como perico. A las 6 de la mañana, los redobles generales de tambores anunciaron la formación de tropas en la plaza, con excepción del Regimiento América. Una tropa de oficiales, encabezada por Martín Rodríguez y Juan Ramón Balcarce entró al despacho. Pidieron que se diera fin al interrogatorio y liberaron a Grigera. A la mañana se firmó un petitorio. Constaba de diecisiete puntos en contra de cierta porción de individuos que habían formado una facción de intriga y cábala. Se exigía la deposición de los morenistas de la Junta: Miguel de Azcuénaga, Juan Larrea, Nicolás Rodríguez Peña, Hipólito Vieytes, Domingo French y Antonio Luis Beruti, Ramón Vieytes, Gervasio Antonio Posadas, Felipe Cardoso y

Agustín José Donado. También se exigió que Manuel Belgrano fuera separado del ejército y regresara a Buenos Aires para enfrentar un sumario por la derrota en Paraguay. Las vacantes debían ser cubiertas por Feliciano Chiclana, Atanasio Gutiérrez, Juan Alagón y Joaquín Campana. El punto que encabezaba el petitorio era que se expulsasen de Buenos Aires a todos los europeos de cualquier clase o condición.

Los integrantes de la Sociedad Patriótica largaron una risotada. Les daba gracia, por no decir desprecio, aquella nueva alianza de charreteras y chiripás que ejercitaba la mordacidad de la servidumbre. Entre ellos murmuraban, comentaban y ridiculizaban, sin embozo, las ocurrencias y las grotescas actitudes de aquellos desvalidos soberanos.

A las 11 de la mañana, French y Beruti fueron apresados y encerrados en el cuartel de Arribeños. Una tropa de oficiales se dirigió a las casas de Posadas, de Donado, del presbítero Vieytes y de Cardoso, para tomarlos presos. Cerca del mediodía, desde los balcones del Cabildo se anunció la aceptación del petitorio. A la tarde, los detenidos fueron trasladados, con custodia, a la Guardia de Luján.

***

El contingente auxiliar no fue tan bien recibido en La Paz. Tras las aclamaciones del primer día, que incluyeron la entrega de la llave de la ciudad a Castelli, y un caballo moro con arneses y arreo de oro, los líderes rechazaron los regalos y se dirigieron al Palacio Arzobispal, seguidos por una procesión entusiasta. El representante de la Junta, flanqueado por Monteagudo y Balcarce, pronunció uno de sus tantos discursos.

Pero la entrada a esta ciudad no fue como las otras. No faltó el encono de algunos, que tildaron a los festejos en honor a los emisarios de la Junta, como impíos, por haberse superpuesto con el Miércoles Santo. Pues claro, son todos herejes, todos sacrílegos que van en contra de la palabra del Señor, repetía la turba de La Paz.

—Basura jacobina, no queremos estar bajo su merced —susurraban las voces de rechazo.

—¡Alejarnos de ellos! Veneno profanador.

—Y ese Castelli, ¡jugador y borracho!

—No se olviden de Monteagudo, mujeriego que nada lo frena, la mismísima personificación del diablo.

El Ejército Auxiliar —que había agregado fuerzas combinadas de Oruro y Chuquisaca, ampliando así el número de hombres dispuestos al combate— empezó a organizar la avanzada hacia el Desaguadero. Pero las diferencias entre porteños y altoperuanos empezaron a complicar a convivencia. La petulancia de algunos de los que venían de Buenos Aires, chocaba con la sensibilidad de la soldadesca del Alto Perú. Las diferencias no eran solo religiosas, ideológicas y culturales, el problema era el tratamiento que les daban los oficiales jóvenes del Auxiliar a los hombres del ejercito combinado, que contenía criollos, indios, mulatos y negros. Balcarce había dictado un bando para que sus hombres trataran a los cochabambinos como hermanos. Pero la orden no fue cumplida. Los oriundos de Cochabamba eran objeto de burla constante por parte de los porteños. Como los jefes y oficiales intercalaban palabras en quechua en sus dichos, las bravuconadas de la oficialidad de Buenos Aires iban en ascenso.

Los militares porteños se vareaban con ínfulas de superioridad. Una tarde, cuando el permiso llevó a unos oficiales a liberar las obligaciones castrenses en una fonda, la reiterada consumición de alguna bebida espirituosa convirtió a los soldados en una sarta borracha. Abrazados en un cántico torcido, los jóvenes de uniforme salieron a tomar aire. La ventolina los llevó hacia las afueras y en medio del serpenteo se toparon con un grupo de indios de rodillas frente a una cruz.

—¿Pero qué hacen estos cholos?

—Larguen, adoradores de supercherías.

—Venerando unas maderas en cruz, supersticiosos.

—Desacatados, pura devoción de ídolos…

Arremetieron contra los silenciosos indios, que prefirieron meter pies en camino que vérselas con aquellos salvajes. La religiosidad y su práctica eran, casi un asunto de Estado. Los soldados altoperuanos, entre ellos, se diferenciaban de los llegados desde Buenos Aires.

—Somos cristianos, no porteños —confesaban.

A medida que pasaban los días, se atrevían a más y se hacían escuchar.

Pero Castelli no era amante de los remilgos de la religión. Y mucho menos aguantaba las prebendas exigidas por los hombres de la Iglesia. Una cosa era Dios, otra bien distinta sus ministros; los consideraba enemigos explícitos del sistema y este pensamiento lo compartía con Monteagudo. De hecho, había dispuesto que los clérigos no pudieran ser elegidos diputados. Los hombres de sotana estaban vedados en la política. Varios debieron renunciar, tal fue el caso del presbítero Ramón Mariaca, que había sido elegido representante de La Paz. El 4 de mayo se reunió la asamblea y se eligió, en su lugar, al asesor de la intendencia Juan de la Cruz Monje y Ortega.

—¿Qué hacemos con el Obispo? —preguntó Bernardo, intranquilo.

El obispo de La Paz, Remigio de La Santa y Ortega, había marchado detrás de Goyeneche y lanzado terribles advertencias contra los insurgentes. Agitado, los había amenazado con la excomunión.

—Le he mandado una carta reclamándole que no abandone a su rebaño, que no tema, no será un perseguido político. Que vuelva, que aquí lo esperamos —señaló Castelli en busca de algo de paz.

—Pero qué dechado de bondad, jefe. Présteme un poco porque yo ya habría dado el escopetazo —la ira de Monteagudo tapaba los poros.

—Busquemos congraciarnos con el hombre, Bernardo. Mire que le he perdonado la vida, estaba en la lista de fusilamiento, pero preferí hacerla un bollo.

—Estoy cansado de esta gente. Inservibles buenos para nada.

Y llegó el día en que partieron hacia el oeste. Debían acercarse al río Desaguadero, donde, sabían, se habían instalado Goyeneche y sus hombres. Se afincaron en el campamento de Loja, organizado como el cuartel general. Una tarde, llegó a la barraca la noticia de que una patrulla integrada por doce húsares al mando del teniente Bernardo Vélez, en las cercanías de Guaqui, se había encontrado, de improviso, con un destacamento enemigo. Como tejo, Vélez había apurado la marcha hacia el pueblo, atrincherándose en la iglesia. Tras un enfrentamiento de pocos minutos, la patrulla de Goyeneche se había retirado llevándose consigo a dos prisioneros. Se intentó una negociación con el realista, pero no hubo caso. El 23 de abril, Castelli reforzó el oficio y reclamó que no se interfirieran las operaciones del

Ejército Auxiliar al este del Desaguadero.

Era domingo y no se supo bien por qué, pero había faltado y sin aviso, el cura de almas que daba la misa. Se había desatado una inquietud generalizada, era imposible quedarse sin el rito; Loja era un poblado muy católico y la fiesta de guardar era de concurrencia obligatoria.

La noticia llegó rauda al campamento y en un santiamén puso en autos a los líderes y oficiales del ejército. Castelli estaba reunido con unos pocos hombres, entre ellos el joven Monteagudo.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Y ahora por qué no aparece este buen hombre? —bufó el representante de la Junta. Temía que se le complicara la situación, o que les endilgaran, una vez más, un ateísmo beligerante.

—No se altere, jefe. Lo solucionaremos, no se preocupe —dijo Monteagudo y salió.

A paso redoblado se dirigió a la capilla. Cruzó el portal y se dirigió a la sacristía. Faltaba media hora para la celebración de misa. Minutos antes de la ceremonia, dio comienzo el soberbio repique de campanas que atronó el aire. Gentes de todos los colores se agolparon al templo, cada uno ocupó su sitio. Y desde la sacristía apareció el santo sacerdote, con bonete, alba y casulla, que no era otro que Bernardo de Monteagudo. Con una seguridad de locos, se plantó en el altar, dispuesto a celebrar la misa cantada, a predicar y administrar la comunión a los feligreses.

—*Dominus a vobiscum* —gritó con voz de mando militar.

—*Et cum espíritu tuo* —respondía en coro la feligresía, al son de arpas y zampoñas.

Como si supiera, Bernardo continuó con las oraciones, que fueron y vinieron en atenta complicidad. Le llegó el turno a la comunión y se acercó a la nave principal, munido del copón con el cuerpo de Cristo, tras haber partido su hostia, para luego introducírsela en la boca. Dio de comulgar a una congregación confesada y sin confesar, poco le importó a nadie. Y si algún feligrés desconfió del hombre que vestía el hábito, tampoco lo hizo saber. Era una grey fanática y crédula, la sotana hacía al monje. Monteagudo regresó a la sacristía, se calzó el sobrepelliz y salió al púlpito. Predicó largo y tendido.

—Y, queridos hermanos, la muerte es un sueño eterno… —concluyó.

Los fieles salieron de la capilla, alegres y campantes, risueños y con la mirada juguetona. Estaban convencidos de que la muerte no era tal sino un sueño largo, y que siempre tendría un plácido despertar.

1 - Ubicado en la esquina nordeste de Alsina y Bolívar.

2 - San Martín, entre Perón y Mitre, en la actualidad.

3 - Plaza Miserere, en Once, en la actualidad.

4 - Se llamó Plaza Mayor desde 1580 hasta 1808; luego, Plaza de la Victoria y desde 1880, Plaza de Mayo.

CAPÍTULO
V

Monteagudo se cansó de esperar. ¿La cárcel era su destino final? ¿Y en la ciudad que lo había visto nacer? Marche preso habían ordenado, y en Tucumán; privado de su libertad y por cuarta vez. Basta. Solicitó tinta y papel, le fueron dados y se dispuso, el 6 de octubre de 1811 a hacerle el reclamo formal a la Junta.

"…y prefiero una procelosa libertad a una esclavitud tranquila…", apuntaba Bernardo, considerándose inocente de todo. O por lo menos de lo que se lo acusaba.

Tras la derrota de la batalla de Guaqui en junio, las cosas habían ido de mal en peor. El triunfante Goyeneche había ligado el título de conde y vítores realistas, mientras que el Auxiliar, tras perder todo el armamento, se había visto obligado al repliegue, con la cabeza gacha. La moral de las tropas se había quebrado, fue en vano encontrar alguna explicación. Castelli había decidido marchar hacia Chuquisaca y de ahí a Tupiza. Monteagudo, su secretario y auditor de Guerra, lo había seguido, además de otros tantos leales. La Junta de Buenos Aires les había prohibido entrar en combate sin la certeza del triunfo. Ellos habían entrado igual, el resultado fue la penosa retirada.

"…Decidido por opinión y por carácter al sistema de la libertad de la Patria desde los crepúsculos de la revolución, solo he omitido hacer aquellos sacrificios que eran superiores a los esfuerzos de mi celo, y consecuente en mis principios he desempeñado con la exactitud que me ha sido posible la secretaría de comisión y guerra que estaba a mi cargo…", necesitaba explicar sus razones.

Pero en Buenos Aires las cosas se habían visto desde otra óptica. Saavedra, inquieto ante la rebeldía de Castelli, había enviado a su adicto, en ese entonces Juan José Viamonte, a la zona bélica. Necesitaban seguir de cerca al representante díscolo. Saavedra había responsabilizado al golpe del 5 y 6 de abril para el desenlace nefasto

de Guaqui e insistido con la separación de Castelli del cargo. El peligro no había cesado. A mediados de julio, el gobierno realista de Montevideo había bombardeado Buenos Aires. La oposición al gobierno, preocupada, le había reclamado a la Junta, que quitaran, de una buena vez, a Castelli del mando, que para nada servía, menos para dar impulso a la organización del ejército y que Saavedra, aunque militar, era un inepto en todo sentido. A fines de agosto, Cornelio Saavedra y el religioso Manuel Felipe Molina partieron al Alto Perú.

"…Mi probado patriotismo aún se resiente de calcular la causa. Fluctuando en un tropel de incertidumbres me decido a creer que sin dejar el gobierno de hacerme justicia sobre mis verdaderos sentimientos, habrá tenido algún aparente motivo para graduarme culpado. No me avergonzaré de exponer con la imparcialidad que debe caracterizar a los vasallos de la ley, lo que únicamente podrá haber influido en el concepto de V.E. con relación a mí…", no cejaba Bernardo.

La conspiración había encontrado terreno fértil en una Buenos Aires descabezada. El diputado por Jujuy, Juan Ignacio Gorriti y el vocal Domingo Matheu habían vociferado acerca del estado deplorable de la situación política y la continua alarma en la que estaba sumida la capital, por los rumores de revolución que se esparcían por las calles. Si el Cabildo conocía los sucesos, en sus manos estaba el remedio. Y si no los tomaba, bien gracias. Empezaron las grescas, acusaciones cambiadas y, a mediados de septiembre, el Cabildo afirmó que no estaba en condiciones de mantener la paz pública. Y se abalanzaron los agitadores a la plaza. Se convocó a elecciones y entre gritos y tensiones, el 23 de septiembre se designó una nueva forma de gobierno: un Triunvirato compuesto por los más votados. Feliciano Chiclana, Manuel de Sarratea y Juan José Paso ocuparon sus sillas.

"El más amante de la verdad está expuesto muchas veces a confundir la sombra con la figura y dejar la realidad por abrazar sus apariencias: formar un juicio es comparar ideas distintas, este es un acto de la razón: errar en la comparación no es un vicio de la voluntad; y obrar según aquella primera impresión no es más que seguir esa fuerza moral que produce la convicción. Entre las causas que más contribuyen a esto, la

distancia de los objetos influye en sumo grado, pues a manera de un lente de aumento da un bulto colosal a los mismos átomos. No solo las pasiones coadyuvan a esta transformación moral, las virtudes mismas suelen tener parte: ambas no son más que unos hábitos que llegando a cierto punto infunden al alma un temple de delicadeza que se resiente de la menor contradicción…", víctima de sus verdades, Monteagudo insistía.

Saavedra había marchado junto al diputado Molina, y en el camino le había llegado la noticia de que Castelli y sus fieles se dirigían a Buenos Aires. El 17 de agosto, al llegar a Salta, ordenó las detenciones. Pero ya no estaban allí, habían seguido viaje por Tucumán. La Junta ordenó expresamente la detención de Monteagudo. Llegó la orden el 31 de agosto a nombre del Comandante de Armas de Tucumán. En septiembre marchó preso. Pero Bernardo no estaba al tanto del vuelco de los sucesos políticos de la Capital. Convencido de su probidad, se dirigió a la Junta de Buenos Aires para reclamar su libertad.

"…mi Patria es todo el territorio de la América… Últimamente me lisonjeo de V.E. me permitirá pasar libremente a esa capital a tomar parte que pueda en los programas públicos…", firmó el doctor Bernardo de Monteagudo.

El Triunvirato recibió el oficio y cinco días después ordenó su libertad. Y encomendó al Comandante militar de Tucumán que lo indemnizara por los perjuicios que había sufrido. También le comunicó a Saavedra, cesante en su comisión, la sorpresa por no haber defendido la seguridad del ciudadano y por haber dividido a los pueblos en facciones opuestas.

Bernardo tomó aire y partió rumbo a Buenos Aires.

***

El salón de doña Melchora de Sarratea desbordaba de amigos, como todos los martes. Los habitués llegaban puntuales —algunos quedaban rezagados por algún compromiso de último momento— a la casa de la calle Santo Domingo (1) y la señora los recibía con entusiasmo. Sabía entender las explicaciones brindadas. Era la hermana del triunviro don Manuel de Sarratea, propietario del solar en el que ambos vivían, e integrante de unas de las familias más

esclarecidas de Buenos Aires. Los dos eran solteros. La señora era el colmo de la simpatía; él, del orgullo y la jactancia, y la *créme de la créme* de la capital no se perdía las tertulias "en lo de Sarratea".

Desperdigados por la imponente sala de gobelinos colgantes, sillones tapizados en damasco morado, mesas de maderas trabajadas y arañas atestadas de velas encendidas, los invitados conversaban y bebían, porque de eso se trataban los martes *chez* Sarratea. Allí estaban don Antonio de Escalada y su mujer, doña Tomasa De la Quintana, Madame Riglos —así le decían aunque había nacido en el Río de la Plata— y su marido, don Miguel de Irigoyen y Quintana, doña Casilda Igarzábal, doña María Rosa Lynch, Marica Sánchez y su esposo, don Martín de Thompson, y no faltaban, como era de esperar, algunos comerciantes ingleses como Parish Robertson, los Billinghurst y los Mackinnon. En esos sitios se cocían los negocios marítimos. Entre copa y sarao se acordaba la compra-venta de mercadería. Como en feria pero en voz baja.

Parish Robertson acaparó a doña Melchora, con quien tenía una estrecha amistad. El inglés aceptaba todos los convites, era solicitado en todos los salones, pero con la señora Sarratea tenía una debilidad.

—Mi querida madame Staël, está usted espléndida esta noche —la lisonjeó el caballero. —Con el permiso de la francesa, por supuesto. Ella sabría entender.

Y largó una carcajada. A Parish le gustaba compararla con la Baronesa de Staël Holstein, la *salonniére* gala, famosa por su salón literario en París.

—La señora era amiga de Napoleón, tengo entendido. Y en esta casa preferimos a los ingleses, *my dear* —doña Melchora sacudió el abanico con una calidad excelsa. Había sido una belleza en su juventud, todavía era hermosa, pero sobre todo, muy inteligente y sagaz.

—Me parece que ese vínculo se rompió, mi amiga. Bonaparte, he sabido, se sintió asediado por ella, la llamaba la turbulenta, le parecía ambiciosa, intrigante y sediciosa. Decía que ella era capaz de arrojar a sus amigos al mar a fin de poderlos salvar cuando estuviesen a punto de ahogarse —refrendó Parish.

—Pero por favor, qué atrevido ese hombre. ¿No ven que tengo

razón? Algunos son pura fachada —y volvió al abanico. La señora era algo exigente en cuestiones de matrimonio, no se había casado y prefería continuar así. —Aunque bien me sabes, mi querido, de ningún modo transo con la relajación moral que ha introducido la revolución a estas tierras.

Doña Ana de Riglos le interpuso una de sus miradas silenciosas. Como en tantas otras cosas, no acordaba con Melchora. Parish notó la rispidez en el ambiente. Algunos otros, atentos a lo que sucedía, también.

—Sabemos bien que eres *whiggish* (2) de principios, Melchora. Y los tuyos, Anita, son *tories* (3) . Pero bien pueden convivir, ¿o no?

—¿Y Manuel, Melchora? —preguntó Escalada, buscando airear el ambiente.

—Ya sabes, andan reunidos —la señora Sarratea agradeció la interrupción. —Hay problemas, parece. Los ánimos están caldeados.

—Mi marido, tengo entendido, está al arribar. Y todo esto me tiene demasiado preocupada —María Rosa Lynch, la esposa de Castelli, había recibido una misiva que le advertía de su regreso derrotado.

—El que ya está en Buenos Aires es su secretario, el joven abogado Bernardo de Monteagudo —interrumpió Martín de Thompson, mientras le servía una copa de vino a su mujer.

—¿Y por qué joven? —preguntó doña Mariquita.

—Pues porque tiene solo 22 años —respondió.

Los convidados habían escuchado hablar del abogado de Chuquisaca, de su temple de fuego y su estilo jacobino.

—Pero mira tú, qué tal la cantidad de cuentos que se traen del hombre, que parecía portador de una madurez de años —don Antonio de Escalada negó con la cabeza.

—Le han tomado declaración ante el Consejo de Guerra. Ya saben, el *affaire* Guaqui, el proceso a González Balcarce y todo lo que les endilgan —agregó Irigoyen, que se había excusado del cargo de juez fiscal en la causa, nombrando a Nicolás de Vedia para el mismo. Recordó, en silencio, cuando los habían metido presos a él y a Antonio, meses atrás, por ser sospechados de conspiradores y detentores de ideas exaltadas. Cuando todo parecía calmarse, se soliviantaba otra vez.

Todos miraron a la mujer de Castelli. Intuían que se aproximaban tempestades.

—Pero Martín, convidemos al joven letrado a casa. Quiero saber de él, que me cuente, de primera mano, lo que ha sucedido en el Alto Perú. ¿Adónde le enviamos la esquela? O encárgate de hacérselo saber, lo quiero en nuestra próxima tertulia —le dijo Marica a su marido.

Thompson asintió. No había modo de contradecirla, en todo caso. Y al instante, cruzó el umbral una corte de criadas con una variedad de bebidas. Doña Melchora hizo una seña y dos músicos hicieron su entrada. Uno traía una guitarra, el otro se sentó al pianoforte. La señora indicó que dieran inicio al acompañamiento musical. Ya se sabía que Escalada sacaría a bailar a alguna dama. Era un asiduo bailarín, el alma de las fiestas. Su esposa acompañaba, aunque a veces terminaba molida y prefería que siguiera el ritmo con otras.

Sobre la mesa descansaban las bebidas. Había refrescos, té, vino y ponche. En casa de los Sarratea no se avariciaba nada. Habiéndose quitado de encima, en 1810, a los godos, había volado, de un plumazo, la sobriedad española. ¡A disfrutar de la buena vida!

—Ay, Melchora querida, cuéntanos más —insistieron los que prefirieron las sillas a las piernas bailantes.

Y la señora, que poseía abundante repertorio de anécdotas, a cual más agradable, y como conocía a la perfección a la sociedad porteña, empezó a contar, a su manera, aguda y punzante. Habladurías o no, le importaba poco.

***

Bernardo abrió la *Gazeta de Buenos Ayres* extraordinaria del jueves, de par en par. Había escuchado por ahí que su flamante redactor había publicado una columna corrosiva. El periódico había inaugurado autoridades, Pedro José Agrelo había renunciado tras el decreto impuesto por el Triunvirato, que establecía que el diario era un papel particular y no respondía a la visión del gobierno. Con Saavedra, la *Gazeta* había sido el único periódico político, de carácter oficial y ahora el redactor era el sacerdote Vicente Pazos Silva, conocido como Pazos Kanki. El religioso era hijo de aymaras y se

había consagrado en Cuzco, se había mezclado con el ambiente intelectual de Charcas y allí entablado relaciones con el difunto Mariano Moreno. A pesar de ser un hombre más moderado y embestir contra las posiciones más violentas, permaneció en su vínculo con el sector morenista. El más estrecho, con Manuel de Sarratea, que había impulsado su nombramiento como editor de la *Gazeta* .

Atropellado, Monteagudo dio vuelta las páginas hasta que lo encontró. No entendía cómo era posible que se metieran de ese modo con él, con Juan José Castelli, con el resto de sus camaradas. Pocos días atrás había estado en reuniones en la Secretaría de Guerra, desempeñada por don Bernardino Rivadavia, para dar las explicaciones del caso. Era un ex funcionario militar de la campaña al Alto Perú y un ex preso político. El secretario lo había escuchado atentamente.

La sangre le hervía mientras leía:

"La conducta de los agentes de la expedición desgraciada del Perú nos ha deshonrado a la faz del mundo y nos ha puesto al borde del precipicio. Preciso es que con inexorabilidad se castigue, después de un juicio imparcial, a esos profanadores sacrílegos de nuestra santa causa. No quiera Dios que por una condescendencia vergonzosa se omita la satisfacción al público, porque entonces vendría a ser el remedio peor que la enfermedad."

Leyó y volvió a leer. Le pareció inconcebible tamaño encono. ¿Qué sabría ese tal Kanki de la entrega de los auxiliares? ¿De dónde salía el discurso? ¿Quién los atacaba, en verdad? ¿Y por qué? Monteagudo no quiso esperar. Era su turno, quería responder aquel ataque. Y de la misma forma. Dominado por el calor de su sangre, escribió:

"El vasallo de la ley al Editor,

Si para ser libres bastara el deseo de serlo, ningún pueblo sería esclavo: mas por desgracia esta tendencia natural de todo ser que piensa, encuentra escollos muchas veces inaccesibles a la imbecilidad del hombre, no solo en las naciones cuya suerte ha sido

envejecerse sin perfeccionar su constitución política, sino aun en aquellas que parecen destinadas a presidir el destino de las demás. En las unas, la corrupción y el fomento de las pasiones terminan la época de su libertad, en las otras, la ignorancia y el temor de los contrastes consiguientes a las grandes revoluciones, retardan el día de su esplendor y exaltación…

De necesidad ha de llegar este caso, mas entretanto ningún sensato podrá mirar con indiferencia la nota indiscreta, que en la Gaceta extraordinaria del jueves pone el editor en los últimos períodos de las reflexiones de Juan Sin Tierra. Allí llama a los agentes de la expedición del Perú sacrílegos profanadores de nuestra santa causa. No son estas las producciones que inspira el espíritu público el patriotismo ilustrado. Nuestro mismo gobierno ha jurado respetar la seguridad individual de todo ciudadano, y una de las más augustas prerrogativas que derivan de aquella es no juzgar delincuente a ningún hombre, mientras los ministros de la ley no le declaren tal: es decir, que el editor se ha arrogado el derecho de prevenir en su juicio a todos los pueblos, inspirándoles sentimientos parciales eversivos de la armonía civil, único sostén de la libertad…

Ciudadanos de la América del Sud, jamás podremos ser libres si no damos de mano a las pasiones: para llegar al santuario de la libertad, es preciso pasar por el templo de la virtud. La libertad no se adquiere con sátiras injuriosas, ni con discursos vacíos de sentido: jamás violemos los derechos del hombre, si queremos establecer la constitución que los garantiza…”

Y firmó con su nombre, nada de seudónimos como hacía el resto. A Pazos Silva, al recibirla, no le quedó otra que publicarla. Evitó el carácter de extraordinaria pero la publicó igual y, de inmediato, esta captó la atención del Triunvirato. Rivadavia lo volvió a convocar en su despacho.

—Doctor Monteagudo, quiero ofrecerle el puesto de coeditor de la *Gazeta de Buenos Ayres* . Me complacería enormemente que aceptara —le ofreció el Secretario.

—Me honra la propuesta, señor.

—Alternaría con Pazos Silva la edición. La de él por los martes, la suya sería los viernes.

Lo que no le dijo fue que quería marcar distancias con Sarratea, quien tenía a su voz en Kanki. La suya sería la de Monteagudo. Tampoco hizo falta. Bernardo estaba dispuesto a meterse en la intriga política y aceptó de buena gana. Él no sería la voz del gobierno, eso se lo dejaba al cura. El periódico, para él, sería el interlocutor de la autoridad política. Asumía como un publicista político que comunicaría las ideas que buscaba hacer realidad.

El 1° de diciembre, Rivadavia lo convocó al Cabildo. Sería la jura del Estatuto Provisional, en reemplazo del Reglamento, documento que había sido aprobado por la Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII. Corrían nuevos vientos en la capital. Desde los balcones del Cabildo, Bernardo perdió la vista en la Plaza Mayor. Por allí desfilaban las tropas que recién regresaban de la Banda Oriental, donde se había establecido una paz temporal.

Desde adentro le llegaron voces. Giró y vio venir a Rivadavia, acompañado de otro caballero.

—Doctor, quiero presentarle al flamante Coronel de Patricios don Manuel Belgrano —le habían quitado el desempeño histórico del regimiento a Saavedra.

—Buenas tardes, y lo saludo de abogado a abogado, doctor Monteagudo —Belgrano le extendió la mano.

—Mis honores, doctor. Su primo me ha hablado tanto de usted —Bernardo hizo referencia a Castelli.

—Mi querido Juanjo.

Y la bulla de la plaza les hizo girar la cabeza. Una inmensa cantidad de habitantes colmaba el lugar. El regocijo de sus semblantes marcaba un cambio de tiempo, o unas ganas inusitadas de que eso llegara al puerto, de una vez. Qué diferencia, decía un murmullo generalizado. Aunque, no tan lejos de allí, un movimiento hondo y lento reclutaba a algunos disconformes y abatidos. Mientras en la plaza batían palmas por el advenimiento del Triunvirato, a unas cuadras de allí, intrigaban los simpatizantes del depuesto Saavedra.

1 - Actual Avenida Belgrano.

2 - De principios liberales.

3 - Conservadora.

CAPÍTULO VI

—Señora, la buscan. Ese caballero que viene siempre… —la cara sonriente de la criada asomó por la puerta abierta de la sala.

—*Merci* , Rosita, hazlo pasar. Siempre puntual, Bernardo —dijo Mariquita y apoyó el periódico sobre su regazo.

Monteagudo entró con paso seguro, extendiendo los brazos y dedicándole una sonrisa amplia a la dueña de casa. Ella se incorporó y le ofreció sus manos. Él besó una, la otra, y le dedicó una mirada galante. Desde que los Thompson lo habían participado a las reuniones que ofrecían, Bernardo se había convertido en un asiduo concurrente a la casa de la calle Unquero (1) .

La joven Mariquita se había apropiado del abogado de Chuquisaca, apenas cruzaron palabra, ella le propuso que lo introduciría en la sociedad porteña, que sería su mentora, su mecenas, todo lo que él quisiera. El salón de la dama era de lo más codiciado junto a pocos más y, a pesar de sus jóvenes 25 años, ella ostentaba una sagacidad y un manejo del vareo como casi nadie. Sabía muy bien a quiénes acercarse y a los que mejor perder que encontrar, la política y el poder de Buenos Aires confluían en su residencia.

Luego de subir los cinco peldaños de mármol de la entrada, flanqueada por las tres ventanas de rejas, se llegaba a la imponente sala adornada con muebles de caoba, cortinas de brocado amarillo y espejos venecianos. Y bien a la vista de todos estaban el clavicordio, un arpa y el laúd, que eran ejecutados por músicos, las tardes de fiesta.

—Acompáñame al patio, Bernardo, que aquí tengo calor —levantó el periódico que había caído al piso y lo llevó consigo.

Le indicó que se sentara al lado de los azahares, ella se dirigió hacia la cocina y le ordenó a sus esclavos que le sirvieran el chocolate en el patio.

—Pero, ¿cómo estás, Bernardo? Estoy anonadada con esta, tu última publicación —y le sacudió la *Gazeta* en la cara. —Eres tan brillante, amigo mío. Cómo nos hacía falta gente como tú. Tres cadenas han sujetado a este gran continente, aunque a veces temo que sigamos sujetos. El terror, la ignorancia y la religión católica. ¡Al fin un cerebro inquieto, Bernardo!

Monteagudo lanzó una carcajada, su nueva amiga era tan ocurrente. Y tenía un sentido del humor único. En un periquete entraron los esclavos con la porcelana y la tetera de plata labrada. Sirvieron el chocolate caliente y volvieron por donde habían llegado.

—¿Así que te ha gustado, Marica?

—Fascinante, pero léemela tú, que sabrás ponerle la intención donde se debe. Además, por algo te benefician con el mote de orador excelso. Hazme ese grato favor.

Monteagudo carraspeó, extendió el papel frente a sus ojos y se dispuso a leer:

"A las americanas del sud
Mientras la sensibilidad sea el atributo de nuestra especie, la belleza será el árbitro de nuestras afecciones; y señoreándose siempre el sexo débil del robusto corazón del hombre, será el primer modelo de sus costumbres públicas y privadas."

—¡Pero qué maravilla! Perdón que interrumpa, pero sigue, sigue —y lo miró embelesada.

"Esta invencible inclinación a esa preciosa parte de la humanidad, influye sobre nuestras acciones en razón combinada de la dependencia en que estamos de ella, dependencia que variando en el modo sin decrecer en su fuerza, sigue todos los períodos de nuestra edad, anunciándose por medio de nuestras progresivas necesidades. Débiles y estúpidos en la infancia, incautos y desprovistos en la puerilidad, nuestra existencia sería precaria sobre la tierra sin los auxilios de este sexo delicado."

—Y pensar que a mí, hace unos años, me han tratado de perdida.

¿Sabías que me dictaminaron, en su momento, pérdida de la razón? No, si yo te digo, que me encerraron en un convento para dominar mi voluntad. ¿Y me la dominaron? Antes muerta, Bernardo —bebió un sorbito del chocolate y batió las pestañas.

—¿Y tu marido, Mariquita?

—Ocupado en sus menesteres. Sabes que es Capitán de Puertos, pues debe andar por allí, qué sé yo. Pero vamos, lee —batió palmas la damita.

"Mas luego que el hombre adquiere ese grado de fuerza y vigor propio de su organización, un nuevo estímulo anuncia su dependencia, y la naturaleza despliega a sus ojos el objeto de su inclinación. Esta es la época que fija su carácter, y determina su conducta: él pone entonces en obra todos los medios capaces de facilitarle la satisfacción de una nueva necesidad que no puede resistir."

Levantó la vista del papel y observó a la señora Sánchez, olvidó que era de Thompson. Ella, segura, no le quitó los ojos de encima. Y siguió con la lectura. Su voz encantó a Mariquita, lo que decía aún más.

"…estimular y propagar el patriotismo es que las señoras americanas hagan la firme y virtuosa resolución de no apreciar ni distinguir más que al joven moral, ilustrado, útil por sus conocimientos, y sobre todo patriota, amante sincero de la libertad, y enemigo irreconciliable de los tiranos…"

Y terminó, de memoria, recitando el último párrafo en el que hacía referencia a la "¡libertad, libertad sagrada, yo seguiré tus pasos hasta el sepulcro mismo!". Mariquita se puso de pie y lo aplaudió.

—Eso, Bernardo, quitémonos el yugo aterrador, esa vigilancia incansable que se ha impuesto desde siempre.

—Mujeres como tú nos hacen falta. Y yo confío en que las hay a montones, solo necesitan alzar su voz. Pero ¿te ha gustado mi escrito, entonces? Sabes que parece que Rivadavia no ha quedado conforme.

—Pero qué es ese disparate, ¿qué ha dicho ese hombre? —se retobó Mariquita y avanzó con el cuerpo hacia su interlocutor.

—Algo así como que le he dado al patriotismo incentivos impuros —y resopló.

—¿Qué? Rivadavia, a veces, me cansa.

—Bueno, me vinieron con el cuento de que dijo que el gobierno no me había dado la poderosa voz de su imprenta para predicar la corrupción de los sátiros.

—Ay, querido, permíteme hacer mis averiguaciones. Siento que aquí alguien ha metido la cola. Te voy a ser sincera, Bernardo, tu llegada ha causado sensación. Muchas señoras han levantado la ceja, con curiosidad y algo más, y algunos buenos para nada han echado a rodar maldades acerca de ti.

—Estoy acostumbrado, Marica. Aunque me aburren bastante.

—¡Pero claro que sí! Hablan porque haces, dicen porque piensas, despotrican porque les quitas el lugar de muertos vivientes.

Bernardo se le acercó y la abrazó. Ella le arrojó sus brazos sobre los hombros. Qué hombre deslumbrante, pensó Mariquita. Pero qué desgracia tener marido, insistió.

—Tienes que conseguirte una mujer, mi querido. Comprométete, yo te encontraré una bonita dama para que te quiera y te haga feliz — se distanció un poco y le palmeó el pecho con su mano pequeña.

—Tú no tienes nada que buscarme. A mí me gustas tú, Mariquita. Nadie como tú, que se ríe conmigo, y le intereso y me interesa.

Ella se rio, aceptando la estocada y Monteagudo la atrajo hacia su cara y la besó. Ella se quedó quieta. Por primera vez.

***

—Ministro, excúseme la hora, estamos en serios problemas —entró el edecán a la recámara de Bernardino Rivadavia. No eran momentos de cuidar las formas, había estallado un levantamiento.

Rivadavia se incorporó en el acto, su esposa, doña Juana Del Pino y Vera Mujica, hija del ex Virrey, abrió un ojo y en un acto reflejo se cubrió con las cobijas.

—Tranquila, Juanita, quédate aquí.

El hombre salió de la alcoba vestido de cama y, en el pasillo, lo

esperaba Manuel Belgrano con cara de pocos amigos.

—Discúlpeme, ministro, estamos en una emergencia —informó el comandante de Patricios y fue detrás del dueño de casa, que apuró el paso hacia su despacho.

Bernardino Rivadavia no estaba de humores. El día anterior había sido informado de un cambio de planes. El Triunvirato había hecho un enroque, lo habían sacado del ministerio de Guerra y había pasado a ocupar la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores. Sin embargo, el hombre mantenía el poder y era la línea directa con el Comandante de Patricios. El ministro había gritado por una proclama publicada en *La Gazeta* , la había considerado un acto de debilidad, absteniéndose a firmarla. ¿Cómo era posible que ese triste documento les reclamara a los soldados del ejército que defendieran los derechos de Fernando y la libertad de sus pueblos? Inconcebible. Estaba harto de las confusiones de algunos.

—Dígame, comandante. ¿Por qué me ha sacado de la cama a estas horas de la madrugada?

—Al caer la noche recibí un informe de un principio de insubordinación en el cuartel. Me presenté a ver qué sucedía, no vi demasiado movimiento y me retiré. A la hora me anunciaron que había estallado un motín.

El rigor de Belgrano era conocido. Y repudiado por la soldadesca indisciplinada pero además, saavedrista. La remoción del antiguo jefe de los Patricios había excitado al regimiento, y la llegada del intruso, que además no era militar, había despertado furias. Manuel Belgrano no se había dejado amedrentar por los Patricios y había redoblado la apuesta. Cerca de la medianoche, un oficial los había enfrentado, amenazándolos con cortar sus trenzas. Los Patricios, a la usanza española, usaban una larga trenza que flotaba en sus espaldas, como seña de elegancia y aristocracia. Los soldados se apoderaron de la guardia y del arsenal del cuartel y expulsaron a los oficiales. Acaudillados por sus cabos y sargentos, presentaron un petitorio. Entre las exigencias, reclamaban la exclusión de Manuel Belgrano del puesto.

—Bien, me aguarda aquí. Me visto y nos dirigimos al Fuerte.

Hacia allí se fueron, los triunviros aguardaban en la fortaleza. Los

ánimos estaban caldeados, la discusión inundó la sala de reuniones. Asomó el sol desde el horizonte con la plana mayor del Estado tomando decisiones. Chiclana expuso el petitorio pero exigió que el regimiento debería deponer las armas antes de su estudio. Los insurgentes rechazaron el pedido. Se los llamó a Juan José Castelli y al Obispo de Buenos Aires, Benito Lué y Liega, para que intercedieran.

Las autoridades redactaron una proclama que decía, entre otras cosas:

> *"¡Soldados! Solo la seducción de los enemigos de la Patria Ha podido conduciros a la insurrección contra el gobierno y contra vuestros jefes. Ceded, en obsequio a la causa sagrada que habéis obtenido con vuestra sangre, ceded, por el amor de vuestros hijos y de vuestras familias, que serán envueltos con el pueblo en los horrores de la guerra civil; ceded, en fin, por obsequio a vuestros deberes y un velo eterno cubrirá para siempre vuestra precipitación y el delito de sus autores."*

Castelli y Lué se dirigieron al cuartel. No hubo caso, los amotinados rechazaron el pedido. Volvieron al Fuerte. Rivadavia cerró los ojos. Era imposible seguir demorando la cosa. Recordó las contrariedades que le había enviado Pueyrredón desde el Norte. Tras el derrumbe de la Junta y la honra de Castelli, el Triunvirato le había otorgado el mando del Ejército del Norte a Juan Martín de Pueyrredón. Y la correspondencia maliciosa contra Castelli, Monteagudo y varios más no había cejado.

—A ver, o seguimos en esta demora consuetudinaria o tomamos cartas en el asunto —dijo Rivadavia, que ya no era ministro de Guerra pero le dio igual. —Debemos ajusticiar a los amotinados, caballeros. La prudencia se acabó. Hay que atacar el cuartel.

Nadie lo contradijo. Las tropas de los demás regimientos cercaron el cuartel de Patricios. El ataque estuvo a cargo del coronel José Rondeau y del teniente coronel Miguel Estanislao Soler. Hubo muertos y heridos. Solo así se sofocó el motín.

Pocos días después, cuatro sargentos, dos cabos y cuatro soldados del Regimiento de Patricios fueron condenados a muerte por ser los

autores principales. Los miembros de la derrotada Junta patricia fueron exiliados al interior. El Deán Funes fue sometido a prisión y a proceso. El 11 de diciembre, los líderes del golpe fueron fusilados y colgados en la Plaza del Fuerte.

***

Una infinidad de personas ocupaban la gran sala y el primer patio de la casa de don Antonio de Escalada. La temperatura de enero y el cielo de luna inmensa marcaban la intención de tomar el fresco. Doña Tomasa había preparado los ambientes para que nada quedara liberado al azar.

El patio —iluminado por una cantidad exorbitante de bujías y velones— era el elegido por los más jóvenes, la gente de edad prefería las comodidades del salón. Remedios, Mariano y Manuel, hijos de don Antonio y doña Tomasa, lideraban la reunión del patio. La joven Escalada departía con dos amigas, María Sandalia Dorna y Manuela Figueroa, que habían llegado con sus respectivos padres, apoltronados adentro.

—¿Con quiénes vinieron, Sandalia, Manuela? —les preguntó Remedios mientras elegía el pastelito más crocante del plato.

En realidad quería saber si Gervasio, hermano mayor de María Sandalia, había formado parte de la comitiva familiar. Sus padres le habían comunicado, la noche anterior, que habían elegido al hijo de don Antonio Dorna y doña Pascuala Sosa para que la desposara. Y cuánto mejor que sea el hermano de tu querida amiga, le habían dicho. La noticia le había caído como balde de témpano, semejante escalofrío le produjo. Sabía que la elección del candidato era asunto de su papá querido que debía prometerla con un hombre que así y asá, de dinero y posición, que le ofreciera todo y mucho más y que pudiera cuidarla cuando él ya no estuviera. Pero se había sentido exigida, muerta de susto y con ganas de fugarse a otro país. Su madre, más lúcida que el hambre, le había adivinado la tirria. A puertas cerradas la había conminado a cumplir el mandato familiar: boda sí o sí. Tenía oídos sordos para cualquier descontento de su hija.

—Con mis padres y Gervasio —respondió Sandalia, con una sonrisa cómplice.

—Y yo con los míos —agregó Manuela, con la mirada perdida hacia el interior de la casa, esperaba la llegada de Mariano de Sarratea, hermano del triunviro, pero además, el caballero que la cortejaba y andaba en conversaciones con su padre, don Lorenzo Figueroa y Sotomayor, para concretar el compromiso.

Las mocitas hablaban de esto y aquello, de los paseos y la modista, de aquel tafetán nuevo que les había llegado de Europa, o el vestido y las alhajas de aquella señora de tal, reían y se contaban sus cosas, mientras los invitados deambulaban por ahí.

Adentro se conversaba de cosas serias. O eso hacían creer. Monteagudo era el centro de atención, hacía unos pocos días había participado de la refundación de la Sociedad Patriótica y había dado un discurso intempestivo. El gobierno, con Rivadavia como voz cantante, le había concedido el local del consulado para la inauguración de las sesiones, y participado del acto. Lo habían recibido con ganas en el club, era un integrante más aunque sus pretensiones eran no pasar desapercibido. La ciudad hablaba de él, se había encargado de distribuir rendidos saludos a las damas y corteses cumplidos de afilado esgrimista en guardia a los caballeros. La estrategia usada había salido bien, a nadie le era indiferente. Además, la amistad con Mariquita había oficiado como el mejor salvoconducto. Si ella lo aprobaba, todos consentían.

—Ven, Bernardo, que me han confiado que tu discurso de los otros días ha sido fascinante —le dijo don Antonio de Escalada y se lo llevó a un aparte. —Y con una concurrencia plena, obispos, autoridades, cabildos y una multitud de ciudadanos.

—Oh, señor, me ruborizo ante sus palabras pero qué le puedo decir, he dicho lo que siento. No me voy con imposturas.

—Pero no te ruborices, muchacho, orgulloso deberías estar.

—Le agradezco señor y aquí le repito lo apuntado: que debemos agotar nuestra energía y entusiasmo hasta ver la luz patria coronada de laureles y a los habitantes de la América en pleno goce de su augusta y suspirada independencia —recitó Monteagudo, sin darse cuenta de que varios de los invitados escuchaban atentamente. —Fue muy emocionante, después se cantó la marcha de la patria y la concurrencia salió, entonando himnos a la libertad hacia la Fortaleza,

y a seguirla por las calles. Una tarde llena de gloria.

Los hermanos Sarratea, Manuel y Martín, integrados hacía unos minutos a la reunión, se acercaron al joven orador.

—Antonio, qué gran noche, y con el agregado de la presencia del tribuno Monteagudo —saludó el integrante del Triunvirato, don Manuel de Sarratea. —¿Cómo está, joven?

—Buenas noches, señor —saludó y le extendió la mano.

—Mire lo ecuánimes que somos en este gobierno, que las diatribas que ostentan usted y el Kanki están permitidas —sugirió el protector de Pazos Silva, queriendo exponer que nada le importaban las críticas de los viernes en la *Gazeta* . Monteagudo pegaba fuerte cuando así le parecía. Y el Triunvirato chillaba a puertas casi cerradas.

—A ver si lo dejan un poco tranquilo, amigos —Mariquita se acercó con paso lento y manos en jarra, miró hacia atrás y le dijo a su marido: —Martín, ven a conversar con estos hombres que yo me llevo a Bernardo al patio a conocer a alguna damita en edad de merecer. Ustedes son muy aburridos, señores.

Todos largaron una carcajada y Marica se tomó del brazo de Monteagudo para sacarlo de allí. Le murmuró al oído, él sonrió. Eran secretos, cómplices en mucho. Las porteñas habían corrido la voz acerca de esa nueva presencia, el arribo de ese hombre había desestabilizado el *statu quo* femenino. Que confiaran unas en otras, o mintieran para guardar lo prohibido, cumplieran para el afuera lo que no podían adentro era moneda corriente. La sociedad de señoras estaba muy al tanto de quién era quién y así transcurría la vida. Pero la intrusión del joven abogado había disparado taquicardias en muchas. ¿Qué habría de cierto en ese pasado de hombre de buenas fortunas, y no precisamente monetarias pero qué más daba, que se le atribuía? Y los corazones galopaban. Aquello sucedía entre las desposadas, mientras que en las matronas con jóvenes casaderas, los cálculos de probabilidades se multiplicaban a más no dar. Qué guapo el caballero, para la hija, la madre y la prole completa. Algunas, las más atrevidas, cuchicheaban que habían llegado noticias desde el norte acerca de su infinito ardor sexual. Monteagudo era insaciable, Monteagudo no cejaba, Monteagudo era ígneo, qué pavor aunque cuánta curiosidad. Y pensaban en el marido que les había tocado en

suerte. Oh, si el atrevimiento fuera en serio.

—Muchachas, vengo a presentarles a este noble caballero, aunque tal vez ya hayan escuchado de él —dijo Mariquita, acercándose al conciliábulo de la hija de los dueños de casa y sus amigas.

—Marica, ¿cómo estás? Ni enteradas de lo que sucedía adentro, estuvimos sumidas en la charla —Remedios se incorporó, dedicándoles una sonrisa prístina y le extendió la mano.

Mientras la señora de Thompson introducía a las señoritas, Bernardo fue besándoles la mano con galantería. Las tres quedaron impactadas, pero sobre todo, dos de ellas.

—Pero vamos hacia adentro, ¡que empieza a sonar la música! — Mariquita apuró a todos y lideró el regreso.

Apenas entraron a la sala, vieron que empezaba a armarse el baile. Y Remedios y Manuela fueron abordadas, de inmediato por los caballeros con intereses. Gervasio apuró el paso y saludó a la joven Escalada. La sacó a bailar. Aún no se había hecho el contrato nupcial pero habían comenzado los movimientos. Dorna estaba anoticiado de los inicios de conversaciones, le tocaba mover a él. Remedios, tomada de improvisto, no le quedó otra que aceptar. A la joven Figueroa le sucedió otro tanto. El apuesto Martín de Sarratea se acercó a Manuela, la tomó de la mano y la llevó al centro de la sala. Ella aceptó gustosa.

—¡Venga, niña! María Sandalia, a bailar conmigo —don Antonio de Escalada, eximio bailarín, le propuso acompañamiento a la menor de los Dorna, alentando la unión de las familias. Doña Tomasa, a unos pasos de ahí, aprobó con un gesto imperceptible.

—Ven Thompson, vamos a por el minué, que eres mi pareja favorita —manifestó Mariquita y el marido accedió. Tanto la quería, la entendía como nadie.

Monteagudo regresó al diálogo de caballeros. Se unió a una de las tantas disputas que encendían el salón. Mientras tanto, entre giro y vuelta, Remedios escrutó al abogado. No sabía de él pero le llamó la atención. No podía quitarle los ojos de encima. Era guapo y no supo por qué, le resultó inevitable. Manuela, por su lado, descansaba en el cuerpo de su prometido pero también, cuando la figura del minué se lo permitía, espiaba a aquel Bernardo de mirada inquietante. ¿La miraba como ella imaginaba? ¿O tan solo veía fantasmas? Quería a su

Martín pero el letrado que acababa de conocer la colmó de sobresalto.

1 - Florida en la actualidad.

CAPÍTULO VII

Monteagudo y Pazos Silva esgrimían sus diferencias políticas en la *Gazeta* . Mientras uno escribía lo suyo los martes, el otro respondía los viernes con estocadas que buscaban sangre por medio de una pluma exhibicionista en lecturas, nombres de las más altas esferas de la historia del pensamiento mundial y jacobinismo explícito. Bernardo batía, y a grito pelado, los estandartes que había levantado, en sus inicios, el finado Moreno. Y su adversario azuzaba la provocación.

—Renuncio, caballeros —advirtió Monteagudo.

Estaba cansado de la diatriba en la que lo habían sumido. El Triunvirato no aceptó la renuncia.

—Usted se queda, Bernardo —Rivadavia le ordenó.

Pero Pazos Kanki redobló la apuesta, aquí no ha pasado nada, y publicó su columna aludiendo a los Marat (1) y a los Robespierre (2) sin disimular que iba dirigida a Monteagudo. Los ánimos se encendieron y, en un acto público, un oficial ofuscado quemó el ejemplar venenoso en una hoguera, rodeado de un bullicio arengador.

La pira increpó al escriba y este, sin aguantar segundo, extendió su renuncia. Nadie reclamó que se quedara. Pazos Silva pegó la vuelta sin que se escuchara un lamento y decidió abrir, por su cuenta, un nuevo periódico. Empezaron los tiempos de *El Censor* y de una nueva era para Bernardo. Pasó a ser el único editor de la *Gazeta* y se rodeó de asesores confiables para debatir ideas que luego imprimía en su diario: Pedro José Agrelo —de los primeros redactores del periódico pero se había alejado para convertirse en asesor del Juzgado de Menores— y Miguel de Irigoyen, sobrino de doña Tomasa de la Quintana, esposa de Antonio de Escalada. Como casi todas las tardes, los caballeros deliberaban, y en aquella oportunidad tocó en casa de Irigoyen.

—Mis amigos, traigo malas noticias —anunció Agrelo, atildado como siempre. —No quiero ser pájaro de mal agüero pero la realidad

está muy complicada.

—Díganos Pedro, también tengo novedades pero aguardo las suyas —replicó Monteagudo y los tres se irguieron en sus sillas para atender mejor.

—Hemos metido en el calabozo a un peninsular por andar urdiendo planes macabros. Los otros días, este sujeto, un inglés y un criollo andaban de almuerzo en una pulpería, se enfrascaron en una fuerte discusión en torno al desarrollo de la guerra de España contra Napoleón y al futuro que le depara la revolución en el Río de la Plata. Parece que hubo insultos, volaron algunas manos y terminaron la gresca con una apuesta sobre cuánto tardaría en caer el Triunvirato. De inmediato se decidió que esto era peligroso y tomamos cartas en el asunto —relató Agrelo con cara de preocupación.

—Y sí, los rumores crecen, señores. Las reuniones a escondidas de los enemigos del renovado orden están a la orden del día. También a mí me han llegado noticias de que se habla de conspiración y que el mequetrefe de Álzaga tiene que ver con eso. Nada lo detiene a ese peninsular —Irigoyen se cruzó de brazos y recordó cuando él había sido encarcelado por falsedades.

—¿Pero no estaba preso De Álzaga? —preguntó Bernardo.

—Aún sigue adentro —respondió Agrelo.

El 13 de enero, el gobierno había dictado un bando que ordenaba la confiscación de bienes “a todos los sujetos de la España, Brasil, Montevideo y territorio de la obediencia de su gobierno o del Virreinato, que no los hubiesen declarado y se hubieran refugiado en países enemigos”. Martín de Álzaga había declarado sus bienes pero las autoridades le reclamaron que debía pagar 50.797 pesos. El hombre había enseñado los libros de su casa de comercio para demostrar que no estaban en lo cierto pero no hubo caso. El doctor Agrelo ordenó que lo tomaran preso y, engrillado, lo enviaron al calabozo. Sin embargo, la esposa de Álzaga, doña María Magdalena de la Carrera e Inda, comenzó las deliberaciones con el gobierno y llegó a un acuerdo mediante pagos en efectivo y compromisos de pago a futuro, avalados por cinco fiadores mancomunados. Tal vez, en algún momento, llegaría a ver la luz del sol.

—En fin, habrá que estar atentos, entonces. Supongo que

Rivadavia estará al tanto —señaló Irigoyen.

—Denlo por seguro. Pero cuenta, Bernardo, lo tuyo —lo apuró Agrelo.

—Ha atracado en el puerto una fragata con algunos hombres de importancia a bordo. Rivadavia los recibió en el Fuerte.

Hacía unas semanas que las autoridades estaban inquietas con la excitación de algunos miembros de la Sociedad Patriótica. Y para peor, Monteagudo tenía doble canal de expresión: la tribuna de la Sociedad y el periódico, por el que ostentaba la libertad de expresión, convirtiéndose en un opositor hostil. La Sociedad reclamaba la reunión de una Asamblea, el Triunvirato, viendo que el clima se espesaba, había decidido demorarla. A fines de febrero, la Sociedad Patriótica había celebrado una sesión en la que promovía un debate sobre los derechos del pueblo para peticionar una asamblea general. El gobierno, preocupado, había acudido al Cabildo manifestando que se llevaba adelante una conspiración.

En marzo, los habitantes de Buenos Aires leyeron en *La Gazeta* :

> *"El 9 del corriente ha llegado a este puerto la fragata inglesa George Canning procedente de Londres en 50 días de navegación: comunica la disolución del ejército de Galicia, y el estado terrible de anarquía en que se halla Cádiz dividido en mil partidos, y en la imposibilidad de conservarse por su misma situación política. La última prueba de su triste estado son las emigraciones frecuentes a Inglaterra, y aún más a la América Septentrional. A este puerto han llegado entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería don José San Martín; primer ayudante de campo del general en jefe del ejército de la Isla Marqués de Compigny; el capitán de infantería don Francisco Vera; el alférez de navío don José Zapiola; el capitán de milicias don Francisco Chilavert; el alférez de carabineros reales don Carlos Alvear y Balbastro; el subteniente de infantería don Antonio Arellano y el primer teniente de guardias valonas Barón de Holmberg. Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al gobierno, y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la*

patria.”

***

Remedios estaba en su recámara, frente al espejo, acercándose cintas de diferentes colores a su cara. Se sentía perturbada, lucía una mirada un tanto triste. Probaba, demasiado oscura, muy brillante, por demás lavada. Quería levantar la palidez de siempre, se pellizcó las mejillas. Unos golpes en la puerta la distrajeron, gritó adelante.

—Niña Remedios, visitas —dijo la criada pero la impaciencia de Manuelita Figueroa pudo más y entró.

—¡Manuela! No sabía que vendrías —Remedios se levantó del taburete y abrazó a su amiga.

—Mamá vino de visita y yo aproveché.

—Me parece muy bien. ¿Quieres que vayamos a la sala? —preguntó, educada, pero notó, al instante, que su amiga se refregaba las manos. —Mejor sentémonos aquí, entonces.

—Tanto mejor, Remeditos.

—No sabes lo que me pasó la otra noche —Remedios también estaba inquieta. —Hubo tertulia en casa. Pero no frunzas el ceño porque fue una reunión chica, tatita convidó a unos recién llegados de Europa.

—Ah, pero cuéntame, ingrata, quiero saber todo —por unos segundos, Manuela olvidó la preocupación que la embargaba.

—Me sacó a bailar uno de ellos, llamado José de San Martín. ¡Ay, lo que me gustó, Manuelita! Un hombre fascinante, me contó su vida en ese continente, batalló en algunas guerras, es un caballero valiente, como me gustan a mí —Remedios giró una y otra vez, como poseída.

Manuela pegó un salto, la tomó de las manos y bailaron en ronda, a las risas, excitadas. Pero a poco, las caras brillantes se ensombrecieron. Se miraron y se abrazaron.

—Estoy prometida a otro hombre, Manuela. A ese que no quiero, mis padres ya me comprometieron, hubo comida con ellos. Me falta el aire, siento un vacío en el alma —se fue a sentar y la amiga fue detrás.

—De algo parecido quiero hablarte, Remedios —confesó Manuela.

—¿De Mariano? ¿Ya se han reunido las familias?

—No precisamente.

Manuela miraba a su amiga con ansiedad, bajaba la vista y la posaba en sus manos, volvía a mirar a Remedios pero no sabía cómo empezar. Estaba enloquecida con otro caballero.

—Me encuentro en una situación… ¿peligrosa, podemos decir?

—Basta de dar vueltas, Manuelita. ¡Dime!

—Estoy prendada de Bernardo de Monteagudo.

Remedios pegó un alarido. Su amiga le tapó la boca. No debían llamar la atención de la casa. Lo que sucedía entre esas cuatro paredes, quedaba allí dentro.

—¿Pero qué me dices? Estás loca, ¿y Mariano? ¿Han roto? Parecía un buen caballero —y se hizo a silencio. Era la menos indicada para dar consejos.

—No hay rompimiento pero Bernardo se me ha acercado en diferentes oportunidades, y para qué te voy a mentir, me gusta. Y tanto…

Manuela se perdió en su cabeza. Recordó el avance de Monteagudo, sutil, galante y varonil, de palabras precisas y gestos contundentes, el susurro disimulado de esgrimirse como su ángel guardián, sus manos que le habían afirmado que su femineidad era demasiado pura e inocente, dando por sentado que él era el único que sabía hacerle la corte.

—Tal vez me haya dado cuenta de la índole rebelde y desbocada de mi carácter, Remedios —y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No llores, mi querida, ven aquí —y la rodeó con sus frágiles brazos.

Y largó en llanto, protegida por su amiga, que también se emocionó. Remedios, asimismo, estaba alterada, ella tenía lo suyo. Manuela tragó el último sollozo y siguió con el remolino de sentimientos.

—A veces estoy tentada de quitarme la máscara, Remedios. Me siento una impostora, quiero gritar la verdad. Me tienta el deseo de asir su mano, arrojarme a sus brazos frente a todos por miedo a que alguna otra se me adelante y me lo robe.

—Pero ¿él que te ha dicho? ¿Te ha ofrecido matrimonio? ¿Quiere comprometerse contigo? —preguntó Remedios.

Manuela esbozó un gesto que quiso ser una sonrisa pero solo llegó

a torcerle la boca. Negó con la cabeza, fue lo único que atinó a hacer. Sabía que tensaba el arco del amor para que la herida amorosa fuera tanto más profunda.

—Ay, amiga querida, ten cuidado, que ese hombre no te lastime, sal de ahí, urgente.

Manuela la miró firme. No tuvo ánimo para decirle que sí, que volvía a recordar el misterio y los susurros de Bernardo, su exuberancia, el daño que dejaba de serlo para convertirse en necesidad y hambre, su presencia, que no tenía otro sentido que volver a crear una ausencia, los apetitos de la carne, su carne, esa carne que no la saciaba, que no se saciaba, que abría una herida que nunca jamás quería curar.

—Me ha dicho que moriría por mí, que no tenía la menor duda.

—Que él muera, no tú, Manuelita.

—¿Y qué me dices de tu San Martín?

—¡Estamos las dos en problemas! Aunque a mí, José no me ha tocado.

—Te gustaría…

Y volvieron a abrazarse.

***

—¿Qué es lo que pasa? ¿Pero cómo se atreven? —pegó el grito Bernardo, ante la intrusión de una cuadrilla de policías, liderada por su Intendente.

La Sociedad Patriótica, en plena sesión, había sido interrumpida por la Policía, que había recibido instrucciones precisas para que tomaran medidas de prevención y represión. El Triunvirato había considerado que ya no se podían admitir las afrentas y la oposición abierta de la Sociedad para con el gobierno. Basta, se acabó, a clausurar las disidencias.

Mediante la fuerza y tras la orden tajante del Intendente de Policía, retiraron de la tribuna al caballero que había comenzado su diatriba. Pero la prepotencia de Monteagudo no se quedó atrás. Respondió desde la *Gazeta* y con una violencia tal, que se convirtió, en un segundo, en el principal opositor del gobierno.

—Solo existe una causa a defender, y es la de la patria —declaró

en una de sus reuniones a puertas cerradas aunque también lo hizo público. Monteagudo, sin quererlo, se avino a integrar una facción política.

El Triunvirato, en tanto, perdía prestigio ante la opinión pública. Las dificultades estaban a la orden del día, había que decidir cómo continuaba la conducción de la guerra de la independencia, daban vueltas y no acertaban con la solución militar, faltaban hombres y armas. Con el desembarco de José de San Martín, Carlos de Alvear y José Zapiola habían respirado un poco, encomendándoles la creación de un Regimiento de Granaderos a Caballo. Pero la desconfianza persistía.

Las autoridades, cansadas de ligar sopapos de sus periódicos —*El Censor* y la *Gazeta* recibían una remuneración anual del Estado— les suprimió el apoyo y editó otro, al que tituló *Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos Ayres* , que publicaría solo los actos gubernativos. A los cuatro días, Monteagudo inauguró el periódico *Mártir, o Libre* , del que fue el único redactor.

Pero los problemas políticos continuaron. El 12 de abril, dos integrantes del Triunvirato presentaron sus renuncias. El encono entre Juan José Paso y Feliciano Chiclana no dio para más. En reiteradas ocasiones, las discusiones entre estos temperamentos que no armonizaban subieron de tono, aquel era enérgico y fácilmente irritable, este, poco amigo de hacer concesiones y algo terco. Los antecedentes de Chiclana lo habían llevado a nadar en las aguas saavedristas pero ya con 51 años, había dejado de lado los arranques violentos de la juventud. Los únicos momentos en que mostraba algo de vehemencia era cuando se trataban asuntos en los que se veía afectada la patria. El doctor Paso, en cambio, había sido el fiel reflejo de las opiniones y voluntades de Mariano Moreno, pero tras el motín de las trenzas había apagado sus bríos. Se había suavizado y amoldado a todas las circunstancias. Si no se había reconciliado con los saavedristas, por lo menos no los hostilizaba. Solo la renuncia de Juan José Paso fue aceptada.

Entre las sombras, Paso empezó a oponerse al Triunvirato y, con cautela pero decidido, fue sacando a sus agitadores a la calle. También los saavedristas comenzaron a concentrarse y a reunir sus fuerzas, en

tanto que los diputados provinciales, tras la desintegración de la Junta Conservadora, en el viaje a sus respectivas ciudades, llenaron el equipaje con despecho y odio a los porteños.

Hubo que encontrar, entonces, un reemplazo para Juan José Paso. Al fin se reunía la Asamblea. Después de tantas idas y vueltas, se llegó a un acuerdo. Y el más beneficiado con esto resultó ser don Bernardino Rivadavia, verdadero detentor del poder político del Triunvirato. Habían nombrado a Manuel Belgrano General en Jefe del Ejército del Norte, a cambio de don Juan Martín de Pueyrredón, quien había dimitido a causa de problemas de salud, aun de peligro mortal, aunque, en realidad, el hombre se consideraba incompetente para dirigir operaciones de campaña y dar batallas. Prefería darlas en la ciudad.

Además de la vacante de Paso se sumó la de Manuel de Sarratea, quien fue nombrado General en Jefe del Ejército, que pasaría a la Banda Oriental. Rivadavia se tomó de las manos y, poderoso entre los poderosos, decidió que estaba habilitado para ocupar una de las sillas vacías del Triunvirato y, la otra, sería para su íntimo amigo Pueyrredón, presto al llegar con la renuncia en mano pero con el prestigio elevado por haber salvado los tesoros del Potosí.

La Asamblea aceptó el nombre de Pueyrredón, lo consideraron una verdadera garantía. El hombre pertenecía al partido saavedrista. En algunos provocaba simpatías, en otros, aversión. Por lo pronto, el grupo morenista que integraba la Sociedad Patriótica lo miró con recelo cuando arribó a Buenos Aires.

En los primeros artículos de *Mártir, o Libre* , Monteagudo, al referirse a la elección de Pueyrredón como miembro del gobierno, no escatimó en elogios, a pesar de las diferencias políticas de ambos. Prefirió la cautela. Por lo menos en aquel momento.

Al mismo tiempo, otro grupo de caballeros andaba en componendas secretas. José de San Martín, además de preparar el novel regimiento, había llegado con la necesidad de establecer, en el Río de la Plata, la Logia de Caballeros Racionales. El proyecto había navegado desde Londres y, ya instalado, abrió la sociedad, con él como presidente, y Alvear y Zapiola, como su vicepresidente y su secretario, respectivamente. El plan independentista hacía pie en

Buenos Aires. Pero eso no era todo. La logia debía desplegarse, hasta América toda no cejarían.

***

Faltaban pocas semanas para el 25 de mayo y el renovado Triunvirato necesitaba organizar unos festejos. Se conmemoraba el segundo aniversario de la revolución, era menester estar a la altura de las circunstancias y para eso se habían organizado varias comisiones. El pueblo estaba dominado por el regocijo, las autoridades, en tanto, de preocupación.

En esos días, un barco norteamericano había llegado al puerto de Buenos Aires con un cargamento de fusiles para el gobierno. El problema era mayúsculo: las arcas no contenían dinero suficiente para cumplir con el pago. El rumor de un posible incumplimiento empezó a trascender y un grupo de ciudadanos pudientes y comprometidos elevó una nota al Triunvirato ofreciendo contribución.

—Amigos, atiendan lo que nos ha llegado —Rivadavia reclamó que lo escucharan y leyó: —"Los ciudadanos que suscribimos, ansiados siempre de multiplicados testimonios de nuestra total consagración a la causa de la Patria, presentamos a Vuestra Excelencia esta corta donación, para aliviar al fondo público en el pago del armamento que con tanta satisfacción acaba de recibirse".

—Esto es ideal, Bernardino —destacó Pueyrredón, aliviado.

—Pues sí, y reclaman que se sirva mandar a grabar, en cada fusil, el nombre del que satisfaga su valor. Además insisten en que lancemos la suscripción así se agregan más interesados. No debemos rechazar la propuesta, caballeros.

Chiclana, Rivadavia y Pueyrredón, y el secretario Nicolás Herrera, firmaron el decreto que aprobaba la donación y eligieron a don Antonio de Escalada como Recaudador de Contribuciones. Todo debía ser publicado en la renovada *Gazeta* , para que los enemigos vieran el sentimiento uniforme de los ilustres hijos de la Patria, que vanamente intentaban domeñar.

Llegó la fecha patria y el salón de los Escalada rebosaba de invitados. No solo se celebraba el aniversario de la revolución, don

Antonio aprovechó el rejunte para tentar bolsillos opulentos. En su casa estaban los de siempre pero se había ampliado la lista. La que estaba radiante era Remedios, y no era para menos. Su realidad había cambiado radicalmente. Don José de San Martín la había cortejado en las sombras para luego hacerlo a la luz del sol y ella se había enfrentado a los designios parentales. Que no, que yo no me caso con Dorna, que me quiero casar con otro y el otro era aquel soldado de a bordo que había hecho buenas migas con su querido Tata. Don Antonio de Escalada había colocado dinero, también, en el armado del flamante regimiento y sus hijos varones, Manuel y Mariano se habían ofrecido a formar parte y pelear por la patria. Quien había puesto el grito en el cielo, en cambio, había sido doña Tomasa, que miró de reojo al desconocido. Pero no hubo nada que hacer, don Antonio accedió al pedido de su hija y al de la mano de San Martín.

Remedios recorría la sala con cara de felicidad. Su novio, convidado como era de prever, conversaba con su papá y con varios caballeros más. San Martín hablaba poco, era hombre de escuchar más que de decir, pero Bernardo de Monteagudo, firme integrante de cuanta tertulia se ofreciera, le daba al discurso. También estaban allí don Carlos de Alvear y el joven Zapiola, además de Agrelo e Irigoyen. La mocita no participaba pero espiaba a su galán.

Doña Tomasa miró por arriba y encontró a quienes buscaba.

—Mis queridas, acompáñenme, por favor —les dijo a la esposa de Thompson y a la de Alvear, doña Carmen de la Quintanilla.

Las señoras la siguieron y entraron al despacho de don Antonio.

—Pero Tomasa, ¿nos puedes decir a qué se debe tanto misterio? —preguntó Mariquita mientras las encerraban ahí dentro.

—Que mi marido oficia de recaudador de fondos para el asunto del armamento.

—Sí, claro, ¿y entonces? —la paciencia de Marica desaparecía.

—Algo leí —doña Carmen seguía sin entender.

Las damas bufaron, querían volver a la sala, se escuchaban algunos acordes, temían perderse la diversión.

—Pues que les pido que me ayuden a convocar, en secreto, a un grupo de señoras para que paguen por su fusil. No le he dicho nada a Antonio y las conmino al mismo silencio —reclamó Tomasa, con brillo

en los ojos, contagiado, de inmediato a sus amigas. —Armaremos nuestro propio complot, no precisamos de nadie. Nosotras también participaremos en la liberación de la patria.

Volvieron a la sala y se mezclaron como si nunca se hubieran retirado. En un aparte, San Martín y Alvear rodeaban a Monteagudo. Con disimulo, lo tantearon para la logia. Compartían pareceres, ideas sobre lo que consideraban fundamental para aquel nuevo mundo. Se comprometieron a una reunión a solas al día siguiente, tenían mucho de qué hablar.

Remedios saludaba a unos, a otros y, desde la otra punta se le acercaron su amiga Manuela y Mariano de Sarratea. Él con una sonrisa de oreja a oreja, ella, escondiendo, como mejor podía, un leve temblor.

—Mis amigos, buenas noches —los saludó.

—Buenas noches, Remeditos, quiero felicitarte por tu compromiso —expresó Sarratea.

—Gracias, Mariano —la joven Escalada achinó los ojos con felicidad.

—Y nosotros nos casamos, ¿le has contado a tu amiga, Manuelita? —las jovencitas se miraron como si las hubieran acorralado.

—Claro que sí, pero te la robo un rato, Mariano —Remedios la tomó del brazo y la sacó de allí. —A mi recámara ahora mismo.

Como espectros, volaron a la soledad de su cuarto. Cerró con dos vueltas de llave y la miró.

—¿Qué es esta noticia, Manuelita?

—Ay, no puedo con mi vida, amiga mía. No sangro y mi esclava, que sabe más que nadie, me ha susurrado que estoy encinta. Hubo que apurar todo —Manuela vomitó las palabras y creyó que desmayaba.

—No me digas lo que no quisiera oír.

—Entonces no te lo digo pero así es. Tengo una puntada en el medio de la panza y es el dolor que me atraviesa, de punta a punta. Apenas lo supe, fui a contárselo a Bernardo. Ni pálido se puso, me tomó de las manos y me pidió que lo resolviera, y no con él.

—¿Cómo es posible tamaña traición? —Remedios se indignó aunque entendió que su amiga había jugado con fuego y demasiado a gusto.

—Siempre supe que Bernardo era como el agua entre los dedos, que se escapa sin dejar rastros. La culpa es mía, Remeditos —Manuela agachó la cabeza y dejó correr unas lágrimas.

—Pues te casas y aquí no ha pasado nada. Marianín es un gran caballero, ni se te ocurra hacer locuras. Ay, Manuelita, por qué te dejaste llevar…

—Porque es un hombre desesperante, Remedios. Me hizo la guerra en mi propio terreno y me hizo creer que yo era la más fuerte, desató un fuego en mí que desconocía, me dio a conocer un ideal de hombre que en mí dormitaba. Canta doncella, me decía y no quise callarme más.

Remedios la abrazó con fuerza. Quería contener todas las emociones vertidas. Temía por su amiga, también por ella. Todo lo que desconocía, era mucho, demasiado inquietante. Quiso desposarse con José de San Martín en el acto.

—Volvamos a la fiesta, ve con tu futuro marido —declaró Remedios.

***

Las complotadas se reunieron. Doña Tomasa recibió a las damas en cuestión en su mansión señorial. Así habían quedado, las catorce cumplieron su juramento. Tomasa apuntó los nombres: el suyo, el de sus hijas María de los Remedios de Escalada y María de las Nieves de Escalada, el de la hija de su marido, María Eugenia de Escalada y Demaría, y el de María De la Quintana, Mariquita Sánchez y Thompson, Carmen de la Quintanilla y Alvear, Ramona Esquivel y Aldao, Petrona Cárdenas, Rufina de Orma, Isabel Calvimontes y Agrelo, Magdalena de Castro y Herrero, Ángela Castelli e Igarzábal y María de la Encarnación Andonaegui y Valdepares.

—Estamos todas —doña Tomasa las miró y continuó con su discurso —dispuestas a ofrecer al gobierno lo recolectado. Sin objeciones, ¿no es así?

—Señoras, yo tengo redactada una nota que voy a leerles —interrumpió Mariquita y miró a la hija de Tomasa. —Dámela, Remedios. Pongan atención y corrijan aquello que no les parezca bien.

Mariquita levantó el escrito a la altura de la luz y leyó con solemnidad. Las señoras escucharon en silencio.

—¡Está muy bien, perfecto, Marica! —dijeron todas al finalizar. —Pues firmemos, entonces.

Fueron firmando y le tocó el turno a la esposa de Alvear. Carmen tomó la pluma, miró de lleno a Mariquita y se le acercó.

—Esto te lo ha escrito Monteagudo —le dijo al oído.

—No lo repitas, Carmen —se desfiguró y, rápida, le respondió.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo?

—Hay de malo que no es verdad —la furia de Mariquita empezaba a exponerse.

—¿Y cómo me probarías que no es verdad? —la Quintanilla se hacía eco del cotilleo que aplastaba a Buenos Aires: la esposa de Thompson pasaba más tiempo con el exaltado que con su marido.

—Así, Carmen —aguantando las ganas de aplastarla, Mariquita acercó el oficio a la llama y lo quemó.

—¿Pero qué has hecho? —gritaron todas, sin entender qué pasaba.

—Nada, castigar a esta calumniadora. Siéntate, Carmen, y escribe. Voy a probarte que no necesito secretario —y prefirió omitir preguntarle si sabía escribir.

La mujer de Alvear se sentó como una autómata.

—Ponga usted ahí: “Excelentísimo señor”.

—¿En abreviatura?

—Pero claro, señora —Mariquita levantó las cejas.

—Ya está —Carmen le tomó el gusto y siguió.

—Ahora un poco más abajo: “La causa de la humanidad…” —y siguió dictando Mariquita, hasta que llegó a la frase culminante: —“Yo armé el brazo de este valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad”.

Hubo aplauso cerrado, el oficio se lacró para ser entregado a primera hora del día siguiente. La mujer de Thompson tenía una memoria prodigiosa, la noche anterior había estado con Bernardo intercambiando un sinfín de ideas y pasiones cómplices.

1 - Jean Paul Marat, periodista y político durante la Revolución Francesa. Identificado con el ala más radical de los jacobinos y su apasionada defensa del Terror.

2 - Maximilien Robespierre, apodado “El Incorruptible, fue uno de los prominentes líderes de la Revolución Francesa. Miembro de los jacobinos.

CAPÍTULO VIII

El frío de junio no amedrentaba a los conjurados. Los peninsulares —con la alentadora libertad de Martín de Álzaga— se reunían en despachos y salones para hacerse de las novedades que llegaban de España y planear un golpe para quitar de en medio, y de una buena vez, a todo aquel que defendiera al gobierno revolucionario. Se cuadraron detrás de una agrupación a la que llamaron "Partido de la Causa Justa" y el levantamiento empezó a armarse. El plan se llevaría a cabo el 5 de julio, jornada ideal porque conmemoraban un nuevo aniversario de la defensa de Buenos Aires de las Invasiones Inglesas.

Álzaga lideraba la conspiración y había ampliado pretensiones. Uno de sus principales aliados, Juan de Dios Dozo había asumido la Secretaría del Cabildo de Montevideo, también habían enviado correspondencia al general portugués Diego de Souza, Gobernador de Río Grande do Sul, solicitándole ayuda para el levantamiento. Vigodet, el Gobernador de Montevideo había sido advertido, dándoles el visto bueno para el alzamiento. Buenos Aires, desguarnecida por el envío de ejércitos al interior, era el blanco perfecto. Los españoles europeos bailaban de alegría. Volvían, al fin, los patriotas eran ellos, los peninsulares, no aquellos mequetrefes de 1810.

El Triunvirato andaba de chispazo en chispazo. El encono entre Pueyrredón y Chiclana ya era un secreto a voces. Se tiraban culpas uno a otro y el resto intentaba poner paños fríos. Se imputaban el estado de subversión en el que se encontraba la capital: usted prepara un golpe para desalojarme, decía uno; el otro retrucaba con el mismo argumento. Y Rivadavia era el tercero en discordia. Acabáramos, caballeros, pongamos el foco donde se debe, replicaba, pero el zumbido persistía. Mientras, la conjura se diseminaba. Las reuniones clandestinas se hacían en diversos lugares de la ciudad, carretilleros y servidores eran los agentes de enlace, y una quinta del bañado de

Palermo servía como centro de operaciones para el encuentro de los oficiales de la armada real y los conjurados.

La Logia de Caballeros Racionales comenzó a percibir que algo andaba mal, la Sociedad Patriótica dio la voz de alarma. En una de las reuniones, Monteagudo devino en tribuno, una vez más.

—Ciudadanos, convengamos en un principio en que la indulgencia con los europeos y con los americanos del sistema es la causa radical de nuestras desgracias —arengó Bernardo. —Sangre y fuego contra los enemigos de la patria, y si por nuestra eterna desgracia estamos condenados a ser víctimas de la opresión, perezcan ellos en la víspera de las nuestras. Yo no temo hablar en este lenguaje, aunque se irriten contra mí las furias del Averno, porque ¿qué podrá sucederme? ¿Perder la vida? Cinco veces la he salvado del conflicto de la muerte, y yo no deseo existir mientras mi patria esté envuelta en el oprobio.

Y llegaron las denuncias. Entre ellas, la de un esclavo, Ventura, quien, sin titubear, le confesó a su ama que le habían hecho una propuesta sospechosa. La señora corrió a la alcaldía y repitió como loro al alcalde de Barracas, don Pedro José Pallavicini, lo escuchado. La noticia llegó al Triunvirato.

—Que yo no me lo creo, Bernardino —señaló Pueyrredón.

—Se está armando una conjura, Juan Martín, no hay nada que descreer. Aquí tomamos la decisión de dar en designación a cinco jueces comisionados para aplicar justicia sumaria contra los primeros sospechados cuya culpabilidad pueda establecerse. Estos son Chiclana, Agrelo, Vieytes, Monteagudo e Irigoyen. No se discute más.

Todos firmaron. Y salieron a buscar a los culpables. Los alcaldes de barrio procedieron a un censo de los peninsulares y se les ordenó la entrega de armas. Cayeron algunos conjurados, los nombres no tardaron en llegar: Martín de Álzaga, líder indiscutido, Fray José de las Ánimas, Francisco de Tellechea, cuñado de Pueyrredón, José Martínez de Hoz y Bernardo Gregorio de Las Heras, quienes seguramente tendrían los datos del prófugo Álzaga.

El líder de la conjura se refugió en el sur de Buenos Aires, en Santa Lucía. Cambió varias veces de refugio y, como buen católico, nunca dejó de confesarse. Pero sabía perder su rastro. El juez Agrelo llamó a declarar a los padres Salas y Nicolás Calvo. Apremiado, el confesor

Calvo vomitó lo que sabía. Chiclana también apuró a otros confesores. Reclamó que le llevaran al padre Paz a su casa, intuía que él algo sabía.

—Hable, padre —murmuró Chiclana.

El padre Paz apretó la boca.

Chiclana no esperó. Tras una golpiza que trajo sangre a su despacho, Paz hizo la revelación. El teniente de Dragones Floro Zamudio fue encomendado a detener al principal conjurado. Álzaga no ofreció resistencia y fue conducido a la cárcel de la Casa Cuna.

Rivadavia firmaba documentos en su despacho del Fuerte. Sin anunciarse, Pueyrredón entró y, con el sombrero puesto, se sentó. Parecía desorbitado.

—Ya no puedo soportar esta situación, Bernardino. El gobierno está siendo juguete de la facción de Chiclana —le dijo, sin vueltas, a su amigo de tiempos del colegio. —Es falso que haya una conspiración de españoles, y las tres ejecuciones que han hecho son tres asesinatos horribles. Estoy determinado a salir de semejante gobierno. Tengo hecha mi renuncia y mañana iré a presentarla al Cabildo para que se convoque al pueblo y nombre a otro en mi lugar.

—Juan Martín, reflexiona un poco, no apures los dichos. Estás exagerando —Rivadavia solapó el estupor que le provocaba el estado de Pueyrredón.

—No vengo a pedirte consejo, sino a comunicarte lo que tengo irrevocablemente determinado, porque te debo amistad y servicios —concluyó.

Rivadavia perdió la paciencia. La obstinación del triunviro, su modo intempestivo voló de un plumazo aquella relación de años. Cambió el tono, cambió el ademán y su cara se avino en un gesto severo.

—Intimo a usted, señor don Juan Martín de Pueyrredón, que no sale ya de aquí, que queda usted preso aquí mismo, que va usted a declarar ante el secretario y el escribano de gobierno lo que acaba usted de decirme, y que sobre la declaración de usted voy a poner el decreto que la gravedad del caso demanda —Rivadavia tocó la campana y ordenó que se llamase a Herrera.

Pueyrredón se quedó de una pieza. Se quitó el sombrero, bajó la

vista, la desazón le invadió el alma. Rivadavia detuvo el ímpetu y bajó el tono. No le gustó lo que veían sus ojos. Intentó calmarlo, persuadirlo para que todo volviera a la normalidad. Pero un grito clamoroso llegó desde el patio del Fuerte. Rivadavia y Pueyrredón se levantaron, no entendían qué sucedía. Y en ese mismo momento, un tropel abrió la puerta de un golpe, y sin anunciarse, entró. Era el edecán Zamudio, seguido de una multitud.

—¡Hemos apresado a Álzaga, Excelencia! —gritó.

Un griterío se apoderó del lugar. Rivadavia apuró un ¡bravo!, y se le acercó, sigiloso, a Pueyrredón, que permanecía en un total desconcierto.

—Nada de lo ocurrido saldrá de este recinto —le dijo al oído.

Y los jueces comisionados —con Bernardo de Monteagudo a la cabeza— dieron inicio al sumario de la conspiración españolista. El 6 de julio de 1812, De Álzaga fue trasladado a la capilla de la cárcel. Fray José de las Ánimas y otros conjurados habían sido ejecutados por medio de la horca en la Plaza de la Victoria, dejando los cadáveres expuestos durante días para que el pueblo fuera testigo.

Monteagudo entregó los sumarios que habían redactado, sin pronunciar, en ningún caso, la sentencia. Esta función se la arrogó el gobierno: dijeron los fallos que se condenaba al reo a la pena ordinaria de muerte de horca. Los principales cabecillas del movimiento admitieron la veracidad de las imputaciones. Don Martín de Álzaga fue conducido al sitio de la ejecución flanqueado por una doble fila de soldados. La plaza desbordaba de curiosos ávidos de presenciar la muerte. Tras un feroz redoble de tambores, se escuchó el grito de ¡horca!, y el cuerpo inerte anunció el final. El cadáver permaneció colgado durante unas largas horas.

Pasadas dos semanas de la ejecución, Rivadavia exigió que se les devolviera la tranquilidad a las familias de los españoles, ya inofensivas, porque estaban políticamente decapitadas, impotentes y escarmentadas. El Ayuntamiento aprobó la moción, pero los patriotas representados por Chiclana reclamaron que aún no habían llegado los días de la clemencia.

—¡Que se presente el secretario! —urgió Rivadavia, agotado de tanto revés.

Apurado, entró el doctor Herrera. Los ojos vidriosos del triunviro le imprimieron temor.

—¡Basta de sangre! —pegó el grito don Bernardino. —Extienda una proclama con esa consigna, doctor, y hágala firmar por Pueyrredón. ¡Y apuren!

Herrera regresó con la cola entre las patas. Pueyrredón había rehusado a firmar; que antes lo haga Chiclana, habrán creído que soy imbécil, masculló. Ni firma ni nada, Rivadavia levantó los brazos al cielo, imploró a todos los santos a que lo acompañaran y le ordenó al cabizbajo Herrera que la imprimieran con un solo nombre. Así se la presentó a sus colegas, firmaron Chiclana y Pueyrredón.

La represión antiespañolista se calmó. Todo parecía navegar en aguas quietas. Pero no solo lo que brilla es oro, la oposición seguía con su trabajo de hormiga, concentrada, en principio, en la Sociedad Patriótica, aunque también en la Logia. Bernardo de Monteagudo, José de San Martín y Carlos de Alvear daban comienzo a su conspiración.

***

La boda se había llevado adelante sin contrariedades. José de San Martín y Remedios de Escalada se habían casado en la Merced, a pesar de todo. La madre de la joven había hecho lo posible para que esa unión no se llevara adelante, pero, la insistencia de Remedios y las buenas migas del novio y el suegro habían ganado la pulseada. Era 12 de septiembre y la pareja había dado el sí frente a Dios.

Para la celebración, se habían reunido en la casa de Victoria y Sáenz Valiente (1) , que se había preparado con semanas de antelación. Doña Tomasa, domada por la realidad, había sacado la mejor vajilla y mandado a preparar el banquete a lo de Monsieur Ramón, especialista en organizar y servir en las fiestas de lo más selecto de Buenos Aires. El encargado había llegado, junto a su ejército de criados, bien temprano. Habían puesto la mesa, preparado los diversos platos y acomodado la infinidad de botellas. La casa estaba lista.

Los amigos de don Antonio y doña Tomasa colmaban la gran sala, listos para admirar a la novia: qué hija preciosa, espléndida la

diadema que luce, ¿es la joya de la familia?, Remeditos luce rozagante, se escuchaba, a todas luces, en el salón; aunque también zumbaban los murmullos, se preguntaba, uno que otro, si el *affaire* Dorna había calmado su intrepidez, ¿la familia deshonrada tomará cartas en el asunto?, parece que Tomasa le ha augurado al novio epítetos que mejor no saber, que si plebeyote, indio y nula cosa para el merecimiento de su hija.

La novia reía, estaba feliz como hacía demasiado tiempo no lo estaba. Su corazón desbordaba de sentimientos, suspiraba risueña, había logrado lo que tanto había querido, se encontraba en estado de ensoñación. Pensaba en su flamante marido, en la vida que tendrían juntos, las penas quedaban lejos, ya no había nada por qué temer, Pepe la cuidaría hasta el fin de sus días y ella, su Remeditos, lo llenaría de felicidad.

—Amiga querida, al fin, desposada y tan alegre se te ve —avanzó Manuela de Sarratea con el bamboleo de su tripa, que ya ostentaba demasiados meses.

—¡Manuelita! —y Remedios la abrazó, emocionada. —Pero mírate, estás presta a parir.

Se rieron, no soltaban las manos, conmovidas, ambas, ante sus nuevas vidas, casadas, señoras con responsabilidades nuevas; Remedios, con todo por delante y una inocente candidez, y Manuela, con la misma edad y el corazón sensible, pero con tanta más experiencia. La flamante esposa de San Martín había llegado con la inocencia intacta, la de Sarratea, no. Había sacrificado su virtud en un maremágnum de pasión, no había podido sostener el recato obligatorio. Sin embargo, había logrado salir a flote. Las damitas conversaban, se acercaron otras invitadas y agregaron anécdotas y novedades a la charla.

En la otra punta de la sala departían algunos caballeros. Dominaban el grupo suegro y yerno, como correspondía. Escalada y San Martín lucían sus galas, el flamante representante por Santiago del Estero, que ocuparía su lugar en la Asamblea General, vestía de negro con alta corbata blanca y zapatos con hebilla de oro, y el jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo su uniforme de luces, aunque austero, como era su costumbre. José de San Martín, ante todo, era un

soldado. Aunque se celebrara una boda, los caballeros ahondaban en otros temas mucho menos mundanos. La política era lo único que los convocaba. Intervenían, también, Carlos de Alvear y Bernardo de Monteagudo, quienes se habían convertido en un dúo inquebrantable.

—Amigos, me temo que deberíamos dejar de discutir y pasar a la acción, urge la declaración de la independencia —sentenció Alvear, con la impaciencia a flor de piel.

—Estamos de acuerdo en que la América no volverá a remitir caudales a la península, ni admitirá magistrados impuestos —agregó Monteagudo, quien, últimamente, fustigaba desde el periódico de la Sociedad, *El Grito del Sud* .

—Acuerdo en todo, caballeros, pero la urgencia no es buena consejera —San Martín era cauteloso, más prudente, características desconocidas para Alvear y Monteagudo, siempre a punto de estallar.

—Un asunto inalienable, y que supongo que no desconocerán, es la forma definitiva de gobierno que queremos. O que necesitamos —don Antonio de Escalada dio su opinión y el resto lo escuchó con atención. —En fin, en menos de un mes tendrá lugar la tan aclamada Asamblea, así que veremos.

—He sido elegido por el Cabildo de Mendoza, iré como diputado de esa provincia —anunció Bernardo, orgulloso y exponiendo el alza que iba adquiriendo su personalidad.

En cada rincón un intercambio, hasta que la música tentó a varios y los novios inauguraron el baile. Detrás siguieron los intrépidos, tantos otros continuaron con sus devaneos. Sarratea sacó a bailar a doña Tomasa y Escalada a Nieves, su hija menor. Carcajadas y sones, y la distracción fue total. Manuela, acalorada, buscó aire en el patio, que estaba colmado de invitados. Saludo por aquí, pestañeo por allá, se ubicó en uno de los rincones más iluminados. Desplegó su abanico y lo batió sobre el cuello. Unas perlas de transpiración corrían hacia el pecho, que subía y bajaba, buscando un rezago. Miró hacia la puerta y lo vio venir. Monteagudo y su caminar lento y seguro, de pisada firme, que se acercaba a ella, con el cuerpo, la mirada y todo.

—¿Cómo estás, Manuelita? —en un movimiento se le sentó al lado.

—Espléndida, ¿no me ves, Bernardo? —respondió, aguantando la

furia, una desazón que la carcomía. Monteagudo seguía siendo un enigma para ella, un enigma que no se sentía tentada a aclarar, pero que la indignaba sobremanera.

—Permíteme acariciar al niño que traes en tu cuerpo —y posó su mano sobre la panza.

Manuela ahogó un grito. El calor de la mano de Bernardo traspasó el rejunte de telas que la cubrían. Seguía perdiendo el dominio sobre sí misma, la presencia de ese hombre la desestabilizaba por completo. Monteagudo no quitó la mano, tampoco su mirada de los ojos de Manuela.

—Me vuelves loco, mujer. No puedo evitarlo, te quiero mía, me importa nada tu lejanía —se le arrimó, ella permaneció de piedra, algunos ojos curiosos observaban lo que estaba a punto de suceder.

Bernardo le pasó la mano por el cuello, la atrajo y la besó con furia. En pocos segundos se armó el jaleo. Hubo movimientos, zapateos de aviso, murmullos desesperados, alguien gritó. El anuncio de un peligro inminente. Mariano de Sarratea andaba en busca de su esposa, alguien le había dicho que estaba en el patio.

—¿Qué pasa aquí? —gritó desde la entrada.

Manuela fingió un desmayo, Monteagudo representó a un justo salvador. El esposo traicionado pero confundido se acercó y tomó a su dama entre los brazos. Se acercaron algunos metidos, se armó el caos.

—Denle aire a la señora.

—¡Llamen a un médico!

—Muévanse que no puede respirar.

Vociferaban todos. Sarratea miraba a su mujer, Manuela prefería mantener los ojos cerrados por siempre, Monteagudo intentaba acallar el galope de sus latidos aunque disfrutaba con lo sucedido. Tan bella y arisca la joven, demasiado vehemente, lo excitaba tanto, despertaba toda sensualidad posible. Y cuanto más peligro, aún mejor.

El patio se convirtió en un festín de paños fríos y cuidados médicos, mientras que Bernardo, cuando nadie reparó en él, regresó a la sala para mezclarse entre los invitados.

***

Un intenso movimiento de tropas rodeó la Plaza de la Victoria. En la noche del 7 de octubre, las fuerzas cerraron la plaza, asentaron sus cañones en cada bocacalle, y en el arco principal de la recova, con dirección hacia las casas consistoriales, y colocaron dos obuses. De a poco fueron llegando grupos numerosos de ciudadanos, vestidos para la pueblada y, entre ellos, el Gobernador Intendente, el señor Azcuénaga, avisado de lo que se venía. En las puertas de la plaza se encontraban los doctores Bernardo de Monteagudo y Julián Álvarez, secretarios de la Sociedad Patriótica, líderes indiscutidos de la facción civil de la revolución. La decisión había sido unánime: el gobierno, así como estaba, debía volar de un plumazo. O de algunas balas de cañón. Los últimos sucesos habían colmado el vaso. La elección del reemplazo del vocal Sarratea había sido inconcebible. Don Pedro Medrano había salido electo, colmando la medida de aguante de los opositores, entre los que flameaban los integrantes de la Sociedad y la Logia. El saavedrismo había bailado la danza de la felicidad con la elección de su hombre probo, que al fin un hombre de crédito, honorable bajo cualquier aspecto, de nacimiento patricio y de casa rica, patriota y liberal decidido desde los tiempos de Liniers y Cisneros, una de las figuras más hermosas del país, apuesto, elegante y suelto, de modales francos y nobles, bueno y amable por educación y por carácter, espiritual, pero sobre todo, ¡saavedrista, y al fin! Pueyrredón y sus adláteres vivaban a más no dar, los contrincantes, en cambio, gatillaron las armas.

Monteagudo, Álvarez, los jefes militares y Azcuénaga resolvieron citar, de inmediato, a los cabildantes.

—Nada me importa que sea la una de la madrugada, los quiero a todos acá mismo —bramó Bernardo, que juntaba ira; las autoridades le habían derogado su nombramiento como representante de Mendoza para pelear la vacante que dejaba el triunviro, aduciendo que estaba impedido. A nadie le pareció pertinente dar más explicaciones.

A poco, llegó un pobre cristo con el detalle que los señores del gobierno se habían ocultado y que en el pueblo se trataba de hacer una representación.

—¿Pero son idiotas? ¿O sordos? Acá se delibera o se delibera, que vengan los demás miembros o esto estalla en mil pedazos —

Monteagudo se le plantó.

Volaron los emisarios y por medio de los porteros se logró una convocatoria, entraron a deliberar. Por unanimidad, rechazaron la renuncia del Alcalde de primer voto, don Francisco Xavier de Riglos y encomendaron al secretario del cuerpo que requiriera del pueblo la representación anunciada, porque las horas corrían, no existía el gobierno y cualquier demora podría ser de consecuencias muy perjudiciales al orden y la tranquilidad pública.

Mientras tanto, todas las fuerzas militares de la guarnición de la Capital aguardaban en la puerta del Cabildo. La presión era pavorosa. Adentro, los reclamos siguieron hasta que se firmó un documento en el que se apuntaron cargos contra el gobierno y la Asamblea, se pidió que cesaran en sus funciones, reasumiendo el Cabildo la autoridad y creándose un poder ejecutivo compuesto por las personas más dignas. Se exigió a que se convocara, sin más dilación, a una asamblea general extraordinaria y separara, antes de todo, a los sospechosos: al Alcalde Riglos, los regidores Manuel Arroyo, Manuel García y el síndico don Vicente López.

El Cabildo buscaba soluciones inmediatas. No sabían a quienes poner en reemplazo de los caídos en desgracia, para complacer a los revolucionarios. Se convocó al Comandante don Francisco Ortiz y Ocampo, a don José de San Martín, Comandante del Regimiento de Granaderos montados, a don Manuel Pinto, de Artillería, al Sargento Mayor don Román Fernández, y a don Carlos de Alvear, del Regimiento de Granaderos. Los militares adujeron que se habían reunido en la plaza para proteger la libertad del pueblo. Los cabildantes les suplicaron que tomaran parte en la elección de los miembros del gobierno.

Luego de horas de deliberación, el actuario salió al balcón para informarles a los allí reunidos.

—El Cabildo ha procedido a una elección para acceder a la solicitud del pueblo, manifestada por los doctores Monteagudo y Álvarez —gritó el hombre, y el pueblo vivó.

Pero adentro continuaban los dimes y diretes. Se arrojaba un nombre, se lo discutía, largaban otro, unos sí, otros no. Los ánimos se caldeaban, la demora despertaba ofuscamiento en la plaza.

—Caballeros, a ver si encuentran una solución definitiva, que se induce cierto fermento en la multitud —entró el Coronel Ocampo y apuró la cosa.

La voz generalizada nombraba a Juan José Paso, a Nicolás Rodríguez Peña y a Antonio Álvarez Jonte. Y entró al recinto San Martín.

—¡Por favor! No debe perderse un instante más, que se aumenta el fermento y es preciso cortarlo de una vez, señores —manifestó el jefe de Granaderos y se retiró.

Empezó la votación. Como Rodríguez Peña estaba ausente de Buenos Aires, se votó a un suplente y la elección, por unanimidad, recayó en Carlos de Alvear.

El nuevo Triunvirato fue reconocido como autoridad Superior de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Los vocales y el suplente prestaron juramento. Lo hicieron por Dios y por la Patria y con gesto solemne, recitaron:

—Me comprometo a desempeñar fielmente y como ciudadano de honor, la alta confianza con que me ha honrado el pueblo libre de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Por primera vez no se nombraba a la soberanía de Fernando VII.

Pasadas unas horas, don Juan Martín de Pueyrredón se presentó en el Cabildo con un oficio.

—Hube de ocultarme la noche anterior por haber visto que, faltando la tropa a la subordinación, se había reunido sin orden del gobierno y recelé algún insulto —señaló.

—A raíz de sus vinculaciones con el saavedrismo y los hombres del 6 de abril, se lo confina, en principio, en su estancia de Arrecifes, para luego trasladarlo a San Luis —se le hizo saber.

El encono entre Monteagudo y Pueyrredón se hizo evidente. Aquel, en la correspondencia, fue claro y no se escondió detrás de amagues. Lo trató de ingrato y hombre de mala fe, infiel a sus principios, digno de execración y desprecio; Monteagudo no tardó en enterarse de los corrillos que circulaban contra él, por parte de Saavedra y más, que lo señalaban de auténtica lacra por ser hijo de negra y así se lo hizo saber, acusándolo de artífice de la infamia que se había propuesto a cubrir su nombre, alegando anécdotas ridículas en

orden a la calidad de sus padres y aun suponiendo haber visto instrumentos públicos en Charcas, relativos al origen de su madre.

Bernardo no claudicó. Dominado por un ímpetu afiebrado, le escribió:

> *"Yo no hago alarde de contar entre mis mayores títulos de nobleza, adquiridos por la intriga y acaso por el crimen; pero me lisonjeo de tener unos padres penetrados de honor, educados en el amor del trabajo y decentes sin ser nobles. Si usted los ha graduado indignos de aquella calidad, acaso es porque como buen republicano, ama las cruces, prefiere los títulos y decantar una nobleza que le hace poco honor. Pero aun concediéndosela y suponiendo inferior mi origen, yo podría lisonjearme de ser más digno del aprecio de los hombres, que un noble infiel a sus amigos, ingrato a su patria, hipócrita por costumbre, vicioso por complexión e incapaz de ser virtuoso sino en la apariencia. Si usted fuese sensible a la buena fe, la memoria de los tiempos pasados debería cubrirlo de rubor, al comparar la conducta que ha observado en distintas épocas con Castelli, conmigo y con todos aquellos que alucinados por una falsa opinión, elevaron a usted hasta el gobierno mismo."*

Pueyrredón respondió. Pero la suerte estaba echada. La guerra entre ambos había comenzado.

1 - La esquina de San Martín y Perón, en la actualidad.

CAPÍTULO IX

Los de siempre se habían reunido en casa de Mariquita. Quería celebrar con sus amigos, demasiado ocupados en esos días. Hacía unos meses que se llevaba adelante la Asamblea General y las jornadas eran interminables, pero era sábado y la señora no estaba dispuesta a escuchar excusa alguna. Había abierto las puertas de su salón. Cuando llegó Blas Parera, la esposa de Thompson aplaudió y nadie entendió qué pasaba. Había estado organizando —en el más completo de los secretos— con el músico, la exposición de su última obra, avalada recientemente por la Asamblea.

—¡Maestro! Qué alegría que haya podido venir, quiero que agasajemos a mis invitados con su exquisita pieza —Mariquita se paseó del brazo del músico y lo acomodó en el centro de la escena.

Las señoras, inquietas por estar ante un artista, lo rodearon al segundo y lo acribillaron a preguntas. ¿Puede tocar una canción para mí? ¿Sería tan amable de enseñarme alguna melodía en el pianoforte? ¿Tengo linda voz, maestro? Parera, todo un caballero y munido de una paciencia extrema, cumplió con todas las expectativas de las damas. Remedios de Escalada, Carmen de la Quintanilla, María Rosa Lynch y su hija Ángela Castelli, Magdalena de Castro, Casilda Igarzábal e Isabel Calvimontes disparaban con un orden que parecía organizado de antemano.

—Pero dejen tranquilo a ese pobre hombre, señoras —intervino Mariquita, lo tomó de la mano y lo llevó hasta el pianoforte. —Deléitenos, maestro. ¡Amigos, acérquense, por favor! Martín, apura a esta gente, que parecen desfallecientes.

El esposo, risueño, reclamó que le hicieran caso, que no servía de nada hacerse los distraídos con Marica porque era peor que un mariscal. Se hacía todo cuando ella ordenaba y, para qué contradecirla, si siempre llevaba la razón. Hubo una risotada

generalizada, José de San Martín, Carlos de Alvear, Bernardo de Monteagudo, Pedro José Agrelo, José Igarzábal y Nicolás Rodríguez Peña, habitués de sus tertulias, la conocían bien.

El músico se quitó la cola de la casaca y se sentó con pomposidad. Algunas señoras se acomodaron en el sillón de tres cuerpos para observarlo de cerca, el resto fue ocupando sus lugares.

—Ven, Carmencita, siéntate aquí —le dijo su marido y cargó con una silla para que no se quedara de pie.

—Gracias, querido —le dijo a Alvear y se sentó. Desplegó las sedas de su vestido y preparó el abanico.

—Remeditos, tú vienes conmigo, no te sientes —ordenó Marica y la acomodó al lado del músico. Miró entre unos papeles que traía consigo, eligió uno, se lo entregó y le murmuró algo al oído

—¿Pero qué andan susurrando las mujeres? ¿Traman una rebelión? —preguntó Bernardo, entre risas, y algunos copiaron la intención.

Se armó un alboroto descomunal, los invitados no entendían qué sucedía, aunque algunos estaban al tanto de lo que había sucedido días atrás. Thompson intentó calmar los cuestionamientos, Mariquita alzó la mano y pidió silencio.

—Amigos míos, quiero que escuchen, y por vez primera, la Marcha Patriótica compuesta por el maestro Parera y letra de don Vicente López, quien no nos acompaña en esta fecha solemne —la dama largó una risotada para romper el momento y siguió— pero poco importa porque tenemos lo que precisamos. Nuestra querida Remeditos cantará el himno que ha sido aprobado por la Asamblea. ¿No es así, Bernardo, querido? Aquí tenemos, esta noche, al integrante más probo de la junta de diputados y comisionados, pido un aplauso para el doctor Monteagudo.

Todos aplaudieron, Bernardo reía y expresaba que no con las manos. Había sido nombrado presidente de la Sociedad Patriótica, integraba la Logia de Caballeros Racionales, vuelto a elegir diputado por Mendoza y actuante destacado de la Asamblea General. Compartía ideas y deliberaciones con los otros participantes de la logia, y era testigo, cuando esto se hacía manifiesto, de las tiranteces entre San Martín y Alvear. Aquel prefería elaborar planes a tiempos

prudenciales, este seguía los caminos del arrebato. No había tiempo, no se podía esperar más, era ahora mismo. Así arengaba Carlos de Alvear y Monteagudo bailaba esos bailes.

Parera dio inicio a los acordes, Mariquita ocupó su lugar al arpa, acarició las cuerdas con prestancia y Remedios se irguió para tomar aire. La joven Escalada se destacaba por su voz, desde pequeña animaba las fiestas en su casa. El canto celestial de la marcha llenó la sala y todos se hicieron a silencio. San Martín, serio, observaba a su esposa, Monteagudo y Alvear, apostados al lado de la ejecutante del arpa, la escrutaban desde atrás. Bernardo se dejó poseer por la belleza de la voz de Remedios, perdido, miraba su nuca, intervenida, tan solo, por un hilo de perlas.

En el sillón descansaban la viuda de Juan José Castelli y su hija, Angelita, que cumplía un año de casada con José Igarzábal. Monteagudo había acompañado a su camarada y amigo hasta el último momento. Castelli había muerto el 12 de octubre pasado, pocos días luego del golpe, de cáncer de lengua. El juicio al que lo habían sometido por su desempeño en la campaña del Alto Perú, había quedado abierto. Minutos antes de expirar, Castelli le había solicitado papel y pluma a su María Rosa para despedirse. Haciendo un gran esfuerzo, había escrito: “Si ves al futuro, dile que no venga”. La señora Lynch había empezado a salir, hacía poco que había abandonado el luto, y su hija le hacía compañía.

Remedios cantó los últimos compases y recibió una ovación por parte de sus amigos. Se ruborizó, toda la decisión que había mostrado mientras cantaba, se desintegró con el aplauso. Se puso tímida, agachó la cabeza y agradeció entre murmullos.

—¡Bravo, maestro, bravo Remedios! —destacó Mariquita y abrazó a la joven.

Los presentes volvieron con la algarabía y el momento musical se descomprimió. Los esclavos entraron al salón para servir, y las conversaciones aparecieron como por arte de la *salonnière* .

—Cuéntennos algunas novedades del recinto, caballeros. Tengo ansias por saber cómo avanza aquello —Marica blandió la batuta de su sala.

—Supongo que estarás al tanto de la presentación de las banderas

arrebatadas por Belgrano a los realistas en la batalla de Salta en febrero, Mariquita. Es que no sabes lo que ha sido eso, un rugido heroico para el gran Manuel —dijo Agrelo.

—Me gustaría preguntarles a los opresores del Perú dónde están los brazos que prometían la inmortalidad de sus crímenes. ¡Que tiemblen, tiemblen porque ya no existen y que busquen el asilo de la muerte porque ella sola tiene derecho a consolarlos! —sentenció Monteagudo, con su pasión de siempre.

Alvear aprobó a su camarada con una palmada en la espalda. La junta de Bernardo y Carlos iba más allá de la Sociedad y la Logia. Alvear había encontrado en Monteagudo un par, alguien en quien confiar, la persona perfecta para hacer crecer sus pretensiones. Eran muchas y no encontraba motivos para no hacerlas indiscutibles. San Martín, tras los laureles adquiridos en San Lorenzo y su estampa inconfundible de estratega militar de fuste, a su regreso a Buenos Aires, había despertado una seguidilla de rencores. Alvear, su amigo, aquel cómplice de ideas y de logia, empezaba a zanjar la unión inicial. En cuanto vio que el potencial de José de San Martín podía llegar a opacarlo, se propuso neutralizar a su competidor. Su voraz ambición no tenía límites. De comandante de granaderos, pasó a ser coronel y saltó a dominar la sociedad secreta, además de controlar la Asamblea General Constituyente. Y se procuró el adlátere perfecto: Bernardo de Monteagudo.

Monteagudo presentía que vivía el mejor momento de su vida. Había encontrado socios para llevar adelante sus ideas. Buenos Aires se había convertido en tierra fértil para exaltar su patriotismo.

—Bien sé que hay pasiones destructivas, la pusilanimidad envilece el corazón y lo acostumbra a recibir impresiones abyectas y degradantes —Bernardo exponía, no daba puntada sin hilo, le hablaba a sus camaradas pero también a las señoras que escuchaban sin perder palabra y cuerpo sensual. —La inconstancia no produce sino almas débiles y espíritus flotantes. El lujo y la blandura enervan absolutamente el espíritu, predisponen a la estupidez, al letargo y al abandono de todos los deberes.

De a uno fue mirando a todos. Con esa sonrisa amplia que sabía, seducía hasta al más mentado. No dejaba nada liberado al azar.

Hablaba de pasiones políticas a los hombres y, por debajo, las despertaba en las mujeres. Alguna ya había sucumbido, la *liason* indestructible con Madame Thompson era un rumor inquietante, pero no era suficiente. No calmaba su hambre, que era infinito. Con sus ojos, penetró a todas.

***

En Europa, las alianzas confundían a más de uno, y en el movimiento, aprovechaban los poderosos. A fines de 1813, el otrora tembloroso Fernando VII dejó de serlo y volvió a ocupar el trono de España. Con los laureles sobre la frente, el rey levantó el dedo y puso el ojo en sus colonias.

—¡De dónde han sacado ínfulas los españoles, intentando conquistas constitucionales! Aborto todo, soy el supremo —aulló Fernando VII. —¡Y que se arme una expedición guerrera para sofocar las ansias de esos bellacos alzados de América! Armen a Morillo y maten a todos.

Los rumores de la avanzada viajaron en barco y llegaron al Río de la Plata. Pero el enemigo de la región no solo se preparaba desde la península. Las amenazas se multiplicaban por todos los flancos: el oriental Artigas crecía y empezaba a convertirse en una realidad letal, y en el norte, el general Belgrano había sufrido dos derrotas: Vilcapugio y Ayohuma.

El gobierno revolucionario, en Buenos Aires, había dejado de ser lo que había sido. Aquel bastión del 8 de octubre se había diluido para convertirse en el mascarón de proa de las necesidades de Carlos de Alvear, quien tramaba, tejía y se afianzaba. El triunviro Álvarez Jonte había renunciado y Gervasio Posadas, tío de Alvear, había ocupado ese lugar. La facción alvearista de la Logia brillaba, mientras que el flanco sanmartiniano se hundía. José de San Martín había perdido poder. Ya no se lo consideraba en el gobierno como antes. Sus sugerencias eran desatendidas. Sí, ya va, veremos y después no lo sabremos, le decían u omitían decirle. En cambio, todo recaía en Alvear. San Martín quiso renunciar, hicieron oídos sordos. En vez, le ofrecieron la Comandancia General de Armas de Buenos Aires al mismísimo Alvear. Se hacía evidente la puesta en acción de la táctica

de aislamiento con la que buscaban hacer sucumbir a San Martín. Ya no les interesaba, les resultaba perturbador, había que forzarlo al vacío, quitarle a sus hombres de confianza, alejarlo de Buenos Aires, el sitio donde se cocían las habas y se repartía el poder. Tomás Guido, cercano a San Martín, había sido lanzado a Charcas para acompañar a su nuevo presidente, el coronel Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, hasta entonces el Jefe del Regimiento de Infantería Nro. 2, que mejor lejos, así Alvear podía aglutinar ese puesto.

A comienzos de 1814, el gobierno decidió concentrar todo el poderío del Ejecutivo en una sola persona. Había que tomar decisiones y las discusiones entre tres demoraban demasiado las ejecuciones. A fines de enero, se puso fin al Segundo Triunvirato y se inició el gobierno del Directorio. La Asamblea, ocupada solamente en convalidar los actos del Ejecutivo, eligió por unanimidad de sufragios al tío de Alvear, don Posadas. El sobrino refregó sus manos.

Para entonces, José de San Martín había dejado Buenos Aires en el cumplimiento de la orden de auxiliar a Manuel Belgrano en el norte del país. La capital había devenido en territorio de Alvear. La guerra entre los dos hombres fuertes de la logia estaba expuesta. José de San Martín se abría, inauguraba la Logia Lautaro. Ya no quería nada con su otrora camarada, Carlos de Alvear. Pero quien sí eligió defender esa voz fue Bernardo de Monteagudo. El 3 de febrero, fue designado para reemplazar a un miembro de la comisión permanente de la Asamblea que había renunciado ese mismo día. Adquiría poderío, Alvear consentía. Monteagudo se convirtió en uno de los principales partidarios del joven y turbulento general. Y en su confidente.

—No creas que porque lejos, por demás sin cuidado debemos estar, Bernardo —murmuró Alvear.

—Mira los realistas, esos monstruos, Carlos —refutó Monteagudo con los ojos inyectados en sangre.

—No hace falta irse al Viejo Mundo, señalo a los de aquí, hablo de San Martín. El enemigo está adentro, Bernardo. Atentos con eso.

Monteagudo se hizo a silencio.

***

Remedios estaba sola en su alcoba. Se peinaba frente al espejo

pero no lograba concentrarse. Los pensamientos la tenían inquieta, le dolía la cabeza, o la sola idea de no tener noticias de su marido la disponía de pésimo modo. Pepe estaba lejos, San Martín se había ido a la guerra y parecía que con eso debía aguantarse sin chistar. Pues no, quería saber dónde estaba José, extrañaba a su marido, o eso creía. Porque la candidez y la suavidad con que había tratado a su esposo en los primeros tiempos, era cuento viejo. Hacía un año y medio que se habían desposado y ella ya estaba contrariada. Lo había visto poco y nada, habían compartido horas de amor, sí, pero le eran escasas. Le había escrito unas cartas haciendo su reclamo. Las respuestas nunca llegaron. Sabía que San Martín estaba ocupado, pero qué le hubiera costado…

—Hija querida, ¿salimos a dar un paseo? —la invitó doña Tomasa, buscando que cambiara el talante, seguramente un poco de aire le sentaría de maravillas.

—Bueno, mamita —respondió en un suspiro y aceleró el peinado.

Acicaladas, madre e hija subieron al coche y salieron sin rumbo fijo. Luego de unas vueltas, llegaron a la Alameda. La señora de Escalada ordenó al cochero que se detuviera y tras el ajuste de riendas y el grito, el carruaje se clavó.

—Bajemos, Remeditos, caminemos que la tarde está preciosa.

Se tomaron del brazo y emprendieron el paseo. El cochero aguardaba a la vera del camino, hasta que las señoras regresaran. Como era la costumbre, se cruzaron con alguna amiga por aquí, otro conocido y relación de don Antonio, la prima o el sobrino, o la criada de tal por cual, así transcurría la caminata por la Alameda, cuando el clima lo permitía o una concertación previa así lo exigía.

Madre e hija atisbaban, descubrían hasta lo más escondido, los ropajes de estreno que lucía aquella dama, que de seguro el marido habría recibido las telas en alguno de sus barcos, la mirada mustia de aquel caballero, ¿los negocios le habrían dado un revés?, que me he enterado que han perdido una fortuna, avizoraba Tomasa, Remedios atendía y sumaba algún que otro epíteto y, cuando podía, agregaba información.

—Pero miren quiénes engalanan la Alameda esta tarde, mis estimadas —intervino Monteagudo, que venía en sentido contrario y

actuó un sorprendido.

—¡Bernardo, qué casualidad! —respondió doña Tomasa, sabiendo que en la Alameda nada era casual.

Las señoras extendieron sus manos, Bernardo las besó con la galantería de siempre. Pidió permiso para acompañarlas, doña Tomasa asintió. Y para rematar las buenas costumbres, la dama lo invitó a su casa al día siguiente.

—Sé que es demasiado abrupto el convite, don Bernardo, y de seguro ya estará comprometido pero, si puede, mi marido y yo estaremos encantados de recibirlo —propuso la señora.

Monteagudo aceptó en el acto, era eso lo que buscaba. Al caer la tarde del próximo día, el caballero se anunció en la residencia de los Escalada y lo hicieron pasar. Había pocos invitados más, y con una deferencia estudiada, se sentó al lado de Remedios, que estaba un tanto apartada del resto.

—¿Estás bien, Remedios? —le preguntó con interés. —Comamos unos pastelitos, que no hay más ricos que los de esta casa. ¿Quieres que te traiga?

—Gracias, Bernardo —le sonrió, escueta. —Te juro que ya he comido, pero come tú si así lo quieres.

—Quise probar con un dulce, a ver si te alegraba un poco.

—¿Tan triste me ves?

La sonrisa de Monteagudo iluminó la sala. Le brilló la mirada, los ojos se le pusieron chinos. El gesto melancólico de la damita era revelador.

—Pareces apenada, ¿o llena de enojo, tal vez?

Y la invadió la risa. Remedios rio un poco.

—Al fin, me pones contento, te he hecho reír. ¿Pero qué es lo que te cansa, o te aburre? Porque mira que no sabes impostar, mujer —y rio él.

—No te voy a mentir, estoy sola, me siento sola. Mi marido está lejos, no tengo a nadie con quien hablar o a quien escuchar —no supo cómo llegó a eso, pero Remedios confió en el caballero.

—Puedes hablar conmigo todo lo que quieras —se ofreció Bernardo. —De cualquier modo, perdón la impertinencia pero José no es un hombre de muchas palabras.

Lo dijo en tono de chanza y Remedios se rio. Le dijo que tenía razón, que su marido era parco, que hablaba poco y con ella menos. Bernardo tuvo ganas de acariciarla pero buscó hacerlo con las palabras, que tampoco era demasiado interesante lo que tendría para decir, que los asuntos castrenses, las disputas de poder y todo aquello que discutían los hombres era un poco tedioso.

—Si por lo menos lo intentara, Bernardo, pero ni eso. A mí me gusta hablar con los hombres, me gusta escucharlos, sondear en sus cosas, qué sé yo —Remedios recobró los colores, tenía chispas en la mirada.

—Hablemos, pues, que hombre soy. Seamos confidentes, entonces. Pero dime, ¿cuáles son los planes con José? —preguntó Bernardo, interesado en la dama pero también en los destinos del enemigo íntimo de Alvear.

—¿Pero qué es esa pregunta? —empezó, ofuscada, pero un manto de desazón la cubrió. —Tú sabes más que yo, Bernardo. Debería seguirlo pero parece que no es momento, ¿esperar que regrese?, no me escribe, no se me anuncia, cuéntame tú.

Monteagudo no quería ofender a la dama, sabía que debía portarse como era debido, nada de permitirse libertades, no fuera ser que alguna broma turbara la alegría del espíritu juvenil de la muchachita, que la sonrisa se borrara de sus labios, el regocijo de sus ojos, la serenidad se fuera de su corazón. No debía extralimitarse, sabía que su nombre podía ser proscripto en el acto. Debía ser cauteloso, Remedios lo merecía.

—Qué puedo contarte, amiga querida, San Martín está en el norte y le han entregado el mando del Ejército.

Remedios suspiró, cansada de las ocupaciones castrenses de su marido.

—Lo poco y nada que comparto con mi marido…

—Pues bien sabías lo que hacías al casarte con ese hombre, querida mía.

—Así es —respondió Remeditos y volvió a bufar. Tanto había peleado por ese amor, todo se le derrumbaba como un castillo de naipes.

—Pero no te pongas triste, levanta ese ánimo. No permitiré que te

veas derrotada, mujer. Salgamos a pasear, déjame que te haga compañía.

—¡Sí, Bernardo! —y se arrojó a sus brazos, como una chiquilina.

Los colores volvieron a sus mejillas. Lo miró a Monteagudo con un brillo renovado en sus ojos. Mientras tanto, José de San Martín, lejos de allí, cumplía una convalecencia en una finca en Córdoba, bastante malhadado de salud, acompañado por su fiel amigo, Tomás Guido.

***

Y terminaron en los aposentos humildes de Monteagudo. Tanto fue el hombre al cántaro, que encontró la respuesta que tanto ansiaba. Remedios claudicó al cortejo disciplinado de su amigo, al avance sin cuartel, a la búsqueda frenética de la fisura por dónde entrarle.

—Era cauta, mi doncella —sentenció Bernardo, teniéndola entre sus brazos.

—El océano que tenía dentro de mí se había secado —se atrevió Remedios, en un murmullo, como nunca lo había hecho.

Había encontrado en aquel hombre la licencia para experimentar, la ausencia de objeciones, el descubrimiento de la inutilidad del sacrificio. Se había expuesto al peligro de lo clandestino, había permitido que su cuerpo y, por qué no, su corazón, sucumbieran al temblor constante de la pasión. No lo había vivido nunca antes, a pesar de sus jóvenes años, tampoco su marido la había llevado a navegar esas aguas. Aquí se vivía en la tormenta, Bernardo le había preguntado si estaba preparada para aquella marejada, sin dudarlo, ella respondió que sí. Remedios era portadora de un corazón sensible, él supo abrazarlo entre brasas.

—Te propongo y conjuro en nombre de nuestra amistad, que anudemos este lazo para siempre —susurró Bernardo y le cubrió la cara con sus besos.

—Sigo temblando, tengo miedo pero no puedo escapar de todo esto, Bernardo. Estos son días en que las cosas parecen fáciles, no quiero pensar, solo quiero vivir y dejarme hacer por ti. Aunque sé que no durará eternamente. Me reclamará mi marido, en algún momento me iré con él.

—No hables de él, no me digas lo que no quiero escuchar, seamos tú y yo, sin nadie que se interponga entre nosotros.

—Perdona a esta pobre dama desesperada, que no sabe bien cómo seguir, que se ha atrevido a acudir a tu bondad, sin reparar en las consecuencias —Remedios escondió su cara en el pecho desnudo de su amante.

—No tengo nada que perdonar, querida mía, y menos a ti. Tal vez sea yo quien te pida disculpas, por arrastrarte a esta locura. No quiero que te duela, yo tengo, ya, el cuero curtido. Mi corazón es incansable. Todos los dolores de la Tierra no consiguieron detener sus latidos, pero tú, mi amada Remedios, ¿me prometes que no dejarás de latir?

Y pensó en su marido, no pudo evitarlo. Su padre le había confiado que José había sido destituido del Ejército del Norte por un mal que había puesto en riesgo su vida, sustituyéndolo, para el cargo, el General Rondeau. San Martín le había evitado la noticia pero ella se había enterado. Le había escrito reclamándole atención y él le había respondido quitando importancia a la enfermedad. Pero ella no le había creído. ¿Por qué no me respondes, José? ¿Por qué me evitas?, se preguntaba Remedios.

Monteagudo había abandonado las averiguaciones acerca de San Martín. En sus inicios, los paseos con la joven Escalada habían sido una excusa para conspirar. Pero de inmediato, la dama lo conquistó relegando la intriga para otros momentos. Remedios le resultó fascinante, él sabía demasiado bien de la carne y sus apetitos, pero con ella se dejó llevar. Adónde fuera, poco le importaba, estaba dispuesto a todo y sabía que el riesgo era grande.

—¿Por qué me quieres, Bernardo? —le preguntó, desafiante.

—Porque es su corazón, señora, un nido de perfectos entusiasmos y rigurosos desdenes —y la tomó con fuerza, esa fuerza que ella agradecía y reclamaba, y buscaba y siempre encontraba. Monteagudo no conocía de negativas, el agotamiento era un estado desconocido, siempre tenía amor para ofrecer. Era infinito, causaba abismos, el paroxismo de la lascivia.

CAPÍTULO X

Posadas tomó la decisión de que San Martín ocupara el cargo de Gobernador de Mendoza. Ya recompuesto de su salud, en agosto de 1814 tomó funciones. El Director Supremo, a pesar de los lazos familiares con Alvear, estaba dispuesto a borrar las disidencias entre las dos facciones políticas. Su sobrino ansiaba más poder y no se le ocurría hacerlo en las penumbras. Vociferaba su ansia y encontraba seguidores. José de San Martín, en cambio, aceptaba lo que le tocaba aunque no aplacara su idea original. Pensó que Mendoza era el sitio perfecto para avanzar hacia Chile y luego continuar a Perú; hacia allí se dirigiría. Y la Lautaro con él. El plan de colocar camaradas de la logia en el cénit del poder, de sur a norte, estaba encendido y sin muestras de extinguirse.

El Director buscó la reconciliación, ante todo.

—Concordia, caballeros —expresaba Posadas, ante sus laderos, buscando la aprobación de la Asamblea. —Estoy convencido de que la fuerza de los Estados solo consiste en la unidad de acción y de sentimiento.

El hombre no buscaba perseguir a nadie, aseguraba que una amnistía general ante los delitos políticos era la mejor manera de conciliar los ánimos y apagar el disgusto. Pero quien no pensaba del mismo modo era su estimado pariente. De moderaciones y arreglos, ni un ápice.

—Excelencia, traigo unas disquisiciones que me gustaría compartir con vos —señaló Alvear con pompa, delante de los edecanes. Lo habían dejado entrar sin tanto protocolo, el parentesco ayudaba.

—Bien, Carlos, pasa, pasa —lo llamó con la mano y le indicó una silla. —Señores, nos dejan, por favor.

La comitiva se retiró y los dejó solos. No era fácil demorar las reuniones en carácter de urgente de su sobrino, Alvear no estaba

atento a los tiempos de los demás.

—Estamos en serios problemas, Gervasio. Rondeau es un inoperante, no sirve para liderar el ejército, es un bueno para nada.

Alvear no estaba errado. El estado de la campaña del ejército al mando del General Rondeau era más que alarmante. La disciplina que había logrado imponer San Martín se había resquebrajado con el nuevo jefe. El Ejército Auxiliar del Perú estaba en estado de indisciplina total y eso no era bueno frente al enemigo.

—La ausencia de San Martín en esas lides se hace notar —Posadas respetaba sobremanera al General.

—Pues él ya no está, Gervasio, y su reemplazo es una calamidad. Ese puesto es mío, otórgamelo. Tras mis victorias en la Banda Oriental, no tienes a otro para designar.

Posadas pensó poco. La tropa levantisca le traía demasiados dolores de cabeza. Si su sobrino estaba dispuesto a capear aquella tormenta, bienvenido fuera. No se dijo más, y en documento oficial hizo el anuncio. Adiós Rondeau, bienvenido Alvear.

Pero la calma nunca arribó. A poco del nuevo nombramiento, comenzaron a circular pasquines en los que se denunciaban intrigas y componendas clandestinas en contra de la libertad del país. Y por si esto fuera poco, habían trascendido unas negociaciones diplomáticas recién iniciadas, que aterraron a más de uno. Con la vuelta de Fernando VII al trono de España y el murmullo de envío de sus tropas al sur de América, el pánico empezó a rodar. Posadas había reaccionado y enviado al otrora triunviro Manuel de Sarratea a Londres para gestionar algún tipo de apoyo, en caso de que España atacara. El enviado había llegado a mediados de año a Londres, con tal nimia suerte que, al poco tiempo, Inglaterra y España firmaron un tratado por el cual esta consideraba a la otra como “la nación más favorecida si abría el comercio con sus colonias”. La nueva alianza congeló a Sarratea. Lord Strangford, embajador británico en Portugal pero instalado con los príncipes y la corte en Río de Janeiro, había recibido la orden de detener toda intervención en el Río de la Plata.

Posadas se acariciaba la coronilla, pensaba, dudaba, estudiaba. Hasta que decidió organizar una nueva misión, ya no en pos de conseguir el apoyo inglés exclusivamente, sino para demorar la salida

de Morillo y tratar de que Fernando VII reconociese la independencia del Río de la Plata.

La población desconfiaba. De todo y de todos. Los adversarios del gobierno se apresuraron a denunciar a los jefes de aquellas fuerzas militares que no hacían más que perder.

***

Remedios logró escapar del merodeo constante de su madre y salió a la calle. Ni ella supo cómo lo había hecho. No la abandonaban ni a sol ni a sombra, aunque la preparación del viaje la había tenido demasiado ocupada. Había llegado misiva desde Mendoza, San Martín pedía por ella. Y cuanto antes. Remedios respondió con la premura que la necesidad reclamaba, pero los preparativos demoraron la salida.

Colocó sobre su cabeza una amplia pañoleta oscura y cubrió la mitad de su cara. Era indispensable que nadie la reconociera, el rumor de su devaneo con Monteagudo había rodado. Ella lo había mantenido en el más absoluto de los secretos, daba por hecho que el caballero había hecho igual, pero Jesusa, su criada, le había confiado lo que se decía por ahí: que el mulato la aquerenciaba, que la esposa del San Martín aquel le escapaba a la soledad con un hombre bien dispuesto, que ese sátiro y qué sé yo cuánto más. Remedios la había puesto en su lugar y a los gritos, se lo había negado. Sin embargo, supo que debía cuidarse y como nunca.

Se anunció con tres golpes a la puerta y entró. Allí la esperaba Bernardo, de pie y avasallante. Por el gesto que traía Remedios, entendió que algo le pasaba. Le tomó la mano y se la acercó en un movimiento.

—Ay, Bernardo, ya está —comenzó, con lágrimas en los ojos.

—Calla, mi niña, no digas más —y le apoyó los dedos sobre el pimpollo de su boca. —Sé todo, entiendo todo y no puedo verte sufrir.

Monteagudo estaba al tanto de los movimientos políticos y militares del país. Aunque estaba dedicado completamente a la Asamblea, era la oreja y oficiaba de primer asesor político, en las sombras, de Alvear.

—Mis padres están con los preparativos de mi viaje y dan vueltas.

Es que no me pueden enviar a ese otro país sin los atavíos correspondientes a mi edad y nacimiento, aunque intuyo que mamita gira en falso porque no quiere que me vaya. Detesta a José —confesó Remedios, con ojos desesperados.

Bernardo la miró como un lince. La cuestión del linaje de los Escalada y que Remedios lo largara con tal desparpajo le retorció las tripas. A veces se sentía observado con desconfianza, incluso con desprecio.

—¿Y don Antonio qué dice?

—Has visto cómo es tatita, el más bueno de los padres y solo quiere lo mejor para mí. Pero está muy ocupado, sus asuntos lo tienen fuera de casa.

El Cabildo estaba en actividades como nunca y su presidente, don Antonio de Escalada, no esquivaba la responsabilidad. Bernardo, que había forjado una amistad con el caballero desde su arribo a Buenos Aires, a partir del *affaire* con su hija, había dejado de frecuentarlo. Y que fuera suegro de San Martín lo ponía en la otra vereda, aunque nada, todavía, se expresara tan abiertamente.

—Ven aquí, ángel mío, no murmures tanto por tu precipitada partida, pues es más ventajosa de lo que parece —dijo Monteagudo, con voz queda, y comenzó a desabrocharle la falda. —Y aun cuando hubiéramos hecho con decencia lo que hicimos con habilidad, no habríamos alcanzado mayor éxito. Fíjate lo que hubiera pasado si no hubiésemos seguido más que nuestro deseo.

Desnuda, la tendió sobre su cama y se dispuso a quitarse la ropa.

—Quiero que me mires y grabes cada mota de mi cuerpo en tu cabeza, para que cuando estés allí, en Mendoza, en tu nueva casa, sola y sin mí, me recuerdes y revivas.

Remedios, en estado de completa turbación, no le quitó la mirada, lo observó entero, desde la cabeza de pelambre renegrida como sus ojos, que lastimaban al ver, y esa boca grande de labios gruesos, que tan bien la acariciaban al recorrerla por entero, ese pecho mullido de pelo ralo, y aquellos brazos fornidos que la tomaban con fuerza como a ella tanto le gustaba, y sus piernas de hombre, carentes de vulnerabilidad, que aplastan al caminar, y aquello que ostentaba en la entrepierna, jamás visto, menos igualado, portento de placer y

desesperación que nada calma. Bernardo la cubrió con su cuerpo y así se mantuvo, sin darle respiro.

—Ay, querido, pierdo el juicio y gana mi corazón, ¿qué me has hecho? ¿Cómo sigo? —jadeante, retribuyó Remedios.

—Niña mía, no he hecho nada —y le pasó la mano grande por la cara. —¡Cuán amables son las ilusiones del amor!

—¿Por qué me crees ilusa?

—Porque te casaste ilusionada y mírate —a Remedios se le llenaron los ojos de lágrimas. —Perdóname, mi vida, no quise lastimarte.

Remedios lloraba por todo, por lo que avizoraba, por su futuro en Mendoza, por haber traicionado a su marido, porque amaba a San Martín pero ese amor se le escurría entre los dedos, porque no había sabido retenerlo, porque había sucumbido a Monteagudo, porque conocía de su interminable lista de conquistas e igual se había dejado atravesar por su anzuelo, porque temblaba cuando lo veía, aullaba en silencio que la besara y la penetrara hasta decir basta, aunque nada le bastaba, Monteagudo era un torrente inacabable y ella lo celebraba. Pero estaba triste. Se iba de un momento a otro, a reencontrarse con el amor de su vida y abandonaba a la pasión de su existencia.

—Alábame, Monteagudo, admírame, encuéntrame bella, encantadora y perfecta. Preciso escucharte y que tus halagos sean como el canto insistente de las sirenas. No necesitaré atarme al poste como Odiseo, ya me he arrojado a tus fauces.

Transcurrieron las horas y los amantes se anudaron en un abrazo de piernas y brazos. No volaba ni una mosca, la respiración de ambos interrumpía la quietud. Sin embargo, Remedios debió partir, se le hacía tarde, tenía que volver a su casa. Se despidieron, ella no tuvo palabras, él le prometió que la volvería a ver, que no se libraría de él tan fácilmente. A fines de septiembre, Remedios, su vasto equipaje y Jesusa, su criada, salieron a los caminos en carruaje, rumbo a Mendoza.

***

El 7 de diciembre las tropas se le sublevaron a Rondeau. Fue la primera vez que el ejército desconocía la autoridad del gobierno. Los

oficiales del Ejército del Perú le remitieron una nota al General Rondeau advirtiéndole del disgusto que sentían por el restablecimiento de las banderas españolas en varios cuerpos de aquel ejército. Ofuscados, le advertían de la peligrosa incorporación entre las legiones de la patria, de un considerable número de españoles europeos. Eso era inconcebible, y tal vez la razón de la escandalosa deserción del regimiento Nro. 2, precisamente de los soldados criollos, quienes, con la mayor desvergüenza, manifestaban en sus conversaciones privadas, su obstinada adhesión a la causa de su metrópoli y su natural deseo de abandonar la fuerza en el primer conflicto, para aumentar el número del enemigo irreconciliable.

Carlos de Alvear, entonces, encomendó a un regimiento a que lo precediera en su marcha hacia el Norte. Se haría cargo de la comandancia del Ejército, pondría orden. Pero los amotinados no titubearon, arrestaron al jefe del regimiento y Rondeau se hizo el desentendido. Envió un oficio a Buenos Aires destacando que los sucesos se habían desarrollado mientras dormía plácidamente. Ni enterado. Eso dijo. Alvear hizo caso omiso a lo sucedido, remitió órdenes e intimaciones y continuó la marcha hacia Jujuy, donde se hallaban las legiones del Norte. Pero no hubo caso, los insurgentes lo frenaron y debió pegar la vuelta, llegó a Buenos Aires el 2 de enero. El motín y sus consecuencias no le auguraban un futuro promisorio, eran un condicionamiento a sus aspiraciones militares. Rondeau continuó al mando.

Posadas rindió cuentas a la Asamblea, esta le otorgó su soberana aprobación y publicó un manifiesto redactado por Monteagudo y José Valentín Gómez. En el mismo, se defendían las decisiones del Director Supremo, aclaraba la idea del gobierno de enviar diputados a la Península que, garantidos por la mediación de Gran Bretaña, expusieran a la Corona de España el estado de las Provincias, la necesidad de oír sus reclamaciones y el interés recíproco de satisfacerlas.

Pero el Director Supremo no acumulaba ansias de poder. El levantamiento de oficiales le vino de perlas para tomar la decisión que buscaba. Deseaba dejar el mando y renunció. “Autoridad que no es obedecida, no es autoridad”, expresó y cerró el capítulo. Su dimisión

fue aceptada y se designó, para sucederlo, al brigadier Carlos de Alvear, su sobrino. Monteagudo lo despidió en la *Gazeta* con palabras sentidas. Posadas abandonó la residencia del gobierno en la más completa soledad. Ni un solo amigo lo acompañó a su residencia.

El 9 de enero de 1815, la Asamblea nombró a Alvear Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El flamante Supremo tenía solo 25 años, los mismos que su leal Monteagudo, que había aplaudido púbicamente la elección. La autoridad pertenecía, por primera vez, a los jóvenes.

Apenas enterado del ungimiento, San Martín, desde Cuyo, le envió su renuncia, dando por excusa problemas de salud. El Gobernador de Mendoza no quiso perder tiempo, las hostilidades entre ambos, eran ostensibles. Alvear reaccionó en el acto, aceptó su dimisión y nombró en reemplazo al Coronel Perdriel. El Cabildo mendocino, ofuscado, rechazó al nombrado y Alvear se vio obligado a admitir que San Martín fuera ratificado en el puesto. El pueblo de Mendoza aclamaba a su gobernador.

Colmado de ira, Alvear ordenó que su ejército avanzara hacia Chile para iniciar una campaña contra los realistas. Pero no contaba con que los ánimos porteños no conciliaran demasiado con su figura. El Cabildo de Buenos Aires, dirigido por el Alcalde de primer voto, don Antonio de Escalada, se negó. El suegro de San Martín trabajaba entre las sombras. Para entonces, ya se encontraban en la ciudad los hermanos Carrera, José Miguel y Luis, integrantes de uno de los bandos revolucionarios chilenos. De un lado, se levantaba el estandarte de O'Higgins, por el otro, los díscolos hermanos, que pretendían manejarse como fuerza autónoma, reivindicando la autoridad de sus tropas. Habían desacatado las órdenes de San Martín pero este, veloz, había organizado las milicias mendocinas en sigilo para atacar el cuartel de la Caridad, donde se alojaban los Carrera. Los había apresado y desterrado en San Luis desde donde, luego, se les permitió pasar a la capital. Llegaron a Buenos Aires con su querida hermana Javiera, iracundo sostén de la familia y célebre *salonniére* en sus tiempos trasandinos. Instalada ya en Buenos Aires, replicó el salón y se dedicó a la diversión nocturna pero también a recibir a los exiliados tras la derrota de Rancagua a fines del 14 y, después, sin

ambages, a la conspiración.

***

—Carlos, piensa un poco, no es porque desprecie tus lineamientos, es más, siempre hemos acordado. Pero escúchame, escúchanos, no debes continuar por ahí. Entiende lo que está sucediendo, por favor —Monteagudo intentó disuadirlo. Se había llegado al campamento junto a Nicolás Rodríguez Peña, Antonio Álvarez Jonte y Tomás Guido.

Alvear había llegado al máximo de sus desentendimientos. Nada le salía bien pero hacía poco caso a los obstáculos y rechazos que recibía. Tras el revés de San Martín, había tomado envión y buscado combatir a las fuerzas litoraleñas de Artigas, el caudillo oriental, para componer su dignidad. Había nombrado a su antiguo ayudante de campo Ignacio Álvarez Thomas al frente de una columna, él y sus hombres habían emprendido la marcha. Pero el 3 de abril, en el campamento de Portezuelas y tras haber simulado el cumplimiento de la orden, el hombre de su confianza se había sublevado para ponerse al servicio de Artigas.

Ese era el estado de las cosas, una profunda corrupción y un desacato latente habían cubierto a las fuerzas nacionales y al gobierno.

—¡Renuncie a su alto cargo, Alvear! —le había exigido su otrora leal, además de enviarle un oficio al Cabildo de Buenos Aires con un manifiesto al que adherían los jefes y oficiales, en su rebelión contra el gobierno nacional.

Pero Alvear, temerario por convicción, en cambio, había respondido con un decreto que establecía la pena de muerte a todo que aquel que atacara el sistema de libertad e independencia adoptado por las Provincias Unidas. Además de quienes difundieran con malicia, libelos alarmantes contra el gobierno que produjeran desconfianza, odio o insubordinación de los ciudadanos.

El Supremo no había tenido reparos, se había condenado a muerte al capitán Marcos Úbeda y expuesto su cadáver en la plaza pública, el domingo de Pascua. Los enemigos de Alvear se multiplicaron.

El Cabildo, al recibir la proclama de Álvarez Thomas, se había

alineado a los oponentes de Alvear. El Supremo, incólume, ordenó que se consignara otra columna para reforzar la capital, al mando del Comandante Vargas. Enhiesto, se había dirigido del campo de maniobras de los Olivos a Caseros, listo a tomar la jefatura de las fuerzas. Pero volvió a toparse con la adversidad y resolvió presentar su renuncia de Director Supremo a la Asamblea General Constituyente.

—Solo a ese puesto, conservo el mando militar —exigió Alvear, entrecerrando los ojos, no estaba dispuesto a perderlo todo. En el encierro de la soledad, discurría que ya verían, que su necesidad era patriótica, que urgía salvar al país de la montonera y la anarquía.

En la tarde del 14 de abril se trató la renuncia de Alvear en una reunión extraordinaria de la Asamblea. Se discutió acaloradamente, ¿quién lo sucede?, ¿es Rondeau el indicado? ¿O abandonamos, de una buena vez, el sistema político personalista, llamado a perpetuar la tiranía? ¡Volvamos al Triunvirato, y de hombres probos como Rodríguez Peña, San Martín y Matías Irigoyen!

La gresca se mantuvo, las disidencias coparon la reunión. Los alvearistas tomaron conciencia de que debían abandonar la vida pública. La tensión atravesó las paredes del recinto e inundó las calles. Un grupo de vecinos empezó a arremolinarse en la plaza y, con evidente crispación, le reclamó al Gobernador Intendente Soler que le solicitara al Cabildo la remoción de su cargo a todos los hombres del gobierno en crisis. Intimaron a Alvear a que abandonara el cargo militar que ostentaba. Pero hizo oídos sordos. Los hombres de su partido organizaron una comisión para disuadirlo.

—Carlos, por favor, salte de aquí, tu vida corre peligro, ¿es que no lo ves? —Monteagudo le repitió.

—Me voy de aquí con una condición, antes hablo con mi amigo personal Lord Percy. Necesito garantías.

Gracias a la mediación de Lord Percy, comandante de una fragata inglesa en el puerto de Buenos Aires, el Cabildo le garantizó la vida y sus bienes. Carlos María de Alvear y su esposa Carmen de la Quintanilla embarcaron con lo puesto y escaparon rumbo a Río de Janeiro.

CUARTA PARTE

El hado funesto

CAPÍTULO
I

En dos golpes tumbaron la puerta. Los gritos despertaron a Monteagudo, que hacía rato se había acostado. Se levantó de un salto, envolvió su cintura con una cobija y salió de su cuarto. En la reducida sala, su fiel cocinero pardo, Nicolás Balverde, enfrentaba a los agentes de la ley, que exigían la presencia de su patrón.

—¡Qué hacen en mi casa! —avanzó Bernardo por la raída alfombra, descolorida por el uso y el tiempo.

—¡Marche preso, Bernardo de Monteagudo! Nos debe acompañar, está comprendido en la facción criminal del ingrato y rebelde Carlos María de Alvear —el oficial a cargo le extendió la papeleta y lo escrutó de pies a cabeza. —Vístase, haga el favor, que así no puede salir.

Monteagudo le devolvió la mirada sin parpadear, soltó el trapo que lo cubría y así, en su más expuesta desnudez, demoró el regreso al dormitorio. El tumulto volvió a la sala de muros desnudos como su dueño. A los gritos reiteraron la orden.

—Nicolás, ven conmigo, me ayudas a vestirme, y ustedes, que los veo perturbados, esperen sentados —y les señaló la hilera de sillas con asiento de paja, pintadas de color verde subido y recamadas con guardas y filetes dorados, que parecía pegada a la pared.

Se encerraron en el cuarto, Balverde lo miraba con ojos despavoridos.

—No temas, Nicolás, que no pasa nada. Cambia esa cara. Vísteme con mi mejor ropa, la que compré en la tienda de José Esteves, que el encierro no apagará mi luz —murmuró con gesto sereno pero no dejaba de pensar. Se sentó sobre el catre de lona verde y aguardó a que buscara en el baúl lo que le había pedido. —Y escucha bien lo que te pido, de seguro vendrán a confiscarme las pertenencias. Sacas todo lo que puedas y lo llevas a lo de doña Josefa Casero, que allí quedará

a salvo.

Los oficiales lo tomaron de los brazos y lo arrastraron a la calle. Bernardo recorrió sus aposentos con la mirada, por última vez. Tuvo una extraña premonición. Fue arrojado al fondo de un viejo maderamen anclado no muy lejos de la costa, que servía de cárcel. No fue el único perseguido. Posadas también había sido tomado por asalto en su casa, sin considerar la presencia de sus hijas que vivían con él, y llevado al bergantín *Paraná* . Juan Larrea encendió las iras del averno y fue encerrado. También persiguieron a Hipólito Vieytes y Nicolás Herrero.

Con grillos en los pies, le tomaron declaración. Lo acusaron de sedicioso, integrante de la facción del mal, le cuestionaron su participación en el golpe del 8 de octubre de 1812.

—No me arrepiento del bien que le he hecho a la causa de la libertad —respondió con una serenidad inquietante para quienes pedían la declaración.

—¡Confiese, Monteagudo, usted votó por Alvear para el cargo de Director Supremo!

—Lo hice por el imperio de las circunstancias.

—¡Hable, Monteagudo! Todos los que declararon en este proceso han reconocido la existencia de esta liga criminal. ¡Deje de negar! —lo amenazaron los sumariantes.

—Mantengo mis declaraciones, caballeros. Y no se me puede reputar de faccioso, pues lo único que he hecho es vivar el grande objeto de la revolución.

El 3 de julio se dictó sentencia, se lo declaró, junto a Posadas, Vieytes y José Valentín Gómez, culpable del crimen de facción, debiendo ser escarmentados por la rigurosa decisión de las leyes.

Por medio de su apoderado Pablo Vázquez, Bernardo solicitó a la Comisión de Secuestros que se le permitiera disponer de sus ropas y libros. Los señores Arana, Aguirre y Anchorena, integrantes de la comisión, accedieron al vestuario, no a los libros.

Monteagudo se dio al pensamiento. No podía quedarse ahí. Otra vez tras las rejas. Ya encontraría la manera de fugarse y ver el modo de volver a la lucha. Le faltaba el aire. Le reclamó a su apoderado que hablara con los suyos, que abriera una suscripción y le consiguiera

dividendos. Vázquez cumplió a rajatabla con el pedido y trajo el dinero. Bernardo imaginó qué podría traerle el destino. ¿El destierro? Se envalentonó y se vio en esa aventura. Cuando supuso que el ambiente lo favorecía, Bernardo acomodó sus cosas en dos alforjas y se largó. No fue difícil, lo vigilaban mal. De nuevo se convertiría en prófugo de la ley. A fines de julio de 1815, solo y pobre desembarcó del bergantín *Dois Regentes* en Río de Janeiro.

***

En agosto, el Gobernador de Cuyo volvió a insistir con los pedidos a Buenos Aires. San Martín no se cansaba de solicitar dinero y recursos bélicos para su ejército. Entendió, en ese momento, que tenían una oportunidad inmejorable para llevar adelante la avanzada a Chile. Había instalado la guerra de zapa —metodología que le había servido gracias al número importante de agentes que iban y venían con información caliente— y estaba al tanto de que las poblaciones chilenas comenzaban a movilizarse. Por otro lado, había llegado información de que las fuerzas realistas habían tenido que entregar un importante contingente que había marchado hacia Perú.

La respuesta recibida lo contrarió. Una vez más. Álvarez Thomas rechazó de cuajo su reclamo, aduciendo que ya habían iniciado la tercera campaña al Alto Perú comandada por Rondeau, y los caudales y los hombres habían ido hacia allí.

—Pues yo renuncio a esto, Tomás. Así no podemos seguir. Envío a Buenos Aires, y de inmediato, un pedido de licencia —le confió a Guido.

—General, lo entiendo, pero ¿no habrá forma de esperar un poco?

—¿Es que no es evidente que me lo hacen adrede? He perdido la paciencia y mire que tengo mucha. El relegamiento sistemático al que me tienen sometido es una clara indicación, amigo mío. Me planto aquí.

La petición llegó a Buenos Aires. No se la concedieron, lo obligaron a permanecer en el puesto. A fines de septiembre, San Martín porfió al Director Supremo y otra vez con lo mismo. La respuesta no le fue grata: que esperara, que debía mantenerse a la defensiva, que nada de atacar, y en vez persevere que ya llegarán

noticias desde el Norte. El general estaba que trinaba. Sabía que si no daba comienzo a las operaciones en el verano, la oportunidad expiraría. La situación del país pendía de un hilo. Y su posición vacilaba, se encontraba tironeado por los compromisos que había asumido con sus amigos chilenos y los sacrificados cuyanos. Sus socios trasandinos acrecentaban la faena de guerra de guerrillas y aguardaban, con ansias, la llegada de las huestes sanmartinianas en los primeros meses de 1816; los camaradas de la región, mientras, se mostraban agobiados por el plan sistemático y exhaustivo de explotación de los recursos humanos y materiales, llevado adelante por San Martín, en pos del aprovisionamiento de la tropa.

Durante 1815, el Gobernador de Cuyo había logrado engrosar su fuerza. A sus 400 hombres iniciales, sumó 700 libertos, 100 artilleros con dos cañones, los escuadrones 3° y 4° de Granaderos a Caballo y la Legión Patriótica de Chile, que agrupaba a los oficiales emigrados. Pero hacía falta dinero, apoyo contante y sonante. Sin embargo, escaseaba. Intentó de todo: recarga impositiva, venta de tierras, confiscación de bienes a los realistas, leva de esclavos pertenecientes a los peninsulares, austeridad en los gastos y exigencia de donativos.

El General estaba poco y nada en su residencia. Pasaba las horas en las prácticas de su ejército en El Plumerillo o reunido con sus camaradas, tratando de encontrar soluciones para la infinidad de problemas que lo arrasaban.

—¿Cómo se encuentra doña Remedios, General? —preguntó su ladero.

—A veces apocada, otras envuelta en un silencio que amedrenta al más mentado. Entiendo que está lejos de su familia y que le ha costado relacionarse aquí, pero ya lo conseguirá —José apretó la quijada, a veces le preocupaba el estado de ánimo de su esposa.

Remedios había llegado con la ilusión de la recién casada. Pero eso desapareció en un instante. El recibimiento de su marido había sido más helado que el invierno. José era frío, se había olvidado de los días porteños y, como una tonta, había creído que el reencuentro sería un torbellino de emociones. Nada que se le pareciera. Un abrazo escueto y de nuevo con los soldados. Estaba sola, no sabía cómo relacionarse con la soledad. La única compañía que tenía era la de su fiel Jesusa.

Pensaba mucho en su tatita, lo extrañaba. Se había desprendido de algunas de sus joyas, debía dar el ejemplo, le había dicho Pepe. La esposa del Gobernador debe iniciar las donaciones, le dijo, y así fue. A veces, salía a caminar por las calles de Mendoza y aprovechaba para llorar. No sabía bien por qué, pero la emoción la dominaba. Lágrimas por su padre, lágrimas por su marido ausente, los hombres le faltaban, unos brazos fuertes alrededor de su cuerpo. De tanto en tanto, la imagen de Monteagudo volvía a su mente. Aquella risa franca, las palabras de amor, los bailes desnudos en la austeridad de su dormitorio. Eso le devolvía el calor de la sangre. Aunque era mejor que estuviera lejos, mantenerse distante de aquel recuerdo tan vívido, tan verdadero pero peligroso.

***

El 28 de julio, Bernardo desembarcó en el puerto de Río de Janeiro. Había compartido viaje con José Miguel Carrera, ambos iban en busca de nuevas tierras. El tucumano y el chileno se habían conocido en las tertulias que ofrecía Panchita, la hermana Carrera. Los americanos se confiaron sus derroteros: Monteagudo seguiría hacia Inglaterra, Carrera se afincaría en Brasil, país que prometía. Sin embargo, el capitán del *Dois Regentes* , Jewet, le recomendó que cambiara el rumbo, que descendiera en Río de Janeiro para continuar hacia otros lares. El hermano Carrera cambió de planes, decidió que Estados Unidos era el sitio, se entusiasmó con aquel país, pensó que era una buena posibilidad desembarcar allí y emprender la compra de barcos de guerra para la revolución.

Monteagudo apuntó unas palabras de despedida para José Miguel, “en todas partes me haré un deber de ser con la mayor franqueza y sinceridad, su afectísimo amigo”, y continuó viaje. Cruzó mares hacia Inglaterra en un barquichuelo de mala muerte. La ansiedad lo embargó, atravesó esas aguas con una felicidad inconmensurable, iba rumbo al lugar donde se llevaba adelante la más alta política. Estaba al tanto de lo que sucedía en Europa y de los intercambios que había iniciado Posadas con Lord Strangford, el ministro inglés en Río de Janeiro. Habían sido sus intenciones enviar emisarios a la Corte de Madrid. Las negociaciones habían empezado en el más absoluto de los

secretos y dos directores supremos habían sido expelidos del poder. A fines de marzo de 1815, Manuel Belgrano y Bernardino Rivadavia habían partido para Londres en misión diplomática. Pero Alvear se había adelantado y, entre gallos y medianoche, había hecho lo suyo con su hombre de confianza, Manuel José García, enviándolo con instrucciones para los diputados, sobre la iniciativa de poner a las Provincias del Río de la Plata bajo la dependencia de Gran Bretaña.

Al llegar a Londres, Monteagudo se encontró con Rivadavia. Belgrano ya había emprendido el regreso, el otrora hombre fuerte del Primer Triunvirato había decidido quedarse al frente de la misión enviada por Alvear. En Inglaterra no estaban al tanto de los sucesos rioplatenses. El sobrino de Posadas ya no era la autoridad y había zapateado una fuga, pero de aquello nada en las islas británicas.

Bernardo y Bernardino habían mantenido una estrecha relación mientras duró, pero luego la realidad los colocó en veredas contrarias. Monteagudo era un integrante activo de la Logia Lautaro, Rivadavia no había pertenecido nunca a logia alguna; Bernardo, a pesar de todo, estimaba a don Bernardino, este, en tanto, algo menos. Sin embargo, lo recibió con los brazos abiertos en el barrio de Picadilly, en el 38 de St. James Street, su lugar de residencia.

Los días en Londres fueron apabullantes para Monteagudo. Rivadavia lo introdujo a personalidades importantes de Europa y América a las que él jamás hubiera accedido. Se convirtió en el joven acompañante de don Bernardino, aunque nunca aprendió el idioma y tampoco se habituó demasiado a su ambiente.

El 18 de noviembre, Rivadavia salió rumbo a París, para luego trasladarse a Madrid. Sin embargo, quien sí permaneció en territorio inglés y Monteagudo veía de tanto en tanto fue Manuel de Sarratea. Ya con Bernardino fuera de radar, Sarratea aprovechaba y expresaba su encono: que es un bueno para nada, que el tránsfuga de Rivadavia y unos cuantos epítetos similares. Monteagudo escuchaba y se hacía a silencio. A mediados de 1816 y enterado de que su amigo Juan Larrea, siguiendo los pasos del destierro, había recalado en Burdeos, salió hacia allá. Llegó con información que luego fue transmitida a Rivadavia, en París.

—Sarratea sale para Buenos Aires, a fines de este mes. Me dijo que

se retira por falta de dinero, pero quién sabe —le confió Bernardo.

—Acaso Belgrano, a su llegada, influyó para que se le revocaran los poderes —refutó Larrea.

La información de lo ocurrido entre los argentinos en Londres, se trasladaba de país en país. Los acontecimientos diplomáticos de Rivadavia, Sarratea y Belgrano pero, sobre todo, las conspiraciones, eran un murmullo constante.

En noviembre, Monteagudo también partió a París, la capital de Francia impactó al viajero. Don Bernardino se alojaba en la Rue de la Michodière Nº 4, a poco de la Ópera y cerca de la Biblioteca Nacional. La situación económica de Monteagudo no le permitía un alojamiento parecido, sin embargo, encontró una habitación discreta en un hotel de los alrededores del Palais Royal, al precio de 3 francos. El hotelito ofrecía una cocina bastante aceptable. Junto a Rivadavia, frecuentó el teatro, desde la Ópera, hasta el Odeón, el Francés y el Italiano. Junto a su coterráneo circuló por los entornos más cultivados de París.

Pero el emperador de los sentidos encontró el solaz que tanto buscaba en solitario. No podía compartir su gusto desaforado por las damas con ningún hombre, mucho menos con don Bernardino, que ostentaba una moral a la española. En Francia era otra cosa y Bernardo se dejó llevar por su olfato. Guiado por su instinto, supo que los jardines del Palais Royal eran el punto de encuentro para aquellas lides. Entre las cinco y las ocho de la noche, los concurrentes tomaban su taza de café o alguna bebida para elevar el espíritu. Las diferencias desaparecían y las gentes se mezclaban, y con la llegada del crepúsculo, salían las ninfas de sus casas y se precipitaban a los jardines. Se dividían en tres clases: las *demi-castors* (1) , que se paseaban por los caminos del jardín y bajo las galerías de madera, las *castors* por otro lado, y las de las terrazas de las bóvedas, las *castors-fins* . Los jardines se llenaban, entonces, de curiosos o extranjeros, de jóvenes o viejos libertinos, de militares, vendedores de pañuelos o de relojes, y cualquiera que tuviera ganas de alternar. El jaleo duraba hasta las diez de la noche, horario en que abandonaban el sitio para reunirse, quienes habían logrado algún tipo de relación, en las casas de juego, los burdeles y los privados que rodeaban los jardines.

Bernardo supo cómo acomodarse en aquel territorio. El anonimato

era la carta de presentación adecuada. Entendió los modos de relacionarse, nunca le faltó dónde poner el ojo. Y la palabra, el gesto y las ganas. Como aquella vez, que vio venir una muchacha, muy acicalada y erguida, con el abanico en mano a todo vapor.

—Buenas tardes, *mademoiselle* —se avino Monteagudo.

—*Bonsoir, Monsieur* —respondió la jovencita y se detuvo para perseguir la conversación.

Bernardo intuyó el rubor delicado de su mejilla y el color de sus labios, que se oscureció por arte de magia. *Mademoiselle* tomó aire y el escote generoso se elevó. Qué saludable, pensó Monteagudo, con qué plenitud respira. Sus movimientos le parecieron etéreos, como en una nube, como en un sueño, elevada por el aire dulce de los jardines. Percibió que se recataba, sus brazos se apretaron contra su pecho, cubriéndolo modosamente, como si buscara que el aire no se le acercara demasiado. La muchachita se sonrojó más claramente, Bernardo concluyó que la oposición embellecía, tenerla frente a sí aumentaba su gracilidad. Y todo el calor que vibraba dentro de sí fue interrumpido por un escalofrío.

Continuaron la charla dentro de la política de la seducción. Ambos sabían adónde terminaría aquello, aunque optaron por sostener el arrebato y mantener la tensión. Hasta que, de a poco, fueron acercándose más y la conversación devino en susurro de aires cálidos.

—¿No sientes deseos de abrir tu regazo en agradecimiento de estar viva? —murmuró.

Mademoiselle giró apenas la cara, los labios casi se rozaron y mirándole la boca, dijo:

—¿Podrá hacerme el favor de contenerse un poco?

—Favorézcase y dese un permiso.

Monteagudo apenas la rozó y percibió el escalofrío en ella. Se mantuvo firme, le resultaba agradable que ella jugara a oponer algo de resistencia. Expuso su lado recio, no movió un músculo y ella no resistió.

—Lo convido a mi *chambre (2)* , situada a pocos pasos de aquí, si fuera de su gusto —apuró la señorita, audaz y arrogante.

Bernardo la tomó del brazo y la siguió. De este modo siguieron sus días franceses, a puro placer y avidez. Los últimos días de 1816 partió

rumbo a Burdeos pero cayó enfermo. Juan Larrea, instalado en la dirección Cours du Jardin Public 63, le ofreció cobijo en su residencia. La correspondencia con Rivadavia se mantuvo activa. Le confesó que extrañaba los tiempos compartidos en Londres y París, pero sabía que debía someterse a su destino y sufrir el contraste que hacían sus inclinaciones y su fortuna. A Burdeos le llegaron noticias de Buenos Aires, por medio del paquete la *Aurora.* Se enteró de la suspensión de las sesiones del Congreso de Tucumán, de la iniciativa en favor de una monarquía incaica de Güemes y Belgrano, de la preparación del ejército de San Martín para cruzar los Andes y la necesidad de recibir refuerzos desde Buenos Aires, del estado del ejército español de Chile a las órdenes del general Marcó, de las avanzadas de los portugueses en la Banda Oriental, de las operaciones militares de Artigas y de la oposición al gobierno de don Juan Martín de Pueyrredón en Buenos Aires.

Pero la situación económica de Larrea sufrió un revés. De opulento comerciante en sus tiempos en el Río de la Plata, pasó a la miseria. Los días en Burdeos se desmoronaban para Bernardo y la familia del caballero. Le confió a Rivadavia, por carta, la desolación en la que vivía. Estaba solo en aquel pueblo y sin recursos. Sufría, pasaba ratos en la más viva amargura, pero le aseguraba a su amigo que el país que habían dejado era lo mejor de América, y que nada lo probaba tanto como los progresos que había hecho el partido monárquico, que aún era detestado en los otros puntos. Monteagudo y Rivadavia compartían la fórmula de la implantación de la monarquía en América como la única solución posible para contener la anarquía.

Bernardo ratificó que dos años de continuo sufrimiento habían aumentado la irritabilidad de su fibra, tal vez porque nunca se había sentido tan aislado como en ese entonces, su suerte se le hacía insoportable como nunca. Se veía reducido por no tener ni libros que leer, ni gente con la que tratar porque Larrea no estaba en condiciones de introducirlo. Estaba atormentado con la miseria y la terrible idea de un porvenir incierto. Había enviado un reclamo a Buenos Aires pero le habían confiado que debía aguardar seis o siete meses por una respuesta. No esperó más, le hizo el pedido a la Logia Lautaro, reclamó que le facilitaran los medios para regresar. La sociedad era

secreta, debía mantener absoluta reserva bajo pena de muerte. El Director Supremo Pueyrredón, su enemigo acérrimo, consintió en que volviera, aunque pesara sobre él un decreto de destierro. Puso condiciones sobre el lugar donde debía permanecer confinado: Mendoza fue el lugar elegido.

A fines de agosto de 1817, Monteagudo partió de Pouillac a bordo de la fragata *L'Entreprise* con destino a Buenos Aires.

1 - Persona de moralidad dudosa.

2 - Cuarto, en francés.

CAPÍTULO II

—¡ Salven sus vidas, señores! —advirtió el capitán de *L'Entreprise* , intentando transmitir calma a pesar de la catástrofe.

—¿Qué sucede, capitán? ¿Qué es esto? —preguntó Monteagudo, inquieto. Notó que la tripulación corría de babor a estribor, el barco parecía ladeado, había agua donde no debía.

—¡Naufragamos, esto es una desgracia!

A la altura de Punta de Piedras, en las proximidades del puerto de Buenos Aires, la embarcación sufrió un desperfecto que terminó en naufragio. Con lo puesto, Bernardo se arrojó a las aguas del río, llegó a la costa y, desde ahí y en un estado calamitoso, fue a pie hasta la ciudad.

Las autoridades estaban al tanto del siniestro y de quiénes integraban el pasaje. Se esperaba con ansias el arribo de Monteagudo. En un movimiento, el recién llegado fue detenido y llevado en arresto al cuartel de Dragones de la Plaza.

La orden había sido dada por el Director Supremo que no daba puntada sin hilo. No quería a Monteagudo cerca. Lo más lejos que se pudiera.

Pero Bernardo no estaba en las mejores condiciones. Los problemas de salud que había acarreado desde Europa, las privaciones, el anegamiento y la caminata de leguas, no habían hecho más que acentuarlos. Tras unas noches de delirio, pidió papel y pluma y se le fueron otorgados. Escribió, como pudo, un pedido que atendiera el estado de su salud y le permitiera salir bajo la misma calidad de arrestado a una casa particular. Reclamó que fuera la del señor Brigadier Balcarce, en la que pudiera recibir la asistencia que necesitara y sin la que le era imposible restablecerse de la situación que lo habían puesto los peligros que había corrido y la lucha que había visto desde las diez de la noche del lunes, en que había creído

cerrado el período de sus conflictos.

El querido Balcarce, hermano de logia y quien lo había defendido en el juicio tras el desastre de Guaqui, de seguro lo albergaría en su residencia mendocina. Era uno de los caballeros que había intercambiado correspondencia y le había facilitado respuestas al reclamar subsidios para su regreso. Mendoza era el punto de partida para seguir a Chile, conocía los movimientos de San Martín y quería ofrecerle sus servicios.

Pasaron cinco días y el Ministro de Gobierno, don Gregorio Tagle entregó el decreto por el que se intimaba al suplicante, por intermedio del Gobernador Intendente de la Provincia, que en el término de tres días saliera a puertos extranjeros o a cualquiera de los pueblos interiores que eligiera para su residencia. El Director Supremo había sentenciado:

—Es muy grande y poderoso el número de los que le temen y lo detestan.

Bernardo emprendió el viaje a Mendoza. Fueron semanas que parecieron años hasta llegar a destino. Pero no le importó, se acercaba a la libertad.

***

—Doña Remedios, la buscan. Un caballero pregunta por usted —el mayordomo se asomó al cuarto de costura y le hizo el anuncio.

—¿Seguro, Aurelio? ¿Para mí? —preguntó Remedios, suspicaz. Los hombres buscaban a su marido, nunca a ella, aunque tal vez todo se prestara a una confusión. Dejó la labor sobre el sillón, se acomodó un poco y se dirigió a la sala. A poco de cruzar el umbral vio a la visita, de espalda. Pero no podía ser, su imaginación le jugaba una mala pasada, era absurda aquella visión.

—Querida Remeditos, qué alegría volverte a ver, ha pasado tanto tiempo —el hombre giró, era Bernardo.

Sintió que la sangre se escurría entre sus poros, dejándola vacía; creyó que perdía la vida, le faltó el aire, la tierra se abrió, no hizo pie, tuvo un vahído y manoteó sin control para no caer. Monteagudo corrió hacia ella y la sostuvo. Cuando volvió en sí, Remedios se soltó de sus brazos y tomó distancia. En un solo giro, tomó asiento y volvió

a respirar con dificultad.

—¿Qué estás haciendo en Mendoza, Bernardo? —le preguntó con pavura.

—¿Es que no te alegras de verme?

Remedios miró en derredor, buscaba a un tropel persecutorio, a los enviados de su marido, a los conspiradores siempre listos, a los abogados del diablo o a quienes fuera que luego la sindicaran como la traidora infiel, benefactora de hechos repugnantes, beneficiada por el cónclave más espurio.

—Bernardo, no me quieras arrastrar a tu locura —susurró, sabiendo de su vulnerabilidad.

Monteagudo se arrodilló a su lado, la tomó de la mano y le suplicó que lo mirara. Remedios apenas movió sus ojos en la dirección requerida.

—No quiero nada que tú no quieras. Si de alguien no debes temer, es de mí, Remeditos.

—Aquí me he afincado con mi marido, hemos tenido una hija, Merceditas —y miró hacia la puerta, era hora de que despertara de su siesta.

—No sabía lo de la niña, pero sí de tu vida aquí, en Mendoza. Aunque José no está, se encuentra lejos —Bernardo le apretó la mano.

Remedios permaneció como perdida, con la mirada lejos de allí, como si escapara a leguas de distancia.

—Y tú te encuentras sola. La soledad de Buenos Aires, ahora la mendocina.

Lo miró con ojos afiebrados, le cubrió la mano con la suya. Se sintió como un libro abierto, Monteagudo era su mejor lector. Y le dio miedo.

—No le temas a la soledad, mujer. Cuando te creas sola o te encuentres en lugares solitarios, sé una multitud para ti misma, querida mía. Hazme caso y desaparecerán todos los temores.

Sin proponérselo, Remedios empezó a llorar. Las lágrimas se derramaban solas, ni el más mínimo esfuerzo mostraba. La llegada de Bernardo, su presencia de la nada había vuelto a revivir la lastimadura de su corazón. ¿Era feliz? No lo creía. Se había casado con el hombre que quería, vivía con él, le había dado una hija luego de una

abundante espera, sin embargo, el malestar insistía. Monteagudo le traía las risas escondidas debajo de uno de los tantos pliegues de su alma, revivía ese erotismo rebelde que no sabía que tenía, la confusión de esa ansia dionisíaca, como una voracidad sin límite, que hasta hacía poco desconocía.

Bernardo la abrazó, no podía ver a una mujer dominada por el llanto, lo instaba a protegerla, a cuidarla de todo dolor, a ofrecerle reparo, cobijo, silencio.

—No estés triste, Remeditos. ¿Sabes una cosa? —Monteagudo la apretó más, buscaba animarla un poco. —Me has demostrado que eres una mujer limpia. ¿Sabías que las muchachas conjuradas no vierten una sola lágrima?

Y largó una risotada para ver de contagiarla. Lo logró, Remedios rio con él y se enjugó las lágrimas. Bernardo buscó un pañuelo en el bolsillo y le acarició los ojos. Ella se dejó, modosita, pero volvió en sí. ¿Y si alguien hubiera visto ese abrazo? ¿La servidumbre habría espiado? No debía dar que hablar, tenía que cuidar las formas, no podía permitir que el desenfreno la embargara.

—¿Has llegado solo hasta aquí? ¿Con quién viniste? ¿Adónde vives? ¿Piensas quedarte en Mendoza? Mi marido te mata, nos mata.

—Tranquila, mujer, que estoy en lo de Balcarce pero organizando mi cambio a Chile.

—¿Vas a verte con José? —demandó Remedios con ojos desencajados.

—No temas —le respondió.

Pero ambos sabían de qué hablaban aunque no dijeran nada. El distanciamiento entre San Martín y Alvear era vox pópuli y lo mismo sucedía con la estrecha relación que había tenido el caído en desgracia con Monteagudo, era de lo único que se hablaba. No solo se habían enemistado personalmente, era conocida la tirria entre ambos en la Logia. De todos modos, Bernardo quería seguir el camino de la integridad y la independencia. Y no era sin otro que con José de San Martín.

—Debes marcharte, es la hora de mi hija. No quiero abandonarla y, contigo aquí, todo se me hace difícil. Me delataré y necesito controlarme.

—Permíteme despedirme antes de partir. Aunque desconfíes, eres importante para mí, Remedios. Has sido la afirmación del amor —depositó su mirada en ella, quiso declararle la paz a aquellos rastros encubiertos de paganismo que le descubrió, esa mujer le impedía la contienda, campo tan asegurado para él. Quería abrazarla, nada más y para siempre, aunque entendía que aquello era imposible.

***

Los últimos días de 1817, Monteagudo emprendió el viaje hacia Santiago. Cruzó la Cordillera y, sin contratiempos a la vista, arribó el 3 de enero de 1818. Se había puesto en contacto con el Director Supremo de Chile, O'Higgins —a quien había conocido en Buenos Aires, tras el desastre de Rancagua—, y con el Jefe del Ejército, San Martín, para hacerles el anuncio de su llegada pero ambos estaban en campaña, lejos de Santiago. Quien ejercía las funciones era el Director Delegado, don Luis de la Cruz, quien, solícito, le hizo saber a O'Higgins de la flamante llegada. Se refirió a Monteagudo en los mejores términos, rescatando sus talentos y su carácter adecuado. Bernardo se había esmerado. Se lo recibió con apoyo y así se lo hizo saber al Supremo de las Provincias de Buenos Aires. Veloz, el 16 de enero le escribió a Pueyrredón comunicándole que San Martín aprobaba su arribo y lo quería cerca.

El Jefe del Ejército había vuelto a Santiago apenas enterado del arribo de Monteagudo. A su llegada a la capital de Chile, meses atrás y acompañado por su edecán Tomás Guido, San Martín se había alojado en el Palacio Episcopal, frente a la Plaza de Armas, que había sido alistada con suntuosidad para convertirse en su residencia. Desprendido, al encontrarse con Monteagudo, le ofreció alojamiento en el Palacio. El recién llegado aceptó.

—Le ofrezco mis servicios, General —le dijo Bernardo.

A San Martín le pareció excelente y se lo comunicó a Pueyrredón, con quien había estado, el año anterior en Buenos Aires, en una reunión en la que le había solicitado caudales para su ejército. El pedido del Jefe del Ejército era constante, no le alcanzaba, no tenía, no estaba en condiciones de armar a sus hombres. Las respuestas llegaban: palabras que nunca se concretaban en hechos.

A poco llegó la respuesta desde Buenos Aires. Pueyrredón le afirmaba a San Martín que se había enterado de que Monteagudo estaba resuelto a seguir la suerte del ejército y que lo había propuesto para su secretario, que no podía creerlo y muy lejos de aprobarlo, que aquí estamos recelosos de que se acerque demasiado a nosotros, que había cometido un insulto pasándose a Chile sin pedir licencia, y que se había sentido el rumor de que se restituía el partido de Alvear, que ese era el punto de reunión, hacia donde se dirigía Carlos también. Pueyrredón concluyó en que si Monteagudo se acercaba, él se alejaba.

Don José soltó la carta. Frunció el ceño. Las noticias que le llegaban de Alvear eran otras, que vagaba por el extranjero en medio de una miseria pasmosa, más cerca del crimen que de la gloria. Retomó la lectura, que así rezaba:

"…Si el pueblo o los pueblos ven colocarse de secretario de usted a Monteagudo confirmarán sus sospechas y serán capaces de perder el respeto que los va afirmando en el orden. Yo preveo esos males y debo prevenirlos."

San Martín bufó, cansado, y siguió:

"La presencia de este hombre a las disposiciones de usted perjudicaría mucho a la confianza pública que usted se ha granjeado.
Por fin, él no debe quedar en el ejército y usted buscará el mejor modo de separarlo sin desairarlo."

El General se hartó de los rodeos de Pueyrredón. Raudo, le contestó que Monteagudo se pondría al servicio de O'Higgins en el ejército de Chile, como auditor de Guerra. El Supremo de Buenos Aires se tranquilizó, que sirviera a ese Estado, ya que no tenía compromisos con el nuestro.

Bernardo disfrutó de la buena disposición de la sociedad chilena, gracias a la introducción ofrecida por San Martín, quien reinaba en los salones y era la figura más visible y presente en Santiago. El General inspiraba respeto, cariño y confianza, y tenía muchas amistades

íntimas en varios círculos de la ciudad.

Una noche, San Martín ofreció una fiesta en el Palacio a la que concurrió lo mejor de la sociedad. Oficiales con ganas de ostentar su gallardía, hombres de letras, damas casadas, solteras y a la busca, y Bernardo de Monteagudo, todos desbordantes de entusiasmo en el salón del General.

José conversaba con una amiga aristocrática, con quien había avanzado en la relación hasta convertirse en íntimos. No daban muestras de su afinidad en público pero aquellos quienes avispaban el ojo, notaban que allí había algo más que una simple amistad.

—Venga, Bernardo, que le presento a mi amiga —llamó al abogado, que merodeaba por allí.

Monteagudo se acercó y San Martín hizo la introducción pertinente. La dama hizo preguntas, Bernardo las respondió, desplegando sus dones como bien sabía. Él no realizó las suyas, supo, de inmediato, que debía continuar con la recorrida. Le regaló una reverencia a la señora y se despidió con la pompa y circunstancia que debía. Se perdió entre la visita pero llegó a escuchar el intercambio de la pareja.

—Dime qué te ha parecido —preguntó, curioso, San Martín.

—Parece un hombre de talento y hasta cierto punto interesante; pero tiene una mirada de salteador… —murmuró la señora, cubriéndose la boca con el abanico.

Ambos rieron, Monteagudo esbozó una sonrisa y siguió camino. Había reparado en la tensión sexual que imantaba al General y a la señora. No sería, él, un delator de otros. Así como despreciaba ser blanco de las acusaciones e imputaciones viles, le resultaba desagradable y de poco hombre andar fisgoneando en cama ajena. Pero San Martín guardaba secretos, se alegraba por él. Tanto mejor para su conciencia, aunque desconociera los ardides del remordimiento.

Y encontró una mujer a quien cortejar. Se acercó con elegancia y artificios, y supo homenajearla. Una palabra encantadora, una galantería, la chispa en el ojo y asunto comenzado. Desde luego no era una jovencita insignificante, de esas que se le deshacían entre los dedos, tan frágil que parecía romperse con solo mirarla. Esas no eran

de la preferencia de Monteagudo. La dama en cuestión parecía otra cosa, ella jugó con su mirada, batió las pestañas y sonrió. Como un médico, Bernardo le diagnosticó su mal. Solo él podría curarla.

***

El 12 de febrero se juró la constitución en Talca, donde se encontraba O'Higgins, y en Santiago, con el Director Delegado Cruz y el Generalísimo San Martín. El gobierno le había encomendado la redacción del documento a un ministro de Estado pero, al leer el borrador, O'Higgins lo rechazó de cuajo. Nombró una comisión y le reclamó a Monteagudo que reescribiera el acta. El flamante auditor de guerra así lo hizo.

Santiago se había vestido de fiesta. El pueblo vivaba en las calles, Chile era libre. Cruz y San Martín se pararon, erguidos, y ofrecieron sus discursos, también dio el suyo don Tomás Guido, representante del gobierno argentino ante Chile. Se leyó la declaración de la independencia y uno de los momentos de mayor solemnidad fue el desfile cívico de las banderas de ambos Estados. El diputado del gobierno argentino llevaba la de Chile, el Presidente de la Municipalidad de Santiago, la de las Provincias Unidas. La multitud hizo silencio al verlos pasar.

Después del juramento, el ejército liderado por San Martín empezó a avanzar hacia Talca, a encontrarse con O'Higgins y el Ejército de Chile. El Ejército Unido Libertador de Chile debía enfrentar a las huestes realistas, al mando del General Mariano Osorio.

Al caer la tarde del 18 de marzo, el ejército aliado acampó en dos líneas paralelas, dispuesto a pasar la noche. San Martín, viendo que su posición estaba demasiado comprometida, decidió modificarla antes del amanecer pero no hizo a tiempo. El general enemigo José Ordóñez se anticipó y atacó. Durante el combate, O'Higgins quedó sepultado debajo de su caballo, muerto tras una balacera. Con el brazo derecho hecho pedazos, fue cercado por los realistas. Sin embargo, el Teniente Coronel Bueras y su escuadrón de cazadores lograron salvarlo. Pero la derrota fue fulminante.

A los días, el pánico se propagó y llegó a Santiago. Los fugitivos, a

la busca de amparo, se dirigieron a la capital, que estaba libre de enemigos. Corrió la voz de que San Martín y O'Higgins habían muerto en combate, que el ejército había sido destruido y que la revolución era un fracaso. En las calles se escuchaban exclamaciones de adhesión a la causa que, hasta hacía horas, se había combatido. Personalidades encumbradas se apresturaron a firmar su apoyo a los realistas. Muchos optaron por cruzar a Mendoza.

El Director Delegado convocó a un Cabildo Abierto y junto a Tomás Guido y el chileno Manuel Rodríguez, contuvieron los ánimos.

—¡Aún tenemos patria, ciudadanos! —proclamó Rodríguez y fue nombrado presidente interino.

Pasaron los días y llegó la noticia de que los generales no habían muerto, y que la mayor parte del ejército estaba a salvo. O'Higgins llegó a Santiago en las primeras horas del 24 de marzo y San Martín, al día siguiente. Aquel fue recibido como un salvador y, poco afecto a hablar en público, se animó:

—Chilenos, el contraste que en la obscuridad de la noche acaba de sufrir el ejército unido nada importa si, como lo espero, debo contar con el patriotismo y la abnegación de este gran pueblo. Yo os empeño mi palabra de honor de que primero pasará el enemigo sobre mi cadáver y los de mis valientes soldados que entrar en la Capital.

Monteagudo había llegado tres días antes. Él y el capitán Antonio Arcos, acompañados de sus respectivos asistentes, en la dispersión tras la derrota, tomaron el camino a Santiago. Arcos sufrió medidas disciplinarias, Monteagudo, en cambio, resolvió atravesar la Cordillera y dirigirse a Mendoza. Diligente, tomó una cuartilla de papel y le escribió a su jefe:

"Sr. D. Bernardo O'Higgins,
Amigo y muy señor mío, después de haber sido testigo de nuestro contraste llegué a Santiago y, en el conflicto de noticias adversas que por momentos se recibían, al paso que ignoraba la suerte de ustedes, resolví salir para Mendoza, tanto con la idea de ayudar a aquel gobernador en el estado difícil en que debe hallarse, sugiriéndole algunas medidas que nacen de nuestras circunstancias, como para esperar noticias más exactas sobre nuestra situación.

Sigo mi marcha pues recién esta tarde he sabido el arribo de usted a esa; espero tenga usted la bondad de comunicarme sus órdenes a Mendoza de donde regresaré sin pérdida de tiempo, si las probabilidades igualan nuestros riesgos, y si usted cree útiles mis servicios deseo mostrar toda la energía de mi carácter pero con fruto y solo bajo la administración de usted. No hay tiempo para más: repito que en Mendoza indicaré cuanto las circunstancias exigen.
De usted, su afectísimo y atento servidor,

Monteagudo"

Monteagudo había huido de Chile porque creía perdida la revolución. No vaciló un segundo, debía recalar en Mendoza para colaborar con su gobernador, don Toribio de Luzuriaga. El hombre que había tomado el lugar de José de San Martín en el gobierno escucharía de buena gana sus consejos para afianzar el proceso revolucionario. Él era la resistencia, los mendocinos aceptarían sus ideas. Y allí encontraría un abrazo amigo donde reposar. Remedios lo esperaba.

CAPÍTULO III

Las amigas se habían reunido en casa de los Corvalán. Margarita había preparado una mesa con delicias, no quería decepcionar la fama que se había construido. Laureanita Ferrari, Remedios, y su dama de compañía Mercedes Álvarez conversaban en la gran sala, mientras probaban aquel dulce, aquella torta, ese pastelito y lo que apareciera.

—¡Ah, pero qué rico esto, Margarita! Me tienes que apuntar la receta, así se la doy a Julia, en casa. Es de no creer, le han agregado algo diferente, a mí no me mientes —dijo Remedios mientras se relamía.

—Roguemos que en la cocina estén de humor y me faciliten los ingredientes. Bien saben que ahí no mando, así que no sé… —y largó una carcajada.

—Perdón que las interrumpa, pero tengo noticias de Dolorica —intervino Laureanita, moviendo las manos. —Me llegó correspondencia de Chile.

—¡Cuéntanos! ¿Has traído la carta contigo? —la apuró Margarita.

—Ay, me la olvidé, pero me decía que está muy contenta de haber regresado a su casa.

Doña Dolores Prats, una de las damas que había colaborado en la confección de la bandera en la víspera del cruce de los Andes de José de San Martín, se había refugiado en Mendoza, en 1814, huyendo de la persecución realista. Su esposo había sido una de las tantas víctimas en la batalla de Rancagua y a ella no le había quedado otra que escapar.

Las damas siguieron con el tema del exilio y Chile, y las bondades mendocinas, y preguntaron cómo estaba la pequeña Mercedes, la infanta San Martín, y Remedios dio rienda suelta a las novedades de su hija. Reían, comían, tomaban, pasaban el gran rato.

—La ciudad está convulsionada, señoras. ¿Han visto? —de la nada,

señaló doña Mercedes.

—¿Por el asunto de los Carrera, dices? —Margarita volvió a llenar su taza con el té inglés que habían logrado encontrar en la pulpería.

—Es de nunca acabar, señoras. Pero dinos tú, Marga, que tu hermano ha sido nombrado fiscal en el juicio de esos criminales.

Juan José y Luis Carrera habían sido apresados el año anterior, acusados de ser los instigadores de una conjura mortal. Habían planeado regresar a Chile con el propósito de apresar a San Martín y a O'Higgins, forzándolos a abdicar para entregarles, a ellos, el poder, además de ponerlos frente al pelotón de fusilamiento. Según los hermanos, aquellos hombres eran los portadores de todos los males de este mundo.

—No cuenta mucho pero creo que el juicio se está demorando demasiado. Y creo que Manuel está harto.

José de San Martín había unido a Manuel Corvalán, hermano de Margarita, al campamento de El Plumerillo y, al iniciar la campaña a Chile, lo había dejado a cargo del ejército mendocino y de las instalaciones del cuartel general.

—¿Y tú, Remedios, no tienes nada que agregar? Dicen por ahí que el foco de esta gente era asesinar a tu marido.

—Hombres siniestros, eso puedo decir. Parece que quien instigaba o era la reina de la conspiración, era la hermana Javiera, desde Buenos Aires. Y desde su salón, qué horror —destacó la mujer de San Martín. —Me cuentan amigas desde allá.

Habían llegado los rumores acerca de la intervención activa de doña Javiera. Ella les había dado letra a los conjurados y había elegido, personalmente, a los 14 individuos que llevarían adelante el plan. Javiera y su hermano Luis habían precisado que era fundamental asesinar a San Martín y a O'Higgins.

Pero lo que no se sabía aún era que los conciliábulos entre los generales independentistas se habían multiplicado una y mil veces con la temática de los hermanos. Sabían bien que eran sus enemigos, siempre habían sido lo mismo. Y solo variarían con la muerte, le confiaba el Director Supremo de Chile al Jefe del Ejército. Mientras no la recibieran, el país fluctuaría en incesantes convulsiones. O'Higgins declamaba que hacía falta un castigo ejemplar como único remedio

que cortara tan grave mal. Que desaparezcan los tres inicuos Carrera —Juan José, Luis y José Miguel— que se los juzgue y mueran.

El proceso se había iniciado, y desde fines de 1817 habían empezado las declaraciones. Los acusados se hallaban bajo la jurisdicción de cuatro autoridades diferentes: O'Higgins, San Martín, Pueyrredón desde Buenos Aires y Luzuriaga desde Mendoza. El 25 de febrero de 1818 se había abierto un nuevo proceso en Mendoza.

—Escuché, los otros días, que ha llegado a la ciudad un tal Monteagudo. ¿Han sabido? —dijo, de la nada, Laureanita.

Remedios sufrió un soponcio. La blancura de su tez devino en transparencia con hilado azul de las venas. Atinó a tantear una fritura espolvoreada y se la atragantó en la boca. Necesitaba azúcar, quiso prevenir la muerte. Mercedes notó que algo le pasaba.

—Creo que ha venido a agregarse a la comisión de letrados, si no entendí mal —subrayó Margarita y continuó, con una sonrisa socarrona. —Me han dicho que es un caballero inquietante.

—¿No es quien ha visitado tu casa, Remedios? —preguntó Mercedes, que estaba al tanto de casi todo. —¿Te sientes bien?

—Tal vez me haya caído mal la comida. He estado congestionada los últimos días, pero bien saben que, a veces, la salud no me acompaña —Remedios rogó que sus ojos no la delataran. —Y así es, Bernardo es amigo de la familia, vino a traerme noticias de mi marido.

Sus amigas detuvieron la mirada en ella. El corazón de Remedios saltaba en estampida, imploraba por acallarlo un poco. Pero era imposible. Y como si se dirigieran al causal del delito de hórrida ofensa, empezaron a enumerarle dudas, cuestionamientos y aseveraciones al respecto: el hombre es soltero, ¿tendrá compromiso?, parece que no acata órdenes, me dicen que es mulato, que es mejor temerle, que es demoníaco, que integra una entidad secreta, es el diablo, es masón, cuidado, ¿y por qué?

Claro que Remedios estaba al tanto de su arribo. Monteagudo había llegado a fines de marzo, se lo había hecho saber a los pocos días. Estaba muy ocupado, la causa de los Carrera lo tenía completamente sometido, pero se había hecho el tiempo. Aunque su cuerpo latiera de zozobra con su presencia, Remedios agradecía las horas compartidas. Aunque fueran minutos, eran suficientes. Todo se

agigantaba con Bernardo, la alegría, la pasión y la premura.

Y Bernardo firmó el dictamen. El Gobernador Intendente Delegado, Teniente Coronel don Toribio de Luzuriaga decretó pasar por las armas a don Juan José y don Luis Carrera, el 8 de abril.

***

El 2 de agosto, la plana mayor del gobierno chileno se había reunido en un acto oficial. Monteagudo ya estaba de regreso en Santiago, había vuelto a las órdenes de Bernardo de O'Higgins. Todos habían querido acomodarse cerca del Director Supremo pero sin siquiera pedirlo, Monteagudo terminó sentado a su izquierda. No era extraño, era el confidente de O'Higgins, quien, sobre todas las cosas, era el hermano comisario de la Logia. Era menester enhebrar el poder en el seno de la Lautaro.

—¿Todo en orden, Monteagudo? —murmuró O'Higgins, haciendo poco caso de la cháchara de alrededor.

—Eso creo, Excelencia.

Prefirió pocas palabras esta vez. Los dos Bernardos se entendían, a veces, sin hablar. Como si se supieran de antes aunque ninguno era amante de la confesión. Ninguno le había contado al otro de dónde venían pero no hacía falta. Algo los reunía, más allá de la ínfula libertadora. O'Higgins, durante muchos años, se había presentado como Bernardo Riquelme, la gracia de su madre, integrante de una de las familias principales de la zona de Chillán. El chileno era hijo natural del aventurero irlandés Ambrose O'Higgins, que había terminado como Virrey del Perú una pintoresca carrera al servicio de España. Muerto el padre, el joven Bernardo heredó algunos bienes y el apellido.

—Lo bien que hace, decir poco. De seguro sigue mis preceptos.

Entre el griterío circundante, Monteagudo asintió y no dijo más. En alguna de las tantas reuniones a puertas cerradas, O'Higgins le había confiado alguno de los consejos que había recibido de Miranda, en Londres. El documento lo llevaba, oculto, en el forro interno de su sombrero pero lo recordaba de memoria: "No permitáis que jamás se apodere de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dais entrada a estos sentimientos, os pondréis en la

impotencia de servir a vuestra patria. Leed este papel todos los días, durante vuestra navegación, y destruidlo en seguida. No olvidéis, ni la inquisición, ni sus espías, ni sus sótanos, ni sus suplicios". Bernardo lo repitió sin mover un músculo y en el más inquietante silencio.

—En cualquier momento empezarán los discursos y deberé dar el mío. San Martín no ha hecho tiempo de llegar, una lástima. La Cordillera está cerrada y debió quedarse en Mendoza con la familia. Había regresado de Buenos Aires, con la esposa y la infanta, venía de reuniones con Pueyrredón.

—Ese hombre…

O'Higgins giró y lo miró de lleno.

—¿Qué pasa, mi amigo?

—Sabe bien, Excelencia. Es turbio y mentiroso. No es de fiar. No entiendo qué hace entre nosotros.

—San Martín confía en él y ha sido el artífice de su aceptación en la Logia.

—José es demasiado benigno y sé que se vio obligado a aceptarlo para que asumiera el gobierno. Sin Lautaro no hay autoridad que valga. Lo sé, Excelencia. Pero mejor me callo.

Las voces del resto de los presentes se elevaron demasiado, se escuchaban risas y alguna que otra copla, de tanto en tanto. En una de las esquinas de la mesa, estaba sentado Tomás Guido, el agente diplomático del Gobierno de Buenos Aires en Santiago y aliado ineludible de José de San Martín. Los resquemores de los chilenos para con los argentinos, por su intervención en la política y en la guerra, se manifestaba de continuo. Para O'Higgins, como para San Martín, era absurdo imponer la cuestión de la nacionalidad en la lucha de América por su independencia, tal era la confianza de los libertadores, que este le había exaltado la personalidad de su amado lancero al chileno, recomendándoselo en todas las formas.

Guido miraba en derredor, intercambiaba alguna palabra, poco y nada. Prefería observar. Detuvo la vista en O'Higgins, luego en Monteagudo. El chileno no reparó en el agente, conversaba con uno y otro, reía, tenía motivos para celebrar. Monteagudo, en cambio, cruzó miradas con su coterráneo y se la mantuvo. Guido ensayó lo mismo pero no aguantó. La animadversión de ambos se olía.

—Me doy vuelta y otra vez esa cara, Bernardo.

—Está lleno de intrigantes, Excelencia. Usted también debe cuidarse.

—Pero no me desestime, mi buen Bernardo. Cuando cumpla 29 años, yo asumo mis 40, ¿para qué cree que cumplimos el mismo día? Lo tengo a tiro a aquel —solo movió los ojos en dirección a Guido.

O'Higgins le había escrito a San Martín anunciándole su pérdida de paciencia con Tomás Guido; le había confiado que no lo conocía a fondo o que había mudado su carácter, que si no hubiera sido por sus recomendaciones no le habría sufrido su altanería, sus insultos y sus maquinaciones. El Supremo le había confiado que comprara una fragata a la que habían bautizado *Lautaro* , pero se decía que su manejo no había sido el mejor. Guido desacreditaba a O'Higgins en público, vociferaba que no era hombre que conviniera en el gobierno.

A la semana le había vuelto a escribir a San Martín reclamándole que regresara pronto y moviera a Guido del lugar, y que viniera otro que no lo sacara de sus casillas. Ya no era conciliable el carácter del diputado con su empleo de Director.

Y alguien golpeó un cubierto contra la copa y pidió silencio. Largaba la vuelta de los brindis y le llegó el turno a Tomás Guido. La concurrencia se puso de pie y levantó el vaso, mientras el diputado decía sus palabras. Todos menos Monteagudo.

La velada continuó poco más. Monteagudo, cansado de disimular, se incorporó, se despidió de su jefe y se dirigió a la salida. El tumulto que sonó detrás no lo detuvo.

—¡Pero quién te crees que eres, trepador de pacotilla! —lo interpeló Guido, que en dos zancadas se le colocó enfrente.

—No me busques, imberbe porque desapareces de un sopapo —Monteagudo se le plantó.

Guido se le acercó más, lo tomó de una solapa y a viva voz le gritó: ¡Basura que se monta a las fáciles, perdido ante el olor de mujer, siempre alzado, adicto al escándalo, distraído en las mierdas de tu carne!

—Hijo de una gran puta, me darás cuenta de tus palabras por medio de un lance de honor. ¡Cómo te atreves a intentar semejante barbaridad! —el sudor perlaba su frente, miró a su derredor y buscó

una cara amiga. —Adolfo, te pido que me asistas como padrino de duelo.

Un grupo alborotado intervino de un lado y del otro, intentando separarlos. O'Higgins se acercó y sacó a Monteagudo del recinto. Le pidió que se calmara, que pensara un poco, que el duelo entre dos militares argentinos sería un escándalo, que debían evitar los corrillos. Monteagudo respiraba agitado, era un depredador en busca de sangre. La suya no le bastaba.

Guido salió de Santiago, a las horas, para trasladarse a Aconcagua, debía recibir a San Martín. Monteagudo, luego de unos días, le escribió para decirle que lo había buscado para terminar las explicaciones y olvidar para siempre aquel pasaje. Sacrificaría su amor propio, que había sido herido, antes que dar una trascendencia peligrosa a aquel suceso. Guido respondió: también olvidaría los motivos de tan desagradable ocurrencia.

***

"Santiago, julio de 1818, Señor Excelentísimo don Juan Martín de Pueyrredón, estimado compañero, por medio de esta le reclamo el retiro de su enviado don Tomás Guido y apelo a la Sociedad (1) *para llegar al acuerdo",* reclamaba O'Higgins desde su país.

"Señor don Tomás Guido, Mendoza, 31 de julio de 1818, Mi amado amigo, Dígame usted con franqueza si hay algo con O'Higgins y en este caso ruego a usted por nuestra amistad corte toda disensión pues de lo contrario todo se lo lleva el Diablo", apuntó San Martín con su letra temblorosa.

"Mendoza, 2 de agosto de 1818, Mi amado amigo, Me repiten por segunda vez el anónimo anterior, si hay algo ruego a usted por nuestra amistad se corte todo con O'Higgins: háblele usted con franqueza, no sea le hayan metido algún chisme. Sobre todo no tome usted parte alguna en nada que tenga intervención con Chile. O'Higgins es honrado y estoy seguro que todo se transará", insistió San Martín con el temblor.

"Buenos Aires, 7 agosto de 1818, Querido General, O'Higgins me dice que en la misma fecha que a mí me comunicaba a usted la desgraciadísima ocurrencia de Guido; tomando este negocio en consideración con la seriedad que él exige se ha resuelto que inmediatamente se separe de Chile

el objeto de su disgusto porque hemos recelado ulterioridades fatales", Pueyrredón ponía al tanto a San Martín.

"Santiago, 26 de agosto de 1818, Señor mío, Jamás he sentido una pesadumbre igual a la que me han dado los pliegos de la 0—0 (2) *y la carta de usted del 16 del corriente. ¿Cómo ha creído usted, amigo, que si hubiese penetrado el más leve indicio de la disposición de O'Higgins se lo habría ocultado? Vivía contento y tranquilo en la buena fe y en la amistad cuando recibí la orden de mi regreso a Buenos Aires y las cartas de la 0—0 que anunciaban el motivo",* Guido, acongojado, le replicaba a San Martín.

"Santiago, 27 de agosto de 1818, Amigo mío, en mi última dije a usted había transado con G nuestras diferencias. Ahora con los antecedentes y cartas de Buenos Aires, revisado todo en 0—0 se acordó por el bien de la paz se cortasen dichas diferencias. Yo admití gustoso la reconciliación sellando este negocio con un eterno olvido, para ello escribo ahora a Pueyrredón y a 0—0 de Buenos Aires por extraordinario a fin que tranquilicen sus espíritus como deberá quedar el de usted sin recelo de que por esto se vuelva a alterar la buena armonía entre los amigos : : (3) *"* , le comunicó O'Higgins al General.

"Santiago, 2 de septiembre de 1818, Mi Señor, Ya supongo a usted tranquilizado con cuanto le he dicho en mis cartas de 26 y 29. Nadie ha vuelto a recordar el suceso, yo menos que nadie; pero usted se admirará de saber que estamos convencidos que el agente principal de la maniobra secreta jugada contra mí ha sido Monteagudo. Este pícaro desagradecido no perdona medio para atacar a usted, a mí y cuantos cree capaces de embarazarle las ideas que ha dejado transpirar y contando con la docilidad de O'Higgins se introduce como una culebra en un círculo que él cree diferente del nuestro, y ha chocado hasta con Peña por un acaso increíble. Yo temo entrar en detalles porque a todo resisto menos a la ingratitud de los hombres, y me deslizaré en medio del resentimiento que me causa el ver a un Monteagudo empeñado en destruir la opinión de los que la han granjeado a costa de incesantes fatigas. Usted vendrá y escuchará a nuestros amigos imparciales la historia y se asombrará del punto a que llega la bajeza de ciertos corazones", Guido informó al General, dejando ciertos asuntos de lado.

"Santiago, 9 de septiembre de 1818, Le ruego que atienda, sin más;

Monteagudo adelanta sus pasos, creyéndose seguro por la estrechez en que está con el Ministro de Exteriores Irisarri y O'Higgins; tiene pretensiones gigantescas y protesto a usted sin que me anime otro sentimiento que el bien de la Patria, que es indispensable que el Director Pueyrredón interponga sus respetos ante este gobierno pidiendo la traslación de Monteagudo a Mendoza. Nada de esto digo al Director para que usted lo haga con Pueyrredón si lo tiene a bien. Usted sabe con qué sinceridad hemos servido al tal doctor y se asombrará del pago que nos da", Guido a San Martín, yendo por todo.

"Santiago, octubre de 1818, Venerables y todos en Buenos Aires, en sesión de jornada anterior he denunciado las maquinaciones urdidas por Bernardo de Monteagudo. Sabrán actuar", informó San Martín a la Logia.

"Buenos Aires, octubre de 1818, Excelentísimo Supremo de Chile, don Bernardo de O'Higgins, La Logia de Lautaro ha resuelto que le comunique a Monteagudo una orden diciéndole que es reclamada su persona por el Supremo Director de Buenos Aires y que pase la Cordillera para ponerse a disposición del Intendente Gobernador de Mendoza".

"Santiago, 15 de octubre de 1818, Mi estimado compañero y amigo, debo hacerle presente que contra los ejemplos de Monteagudo, de Vera y otros hombres falsos como estos, debe usted moderar su natural bondad que le lleva a proteger sujetos que no guardan ley con nadie y que no pueden producirnos otros resultados que repetidos comprometimientos. Por fortuna, hasta aquí se han cortado los males en su origen descubriéndolos en tiempo; pero no puede afrontar la prudencia que nos expongamos en adelante a iguales peligros. Los que una vez fueron malos, debemos temerles siempre, alejarlos del lugar donde pueden dañar, y no creerles unos pretextos que no los arranca el escarmiento sino la necesidad", de O'Higgins a San Martín.

—Debe retirarse, Monteagudo, de inmediato, de tierra chilena —le informó el Director Supremo.

—No entiendo, ¿qué es esta inmotivada desconsideración? —protestó Bernardo sin entender.

—Le ofrezco una representación diplomática en los Estados Unidos.

Monteagudo lo escrutó con ojos afilados.

O’Higgins le hizo saber al Gobernador Intendente de Mendoza que Monteagudo iba para allá. De nuevo al destierro. Pero al llegar a Uspallata, el deportado recibió la orden de que modificara la ruta y pasara a San Juan. Allí lo esperaba un pelotón, lo condujeron a San Luis.

“Mendoza, 1° de noviembre de 1818, Excelentísimo, contesto su apreciable del 15 último en que me impuse de la venida de Monteagudo. Lo he hecho pasar a San Luis, por de pronto, desde Uspallata. Estos bichos siempre son bichos”, de Luzuriaga a O’Higgins.

1 - Referencia secreta a la Logia Lautaro.

2 - La Logia, mensaje en clave.

3 - En clave masónica.

CAPÍTULO IV

El apoyo no llegaba. A Bernardo le habían soltado la mano. Habían pasado tres meses y las misivas de San Martín, O'Higgins, del ministro Irisarri brillaban por su ausencia. Él había escrito, compulsivamente a todos. Pero del otro lado, nada. Lo habían abandonado en San Luis. Lo desconocían.

Sin embargo, el trío del silencio intercambiaba opiniones lejos de allí: que lo mejor era sacarlo del país, que tal vez de secretario de Gómez en Europa, que no debe quedar entre nosotros, fuera, a tomar distancia, que bien sabremos que Monteagudo nos dañará algún día y mejor poner una vela a Dios para que nos haga bien, y otra al diablo para que no nos haga mal. Juan Martín de Pueyrredón observaba, conforme, el destino de su contrincante. Bien sabía yo, bufaba el Supremo, mientras asentía con la cabeza e insistía con que nada había en la historia del mulato que no lo hiciese detestable a la sociedad en la que había vivido, que bien conocía sus hechos y su origen, pero que tampoco lo acomodaba que estuviera en San Luis.

Allí gobernaba el coronel don Vicente Dupuy, hombre de confianza de San Martín, adherido a una completa fidelidad y reverencia. El General lo había ubicado en ese puesto para que sirviera de custodia de los prisioneros realistas —tras las batallas de Chacabuco y Maipú, San Martín la había elegido como la "ciudad de los confinamientos"— y garantizara las comunicaciones con Mendoza. El Gobernador Intendente era un hombre de valor a toda prueba pero irritable, y sobre todo susceptible a la lisonja y a la adulación. Era bondadoso y tolerante pero tenía la desgracia de ser todo oídos para los consejos de los amigos, dejando de lado la autoridad que detentaba.

Dupuy tenía órdenes, al recibir a los prisioneros, de que se les concediera la más amplia libertad y que fueran tratados con

consideración, siempre y cuando retribuyeran con una conducta intachable. Por las calles de San Luis se podía ver tanto al Mariscal Marcó del Pont, antiguo Gobernador y presidente de la Real Audiencia de Chile y su Teniente General González de Bernedo, como al Brigadier José Ordoñez —arrogante y simpático caballero, antiguo compañero de armas de San Martín en Cádiz— y su joven sobrino, Juan Ruiz Ordóñez, al comandante del Regimiento de Burgos Gregorio Carretero, a los coroneles Antonio Morgado y Lorenzo de Morla, al Jefe de Estado Mayor don Joaquín Primo de Rivera, noble y caballeroso soldado, desposado con una señora Larrazábal, parienta de los Escalada, entre tantos más.

Muchos fueron alojados en casas de familia en vez de sucumbir a la frialdad de una celda, como Ordóñez, su sobrino y Primo de Rivera, que les abrieron las puertas de una casa en las cercanías de la Plaza Mayor. En lo de Marcelino Poblet, antiguo representante de San Luis en la Junta, residían Carretero y varios subalternos. El Coronel Morgado, célebre por sus crueldades en el campo de batalla, ocupaba habitaciones en lo de la señora doña Josefa Pérez; Morla disfrutaba de las comodidades en casa de Dupuy y el resto de los prisioneros vivía en el cuartel pero gozaban de la más completa libertad.

Apenas llegado, Bernardo había hecho presencia en Casa de Gobierno, anunciándose a Dupuy. Rápidamente, hizo migas e integró, alegremente, la vida social puntana. Empezó en las tertulias en casa del Gobernador y continuó en todos los salones adonde siempre fue bien recibido. El problema se suscitó cuando cruzó miradas con una dama, integrante de familia destacada de San Luis y, al parecer, entretenida en otros ojos.

Frente al rancho donde se alojaban los Ordóñez y don Primo de Rivera, vivía la familia Pringles, cuyo hijo dilecto, el Coronel Juan Pascual, era un ferviente seguidor de San Martín. Pero quienes despertaban suspiros a granel por su notable belleza, eran sus tres hermanas Úrsula, Melchora y Margarita. Esta, sobre todo, descollaba, era de talla elevada y cintura de cadencia bamboleante. Tenía un andar de suma gentileza, del tipo vaporoso, y cautivaba a todo quien sucumbiera a la gracia de sus seductores movimientos. Margarita miraba con unos ojos negros, rasgados y chispeantes de vida, que

destacaban sobre el blanco de su tez. Brillaban como si escondieran una práctica de deleites, atraían con dulzor, instigando a la imaginación de quien cayera en su embrujo. Margarita provocaba al halago de la caricia voluptuosa, sin proponérselo. Apenas la vio, Monteagudo sintió el cimbronazo. Desde ese momento, no pensó en otra cosa que en imperar los sentidos de la preciosa Margarita, en darle comienzo al ataque para atraerla hacia su cuerpo.

Con la calidad de un experto en galanteo, Bernardo dio inicio a las visitas. Margarita siempre estaba rodeada, pero él se las ingeniaba para acercársele y desatar el cortejo.

—¡Ah, guapa señorita! Permítame olvidar la distancia de usted para tratarla con el respeto del tuteo. Margarita, deja que me acerque con las palabras, aunque quedarían cortas para todo lo que mereces.

—Pues claro, don Bernardo, puede conversarme como se le plazca —la joven sonrió, desplegó su abanico en un movimiento y se cubrió media cara, fingiendo hacerlo a hurtadillas, como si corriera peligro de que la sorprendieran.

—Pasan los días y no me has permitido que te acompañe a dar un paseo —Monteagudo empezaba a impacientarse, no entendía por qué no le abrían la puerta. —¿Existe estado más cruel que sentirse asediado por mil esperanzas vanas y no poder gozar de la tranquilidad de la aprobación?

Margarita sonreía, achinaba aún más sus ojos, e intentaba descomprimir la situación convocando a cualquiera de sus hermanas.

—Me tienes a tu merced, Margarita. Haz conmigo lo que quieras, soy tu esclavo —insistía el amante contenido. —Mis manos ansían conocerte, bregan por darte vida, por encender, esa, tu sangre.

Bernardo avanzaba en efusiones apasionadas, poco le importaba exponer ante todos, el ardor que lo consumía. Coleccionaba las frases vertidas por ella y los gestos con las que las acompañaba. Prometía que jamás las olvidaría, se sintió bajo el influjo del enamoramiento por primera vez. ¡Oh, Dios, qué amor es el nuestro, así, sin intimidad todavía!, mascullaba el doctor de Chuquisaca. Pero Margarita permanecía indiferente, se dejaba cortejar pero su corazón había empezado a latir por otro caballero. Su pecho se agitaba con pasión por Ordóñez, un maturrango, pero en San Luis los rencores estaban

allanados, ¿no es cierto?

Pasaron los días y Monteagudo percibió cuál era el motivo de la distancia de la dama. La ira lo consumió, todo el mundo tenía derecho a despreciarlo, menos Margarita. Y tanto peor si era por un simple godo que disfrutaba de las mieles de una libertad inmerecida. Necesitaba las caricias de Margarita, se sentía injuriado y golpeado al imaginarlas en el cuerpo de Ordóñez. Estaba convencido de que el corazón de la muchacha no era culpable. La culpa de todo la tenían los españoles. Fue al recinto de Dupuy y reclamó que se controlara a los prisioneros. Pidió represión, que no salieran a la calle, que volvieran a la celda, merecedores de grillos en los pies.

Monteagudo no estaba errado. Los españoles, a puertas cerradas, fantaseaban con recobrar la libertad. A fines de enero, los Ordóñez, Primo de Rivera, Carretero y otros, intentaron encontrar un guía que les proporcionase caballos y los condujera hasta los montoneros de Santa Fe. Se darían a la fuga. Pero algo los detuvo. Entre tanto, el 1º de febrero, Dupuy, cediendo al consejo de Monteagudo, dictó un bando en el que anunciaba a la población la amenaza de un peligro inminente. Se prohibieron las salidas nocturnas y las visitas familiares.

—¡Qué bonitas cosas hay en el bando! ¡Y cómo nos ponen! —le dijo un ofuscado Ordóñez a Marcó del Pont.

La conjura de los oficiales españoles se puso en marcha. Ordóñez y Primo de Rivera intercambiaron estrategias para llevar adelante el golpe: en la tarde del domingo 7 de febrero acudirían a casa de Dupuy, como acostumbraban. Al día siguiente atacarían, simultáneamente, las casas del Gobernador y la de Monteagudo, el cuartel y la cárcel, donde se guardaban las armas y municiones. Prometían poco derramamiento de sangre y el apresamiento de Dupuy y Monteagudo, a quienes se llevarían con ellos. La noche anterior, los cabecillas dieron las instrucciones y a la una de la mañana disfrutaron de una comida ligera. Se fueron a dormir y al alba se despertaron. Ordóñez se acercó a la cama de su sobrino Juan Ruiz, que aún dormía.

—Levántate y vete luego a casa de los oficiales, donde hoy voy a comer —le dijo con visible emoción.

A las 9 de la mañana, los conjurados llegaron al despacho del Gobernador. Tras unos desmanes, lo redujeron. El secretario Rivero,

que había intentado escapar, cayó herido de una puñalada, asestada por Burguillo. Dupuy, intentando desasirse de los conjurados, recibió varios golpes en la cara. En ese mismo instante, llegó la voz de la multitud, desde afuera, que decía "¡maten godos!", en defensa del Gobernador. Un pelotón de oficiales entró al recinto y los conjurados abandonaron la acción. El Gobernador, cediendo al influjo de la muchedumbre enardecida, mandó a degollar a los complotados. Él mismo decapitó a Morgado y tiró su cabeza a un lado.

Monteagudo hizo su entrada a poco del reguero de sangre. Vio el cuerpo degollado de Ordóñez y se le acercó. Levantó la cabeza muerta, teñida de sangre espesa. "Pobre Margarita", susurró con gesto pétreo.

***

Se designó a Bernardo de Monteagudo como juez y comisionado ante el motín perpetrado contra el Gobernador Intendente de San Luis. Tomó declaración y se levantó un proceso criminal contra los oficiales prisioneros y demás confinados, por enemigos a la causa. Expuso su dictamen y absolvió al Mariscal Marcó del Pont y al Coronel Bernedo. El resto sería ejecutado. El joven teniente Juan Ruiz Ordóñez solicitó que le conmutaran la pena de muerte. Dejó, por escrito, que, "si por la clemencia de usted yo consigo se me indulte la pena capital prometo renunciar a mi patria y emplearme al menos en publicar los crímenes de que he sido testigo y la misericordia que espero conseguir". El juez le reclamó al Gobernador Intendente que le otorgara el indulto, este lo proveyó.

San Martín arribó a San Luis en marzo, a los pocos días de tener conocimiento del suceso. Se había alarmado, creía que el motín realista estaba en componendas con los anarquistas del litoral y con los carreristas chilenos. El reencuentro con Monteagudo fue cauteloso al principio, para transformarse, luego, en una reconciliación. Percibió que el abogado había llevado el asunto criminal con justicia. Ordenó, además, que se pusiera en libertad a Facundo Quiroga, que se hallaba preso en el cuartel cuando los conjurados habían intentado tomarlo y se les había opuesto, con valentía.

Pero llegaron noticias de Buenos Aires. En la Capital cundía el

pánico por la confirmación del próximo arribo de la tan temida expedición naval realista. Y el Ministro de Guerra, Matías de Irigoyen, extendió la orden a San Martín para que el Ejército de los Andes se situase en Mendoza para repeler la inminente invasión goda. No le quedó otra que regresar a su provincia. Se despidió de Dupuy y de Monteagudo, y tomó los caminos.

Los meses que siguieron fueron muy difíciles para José de San Martín. En sus planes estaba el cruce de la Cordillera para continuar al norte y liberar al Perú. Pero la situación interna de las Provincias Unidas le daba la espalda. Insistían con que se pusiera al frente de sus tropas y se dirigiera a Buenos Aires para reprimir las montoneras. Sin embargo, San Martín prefirió notificar a Pueyrredón que suspendía la venida del ejército a Mendoza. Mientras se mantenía a la espera de la respuesta del Director Supremo, también aguardaba instrucciones de la Logia. La Lautaro decidió que el Ejército de los Andes no repasase la Cordillera porque debía aprestarse para la expedición al Perú.

Desengañado de la política del Gobierno de Buenos Aires, fijó la vista en el país trasandino, último bastión para no perder las esperanzas de marchar hacia Lima. San Martín le escribió a O'Higgins confiándole que "estoy viendo y palpando que solo en Chile se puede formar la ciudadela de América, siempre que todos los amigos tengan la energía suficiente para verificarlo". Mientras, Pueyrredón, al tanto de su desazón, lo instó a que emprendiera viaje a Buenos Aires para saldar los malos entendidos. Pero la salud de don José se había malogrado otra vez. De fístulas por almorranas malogradas, pasó a un diabólico ataque de reumatismo inflamatorio que lo tuvo postrado en cama por más de diez días.

A principios de septiembre, San Martín se trasladó de nuevo a San Luis. Se reencontró con Monteagudo y, esta vez, se enfrentó a un asesor de primer orden. Estaba cerca de un hombre en quien confiar. Lo hizo su auxiliar en la movilización de las fuerzas que alistaba para la defensa.

—Le propongo, Bernardo, que me acompañe en esta gesta —le dijo.

Monteagudo aceptó y partieron rumbo a Mendoza, adonde llegaron el 17 de octubre. El abogado estaba exultante, volvía a

encaminar su designio. En un rapto de reconciliación, le escribió a O'Higgins y le confesó, "le debo al General San Martín la obligación de haberme permitido venir aquí y estar de auditor interino de la Dirección". Monteagudo había seguido escribiendo al chileno pero este nunca le había respondido. "Ojalá tenga el placer de volverlo a ver y acreditarle que mis sentimientos hacia su persona son sinceros e invariables", concluyó.

Durante meses los camaradas de la Lautaro chilena, con Tomás Guido en especial, reclamaron la presencia de San Martín en Chile, como única posibilidad para concluir con los preparativos de la expedición a Lima. El 9 de noviembre de 1819, el General se decidió a desobedecer las órdenes de Buenos Aires.

—Se va a cargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no emprendo la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo —anunció.

El 26 de diciembre, San Martín renunció al mando del ejército alegando su estado de postración. A principios de enero de 1820 empezó el cruce de la Cordillera, transportado en una paupérrima camilla de caña y cuero por sus soldados. Bernardo de Monteagudo, montado sobre una mula, iba a su lado.

CAPÍTULO
V

Cerca de las cuatro de la tarde del 20 de agosto de 1820, partió Bernardo, del puerto de Valparaíso, hacia el Perú con el ejército y la escuadra al mando del Almirante Cochrane. Cumplía 31 años.

—¡Viva la Patria! —gritó el contingente en pleno, antes de partir.

Los vientos del mar pegaron fuerte sobre su cara, iba a bordo del navío *San Martín* , junto a su flamante jefe, el Estado Mayor del Ejército y los otros secretarios, don Dionisio Viscarra, nombrado para Hacienda, don Juan García del Río, en Gobierno. A él lo habían nombrado Secretario de Guerra y Marina.

El 7 de septiembre, la *San Martín* fondeó la bahía de Paracas, a tres leguas al sur de Pisco, y en la madrugada del día siguiente, Monteagudo pisó las costas del Perú, envuelto en un silencio imponente. Cuando el sol cruzó el horizonte e iluminó un nuevo día, cuatro mil soldados chilenos y argentinos, desbordantes de expectativa, le dieron la bienvenida. Allí, en Pisco, se armó el cuartel general.

El Virrey Abascal había abandonado el poder, en su reemplazo gobernaba don Joaquín de la Pezuela, quien carecía de las condiciones de su antecesor. La presencia del ejército unido en el territorio peruano extendió el pavor.

El 18 de octubre, la plana mayor libertadora vivió una jornada teñida de desolación. El auditor de Guerra, el Coronel don Antonio Álvarez Jonte, tras contagiarse de peste, perdió la vida. Se dio la orden de que el ejército vistiera luto durante tres días en obsequio de su memoria. Cuando le llegó la noticia a O'Higgins, y con el puesto vacante, lo postuló a Monteagudo. Al designarlo, le sumó el grado de Coronel del Ejército.

Bernardo llevó adelante la implementación de la guerra de zapa, que tan buenos resultados había dado en Chile. Desde los primeros

días, comenzó a publicar en el Boletín del Ejército, para dar cuenta de las acciones de la fuerza libertadora. Gracias a su trabajo logró, no solo la adhesión de las poblaciones y los movimientos revolucionarios, sino también la deserción de algunas fuerzas que se hallaban bajo las banderas del rey de España. Así fue como el batallón Numancia, al mando del Teniente Coronel Tomás Heres, se dio vuelta y se puso al servicio de la causa de la independencia de América.

El auditor de Guerra puso en marcha, sobre todo, una ola de lenguaraces, colaboradores y espías que se presentaban al cuartel o enviaban información en clave a través de chasquis, además de las tapadas limeñas, quienes antes de su arribo a las costas del Perú, trabajaban en su red de espionaje, con las caras cubiertas para evitar ser reconocidas y reducidas.

Algunos caballeros ayudaron desde el mismo centro del poder: el marqués de Torre Tagle, el abogado Riva Agüero, y varios más, pero las misivas que nunca dejaban de llegar eran las de una señora ecuatoriana que residía en Lima.

—General, correspondencia para usted —Bernardo entró al despacho de San Martín y le extendió las cartas. —La primera es la de doña Rosita.

Y lo miró con insistencia. Doña Rosita Campuzano escribía seguido. Y el General apuraba su lectura.

—¿Pasa algo? —San Martín lo escrutó, impaciente. No quería abrir la misiva con su ministro delante.

—No, aguardamos noticias de Lima acerca de la capitulación —respondió al instante Monteagudo.

Setenta vecinos notables de la capital se le habían presentado al Virrey demandando que se ajustara a la paz por medio de una capitulación. Lima empezaba a movilizarse.

—Estamos logrando que varios generales españoles conspiren a nuestro favor. Me llegan nuevas de allá.

—De doña Rosita…

San Martín demostró su intolerancia hacia esos asuntos y dejó la carta sobre su mesa.

—No es, precisamente, de mujeres de lo que se habla en este despacho, Monteagudo.

—Solo digo que si colaboran con la causa, bienvenidas sean.

—Me parece que usted no ha hecho lo mismo, quién sabe, predique lo que hace, hombre.

—¿Y quién le ha dicho que yo me pierdo, señor? —los ojos del abogado se turbaron de furia.

Tomás Guido nunca había detenido el encono hacia Monteagudo. A pesar de que integraba las huestes del Libertador, cada vez que podía, susurraba sus hieles al oído de su jefe. Como bólido se había despachado con el asunto de las Pringles. Por si acaso, le había contado a San Martín que su reencontrado auxiliar se había meneado con las tres hermanas. De Remedios nadie emitía palabra. La esposa del General había sido enviada a su casa de Buenos Aires en marzo del 19. A los oídos de San Martín habían llegado chismes de que su esposa había andado en algo *non sancto* con dos subalternos.

—Monteagudo, el país entero habla de su sexualidad desatada. Lo único que le digo es que no quiero problemas. Y sobre todo de faldas. Aquí estamos para otra cosa, nos jugamos la vida por la libertad. Lo otro solo sirve para desorientarse.

—Es un despropósito que yo le tenga que dar explicaciones, General. Pero me parece que he dado más que motivos para demostrar que he entregado todo por liberar esta, mi tierra, que es la suya, que es la nuestra.

—Camine, Bernardo, no perdamos más tiempo. ¿Llega la medicina que solicitamos?

—Sí, General, no se preocupe.

Había demasiados soldados enfermos, incluso San Martín flaqueaba, de tanto en tanto. Pero Monteagudo se encargaba de solicitar remedios para curar a sus hombres.

***

El 28 de julio de 1821, José de San Martín proclamó la independencia del Perú. La Plaza Mayor se vistió con sus mejores galas y el General hizo flamear la bandera roja y blanca que él mismo había traído, al desembarcar en las costas de Pisco. Un pueblo frenético lo aclamó. A pocos pasos de él, Monteagudo disfrutaba del clamor popular.

Por la noche se agasajó a los héroes en el baile de la Victoria. Bernardo se preparó como nunca. Estaba dispuesto a acaparar todas las miradas. Con sus zapatos de hebilla, la perla en el *chabot* y los mejores perfumes, hizo su entrada estudiada en los salones dorados del Palacio de los Virreyes, que ya se encontraban atestados de gente. Con paso lento entró y, de reojo o bien a la vista, lo penetraron. Saludaban al Ministro, él retribuía. Se paró al lado de San Martín, quien también recibía honores. Y de repente, vio venir, desde la otra punta, a dos señoras de una beldad especial.

—Buenas noches, mi general, estoy tan emocionada —Rosita Campuzano le extendió la mano pero no pudo aguantar el arrojo y lo abrazó.

—Señora, la emoción es mía —atinó a decirle en voz baja.

—General, ¡viva la Patria! —dijo, con su voz ronca, Manuela Sáenz de Thorne, activa tapada durante el proceso de zapa y amiga íntima de la Campuzano.

—Pero al fin las veo, señoras —se apuró Bernardo, besó a una y a la otra. —Aquí están, célebres por vuestra cooperación a la gran epopeya de libertar el Perú.

Manuelita lo miró de la cabeza a los pies. Le sonrió y lo tomó del brazo.

—Venga usted conmigo, caballero. Demos una vuelta, así le presento a algunas personas. Y si quiere, cualquier día de estos lo paseo en mi calesa. Dejemos a estos dos que tienen cosas que conversar.

Rosita le echó chispas con los ojos a su amiga pero agradeció en silencio. Le gustaba el Libertador y él no le quitaba los ojos de encima.

—Así que usted es el famoso Monteagudo —le dijo al oído.

—Usted es la famosa, doña Manuela. ¿Ha venido sola?

—Por ahí anda mi marido, haciendo negocios, que es lo mismo que no esté —y señaló con el abanico. —Observe cómo lo miran.

—A usted, señora, a usted —respondió, zalamero, aunque notaba que los dos eran el centro de atracción.

Monteagudo estaba decidido a encontrar alguna mujer con quien compartir su intimidad, aunque sabía que una no le sería suficiente. Presumía con que el día que apareciera aquella, detendría el apetito

insaciable que lo dominaba. Pero entendía que siempre aparecía una nueva belleza por conquistar, un nuevo cuello que oler, una mujer que depredar. Ya tendría tiempo para sentar cabeza.

El hombre causó sensación. Mientras se vareaba del brazo de la Sáenz, y ella lo introducía a esta y a aquel, se hizo evidente la devoción que despertó en la fiesta. Incluso una que otra rivalidad, todas querían algo con él. También fue notorio el resquemor de los caballeros. Algo sabían de mentas, verlo fue la confirmación.

Bernardo también estaba al tanto del don seductor de las limeñas. Su gracia e ingenio eran conocidos, más allá de las fronteras. La noche se hizo larga, más que de costumbre, todos los presentes ansiaban celebrar. Y Monteagudo se encontraba desbordante de alegría. Estaba en la bella y fastuosa Lima, dispuesto a dejarse llevar por el hechizo de sus calles.

***

Los ministros intercambiaban opiniones en la soledad de su despacho. Monteagudo, oficializado por el Protector del Perú en la cartera de Guerra y Marina, y García del Río en Relaciones Exteriores, eran puro entusiasmo tras casi tres meses de gobierno.

—Vengo a prevenirlo, Bernardo, tenga cuidado —le dijo el joven ministro, oriundo de Cartagena de Indias y amigo de San Martín de los tiempos de Cádiz. —Cuidado con los enemigos, que están agazapados y son demasiados. No persiga tanto a los españoles, que tienen la situación muy arraigada y su accionar bien difundido por estas tierras.

Entre las medidas que había propuesto Monteagudo y que San Martín había anunciado estaba la confiscación de los bienes de los españoles. El Protector había garantizado que “aquellos españoles que trabajasen ocultamente contra el orden experimentarían todo el rigor de las leyes y perderían sus propiedades”.

—Lo sé, mi amigo, lo sé. Lima fue siempre la favorita de los virreyes y sigue siendo española en su sentir más hondo. Pero, ¿no es que estamos en guerra? ¿No perseguimos la independencia? ¿Y no es, acaso, indispensable combatir a los desacatados de afuera, tanto como a los encubiertos de adentro?

—Tal vez, y en casos peligrosos, como el Arzobispo Las Heras. Ha

hecho bien en mostrarse implacable.

—Esto no es broma, Juan. No cumplen las exigencias, que agradezcan que permanecen con vida.

—¿Pero no le parece que la mayoría de esos hidalgos impostores de salón con pergaminos rancios son inofensivos? —García del Río, en todo caso, buscaba amilanar el ánimo de su camarada.

—Para nada, ellos manejan la sociedad y la opinión, traman conjuras y envilecen al pueblo, al que conminan a una suerte de vasallaje.

—Permítame insistirle, mi amigo, cuídese. Temo que tenga usted más enemigos iracundos que el rey de España y el General San Martín juntos.

—Que se cuiden ellos, mi querido Del Río. Usted me sabe demasiado bien como para afirmar que soy fiel a mis convicciones, hasta el tuétano, a mis ideales y a mi conciencia.

García del Río lo conocía de los tiempos en Chile. Sabía que Monteagudo era trabajador, que no descansaba, que atendía más de lo que se le pedía, que se hacía cargo de otra cartera si un colega se enfermaba, que además redactaba el periódico y se dejaba escuchar en la flamante Sociedad Patriótica de Lima, creación suya y de San Martín. Lo había visto crecer, tal vez tenía razón en aguantar, estoico, los embates constantes.

—Lo dejo, mi amigo, tengo cosas que hacer —se despidió Del Río y lo dejó sentado a su escritorio.

Bernardo perdió la vista por la ventana, la ciudad bullía. Inspirado, se dispuso a escribir: *"Ah, Lima querida, me has abierto los brazos, nos has dado una bienvenida con la promesa de envolvernos con tus trajes típicos. Sin embargo, permanece España en las costumbres, en tus salones, en las ideas y hasta en los vicios. Ya nadie se queda fuera del juego, ¿no apuestan, ahora mismo, gordas sumas, damas y caballeros en casa del Marqués de Torre-Tagle y en las casas de las afueras? ¿Cómo haremos para arrancarte de esas garras godas? ¿Qué artilugio debo imponer?"*.

En el mes de octubre le propuso al Protector la implantación de la Orden del Sol. Esta distinción se la otorgaba a los ciudadanos dignos y virtuosos, a quienes más hubieran hecho por la independencia de

América. La patrona era Santa Rosa de Lima y fueron beneficiados O'Higgins, García del Río, Arenales, Luzuriaga, Guido, el Marqués de Torre Tagle, el coronel Heres, Monteagudo y algunos más. Esta condecoración enervó los ánimos de un grupo de opositores comandado por José Faustino Sánchez Carrión, quien inició una cruzada contra el Ministro Monteagudo. Lo acusaba de querer coartar la república, de ser monarquista, de soñar grandezas y desvariar por la aristocracia, que bien distante le quedaba al zambo impostor.

—Lo único que podrá amilanarlos será el asesinato de Monteagudo —empezó a murmurar Sánchez Carrión.

Pero más lo atacaban, peor se ponía. No conforme con la medalla para caballeros, lo instó al Protector del Perú para hacer entrega de la misma distinción pero a las señoras que habían colaborado con la causa.

—Excelencia, sin ellas nada hubiera sido lo mismo. Debemos nombrarlas Caballeresas de la Orden del Sol, honrarán sus medallas, vestirán de bravura a la historia de este país. Debemos premiar el patriotismo de las ilustres peruanas —le dijo a San Martín.

No hubo que pedir demasiado. San Martín aprobó en el acto la moción y los primeros días de enero de 1822, con toda la pompa y el boato, Rosita Campuzano, Manuela Sáenz y varias más fueron ungidas con la banda blanca y la medalla de oro de la Orden del Sol. Para muchos, esto fue el colmo del horror.

***

El encono de varios fue notorio. El pueblo, iracundo, por sus excesos todopoderosos, la aristocracia porque se veía atacada en sus hábitos enviciados y en sus conjuras clandestinas, y el partido republicano por sus ideas monárquicas. Pero el rencor se desparramó también en los adictos a la revolución, que despreciaban su altanería y lo culpaban de las resoluciones resistidas lanzadas por el gobierno protector.

—¡Cómo se atreve el hijo de una negra y de padre dudoso, pues saben, ¿no es cierto?, que parece que es el vástago de clérigo reprobable, a dictarnos leyes y a predicarnos moral! ¡Y él, nada menos! —señalaban marquesas y condesas, añorando los tiempos de

los virreyes.

—¡Que un criollo de pisoteada extracción nos ordene, nos persiga y nos falte el respeto! —vociferaban los ancianos de linaje conquistador, acostumbrados a la buena vida que no permitía de mezclados en las cumbres.

—¡La porquería de ver a un mestizo vestido cual duque, con perlas en la camisa y placa de oro sobre el pecho, haciendo y deshaciendo el gobierno, creyéndose importante, echando a nuestro Arzobispo, confiscándonos los bienes! ¿Hemos de seguir tolerando este oprobio?

—Sibarita sin distingos, ¿quién se ha creído que es? —le reclamaban que se bañara diariamente, que se puliera las uñas y que se perfumara. La soldadesca impostaba arcadas a su paso y cuchicheaba que olía a mujer más que a varón. —Libidinoso infame, tras las piernas de todas, de misia Serrano, de doña Salguero, de la que se ofrende de cuerpo presente.

Con el dedo lo exponían y, aprovechando el vaivén, sumaban a San Martín en el desprecio: que eran los ejecutores de la idea monárquica, que en cualquier momento le calzaba la corona al Protector, ¿y para eso habían desembarcado en el Perú los tales libertadores?, y que el territorio dorado se hallaba sometido a su tiranía. A la de Monteagudo.

—Se cree sultán el muy asqueroso.

—¡Y mil pesos le abona al mulato cada desterrado que quiere marcharse en barco particular!

—Monteagudo saquea los caudales públicos. Monteagudo ejecutó a patriotas. Monteagudo prepara saqueos.

Mientras tanto, el poder político y militar de San Martín empezaba a mostrar signos de debilitamiento y la estrella de Simón Bolívar brillaba cada vez con más fuerza. Al promediar 1822, la fuerza bolivariana concluía la guerra libertadora en el norte de América del Sur, cuyo corolario fue la incorporación de Quito, con Guayaquil incluida, a la Gran Colombia, sumándose a Venezuela y Nueva Granada. Con este panorama, los peruanos maliciaban la hegemonía colombiana, que los exponía a una desventaja considerable.

Entonces San Martín decidió que se reuniría con Bolívar en la ciudad de Guayaquil. El 17 de julio embarcó en la goleta *Macedonia* ,

confiado en que se encontraría con un sincero y desinteresado compañero de causa. El venezolano le había escrito, le había ofrecido auxilio desinteresado, el argentino partió contento. No sin antes entregarle el mando del Protectorado a Torre Tagle. Atento a los embates que recibía su ministro y conociendo de memoria su carácter, habló con Monteagudo y le propuso una misión en Europa para sacarlo de allí. Pero el flamante Delegado, hombre de ánimo apocado, le imploró que se lo dejase a su lado.

—Nadie como Monteagudo podrá ayudarme a pilotear la nave del Estado por las aguas procelosas en que navegamos —pidió Torre Tagle.

Monteagudo se despidió de San Martín. Le había puesto mucho empeño a la reunión. Esperaba que la entrevista de los dos jefes, a quienes acompañaba el esplendor de sus victorias, sellara la independencia del continente.

Solo, sin el contrapeso de su camarada, Monteagudo se tragó todo el aire de Lima. San Martín le había servido de confesor, había oficiado de templanza cuando sus aguas bullían. Cuando se agitaba por demás, cuando la presión en la sien lo asustaba, alguna palabra de don José siempre era la adecuada.

A los pocos días de la partida y llevado por los rumores alarmantes que circulaban, Monteagudo resolvió convocar a su despacho a varios caballeros influyentes de las filas opositoras. Le llegó el turno al presbítero Julián Morales, distinguido patriota que había servido a la causa de la revolución, que lo aguardaba en el salón. Como tromba entró Bernardo, devorado por la ira.

—Morales, usted es un mierda, como todos los habitantes de esta capital de ignorantes, apáticos y mequetrefes. ¿Cómo se animan a bravuconearme? ¿Tienen idea, ustedes, de quién soy? —aulló.

El griterío se divulgó inmediatamente por todo Lima. La indignación fue tal, que algunos, guiados por sus pasiones, pensaron que no había otra forma de silenciarlo que asesinándolo. A los días, Monteagudo citó al señor Agustín Zabala y repitió la escena.

Una cosa llevó a la otra, y en la tarde del 25 de julio las calles de Lima se llenaron de grupos de todas las condiciones sociales y marcharon al Cabildo. Cuando se hizo de noche, gran parte del pueblo

limeño, acaudillado por los miembros del partido republicano, se reunió debajo de los balcones. Sánchez Carrión, Mariátegui y Tellería estaban allí, firmes. También Tomás Guido, el histórico rival de Monteagudo. Sin vacilar, se le apersonaron al Delegado. Torre Tagle estaba agitado, no sabía qué decisión tomar ante semejante pueblada. Le presentaron una petición suscripta por más de quinientas firmas. Entre otras cosas, reclamaban que el pueblo de Lima había visto con la mayor indignación arrancar a algunos ciudadanos del seno de la patria y amenazar a otros sin más motivo ni razón que el capricho y la voluntad despótica de un hombre que quería disponer a su antojo de la suerte del Perú. Pedían la remisión de Bernardo de Monteagudo.

Tras largas deliberaciones, el combativo ministro se sentó a su mesa de trabajo y apuntó unas líneas. Estampó su firma y la entregó. Era su renuncia. *"Lo hago por decoro, hijos de una gran puta",* pensó.

Se le aceptó la renuncia pero no fue suficiente. Al día siguiente le solicitaron su arresto y permaneció en su casa, encerrado, con la correspondiente guardia. El día 29 de julio decretaron su alejamiento de Lima y envío al extranjero. El 30, detrás de las sombras de la medianoche, fue conducido en una berlina hasta el Callao y embarcado en la corbeta de guerra *La Limeña* . Debían zarpar de inmediato con destino a Panamá.

CAPÍTULO VI

El Intendente de Panamá, don José Carreño, acogió a Monteagudo cortésmente. Torre Tagle le había encomendado que lo mantuviera vigilado. El otrora capitán de Simón Bolívar, impactado por la figura del ministro desterrado, intuyó que su presencia no sería de peligro, de todos modos lo puso bajo la custodia del teniente coronel Francisco Burdett O'Connor, su Jefe de Estado Mayor y se alojaron, juntos, en casa de Arce, un opulento traficante de perlas. Poco tardó Monteagudo en entablar una gran relación con el irlandés. Entre la infinidad de temas de conversación, gustaban de hablar de libros, filosofía, poetas y pensadores. En una de las tantas noches, Bernardo quedó impactado con un ejemplar antiquísimo de la Carta Magna, escrito en latín.

—Es suyo, Bernardo, se lo obsequio —O'Connor se lo extendió.

—Pero, Francis, no puedo aceptarlo.

—No tomo un no como respuesta.

Monteagudo, mientras, apadrinado por Carreño y O'Connor, le escribió a Bolívar ofreciéndole sus servicios. En el mes de septiembre le llegaron dos noticias contradictorias. Supo, por un lado, que San Martín, había regresado de Guayaquil a Lima. Había presentado su renuncia, se retiraba de la vida pública. Su jefe había dimitido al mando del ejército con solemnidad, se había despedido del pueblo limeño. Monteagudo se rebeló contra la realidad: sintió que el enemigo ganaba una victoria memorable. Asumió que las calumnias de la ingratitud y la pérdida de confianza lo habían decidido a no poder continuar sin degradarse a negociar con las nuevas pasiones e intereses que se habían formado en su ausencia. Por otro lado, le llegó la autorización que le permitía viajar al encuentro de Bolívar, que se encontraba en Pasto.

—Francis, preciso fletar un buque que me lleve a Pasto. Cuesta la friolera de 1600 pesos, que no tengo. ¿Me podrá dar esa cantidad y le

respondo con una letra del Banco Nacional de Londres? —le pidió Bernardo a O'Connor.

—No remito dinero a Inglaterra, Bernardo. Al contrario, el comerciante inglés aquí establecido, el señor Hugh Dick, me lo está facilitando para vestir mi batallón —le respondió el irlandés. —Yo le doy letras a él para mi padrino sir Francis Burdett, quien las paga en Londres por medio de mi suegro, el rico banquero Thomas Coutts.

Bernardo buscó otra alternativa, le tocó la puerta al caballero Arce. Le pidió el dinero, y a cambio le ofreció un sobre lacrado a abrirse a los tres meses. Arce, sin saber que adentro había cuatro grandes y hermosas perlas, le entregó los billetes. Se enteraría a su tiempo lo que guardaba el papel.

Se embarcó rumbo al puerto de Guayaquil, y de ahí cabalgó a Quito. Le había seguido el rastro a Bolívar. Su guía había sido la guapa señora que desvelaba al Libertador, doña Manuelita Sáenz. Conociendo el derrotero amoroso del venezolano, le vino de maravillas que su corazón latiera por la quiteña. Los amantes se habían afincado en Catahuango, propiedad de la señora, en una suerte de descanso. Con ella como salvoconducto, se presentó en la finca. Doña Manuela lo recibió en el rellano de la escalinata.

—¡Mi estimado Bernardo! —extendió las manos y lo invitó a subir. —Desmonta de una vez y piérdete en mis brazos.

Las risas de Manuelita retumbaron como rituales de tambor. Monteagudo saltó los escalones y la abrazó con fiereza.

—Abandona la fuerza conmigo, que no me vas a romper —la señora volvió a reír.

—Espero que le hayas hablado bien de este hombre —y se señaló.

—Jamás esperes todo de mí, querido Bernardo. Pero sí, si hay alguien que te conoce, esa soy yo. Para que sepas, te alojas en mi casa y ni se te ocurra despreciarme —y lo llevó hacia adentro.

Cruzaron unas habitaciones y entraron a la que ocupaba el Libertador venezolano. Manuela hizo las presentaciones y se retiró. Los hombres debían conocerse. Hablaron de política, aunque también compartieron opiniones literarias y filosóficas. Los encuentros se repitieron, los caballeros hicieron buenas migas. Bolívar percibió el talento del abogado, no le pareció reservado. Se hablaba de todo pero

casi siempre caían en el asunto de la confederación de las naciones del continente.

—¿Qué piensa usted de Riva Agüero? —le preguntó, una tarde, Bolívar.

El mismo que había servido como espía dilecto de la causa revolucionaria de San Martín para luego traicionarla y alentar la caída y el destierro de Monteagudo, acusándolo de sofocar el patriotismo con groseras invectivas y persecuciones escandalosas para disponer, arbitrariamente, de la suerte de su país.

—Que en este momento debería mandar en el Perú —respondió, de brazos cruzados.

Bolívar abrió sus ojos de par en par. Conocía de memoria el derrotero del peruano. Le llamó la atención que Monteagudo no diera cuenta de la deslealtad de aquel hombre. ¿Era tan misericordioso? ¿Tanta bondad? Lo que no descubrió era que el tucumano miraba más allá, que si elegía a aquel traidor era porque sabía que no podría mantener la autoridad, que sería depuesto y no quedaría otra que recurrir a su persona para paliar el incendio golpista.

—La moral de los habitantes del Perú, considerada con respecto al orden civil, no puede ser otra que la de un pueblo que ha sido esclavo hasta el año 21, y que aún lo es en mucha parte de su territorio, Excelencia —le dijo Bernardo, exponiendo aplomo. Quería demostrarle la tranquilidad de su conciencia y el desprecio que le provocaban sus enemigos, que buscaban envenenar su ánimo.

Bolívar decidió que Monteagudo tenía un gran tono diplomático, mucho carácter y era muy firme, constante y fiel a sus compromisos. Le podría ser infinitamente útil porque tenía una actividad sin límites en el gabinete y poseía, además, un tono europeo y unos modales muy propios para una corte. Era joven y se mostraba seguro. Muy seguro.

El letrado de Chuquisaca fue muy feliz en Ecuador. Vivía suelto de inquietudes y de penas, libre de rivales y lleno de gratitud por la hospitalidad que recibía de aquel país. Por un momento entendió que Bolívar lo enviaría a México, con la misión de negociar un empréstito para socorrer a la revolución. Con unos viáticos en el bolsillo, se dirigió a Guayaquil para esperar la orden de embarco. La disposición nunca llegó, tampoco se enteró de que Bolívar había decidido no

enviarlo a México, aquello no había sido otra cosa que una intriga para alejar la idea de que lo llevaría como ministro en el Perú. El 7 de agosto de 1823, Bolívar, tras el llamado del Congreso del Perú, abandonó las playas de Guayaquil para ponerse al frente de la resistencia contra los españoles.

Cansado de esperar, Monteagudo devolvió credenciales y dinero, y partió rumbo a las Provincias Unidas de Centroamérica (1) . Quería ir a echar bases para la realización del Congreso Americano.

***

Discutían los diputados en el seno del Congreso peruano. Era 29 de diciembre y querían terminar el año resolviendo una cantidad de asuntos. En un momento, el doctor Mariano Arce, del partido republicano, alzó su voz.

—Propongo, caballeros, que se levante el decreto de proscripción fulminado contra Monteagudo.

El griterío que originó tapó sus dichos. Su moción no fue atendida. La discordia era moneda corriente en el gobierno del Perú. El ejército realista, agazapado, en tanto, refregó sus manos y preparó a sus hombres para entrar en Lima. El terreno les era propicio. Pero la presencia de Bolívar en Lima fue por demás aplaudida. El Congreso encontró que la única solución sería provista por el venezolano. Lo invistieron con la suma del poder dictatorial, señalándole un sueldo anual de 50 mil pesos, que Bolívar no aceptó. El presidente de la República debía ponerse de acuerdo para que en el ejercicio de sus funciones no hubiera oposición. El 10 de febrero de 1824 se convirtió en todopoderoso sin más limitación que la que exigiese la salvación de la República.

Bolívar, conociendo el itinerario de Monteagudo, lo convidó a bajar al Perú. El gobierno se había instalado en Trujillo, donde se había fijado la sede de la dictadura. El abogado se llenó de dicha, se cumplía lo que añoraba. Le respondió que salía de inmediato a ese puerto, pero algunos desvíos operaron sobre su decisión. Hizo un alto en la ciudad portuaria de Guayaquil y recibió correspondencia de doña Manuelita Sáenz, instalada en su ciudad natal.

“A don Bernardo de Monteagudo,

Amigo del alma, ven a recogerme a Catahuango, que aquí te espero.
Nos vamos juntos, a instancias del Libertador. Nos aguarda con fervor, más fervorosa es mi espera, aunque te iré agregando información en nuestro camino de héroes.
Eres menester al aura de Bolívar, necesita escuchar tus palabras, ayúdame en esta, una campaña ulterior.
Lista estoy, a cabalgar, mi señor.

Manuela Sáenz”

Bernardo desconocía de vacilaciones. Aprestó su magro equipaje y cabalgó hacia Manuela. El reencuentro fue intenso, como sus protagonistas. Emprendieron los caminos hacia Guayaquil y embarcaron rumbo a Trujillo. Ella lo colmó de confidencias, que su amado debía andar con cuidado, que gracias a los cielos sus destinos se habían cruzado, que debían estar alertas y unas cuántas cosas más; Monteagudo le calmó el ansia, que cuidaría de Bolívar, que no se preocupara, que tranquila, que ya está.

El 17 de abril desembarcaron en Trujillo. Monteagudo le anunció su arribo a título de excelentísimo y amado general, y le pidió órdenes, bien para marchar a verlo o aguardarlo allí. Le dijo que era de él con los más francos e invariables sentimientos, su afectísimo amigo y servidor. Bolívar lo reclamó, hacia Huamachuco partieron él y Manuela.

Monteagudo y Bolívar se saludaron con un abrazo sentido. Estaban contentos de volverse a ver. Pero fuera del despacho del excelentísimo, el ambiente no era el mismo. En el recinto del Secretario General de los Negocios de la República Peruana, que no era otro que Sánchez Carrión —ahora favorito de Bolívar— la cosa se puso negra como la noche.

—¿Así que está entre nosotros, el mismísimo diablo sin piel de cordero, siquiera? —asestó entre los suyos el arrogante ministro, con impasible frialdad.

—¿Y qué se hace ahora? —el doctor Mariátegui preguntó como si no entendiera nada.

—Debemos prevenirnos —agregó el médico, don Félix Devoti.

Sánchez Carrión, el eterno antagonista, encendió sus odios nuevamente. Como si no hubiera pasado el tiempo. Aún peor.

Bernardo también se encontró con amigos sinceros, como Burdett O'Connor. Acompañó a Bolívar en la organización del ejército para avanzar en la campaña decisiva en la escabrosa región de la Sierra. El 2 de agosto se instalaron las tropas en la llanura del Sacramento y cuatro días después obtuvieron la victoria de Junín. Pero Monteagudo no era el único integrante de la comitiva. También formaban parte Sánchez Carrión y O'Higgins.

A fines de octubre, Bolívar le entregó el mando del ejército al General Sucre y se dirigió, junto a sus leales, a la costa, para reunir nuevos combatientes. El 6 de diciembre de 1824 entró a la ciudad de Lima. Monteagudo iba con él. Volvía a la ciudad que lo había echado pero sin el más mínimo temor. ¿Qué podría pasarle? Nada, aquel Congreso que lo había desterrado ya no existía y llegaba amparado por Bolívar. Y él era inconmensurable.

***

Bernardo se despidió de los deudos y salió a la calle. Había pasado a visitar, en el lecho de muerte, a su querido amigo y compatriota, el coronel Manuel José Soler. Había muerto en sus brazos, en honor a la amistad que los había unido, lo acompañó hasta el último respiro. Había llegado algo atribulado pero luego, al presenciar la agonía de su amigo, su talante se modificó. Al salir de su casa de la calle Santo Domingo había reparado que le habían dejado, debajo de la puerta, un pasquín que decía: *"Zambo Monteagudo, de esta no te desquitas. Venezuela"*.

Eran las once y media de la noche, faltaba la luna en aquel 28 de enero de 1825. Las candelas de las casas iluminaban la penumbra, las risas y la música de aquí y más allá, hacían que las calles no parecieran muertas. Bernardo estaba de punta en blanco. Como siempre pero sobre todo porque lo esperaba, en su casa, la grácil Juanita Salguero, la mujer que había renovado los votos sensuales, en

su regreso a Lima. Habían compartido el lecho y más en los tiempos de gloria sanmartiniana. Juanita le había abierto las puertas de su alcoba y de su alma, aunque había debido ocultarlo. Una vez más, Monteagudo se agazapaba en las horas licenciosas, había sido un amor clandestino, volvía a serlo esta vez. Juanita estaba comprometida pero había sabido responder a la boca hambrienta del galán.

Lucía sus mejores ropas y se había abrochado un prendedor de brillantes en el corbatín. Olía rico, se había perfumado para Juanita. Caminaba por la calle Belén, un silencio espectral detenía el tiempo. Debía cruzar la plazoleta del Micheo (2) y se encontraría con la dama. ¿Cómo lo esperaría? ¿Desnuda, vestida? Prefería ser el dueño de los movimientos, quitarle los velos con o sin resistencia, ya le daba igual. Imaginaba las risas de Juana, el deseo de la moza, sus manos ansiosas, las piernas rogantes que lo apretaban hasta hacerlo morir.

Apretó el paso y, al acercarse a un pilancón situado entre dos puertas, frente a la botica, se detuvo unos segundos y encendió un cigarro. Sacudió las cenizas que cayeron sobre la pechera y se dispuso a seguir. Se había acostumbrado a las tinieblas de aquella noche, sus ojos felinos adivinaban en la oscuridad. De la esquina, vio el avance de dos sombras.

—Buenas noches, señor. Dispénsenos, ¿nos daría lumbre?

Monteagudo los miró. El que pidió hedía a vino y exponía su cuerpo con jactancia, el otro, mulato, aguardaba en silencio. Con la mente en los labios de Juana Salguero, distraído, le tendió el cigarro.

Fue ahí. El chulo, en un movimiento, le clavó el puñal en el pecho. El mulato, por si acaso, intentó dispararle con una pistola. El tiro no salió. Bernardo permaneció de pie, se apoyó contra una pared y puso sus manos sobre el mango.

—Me muero… me muero —jadeó pero ya no quedaba nadie. Los asesinos se perdieron entre las sombras.

La sangre tiñó la camisa, manchó el pecho, opacó los brillantes. El cuerpo de Bernardo de Monteagudo se deslizó hasta caer, muerto, sobre la calle. Allí quedó, abandonado. A la hora, dos transeúntes que pasaban por allí, lo descubrieron y lo condujeron a la iglesia vecina de San Juan de Dios. Los frailes lo recibieron y lo llevaron a una de sus celdas.

Monteagudo fue sepultado el 30 de enero en el convento de San Juan de Dios. Los funerales fueron con poco boato. Su apoderado don Juan José Sarratea se encargó de los gastos del entierro. La víctima no había dejado fortuna.

1 - Guatemala en la actualidad.

2 - Hoy Plaza San Martín.

EPÍLOGO

La noticia del asesinato se esparció por la ciudad.

—¡Monteagudo! ¡Serás vengado! —exclamó Bolívar al ver el cadáver, y ordenó una investigación. Temía que el asesinato de su ministro fuera un tiro por elevación. Y por si aquello fuera poco, algunos largaron el rumor de que él había dado la orden.

Se convocó a los 43 barberos de la ciudad. Don Jenaro Rivera reconoció el puñal y dijo que un negro de 20 años había ido a su tienda de la calle Plateros de San Agustín y pagado un real para que se lo afilase.

Se promulgó un bando que convocaba a los hombres de color al patio del palacio. Apresaron a Candelario Espinoza, pocas horas después, la policía aprehendió a Ramón Morcira, esclavo, zambo de 22 años. Declaró que Espinoza lo había comprometido a practicar un robo en la calle de la Trinidad. Espinoza negó el crimen, pero al carearlo con su compañero confesó que había dado muerte a un caballero ignorando quién era, pero solo con el propósito de robarlo. Pero Monteagudo iba con un grueso atado de billetes, portaba anillo y reloj de oro. Nada de eso faltaba en el cuerpo muerto.

Espinoza convino que revelaría su secreto al Libertador. Y a nadie más. En su nueva declaración acusó a don Francisco Moreira y Matute, a don Francisco Colmenares y don José Pérez de ofrecerle 3 mil pesos para que asesinara a Monteagudo. También reveló que había existido un complot para asesinar a Bolívar en un baile de celebración por la victoria de Ayacucho.

Ya la causa para fallarse, el Ministro Unanue dispuso la creación de un tribunal con auditores ya que era menester poner en la cárcel a un ministro. Aludía a Sánchez Carrión.

Doña Manuelita Sáenz gritó al enterarse de la noticia. Se encerró en la recámara que ocupaba en la residencia de La Magdalena, la misma en la que se habían instalado San Martín y Rosita Campuzano,

juró venganza en soledad. El General Heres, leal de Bolívar pero también íntimo de Manuela de los tiempos del Numancia, hizo el mismo juramento.

Antes de partir al sur, Bolívar convidó a Sánchez Carrión a La Magdalena para almorzar. Manuela había preparado una olla con ingredientes, su especialidad. Era una gran cocinera.

—¡Qué delicia, doña Manuela! Jamás he probado nada igual —la lisonjeó.

—Pero gracias, señor. Si tanto le ha gustado puedo enviarle el plato a su casa —Manuelita le ofreció, con su sonrisa más compradora.

Bolívar salió de viaje, pasaron unas semanas y Sánchez Carrión empezó a sentirse fatal. Como pudo, se retiró a la hacienda "Grande" de Lurín. El 2 de junio expiró. Circuló el rumor que su deceso había sido obra de Manuela, que lo había envenenado. Ella, en tanto, bailaba una danza dionisíaca.

En 1880 Mariano Pelliza publicó la primera biografía de Bernardo de Monteagudo, en dos tomos. Como no había retratos del abogado, le pareció pertinente crear uno. Llegó a la conclusión —nadie sabe cómo — de que el abogado de Chuquisaca era el calco del chileno Bernardo de Vera y Pintado, rubio y blanco como la nieve. Le solicitó al dibujante Henri Stein, que con esa base pintara el retrato de Monteagudo y así lo presentó en uno de los tomos.

Décadas después, otro biógrafo, el tucumano Manuel Lizondo Borda descubrió un retrato realizado por Noroña, en el que aparecía con rasgos mulatos. El artista se había basado en otro anterior, que Monteagudo se había hecho hacer en sus días en Panamá.

Durante años, la imagen de Bernardo de Monteagudo fue la de un caballero blanco.

En 1878, el estudiante de Medicina José María Ramos Mejía publicó *Las neurosis de los hombres célebres en la Historia Argentina* y al año siguiente se doctoró. Le dedicó páginas al delirio del Almirante Brown, a la neurosis de Juan Manuel de Rosas, a la melancolía del doctor Francia, pero, sobre todo, a "la conducta inestable y al histerismo (hoy diríamos histeria) de Monteagudo".

El primer histérico célebre de la historia argentina, según Ramos Mejía, encuentra en estos capítulos la razón de su vivir. Es el hombre sensitivo por excelencia, henchido de emotividad, es mártir y héroe aunque el más famoso malvado. Cuando la enfermedad se acentúa, el histérico Bernardo de Monteagudo entra en una agitación convulsiva, se manifiesta en una necesidad imperiosa, incesante, de movimiento, de febril actividad.

Tenía todas las debilidades, apuntó el doctor de 28 años: petulante y pervertido, que ha dado origen a actos irreflexivos y extravagantes, aquellos ojos negros y centelleantes, aquellos ojos histéricos de hombre vano, pueril y satisfecho hasta la impertinencia.

Los hombres del siglo XIX temían la estela que dejaban los paseos de este sátiro ebrio que consagraba horas a su cuerpo. “Tenía el labio sensual ligeramente sonrosado, pero habitualmente seco; una boca admirablemente cortada y entreabierta algunas veces con cierta femenil coquetería, como para dejar ver dos hileras de dientes blancos pequeños y hermosísimos”. En presencia de una mujer, “su palabra se hacía flexible, fácil y untuosa, y a medida que cierto fluido misterioso empezaba a correr por sus nervios, acariciando los sentidos y agitando su pecho, entraban en erección las facultades animales”.

Para el doctor Ramos Mejía, lo más destacable de este hombre eran sus disposiciones eróticas, sus hábitos viciosos y el ardor excesivo de su sensualismo intemperante y sediento. Lo comparaba con los extremos de la ninfomanía o la satiriasis, y lo unía, en el tributo a Príapo (1), con Simón Bolívar, ejemplares de la erotomanía.

Los restos de Monteagudo fueron exhumados en 1878 y depositados en un mausoleo en el Cementerio General de Lima, hoy conocido como el Presbítero Maestro. En 1917, fueron repatriados a Argentina y ubicados en el mausoleo del teniente general Pablo Riccheri, en el Cementerio de la Recoleta, en la ciudad de Buenos Aires. Se colocó una placa identificatoria y esto abrió una polémica entre Argentina, Bolivia y Perú por la nacionalidad de Monteagudo y el derecho de los países a preservar sus reliquias.

El 24 de junio de 2016, la urna que contenía sus restos fue exhumada y trasladada a su ciudad natal. Los restos de Bernardo de

Monteagudo descansan en el Cementerio del Oeste, en San Miguel de Tucumán. ¿En paz?

1 - Dios menor de la mitología griega, personaje puramente fálico. Y la enfermedad de priapismo, estar en estado constante de erección.

AGRADECIMIENTOS

A mi editor Mariano Valerio, que me entiende sin que explique, que me adivina antes de que confiese. Nada me da miedo con su guía.

A Gachi Browarnik, por su respuesta veloz, por calmar mi necesidad de saber todo.

A Gustavo Béliz, como siempre, por ayudarme en esta pesquisa histórica infinita.

A Lucio Aquilanti, el mejor librero del mundo, por encontrar lo inhallable y dejarse contagiar por mi entusiasmo. Mis gritos de alegría se habrán escuchado en el barrio.

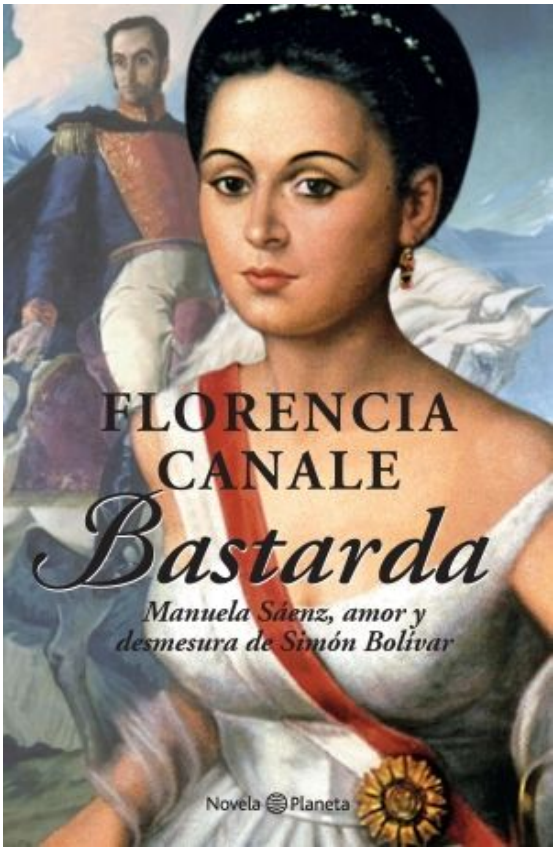
A Juan David Correa, por iniciarme en el camino bogotano y presentarme materiales descomunales. Esos libros, y Colombia, me han cambiado la vida.

A Mercedes Güiraldes y Adriana Fernández, por abrirme la puerta para ir a jugar.

Mis lectores queridos, gracias, una vez más, por acompañarme, por reír juntos, por llorar, por abrazarnos en los libros.

Grupo Planeta

¡Seguinos!



Bastarda

Canale, Florencia
9789504978893
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

P romedia el siglo XIX. Un continente en llamas lucha por su libertad. Hombres de acción, decididos a dejar en las páginas de la independencia latinoamericana su trazo a fuerza de sable y pólvora, no dudan en entregar su vida por algo que es mucho más que un sueño.

Y allí está ella, una mujer que arde en su propio fuego. Que no solo está a la altura de los grandes héroes, sino que además está llamada por su tierra a ser una más entre ellos. Manuela Sáenz de Vergara y Aizpuru. Manuelita, ecuatoriana de nacimiento, guerrera, revolucionaria. Una criatura indomable a la que no le tiembla el pulso para empuñar las armas en el campo de batalla. Tampoco para luchar por el deseo irrefrenable que le genera Simón Bolívar. Ese hombre que le quita el sueño y le enciende la piel. Que la lleva a ser feroz y leal como ninguna detrás de su causa; febril e irreductible en las batallas de la carne.

Con una mirada como pocas, de una sensibilidad única que le permite ir y venir con total naturalidad entre el rigor de los hechos y las razones del corazón, **Florencia Canale** hace suya, una vez más, otra gran historia de la Historia. ***Bastarda*** es una novela exquisita, amarrada, palabra por palabra, al arrebato mismo de esas pasiones que siempre merecen ser contadas.

Cómpralo y empieza a leer

Cornelia

Etcheves, Florencia
9789504954897
368 Páginas

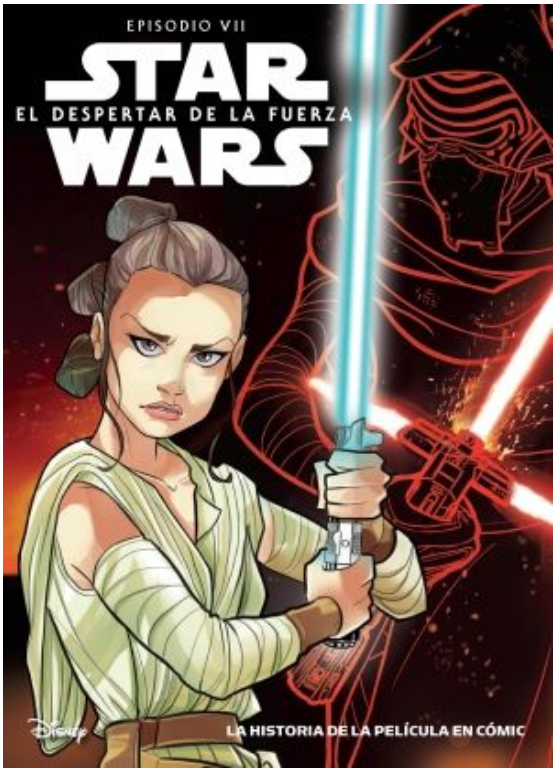
Cómpralo y empieza a leer

Una profesora de un prestigioso colegio inglés de Buenos Aires viaja con cinco de sus alumnas a El Paraje, para estudiar cómo esa localidad del sur argentino ha resurgido luego de la erupción violenta del volcán Tunik. Lo que la profesora no imagina es que regresará sin Cornelia Villalba. Hija de un reconocido médico, la chica desaparece

misteriosamente y de ella sólo queda una cadena que Ariel, el hijo de los dueños de la pensión donde el grupo se aloja, dice haber encontrado tirada en la nieve. Diez años después, tras una misa a la que la familia convoca para mantener viva la memoria de Cornelia y la intervención de una extraña coleccionista de avisos fúnebres, el caso se reabre y, como consecuencia directa, desaparece otra de las cuatro ex alumnas.

En esta tercera novela de Florencia Etcheves, una vez más, es central el dúo de investigadores de *La Virgen en tus ojos* y *La hija del campeón:* Francisco Juánez y Manuela Pelari. Pero en *Cornelia* , la joven policía tendrá un protagonismo mayor, insospechado. Cuando el pasado vuelve, no habrá armas ni entrenamiento que la protejan para enfrentarlo, sobre todo si se trata de una historia llena de secretos.

Cómpralo y empieza a leer



Star Wars. Episodio VII. El despertar de la Fuerza. Novela gráfica

Disney
9789504980414
80 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

De las cenizas del Imperio Galáctico se levantó una Nueva Orden, y la sombra del lado oscuro se cierne sobre el universo una vez más. Solo unos pocos, liderados por Leia Organa, están listos para luchar. Su única esperanza es encontrar a Luke Skywalker, el último Jedi, desaparecido largo tiempo atrás. Pero, ¿será esta nueva generación

de defensores de la libertad capaz de encontrarlo?

Cómpralo y empieza a leer

Blanca, la niña que quería volar

Vicuña, Benjamín
9789504981640
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El duelo es un desafío que tenemos que enfrentar para no morir con lo que hemos perdido.

Este libro es un tributo a mi hija y una expresión desbordada y

honesta de la experiencia que me tocó vivir. Una tragedia que me atravesó como un rayo y me dejó vacío. Me costó años asimilarla y de alguna manera sigo transitando el desierto, pero seguí viviendo.
En estas páginas hablo acerca de mi niña y mis pesares. También de las herramientas que me sirvieron para iluminar noches oscuras. Espero que puedan servirle a alguien. Que quienes están atravesando una pérdida, sufriendo o acompañando un duelo, puedan encontrar algo de alivio y esperanza. Una pequeña luz en mitad del océano cuando no vemos la orilla. **BENJAMÍN VICUÑA**

El duelo es un desafío que tenemos que enfrentar para no morir con lo que hemos perdido. Es el intento de ponerle palabras a un dolor mudo que lastima. Por eso celebro la llegada de Blanca, la niña que quería volar. Porque aquí aparecen esas palabras que, tal vez, Benjamín necesitaba para vivir a pesar de la muerte de su hija.
Esa hija que ya nadie, ni siquiera la muerte, podrá arrancar de su recuerdo. GABRIEL ROLÓN

Cómpralo y empieza a leer

Maternidad real

Orsini, Carla
9789504983026
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

10 temas sobre los que hay que hablar para criar en el siglo XXI

En este, su segundo libro, la pediatra Carla Orsini explora aquellos temas con los que nos encontramos a la hora de criar a nuestros hijos en la sociedad actual:

1. No confundas crianza respetuosa con…
2. El multitasking: estar en todos y en ningún lugar a la vez.
3. Universo puerperio.
4. La corresponsabilidad y la carga mental.
5. Crónica de un no descanso.
6. Tener más de un hijo.
7. Criar adolescentes.
8. Los mandatos de hoy.
9. Bienvenidos a Holanda.
10. Crianza de la A a la Z.

Maternidad real propone recuperar el sentido común ante la sobreabundancia de información para poder llevar adelante una crianza a la medida de nuestra propia familia.

Cómpralo y empieza a leer